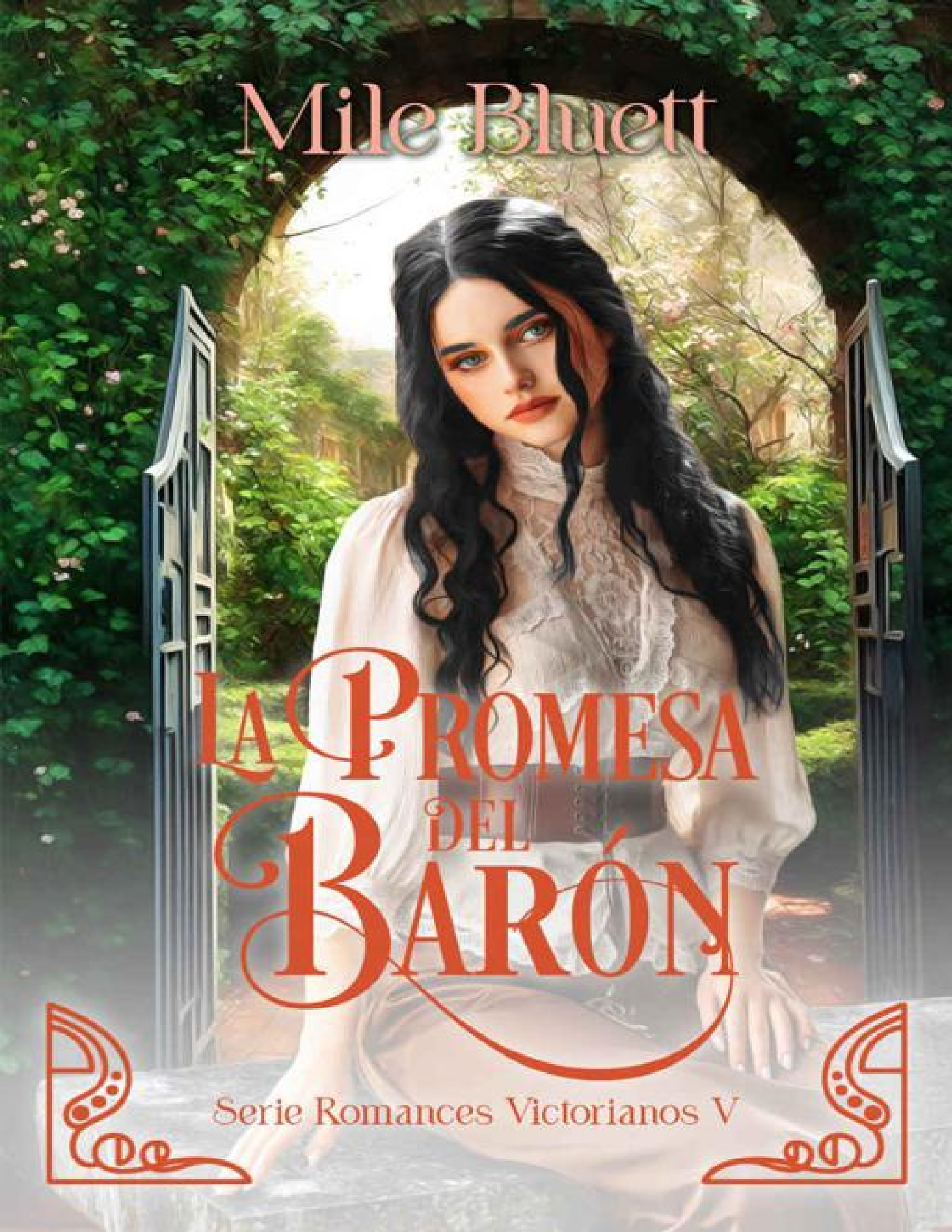




Mile Bluett

LA PROMESA
DEL
BARÓN

Serie Romances Victorianos V

LA PROMESA DEL BARÓN



Serie Romances Victorianos V

Mile Bluett



Título: La promesa del barón
Libro 5
Serie: Romances Victorianos
Autora: Mile Bluett
Primera edición: Enero, 2024.
©Mile Bluett, 2024.

Banco de imagen: ©Shutterstock
Diseño de Portada: Pamela Díaz

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción y la divulgación de esta por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor. Es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es solo coincidencia.



Índice

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

[Mile Bluett](#)

[Agradecimientos](#)

Sinopsis

Serie Romances Victorianos V

La promesa del barón

Annalise Berry está a punto de ser presentada en sociedad. Sin embargo, la joven no se engaña, proviene de una familia sencilla en Escocia, y aunque su dote es sustanciosa, sabe que no será suficiente para lograr el final de cuento de hadas que su protector desea para ella.

El futuro matrimonio de **Jacob Peasly**, barón Peasly, está pactado desde su niñez. Debe desposar a la hija de un hombre poderoso, que no lo dejará olvidar la promesa hecha. Pero, desde que conoció a Annalise, su corazón lo empuja en otra dirección.

La fuerza del primer amor emergiendo. Él le hace sentir mariposas en el estómago. Ella lo impulsa a sonreír como un tonto.

Aunque Jacob se resiste a sucumbir ante su encanto para cumplir con su deber, la idea de perderla lo paraliza por completo.

Dedicatoria

Para ti que crees en el amor, que te estremeces con una mirada cómplice, con un inocente roce y que te esfuerzas día a día, construyendo una relación real para que el vínculo crezca y se haga sólido, poderoso e irrompible.

Para Lichi, mi bella perrita chihuahua, mi compañerita, gracias por tu amor y tu lealtad. Siempre en mi corazón.

Prefacio

¿Por qué es tan poderoso el primer amor?

Bloodworth House, Londres, Agosto, 1866

Annalise Berry se quedó en esa inmensa mansión londinense, bajo la supervisión de lady Abbott, quien vigilaba que los maestros de etiqueta, baile y francés pulieran el diamante en bruto que depositaron en sus manos. La eficacia de la dama era comprobable, preparó con éxito a otras jóvenes distinguidas para su presentación en sociedad. Los días transcurrían llenos de extensas lecciones para su puesta de largo, lo que aumentaba su expectación por ese momento especial. Solo tenía diecinueve años, y tras quedar huérfana fue acogida por los bondadosos marqueses de Bloodworth, Rose y Emery —más conocido como lord Oso—, quienes en ese momento disfrutaban lejos de su luna de miel.

La guardiana temporal la hacía practicar largas horas, pero lejos de quejarse trataba de aprovechar cada lección. Tenía que pensar en su futuro, no podía quedarse para siempre en Bloodworth House. Casarse parecía una buena opción, según lady Abbott. Sin embargo, siendo sincera consigo misma, aún no sabía si era lo único que podía anhelar de la vida. Tenía grandes sueños y la voluntad de luchar por ellos, tal vez podría convencer a los marqueses para que la apoyaran en algo diferente al matrimonio.

Esa mañana se despertó más temprano de lo que acostumbraba, y tras vestirse deambuló por el piso superior. Aún exploraba los salones para acostumbrarse a la disposición de las áreas de la casa. Era una construcción enorme, antigua y a su arribo se convirtió en su hogar.

Un ruido la previno y sintió un sobresalto, se suponía que salvo lady Abbott, Price —quien era como un padre para lord Oso y fue durante años su mayordomo, pero que para ese momento era considerado un miembro de la familia—, los sirvientes y ella, nadie más los acompañaba. ¿Quizás, algún criado hacía el aseo en las habitaciones de huéspedes? Pero, era extraño, el servicio era muy meticuloso y a esa hora solía estar ocupado en otras áreas de la propiedad, las que se usaban con frecuencia.

Caminó de puntillas para no hacer ruido, Annalise era curiosa por naturaleza. El instinto de supervivencia no le advirtió que era mejor retroceder. Entonces, vio que la puerta de uno de los dormitorios estaba entornada. Arqueó una ceja. ¿Sería un ladrón a esa hora de la mañana? ¿O un sirviente que husmeaba donde no debía?

Se aproximó tratando de no hacer ruido, lo más sensato habría sido avisar a alguien; pero no, siguió hacia adelante como un gato cauteloso. Con su notable delgadez no podría detener al intruso en lo que llegaban refuerzos; así que, seguir avanzando era la peor decisión que había tomado. Se asomó a hurtadillas por la abertura, y tuvo que llevarse las manos a la boca para no gritar.

De espaldas, recostado al alfeizar de la ventana había un joven de edad similar a la suya. Solo vestía los pantalones blancos de su ropa interior, su piel lucía tersa y dorada por los tenues rayos del sol que la salpicaban. Annalise jamás contempló a un hombre con tan poca ropa, no supo

cómo reaccionar. Se quedó petrificada, respiraba tan suave que parecía que no lo hacía, pero sus nervios traicioneros estaban a punto de delatarla. Por instinto, se llevó una mano a la boca para obligarse a callar.

«Es hermoso», concluyó para sus adentros, sin salir huyendo o apartar la mirada, ni siquiera por pudor. Creyó que era perfecto, si es que la perfección existía y no era una invención humana. Adoró en silencio su «gracia» hasta que el joven abrió la boca y comenzó a lanzar improperios al viento, mostrándose tal cual era en toda su imperfección.

—¡Demonios! —Lo escuchó maldecir, muy mortificado, sin apartar la vista del jardín que se desplegaba bajo sus ojos. Su voz rugía con la misma fuerza que un trueno—. ¡Siento que me hundo en el maldito infierno!

Lo reconoció en el acto. ¡Esos gritos ofuscados! Era Jacob Peasly, el hermano de Rose. Ya había tenido la oportunidad de oírlo vociferar en una ocasión que irrumpió en Bloodworth House para lanzar acusaciones contra lord Oso. Ese joven era temerario. Tuvo el atrevimiento de desafiar a un gigante tan intimidante como el marqués. Casi eran de la misma estatura, aunque Oso lo superaba por un par de centímetros, y Peasly no era tan corpulento y musculoso como su oponente en aquellas circunstancias.

En fin, el joven ya estaba ahí. Pero ¿cuándo llegó? ¿Y por qué nadie tuvo la delicadeza de avisarle que se hospedaba bajo el mismo techo que ella? Annalise seguía admirando la silueta desnuda del torso hacia arriba del varón, con todas esas ideas en la cabeza.

—Déjeme vestirlo. —La voz de otro hombre, posiblemente el ayuda de cámara, también llenó la estancia.

—Iba ganando en la carrera de botes, Walter, y entonces el maldito hombro se salió de su lugar y arrastré al equipo a la derrota conmigo —continuó explicando muy enfurecido—. Justo delante de esos remeros galardonados... Toda la alta nobleza en Goldenshadow Castle tuvo que presenciar mi humillación.

—¿No cree que está exagerando? Fue un accidente —aportó con un tono de voz suave y sereno el valet disimulando una risita por el arranque de su joven amo. Estaba acostumbrado a su humor. Lo atendía desde los trece años, lo conocía muy bien—. Una dislocación no es un juego, más si desea entrar al equipo de los *dark blue* de Oxford. Debería estar más preocupado por su salud que por la carrera perdida.

Por suerte ninguno miraba en la dirección de Annalise, y aunque lo hicieran, la puerta era un escondite bastante seguro, mientras alguien no la abriese.

—Para colmo, hemos tenido que quedarnos aquí. Ya hay muchos huéspedes en casa de mi hermana —continuó Jacob.

—Su madre quiso aprovechar que Peasly House estaba vacía para hacer arreglos en la propiedad. ¿Cómo iba a imaginar que un accidente les obligaría a regresar antes de lo esperado a Londres? Solo tiene dos opciones, aguardar aquí o irse con su padre a la casa de su familia paterna. Su tío, el señor Peasly le ha abierto las puertas de su residencia.

—Prefiero quedarme en Bloodworth House que hospedarme con tío Ferdinand, es tan estricto como mi padre, viviría bajo un asedio doble. —La madre y los hijos Peasly se habían distanciado del barón, quien convalecía en casa de su hermano. Les hizo daño a todos, sobre todo a la baronesa.

—¿Bajaré a desayunar con su familia?

—No estoy de humor, prefiero tomar algo en mis aposentos.

—Debe ponerse una prenda encima. Estamos en verano, pero descamisado y con la ventana

abierta de par en par, podría pescar un resfriado.

La desnudez fue cubierta parcialmente por una bata de seda del mismo tono de sus ojos ámbar, los que Annalise pudo apreciar cuando aquel quedó de frente al sitio donde se ocultaba. Si de espaldas le parecía atractivo, la parte frontal de su torso, aún descubierta, le resultó reveladora. Un vello escaso cubría sus pectorales. Su figura era la de un joven aficionado a los deportes.

Annalise retrocedió antes de que él fijara la mirada en la puerta o que un ruido le advirtiera que una intrusa no solo lo había descubierto a medio vestir, sino que tuvo el descaro de quedarse a husmear. Pero, mientras iba en franca retirada, tropezó con un jarrón, causando un ruido estrepitoso.

—¿Quién está ahí? —La voz alta y clara de Jacob indagó por la intrusión, y ella corrió a todo lo que podían sus pequeños pies.

A la par que huía solo conseguía pensar en cómo volvería a mirar a Jacob de ese día en lo adelante. Por suerte, no la descubrió, pero ella ya sabía lo que cubría su atuendo elegante. Con la mano en el pecho y la respiración agitada, avanzó rumbo a las escaleras, donde quedaría libre de toda sospecha. En lo alto de la misma, inspiró hondo y trató de calmarse para su arribo al comedor. Ya sabía que la familia de él se vio obligada a hospedarse ahí. Tenía que mostrarse apacible cuando estuviese en la presencia de los Peasly. Nada en su apariencia o su actuar debía hacerlos sospechar de la imprudencia que acababa de cometer.

No tardó en llegar y ocupar un sitio tras saludar a la madre y la hermana más joven de la marquesa, Aurora y Daisy respectivamente, quienes se mostraron interesadas en saber cómo la estaba pasando en Londres. Price, el señor de mediana edad que vivía con ellos, así como lady Abbott también las acompañaban. Esta última la sermonó antes de que pudiese responder:

—Un poco tarde, señorita. Es necesario mejorar esos modales. ¿Has venido corriendo? —inquirió escandalizada.

—Siento la tardanza... —intentó disculparse, seguía sofocada—. En fin, la estoy pasando fenomenal.

Price disimuló una risita, lady Abbott era como un general y la pobre muchacha se esforzaba por superar sus expectativas. Pronto estaría lista para su presentación.

Aurora y Daisy compartieron una mirada cómplice, compadecidas de Annalise, por haber quedado al cuidado de lady Abbott. Seguro se estaba aburriendo muchísimo.

—Nosotras partiremos en breve a Francia, de lo contrario haríamos algo para que su permanencia en Londres fuese más interesante —dijo Aurora, lady Peasly.

—Por suerte me tiene a mí —celebró lady Abbott convencida de que a su lado la joven tenía garantizado un sano entretenimiento.

—Jacob se quedará hasta que las remodelaciones de nuestra residencia le permitan volver —continuó Aurora—. Puede ser una compañía agradable, lady Abbott. Mi hijo es un caballero en toda regla.

La aludida casi se atraganta con un sorbo de té. Jacob se quedaría.

—Oh —expresó Abbott preocupada por la presencia del joven en Bloodworth House. Tendría que ser más cuidadosa aún con la reputación de Annalise. Eso sí le parecía un problema. Cuando los marqueses le pidieron ayuda para que cuidara a la señorita, nadie mencionó la posibilidad de tener en casa a un joven lleno de ímpetu y vigor. Justo en esa edad en la que mantener a dos muchachos honorables era toda una complicación. Estaba a punto de protestar, pero por educación tuvo que aguantarse.

Un carraspeo hizo que todos miraran en dirección del mayordomo, quien no tardó en anunciar a Jacob Peasly. Annalise palideció al saber que ocuparía el asiento frente a ella. Trató de esquivar la mirada del joven, que brevemente se posó en su rostro, sin darle mucha importancia.

—Jake —murmuró la madre con un dulce gesto—. Creí que permanecerías en cama, corazón. ¿Ya no te duele el hombro?

—Casi nada. —Trató de minimizar la tirantez que sentía en los ligamentos—. No podía perderme la estupenda compañía del desayuno —murmuró tomando asiento y permitiendo que un lacayo le sirviera una taza de té. La mención de la «estupenda compañía» hizo que unas mariposas violentas revolotearan en el estómago de Annalise—. Me encantaría que Price nos honre con historias de cuando lord Oso era un pequeño, seguro era rebelde.

Tras la última frase, las alas que elevaron el corazón de Annalise perdieron fuerza e hicieron que este cayera estrepitosamente. Era Jacob Peasly, hijo de un barón, no iba a fijarse en alguien sin cuna. Se sermoneó para sus adentros y sin darse cuenta arrugó el entrecejo, mientras lo observaba reírse con las hazañas que Price relataba sobre el marqués. Se prometió no volver a sentirse vulnerable por hombre alguno.

—¿Está reuniendo argumentos para poder rebatirle a lord Oso cuando estén en puntos opuestos de una discusión? —atacó Annalise, quien quería al marqués como un hermano mayor y lo defendería en su ausencia, incluso de Jacob.

—Lord Oso me fastidia bastante, es justo tener un arsenal guardado para responder a sus bromas mordaces. No es fácil aguantarlo en su papel de hermano mayor, es bastante exigente. —Sus ojos hicieron contacto con los de su madre y carraspeó—. En realidad lo admiro como si fuese mi hermano mayor, ahora siendo mi cuñado se justifica el trato.

—Por supuesto —atajó Aurora—. Emery también es como un hermano para Daisy y para usted, señorita Berry. Tengo entendido que la quiere como tal, aunque en realidad son primos lejanos.

—Así es —contestó la joven—. Parece que tenemos eso en común, sin embargo, jamás reuniría ni un ápice de municiones para saber cómo defenderme de sus bromas. Solo quiere lo mejor para nosotros. Quizás no tuvo un pasado fácil y desea que no cometamos sus mismos errores.

—Usted ha dado en el punto, señorita Berry —intervino Price.

—Como si usted, joven Peasly, hubiese sido un pequeño tranquilo —lo abordó Annalise de nuevo y Jacob le clavó la mirada al notar que seguía siendo el blanco de sus intervenciones—. Tomando en cuenta su carácter, seguramente, lady Peasly tendrá anécdotas mucho más jugosas que las del señor Price sobre su niñez.

—Oh, señorita Berry. —Trató de sermonearla otra vez Abbott, pero la intervención inmediata del barón la dejó muda.

—¿Mi carácter? ¿Qué tiene mi carácter? —renegó Jacob.

—No debería preguntarme, convive consigo mismo a diario. Estoy convencida de que se conoce muy bien. —La muchacha no supo por qué esas palabras salieron de su boca, tenía que parar... ¡Ya!

Daisy, quien solo era un año mayor que su hermano, no pudo evitar reír más alto de lo usual para una dama soltera, dándole la razón a su amiga, y Aurora la secundó con una sonrisa. Jacob seguía serio, aquello no le gustó nada.

—Era terrible, te lo garantizo, Annalise —atacó Daisy con mesura—. ¿Quién diría que aquel

mocoso se convertiría en todo un caballero? —Más carcajadas.

—Creo que los tres Peasly éramos traviesos —continuó Jacob—, pero por respeto a mis adorables hermanas asumiré el papel del más revoltoso de la camada y callaré para siempre cualquier otro dato que revele sus comportamientos infantiles. Solo diré que eran encantadoras —ironizó.

—Dejen de pelear, hijos. ¿Qué pensará lady Abbott de su educación? ¿Y usted, señorita Berry, cómo fue de niña tierna o rebelde? —inquirió Aurora.

—Oh, milady. Fui muy feliz. Mi madre y yo teníamos un vínculo único. Considero que gracias a eso, los avatares de la vida no me empequeñecen, siempre estoy lista para salir adelante. Su partida ha sido lo más difícil que he tenido que afrontar. Agradezco a Dios por poner a lord Oso y a Rose en mi camino.

A ella no le pasó desapercibido que él estaba fastidiado por la conversación, apretó la servilleta para no morderse la lengua. Y lady Abbott pasaría toda la tarde con dolor en sus facciones, las que no sabía ya cómo fruncir para darle a entender a la muchacha que abortara el tema de inmediato.

El desayuno fue un desastre, Annalise no solo tomó el mando de la conversación, lo que le habría correspondido a la dama de más jerarquía, sino que atacó sin mesura a un joven respetable. Abbott estaba azorada y tomando nota mental de cómo corregir ese comportamiento.

—Una señorita valiente, entonces su carácter va muy acorde con el de mis hijos. Ninguno de los tres se deja vencer por obstáculo alguno. No sé qué hice para merecerlos, ni para que sean tan educados. —La voz de Aurora se quebró al final y ya tenía a Jacob a su lado, sosteniéndole la mano y mirándola con devoción. Ella tuvo que dejar la tristeza causada por las desavenencias familiares y sonreírle al joven.

Annalise no pudo seguir alimentando la animadversión contra el arrogante Jacob, la actitud ante el pequeño quiebre de su madre —quien atravesaba por un conflicto conyugal difícil que todos callaban— lo volvió a subir a un pedestal.

¿Es que se podía luchar contra las demandas del corazón? No importaba cuánto quisiese mirar en otra dirección, o se empeñara en no verlo atractivo, seductor. La actitud del joven era de lo más contradictoria, pero eso no la persuadía de alejarse, al contrario, despertaba más su interés. Tenía dos polos, el hombre sumamente correcto y serio, por un lado, que respondía con comentarios irónicos sin perder la compostura. Y por otro, el joven impetuoso, con extenso dominio de impropiedades cuando algo se salía de su férreo control.

¿Cómo sobrevivirían esos días en Bloodworth House? Le preocupaba, en exceso. Pero era más su expectación.

Sin embargo, cuando llegó la hora de la cena no lo vio con los demás comensales. Aurora y Daisy partirían un día después, y Jacob no estaba ocupando su lugar. Primero creyó que algunos compromisos nocturnos lo alejaron, pero su madre no tardó en poner en contexto a los demás presentes. El joven era testarudo y cambió de parecer, a pesar de su malestar adelantó su viaje a Oxford, donde esperaba el comienzo del siguiente semestre.

Las esperanzas de Annalise se apagaron. Debía convencerse de una vez que, para Jacob Peasly no era nada, sobre todo en el sentido que a ella le importaba. Mientras más rápido lo aceptara, menos iba a sufrir. Suspirar por los rincones o ilusionarse con un hombre que tenía sus esperanzas puestas en otro sitio, no era lo más inteligente. No siempre la atracción era correspondida y no podía culparlo por no compartir sus intereses.

Capítulo 1

Londres, Bloodworth House, diciembre de 1867

La doncella cepillaba el largo cabello tan negro como las alas de un cuervo de Annalise Berry, mientras ella se observaba en el espejo. Su nívea piel, en contraste con la oscuridad de su melena, la asemejaban a la Blancanieves de los cuentos de hadas. Pero lo más llamativo de su aspecto eran sus ojos azules, clarísimos como el hielo, que cautivaban la atención de quienes la miraban.

Durante los dos últimos años su vida dio un giro impresionante. De ser una joven proveniente de un hogar modesto de las afueras de Edimburgo, terminó en Londres, protegida por familias poderosas y de linajes antiguos.

Sus guardianes eran paternos y hasta cierto punto autoritarios, aunque lo disimulaban muy bien, bajo las máscaras de «dos buenos amigos». Se disputaban el honor de ser sus protectores, y las esposas de los dos caballeros la trataban como si fuese la hermana menor de cada una. Y lo agradecía, porque mediaban ante las imposiciones de aquellos.

De un lado, el marqués de Bloodworth, lord Oso, quien la rescató de su infortunio y le dio un lugar en su casa y en su familia. Del otro, Kilian Everstone, vizconde Sadice, quien descubrió que estaba emparentado con Annalise.

Y comenzó la guerra sobre dónde debía vivir la señorita. Si con los Bloodworth, quienes sostenían que era su prima lejana, lo que no podían probar; o con los Sadice, los que tenían razones mejores argumentadas y basadas en pruebas verificables.

Por decisión propia, Annalise se quedó a vivir con lord Oso y su esposa Rose, aunque la sangre que corría por sus venas era Everstone. Tomando en cuenta la consanguineidad, este hecho irrefutable, lord Sadice quería darle un sitio en su hogar a toda costa, para que conviviera con su mujer Isabelle y sus hijas. Pero Annalise no podía renunciar a la hospitalidad que previamente le brindó el marqués, quien la rescató de un destino funesto en Escocia.

Su madre, Lisa Berry, había muerto, así como el hombre que siempre creyó su padre y quien al final, resultó serlo solo de crianza. El heredero del señor Berry fue favorecido como único hombre por el testamento de su abuelo, y pretendió refundirla en un internado. Gracias a Oso que apareció con su aura desafiante para rescatarla, no terminó en esa institución. Y, aunque al inicio, ese caballero de rostro intimidante le dio desconfianza, Annalise no tenía otro camino.

Por lo anterior, sentía un profundo agradecimiento hacia él y Rose, porque la acogieron, la cuidaron y la alimentaron. Annalise arribó a Bloodworth House famélica, tan delgada que parecía enferma. Los únicos atributos que resaltaron en ese entonces en su belleza natural fueron su cabello oscuro, sus ojos celestes y el contraste de estos con su piel blanquísima.

Con el tiempo y los cuidados adecuados, se convirtió en una joven encantadora que en un mes cumpliría veintiún años. Y, quizás, al alcanzar esa edad, tanto Oso como Kilian se relajarían un poco y entenderían que ya era hora de que la señorita tomara sus propias decisiones.

Cuando ya estuvo lista se percató de que Rose la esperaba en la puerta de su habitación. Ella había tenido un hijo hacía muy poco y era la adoración de todos en casa. La acompañó hacia la escalera principal con balaustrada de mármol. Antes de que descendiesen expuso alimentando la curiosidad de Annalise:

—Hoy será un día muy especial. No importa cuál sea la elección que hagas, sabes que te considero una hermana y que tu estancia en nuestro hogar ha sido un regalo para nosotros. Me gustaría que te quedases un tiempo más, pero si después de lo que conocerás cambias de parecer, ten por seguro que mi cariño hacia ti no disminuirá.

—¿A qué te refieres? Si lo dices por la temporada que está por arribar... —titubeó Annalise muy intrigada.

—Entre otras cosas... Pero me refiero a dónde vas a residir en lo adelante porque algunas circunstancias van a cambiar. —La joven y hermosa marquesa hizo un alto para suspirar, luego, intempestivamente la abrazó con fuerza, y ella, conmovida le devolvió el abrazo.

—¿Alguien ha hecho una propuesta matrimonial para mí? ¿Por eso todos están tan extraños? ¿Piensan que voy a casarme y abandonarlos para siempre? —Fue lo primero que se le ocurrió.

—No puedo adelantar más, esos dos caballeros testarudos que tienes como guardianes quieren decírtelo en persona, y no puedo robarles el privilegio. Se los he prometido.

—Oh, Rose, no sé si alegrarme o preocuparme...

Era imposible revelarles a la dama que ninguna propuesta calentaría su corazón. Ella ya había puesto sus ojos en un hombre y no se lo podía sacar de adentro. Aunque sus aspiraciones eran muy elevadas para una joven de origen humilde, no tenía control sobre sus sentimientos. Las mansiones que frecuentaba —justo como esa en la que vivía—, los carruajes que la transportaban y las elegantes maneras de los que la rodeaban no le borraban la memoria. Tenía muy clara su identidad y de dónde provenía.

Annalise Berry era la hija de Lisa Young y Trevor Everstone, el primogénito del título Sadice. Pero su padre murió en un accidente antes de que ella naciera y como sus progenitores jamás se casaron, solo le quedó un destino. Las nupcias oportunas de su madre con el señor Berry —quien desposó a Lisa para tapar la vergüenza de engendrar una criatura sin estar casada— la salvó de crecer como hija ilegítima. Le dio el apellido por compasión y la sangre Everstone en sus venas terminó por convertirse en secreto.

Annalise y Rose respiraron a la par y descendieron. Al pie de la escalera la esperaba Isabelle Everstone, vizcondesa Sadice, quien también le abrió los brazos y la rodeó con fuerza. La jovencita respondió con el afecto que le tenía a la dama, que solo la superaba por un año y quien brillaba con una luz que provenía de su felicidad, estaba esperando una criatura.

«¿Qué sucede?», se preguntó. En el ambiente, había un toque de solemnidad que al principio no percibió. Se estaban reuniendo para pasar la Navidad juntos, los Bloodworth y los Sadice, con todos sus pequeños. ¿Pero acontecía algo más?

—Querida Anna —dijo con ceremonia la vizcondesa—, desde que supe que eres parte de la familia no he podido estar más feliz. Y Kilian sueña con tenerte en nuestro hogar. No pretendo hacerte sentir culpable, ni que renuncies a la hospitalidad de Rose y lord Oso, es solo que ya no hay necesidad de mantener en secreto el vínculo que nos une. Pronto conocerás a otros parientes, que ya saben de tu existencia y mueren por estrecharte como yo entre sus brazos. Solo no cierres las puertas.

—¿Ya no hay necesidad de mantenerlo en secreto? —Fue todo lo que retuvo—. Pero ¿cómo? ¿Por qué? No deseo que los conocidos me miren por encima del hombro o murmuren a mi espalda esa palabra que tanto odio: bastarda. La bastarda de Trevor... con el amor de su vida, lo que es loable. Siempre guardaré en mi corazón el cariño de mis padres... Y todo lo que desafiaron para estar juntos. Habría sido tan diferente si nuestra familia jamás se hubiese roto... Pero ni sabiendo cuánto se amaban, estoy dispuesta a que me señalen como la hija ilegítima...

No me avergüenzo de mis padres, Belle, pero las personas son crueles con quienes no procedemos de una unión según las costumbres.

Trevor fue el hermano mayor de Kilian, el amor de Lisa.

—Sí, habría sido distinto si hubieses crecido con tus padres.

—A veces sueño que aún viven y en cómo sería mi vida. —Fantaseó con un final que no podía cambiarse.

—Es importante que elijas el camino que transitarás de hoy en adelante porque mereces ser completamente feliz —intervino Rose—. Tus tercetos guardianes ya te han sobreprotegido demasiado y ya vas a cumplir veintiún años...

—¿Es por mi edad? ¿Lord Sadice y Oso piensan que me escaparé del férreo control de ambos ahora que cumpliré veintiuno? —Sonrió con alivio. «Es solo eso», pensó—. Y yo creyendo que las pesquisas de lady Abbott habían dado fruto. Se me hacía imposible, ni siquiera he sido presentada en sociedad, y aunque tengo la edad para casarme... No soportaría que aparezca un pretendiente de la nada, uno por quien no siento el más mínimo interés. No sé si estoy lista para casarme y menos con un completo desconocido.

—No te adelantes —le pidió Isabelle—. Solo respira. Nosotras seríamos las primeras en defenderte si nuestros esposos pretendieran casarte con alguien a quien no amas. Lord Oso y Kilian se casaron por amor, serían unos hipócritas si te recomendaran lo contrario.

—Tampoco lo permitiría —sostuvo Rose.

Sin dilatar más la espera caminaron hasta el estudio del marqués y allí, con los rostros muy serios, las aguardaban Kilian y Oso, los que se pusieron de pie al verlas entrar. Al igual que otro individuo que identificó como el abogado de la familia, quien acudía a menudo a la propiedad.

El marqués se aproximó y la invitó a tomar asiento. Todos se acomodaron a excepción del abogado que permaneció de pie al lado de Oso que se sentó en su silla. Kilian ocupó la butaca cercana a Annalise, y las damas se acomodaron en un amplio sofá que estaba junto a una ventana, desde donde se podía observar los copos de nieve caer.

—Annalise, sabes que soy tu amigo y quiero que siempre me veas como a un hermano mayor, uno comprensivo, no gruñón —planteó Oso haciendo esas aclaraciones.

La aludida lo escuchó atenta, pero tras el último planteamiento arrugó la nariz. Si bien recordaba, cuando lady Abbott informó que ya estaba lista para su presentación, la temporada anterior, aquel pospuso ese momento todo lo que pudo, tanto así que seguía sin hacer su debut. Según él nunca estaría lista para enfrentar a la manada de «libertinos londinenses», como se refería a los caballeros solteros. Y casi se le pasaba la edad. Iba a presentarse con jovencitas de diecisiete y dieciocho.

—No la acapares, Oso —intervino Kilian, quien tenía una estrecha relación con el otro desde la niñez—. Querida Annalise, deseo que también me veas como a un amigo, puedes confiar en mí. Aunque soy tu tío, no hay mucha diferencia de edad entre nosotros así que será más fácil —le aseguró Kilian, siete años mayor, a diferencia del marqués que le llevaba nueve. Para ella era casi lo mismo.

La joven abrió mucho los ojos, pues habló de su parentesco con todas sus letras. Aquel secreto que guardaron férreamente desde que descubrieron que era hija de Trevor.

—Conmigo, Rose y el resto de nuestra familia solo tendrás amor y comprensión. Jamás cortaremos tus alas —continuó Oso.

—Con nosotros —añadió Kilian, tras compartir una mirada enamorada hacia su esposa—, tendrás un verdadero hogar. Tus primitas serían las niñas más felices del mundo si pudiesen

contar con tu guía y ejemplo mientras crecen. Tu abuela, quien ya conoce de tu existencia, te mimará como no tienes idea. Trevor siempre fue su favorito. Y hay otros primos como Normanby y Norfolk que igualmente arden en deseos de conocerte.

Annalise comenzó a sentirse abrumada.

—No te presionaremos —enfaticó Oso.

—Por supuesto que no —secundó Kilian.

—Si están preocupados porque al cumplir veintiuno querré tomar las riendas de mi vida, pueden estar tranquilos —dijo lo que creyó estaba causando tal conmoción en los hombres.

—Damas y caballeros —anunció el abogado, colocando unos documentos sobre la mesa—, el trámite concluyó satisfactoriamente. Ha sido una suerte para usted, señorita, que sus padres hayan logrado casarse antes del fatídico accidente.

El silencio se apoderó del lugar. Nadie se atrevió a hablar a la espera de la reacción de la implicada. Ella miró a Kilian, después a Oso y terminó por tomar los documentos y revisarlos: la certificación del matrimonio religioso, y unos papeles donde su situación quedaba restaurada. Ya no era Annalise Berry, el nombre con el que nació. Observó la fecha de la boda de sus padres y de la ceremonia de casamiento de su madre, ya como viuda, con el señor Berry. Luego miró su propia fecha de nacimiento, sacó cuentas... Sí, era posible... Es más, era la única posibilidad.

—¿Por qué mi madre no dijo nada? ¿Por qué calló que era la viuda de Trevor Everstone?

—Tal vez fue intimidada por mi padre, quien no la quería en nuestra familia —respondió Kilian avergonzado por el proceder de su progenitor—. Pero, en realidad, nunca lo sabremos. Tras ese accidente donde ambos huían de mi padre y Trevor perdió la vida, Lisa sobrevivió y ya estabas en su vientre. Tu abuelo no siempre tomó las mejores decisiones, tenía otros planes para su heredero. Luego sufrió las consecuencias. Lo que no entiendo por qué sabiendo de tu existencia no reivindicó tus derechos. Mi madre habría sido muy feliz de poder haberte visto crecer.

—Eso es... —No pudo expresarlo en voz alta, pero era evidente que Lisa jamás fue feliz con ese matrimonio que le arreglaron con el señor Berry cuando Trevor murió. Ni siquiera tuvieron hijos.

—Annalise, serás presentada en sociedad como la señorita Everstone —pronunció Oso en voz alta y clara—. Habrá rumores sobre tu procedencia, pero nos encargaremos de disiparlos. Lo único que debemos responder ante los curiosos es que tus padres se casaron antes de la pérdida de Trevor, después naciste y tu madre rehízo su vida en Escocia, lo que es honorable para una viuda. Pero ahora que los Berry ya no están, tu verdadera familia te ha brindado protección.

—¿Dices que, debo irme a vivir con ellos? —le preguntó indecisa. Apreciaba a Kilian e Isabelle, sin embargo, no quería abandonar Bloodworth House y a todos los que ahí vivían.

Price la trataba también como a una hija. El ama de llaves y la cocinera se esmeraron para que recuperara el peso y le hablaban con un cariño profundo que le hizo menos dolorosa la pérdida de su madre. Rose le estaba enseñando todo lo que aprendió de su padre sobre botánica, además de ser amable y tratarla como si fuera su hermana de sangre. Y el pequeño heredero era el dueño de sus sonrisas, se había ganado su corazón.

En medio de sus reflexiones observó a Kilian e Isabelle que se esforzaban tanto por acercarla a ellos, que la apoyaron desde el primer momento en que se descubrió su verdadero origen, y que investigaron hasta lo más recóndito para dar con esa irrefutable verdad. Ella no era hija de Berry y tampoco era una bastarda de Trevor.

—Como señorita Everstone —especificó Kilian—, como Annalise Everstone tendrás los

misimos beneficios que mis hijas, y no solo me refiero a tu dote. Contarás con todo nuestro apoyo económico y moral de hoy en adelante, y ya no estaremos obligados a dar explicaciones ante los curiosos. Es tu derecho legítimo.

—Las puertas de mi casa seguirán abiertas para ti —se adelantó Oso—. He dicho que somos parientes lejanos por la vía de tu madre, y aunque no es cierto, estrangularé a quien se atreva a desmentirme. Así que no tienes que dejar de vivir con Rose y conmigo. Aunque, será lady Sadice la que te presente delante de la reina. Rose está de acuerdo, no podemos quitarle ese privilegio. Y es lo más aceptable socialmente, debido a que tu parentesco con los Sadice es más próximo.

—Entiendo —musitó, era lo más conveniente y por eso los Sadice y los Bloodworth estaban de acuerdo.

—Aunque morimos de deseos de recibirte en nuestra morada, respetaremos tu decisión —cedió Kilian, a pesar de que se notaba que su esperanza estaba puesta en llevarla a Sadice House.

—Gracias... —le susurró la joven con las mejillas ardiendo por el cúmulo de emociones—. No tengo cabeza para tomar una decisión en este momento. Solo poseo agradecimiento en mi corazón hacia los cuatro. ¿Sería muy egoísta si pido un poco de tiempo? ¿Podría retirarme a descansar? Necesito asimilar que ya no soy Annalise Berry, que mi padre de hoy en adelante será Trevor Everstone y que yo no pertenezco más a la familia que no cuidó de mí cuando mi madre abandonó este mundo. En serio creo que soy muy afortunada, primero porque Dios te puso en mi camino y me rescataste cuando más lo necesitaba —le aseveró a Oso mirándolo a los ojos—. Después porque conocí a Rose y me levantó el ánimo desde el primer segundo que conversamos. Y ahora, porque hay una legión de Everstone reclamándome y deseando reintegrarme a su familia.

—Sí, somos una legión, está mi madre, mi esposa, mis hijas y la criatura que viene en camino —sostuvo Kilian esperanzado—. Tienes también a mi primo Normanby, un soltero empedernido, pero quien será muy comprensivo contigo. Es el favorito de la familia, le tomarás cariño. Y podrás contar igual con el duque de Norfolk, un poco huraño, pero quien te defenderá con fervor. Trevor era su mejor amigo. Además, Norfolk tiene un ejército de hijas que te harán sentir que perteneces a una familia muy grande dispuesta a dar y a exigir amor a raudales.

—Tómate el tiempo que desees, Annalise —le dijo Isabelle acercándose a ella y abrazándola de nuevo en señal de bienvenida oficial a la familia.

—Annalise querida —le aseguro Rose aproximándose también—. No importa cuánta sangre Everstone corra por tus venas, siempre serás uno de nosotros.

Capítulo 2

Londres, Bloodworth House, febrero de 1868

Annalise no estaba acostumbrada a recibir tanta atención, pero lidió con ello con elegancia. Como predijo Oso, su círculo social estalló en murmullos cuando fue presentada oficialmente como señorita Everstone —más porque su residencia seguía ubicada en la propiedad londinense de los Bloodworth—, pero como su procedencia fue justificada y tenía una dote prominente, además del respaldo de títulos antiguos y respetables, pronto la nobleza se acostumbró a su presencia y calló lo que fuese que desease opinar.

En ese primer año, tenía a su abuela Marybeth sosteniéndole la mano para que nada empañara sus noches. Conocerla fue de las experiencias más hermosas que tuvo desde que llegó a la ciudad, la vizcondesa viuda era una dama muy peculiar, amante del arte y quien no tardó en robarse su corazón. La muchacha era lo único que le quedaba de Trevor y no estaba dispuesta a desperdiciar ni un segundo lejos de ella.

Tal como previó Kilian, la familia la acogió con alegría y esperanza. Todos querían una oportunidad para conversar con Annalise e intentar recuperar el tiempo perdido. Las hijas de Kilian: Blair, Iris y Sophie eran las criaturas más tiernas y juguetonas que había conocido, pero si se unían con las cinco hijas de Norfolk, ahí sí que el ambiente terminaba convertido en una auténtica locura. Eso hasta que las niñeras lograban volver a poner orden. Normanby y Norfolk fueron justo lo que le aseguraron, le brindaron su total protección.

Su vida había cambiado para bien, después de sentirse tan sola, contar con su familia paterna, así como con la de Oso y los Peasly, y con sus amigos más cercanos fue reconfortante.

El primer baile de la temporada inició en Bloodworth House, Rose era una gran anfitriona y Annalise por primera vez sintió que tenía el mundo a sus pies. Y, aunque, no era algo que la motivara o fuese un anhelo por cumplir, la sensación que la recorría era de alegría, felicidad, reivindicación.

—Gracias, abuela, por el vestido —le dijo con un tono cariñoso. Los obsequios de parte de sus familiares también eran numerosos. Pero no se sintió agobiada, trataba de entender las muestras de afecto, después de tanto tiempo alejada de los Everstone.

—Se le ve hermoso, el azul oscuro realza la blancura de su piel y el brillo de sus ojos y cabello —se adelantó lady Abbott, quien fue una de las primeras en arribar a la recepción.

—Usted hizo un trabajo digno de la realeza, lady Abbott. Tendrá siempre mi agradecimiento —le comentó con una sonrisa Marybeth a la otra dama, de edad similar a la suya, ambas rondaban los cincuenta y tantos.

—No sabía que esta jovencita era su nieta, ha sido grato conocerlo. Sí, tiene el sello de sus hijos —añadió lady Abbott, quien no solía guardarse sus impresiones, pero lo hacía de buena fe—. Ahora viene la parte más importante, es una suerte tener con quien compartirla. Debemos buscar al candidato adecuado. Lord Oso y su hijo, lord Sadice me han llenado de requerimientos. —Hizo una pausa para soltar unas cortas y sonoras carcajadas—. Quieren un príncipe azul para su valiosa joya.

—Y no podría ser de otra forma —sostuvo con orgullo Marybeth.

—No sabía que los Bloodworth y los Everstone estaban emparentados, valioso aporte para mi

estudio genealógico de las familias de la alta nobleza —arguyó Abbott.

—En realidad no estamos directamente emparentados, la madre de Annalise era prima lejana de lord Oso. —Marybeth tuvo que carraspear al final de la frase. Odiaba mentir, pero la familia defendería ese supuesto ideado para alejar a los amantes de los rumores.

—Muy conveniente —aportó lady Abbott, quien era muy cercana a lord Oso debido a la gran amistad de su sobrina y su esposo con el marqués. Pero, por el inmenso cariño entre ambas familias, también solapó la invención que le pareció una acertada salida.

—Una dote generosa y conexiones privilegiadas —enfaticó la abuela y ambas continuaron debatiendo.

—Unido a una belleza exquisita, predice que hará un estupendo matrimonio. Espero que haberse educado en Escocia como una Berry no opaque su potencial.

—Coincido en que, tal vez, alguna dama muy quisquillosa podría poner reparo en lo enrevesado de su origen y en su crianza. Sin embargo, conociendo la oferta de señoritas casaderas en el mercado matrimonial para esta temporada, sigo sosteniendo que conseguiremos un estupendo partido.

—Tuve en la mira a un gran candidato desde el verano pasado. Un soltero que deseo fervientemente ver casado. Es guapo, gentil, educado y por Dios que ese hombre necesita una esposa que lo cuide como solo él se merece —dijo en medio de una ensoñación recordando sus dotes.

—¡Lady Abbott! —le llamó la atención Marybeth, más que casamentera parecía que la lujuria se había apoderado de ella, como si necesitase hincarle los dientes a un succulento filete—. En fin, revele quién es ese maravilloso partido que estuvo valorando para Annalise.

—Ya no se puede lograr ese compromiso. Sé de uniones de ese estilo, pero lo considero grotesco, en este caso particular. Me refiero a lord Normanby.

—¡Mi sobrino! —exclamó asustada al conocer las bajas pasiones que Edgar Payne, marqués de Normanby, despertaba en la pobre viuda—. Tiene usted razón en algo, mi querido Edgar necesita casarse cuanto antes. Su hermano y yo ya estamos trabajando en ese asunto. Pero nuestra hermosa Annalise no terminará casada con el primo de su padre, también lo considero aborrecible.

—Bueno, estudiemos la propuesta que le traigo de caballeros solteros, veamos cuál es el más adecuado para su preciosa nieta.

Annalise las dejó departiendo sobre ese asunto que les preocupaba más a las damas que a ella misma. Al contrario, estaba deslumbrada con el baile, los asistentes, los gallardos caballeros y las elegantes maneras de las señoritas.

Se fue introduciendo en la pista, donde los músicos preparaban sus instrumentos y los fragmentos de melodía le llegaban, alegrando sus oídos. En la mano sostenía su carné de baile y como tuvo acceso a la lista de invitados confirmados, aguardaba por el único que anhelaba que le solicitara un baile.

Desde que lo conoció la impactó de un modo inolvidable. Aquella vez, tiempo atrás, cuando irrumpió en Bloodworth House para hacer reclamos muy osados a quien por aquel entonces era el prometido de su hermana: lord Oso. Fue como una llamarada ardiente que podría quemar a quien se atreviese a tocarlo. Tan impetuoso y rebelde. Todo sucedió porque, cuando Rose y el marqués aún no estaban casados, Jacob fue un defensor exaltado de la honorabilidad de su hermana.

La fuerza de sus palabras, el sonido de su voz, su valor... Se le quedaron grabados a

Annalise. Y, aunque más adelante los presentaron, él jamás la miró de un modo que indicara que sentía algún tipo de atracción por ella.

Pero el momento más significativo relacionado con Jacob, fue sin duda aquel donde lo encontró sin camisa lanzando sus improperios al viento. Por suerte, Jacob no se dio cuenta de su intromisión. Era difícil mirarlo sin que aquellas imágenes volviesen a colarse en su mente y causaran reacciones en ella, como ruborizarse en el momento menos oportuno, justo cuando estaban frente a frente y se suponía que debían hablar de algún tema trivial.

Después vino aquel desayuno desastroso, donde él terminó huyendo a Oxford. Y en lo adelante él solo fue cortés en situaciones sociales. ¿Podía culparlo por no sentir? ¿Valía la pena esforzarse para intentar conquistarlo?

Annalise jamás dejó traslucir sus impresiones sobre el caballero, por pudor, más que otra cosa. Pero, por Dios, que cada vez que sus destinos volvían a cruzarse, su mundo se paralizaba por completo. Intentó sacárselo de adentro, pero no pudo. Pasó a ser una espectadora silenciosa.

Y cuando Jacob Peasly no estaba librando una batalla contra alguien o algo que lo sacaba de quicio, se comportaba de modo completamente racional. Serio, reservado, correcto. Lo que tenía una explicación, una que ella se dio a la tarea de dilucidar, quería saber todo acerca de él, y aunque casi no intercambiasen palabras, más que un saludo o comentario intrascendente, tenía la fuente de información más confiable: su hermana Rose. A quien interrogaba con suma sutileza.

Jacob Peasly, barón Peasly desde que su padre abandonó este mundo, era un caballero en toda la extensión de la palabra. Tuvo una educación estricta, pues su progenitor fue muy exigente con sus hijos, demandándoles el máximo esfuerzo en cada esfera de sus vidas. Y los tres, Rose, Daisy y Jake superaron sus expectativas, se liberaron del yugo paterno.

Jacob fue quien más sufrió las exigencias del padre, por ser el heredero del título. Experto en armas, estudioso dedicado y deportista consumado como remero de la universidad de Oxford. Lo anterior lo dotó de espaldas anchas y cuerpo atlético, así como de un tono dorado que contrastaba de modo sensual con su cabello rubio oscuro y sus ojos ámbar. Aunado a su educación exquisita y sus maneras acordes a su rango, sus dotes lo convertían en un espécimen que toda dama casadera quería mirar.

¿Por qué lady Abbott y su abuela no lo mencionaron ni siquiera una vez cuando comenzaron a enumerar candidatos para Annalise? Quizás porque él no había manifestado su intención de desposarse. Jake era tan joven como ella, ambos tenían veintiún años, y él aún no terminaba sus estudios. Por lo mismo, pasaba períodos lejos, muy ocupado en sus asuntos. Pero la responsabilidad del título siempre le hacía retornar a Londres, para la dicha de los ojos de Annalise, que se deleitaba —con el mayor disimulo— en las bondades del joven.

¿Se podía decir que, poco a poco, había ido enamorándose en secreto de Jacob Peasly?

Justo en ese instante lo divisó y sintió su corazón latir más aprisa. Respiró profundo antes de que quedaran frente a frente. Sabía que entre ellos solo era usual compartir un saludo amable pero escueto; sin embargo, no perdió la esperanza de que él notara el carné en su mano, que recordara que era su primer baile y que por cortesía la invitara a la pista.

Tuvo que aguardar con paciencia a que terminara de saludar a las matronas que se interponían en el trayecto entre los dos, las que no perdían la oportunidad de presentarle a sus hijas. Lo vio en más de una ocasión anotarse en el carné de las jóvenes damas y compartir palabras cordiales con ellas y sus madres. No podía ser de otra forma. Jacob no solo era atractivo, tenía un futuro prometedor. Y con cada año que volvía para la regata de primavera, la transformación de su físico a la madurez era más evidente. Ya no parecía un muchacho, como

cuando lo conoció hacía un par de años. Sus rasgos eran los de un hombre hecho y derecho, y por Dios que eso le causaba un ligero rubor a ella en las mejillas.

Él siguió avanzando, eventualmente quedarían uno frente al otro, porque nada la iba a hacer quitarse de su camino. Trató de aplacar el maremoto de emociones que se descontrolaron en su interior. Y, así, mientras se esforzaba en ralentizar su respiración, calmar sus latidos y rogar para que sus mejillas no pareciesen que se habían dado una fiesta de excesos con el rubor, él se acercó.

¿Desde cuándo no lo veía? No vino para Navidad, tampoco al inicio del año. Trató de sacar cuentas, pero su mente estaba idiotizada y se sentía terriblemente mal por ello. Suplicaba al cielo que, cuando abriera la boca, de esta saliesen frases inteligentes, y que sus palabras no fuesen un reflejo de sus sentimientos desbocados.

—Señorita Everstone —le dijo él con la propiedad y el tono respetuoso que le caracterizaba. Lucía muy serio.

Había escuchado a Rose mencionar en varias ocasiones que, tiempo atrás, Jake fue un joven muy alegre y entusiasta. No obstante, justo cuando Annalise arribó a Londres, él cambió por completo. Fue una coincidencia. Los Peasly tenían muchos secretos, ella no los conocía todos, pero sabía que influyeron en el carácter de aquel.

—Lord Peasly —lo saludó. Consideraba que dado el grado de cercanía podrían tutearse, Annalise era muy apegada a la familia. Sin embargo, él casi siempre se adhería a la etiqueta.

—Felicidades por las buenas noticias. Mi hermana me puso al corriente. Es un interesante desenlace. Espero que conocer de su parentesco con lord Sadice y los suyos no suponga un inconveniente.

—He tenido unos meses para adaptarme a esta nueva realidad.

—Todo se acomoda con el tiempo. Ahora sí, con su permiso —agregó sonriendo, con la intención de seguir de largo.

«¿Qué?! ¿Y la invitación para el baile?!», pensó. Desilusionada, apretó el carné entre sus dedos. Algo se rompió en su interior en ese momento. «¿Es que nunca se fijaría en mí?», pensó. «¿Para él sigo siendo la muchacha desamparada a la que lord Oso le brindó refugio? ¿O, simplemente, no le atraigo? Seguro es eso».

—Adelante —añadió con rapidez. Su orgullo habló por ella, la envolvió en un abrazo sólido y la sostuvo, para que el golpe contundente de la indiferencia no la hiciese caer de rodillas.

«¿Puedo culparlo por no sentir nada?», se repitió. Cuando Jacob se fue, la joven suspiró profundo tratando de doblegar sus signos que se dispararon tras la decepción. Antes, solía consolarse con el hecho de no haber sido presentada en sociedad y que por eso el hombre era cauto. En ese momento, ya no supo qué creer, porque él no se anotó en su carné pero sí en el de las otras jovencitas que se cruzaron a su paso.

Tal vez las matronas de esas damas fueron más eficientes que las suyas, quienes seguían buscando pretendientes en otras direcciones. Quizás con sutileza propiciaron que el gallardo caballero apartara ciertas piezas del listado aquella noche para sus hijas.

¿Debía insinuarle a lady Abbott sus aspiraciones? Pero no era un joven de otra familia, era Jacob, el hermano de Rose, si su interés se hacía del conocimiento de aquel y él la rechazaba... ¿Con qué cara iba a mirarlo en los eventos familiares con los Bloodworth donde ninguno de los dos podía faltar? No, no lo iba a presionar.

Era el punto final. Respiró hondo. Aceptaría la invitación de los otros solteros que se acercaron interesados en ella, a quienes dejó esperando. Era definitivo, Jacob Peasly, estaba fuera

de sus intenciones para siempre. Su corazón tendría que aceptarlo, por lo pronto su voluntad comenzó a esforzarse en buscar nuevos pretendientes.

—Señorita Everstone. —Escuchó y la voz que la sacó de sus reflexiones era conocida.

—¿Ja...? ¿Lord Peasley? —preguntó sobresaltada. «¿No se había ido ya? ¿En qué momento dio media vuelta y volvió a aproximarse?», caviló. No pudo evitar temblar, más por su poco tino, casi lo llamó por su nombre de pila como solía hacer cuando pensaba en él.

—¿Está bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? —soltó lo primero que le vino a la mente. La vergüenza comenzó a tinterle las mejillas. ¿Era tan evidente el desastre que eran en ese instante sus emociones?

—Se le ha caído el... —Señaló al suelo donde el carné de Annalise estaba desparramado y a punto de ser pisoteado por otro de los invitados.

Ella se percató de su pérdida, no notó el momento en que se deslizó de sus dedos y terminó sobre el lustroso mármol. Tan ofuscada se sentía.

Jacob se inclinó y lo levantó, lo sacudió y tras comprobar que estaba intacto se lo devolvió.

—Gracias. —Fue todo lo que pudo decir.

—¿Iba a llamarme por mi nombre de pila? —preguntó directamente con una sonrisa.

¡Vaya! Aquello le divirtió al caballero. Annalise se sintió mortificada. No tenía cómo disuadirlo de su conclusión, fue muy evidente.

—Discúlpeme, milord —recurrió a la mayor formalidad posible. ¿Por qué él le obsequió una sonrisa en ese preciso momento en que la vergüenza la devoraba viva? Y era tan educado. Por un lado, había cierto encanto en sus respetuosas maneras, pero por otro lo hacía parecer inalcanzable. Más porque no eran dos extraños. Llevaban casi dos años de conocerse, y habían compartido muchas comidas familiares, ratos de ocio, y momentos especiales donde solo estaban presentes la familia y los amigos más íntimos—. Su hermana habla todo el tiempo de usted y lo llama por su nombre, es un poco contagioso.

—También me repite su nombre cientos de veces al día, cuando estamos juntos. La aprecia. No pida disculpas, quizás está justificado el trato cercano entre nosotros y no haberlo propuesto antes me hace parecer algo estirado. No me gustaría haberle causado una mala impresión.

—Por nada del mundo usted me causaría una mala impresión. —Bajó los párpados muy apenada, con temor de que se trasluciese en su semblante «la clase de impresión» que él le producía.

—¿Recuerda el día que nos conocimos?

—Sí, fue una situación muy particular. Usted retó a duelo a lord Oso. —«¿Cómo olvidarlo si parecía un ángel justiciero?», recordó, no se atrevió a expresarlo en voz alta.

—Quizás no fueron las mejores circunstancias. Pero le juro que soy honorable. Estoy trabajando para reaccionar con más control de mis emociones en situaciones como las de aquel día, las que me llevan a explotar.

—No me queda duda de que es un caballero —aseguró. Aquella vez lo vio en su faceta menos agradable, cuando Jacob se enfurecía, solía ser impulsivo, y enfrentarse sin miedo para defender con ahínco su postura. La dualidad en su carácter era un misterio, dos polos. ¿Qué lo llevó a volverse así?

—Tal vez podríamos tutearnos —propuso y a la señorita el corazón le latió diferente ante la sugerencia. Sí, ella lo anhelaba desde tiempo atrás. La esperanza volvió a emerger—. Pero... —continuó Jacob—: No sé si lord Sadice lo considere apropiado. Al fin y al cabo, usted y yo no

somos familia —sostuvo, parecía que pensaba en voz alta. Annalise volvió a desilusionarse. — Sin embargo, si considera que puede tomar una decisión al respecto, me haré cargo de las consecuencias. ¿Me permite llamarla Annalise?

La última frase fue certera.

—Claro, es viable por completo. —Se recriminó internamente por cómo sonaba. En su vida había sido tan fría y formal.

—Annalise, ¿me concederías alguno de los bailes de esta noche? Debí empezar por ahí, por eso regresé sobre mis pasos. Fue descortés no pedírtelo antes... Pero también me debatía en si era correcto o no, tomando en cuenta que eres la protegida de mi hermana. No quiero abusar de tu confianza.

La respiración de la joven se volvió entrecortada. No podía despegar sus labios sin ponerse a tartamudear. ¿Cómo saldría de aquel sofoco? Carraspeó, fue inevitable. Después inspiró todo lo que pudo antes de quedarse sin aire.

—Sí, puedo hacerlo. Aún no se han agotado —contestó como si tal cosa, no cuando esa petición era la más importante de toda la noche. No quería sonar muy interesada. Y mientras, aquel anotaba su nombre cerca de un vals con su caligrafía perfecta, ella seguía encima de una nube.

No sabía cómo ejecutaría las piezas que le precedían a la elegida por Jacob, ni cómo iba a contener la emoción hasta que llegase ese momento. Pero estaba segura de que sobreviviría. ¡Bailaría con Jacob Peasly! Algo con lo que fantaseó desde mucho tiempo atrás.

Capítulo 3

Jacob agradeció con una sonrisa, y tras una reverencia se alejó de la pista de baile en dirección a la mesa de bebidas. Aunque la noche era fresca, sentía que tanta gente en aquel sitio elevaba la temperatura del lugar. Bebió una limonada para calmar su sed y después solicitó algo más fuerte a uno de los lacayos. Solo fue cortés con la muchacha al ofrecerle el baile, pero la emoción en los ojos de aquella no le pasó desapercibida.

El día que la conoció era otra persona muy diferente a la que esa noche resplandecía en los salones de Bloodworth House. Reconocía que era una mujer demasiado hermosa y que no duraría soltera otra temporada. Al menos, saldría de aquella comprometida.

Cuando la vio por primera vez, era una muchachita delgada en extremo, triste, muy callada, pero con una mirada impresionante. Sin embargo, él estaba tan ofuscado con sus propios problemas que no pudo apreciar en profundidad cómo era ella. La siguiente vez que estuvieron en el mismo lugar, la detalló un poco más. No solo le pareció atractiva, sino que el anhelo que sopesaba en la superficie de sus ojos lo llenó de curiosidad.

Sabía que era intocable, era la protegida de Oso. Por eso mantuvo la distancia y desde su sitio observó en silencio los progresos de la señorita.

Con cada visita, Annalise iba recobrando peso, su rostro se volvió rebosante y su cuerpo se llenó de una salud que podía dejar sin aliento a más de un caballero. Pero ella tampoco lo miró dos veces, siempre se mantuvo distante y Jacob, decidió que no debía poner sus ojos en la señorita —aunque sus pupilas lo traicionaban cuando ella no se percataba de su acecho—. Rose la trataba como a una hermana, ¿debía entonces mantener su interés lejos de la muchacha?

Sin embargo, eso cambió un verano cuando por remodelaciones en su casa debió quedarse en la residencia de Rose. Un ruido estrepitoso le advirtió que alguien husmeaba la conversación que sostenía con su ayuda de cámara, dentro de su habitación, justo al estar con el torso descubierto. Se asomó furibundo, pero la furia se desvaneció de su rostro al ver el revuelo de unas faldas color melocotón huir en dirección opuesta. El corazón le bombeó frenético, ¿por qué Annalise lo había espiado cuando él estaba casi desnudo? Aquello lo impactó. Tanto así que cambió su idea de desayunar en el dormitorio y bajó con todos al comedor, solo para ver qué tan serena se mantenía tras su atrevida incursión.

—Hermano. —La voz fuerte de Oso lo sorprendió. Le encantaba llamarlo así, y socialmente se justificaba porque eran cuñados. También se refería a él usando la misma palabra.

El afecto entre ambos crecía cada día más, también la confianza. Jacob lo tenía como un referente, apreciaba sus consejos, incluso más que los de su tío paterno, su padrino. Los dos hombres en los que en su juventud se apoyaba ante la toma de decisiones difíciles, aunque no siempre era necesario, Jake tenía bien sujetas las riendas de su vida.

—Oso —le devolvió el saludo.

—¿Has invitado a Annalise a bailar?

—¿Me espiabas? —inquirió preocupado, temiendo estar perdiendo el arte de disimular o no transparentar sus emociones.

—¿Tengo que hacerlo? Solo me acerqué para pedirte que la invitaras a bailar, no deseo que quede ni por un segundo en el fondo del salón, como esas señoritas que nadie mira dos veces.

—Créeme que Annalise no tendrá ese problema, habría que ser ciego para no advertir su belleza.

—¿Annalise? —Le extrañó que se refiriese a ella por su nombre de pila.

—Ahora nos tuteamos, espero que no te moleste, Oso.

—¿Debería? Somos familia y está justificado el trato cercano. —Enarcó una ceja.

—¿Lord Sadice y tú son conscientes de que tienen un problema? ¿Has escuchado lo que los caballeros murmuran sobre ella?

—Nadie se ha atrevido a pronunciar una palabra al respecto en mi presencia. ¿Qué dicen? ¿Y quiénes comentan para no perderlos de vista?

—No te ofendas...

—¡Habla! Prefiero estar informado.

—Tu pupila ha causado un revuelo en los solteros. Pero...

—Siempre hay un maldito pero... —siseó con arrogancia.

—Las madres están recelosas por lo aparentemente turbio de su procedencia. —Arrugó el entrecejo al develar ese dato.

—¡Demonios! Las conexiones y la dote se encargarán de disipar esos rumores. Además, no hay nada turbio en su origen.

—Me consta. No tengo problema con su pasado.

—Tampoco arreglaré un matrimonio para ella con un caballero que solo se acerque por la dote. Si el pretendiente no es responsable de sus propias finanzas y no tiene las arcas rebosantes, no lo dejaré aproximarse.

—Y sí, estoy anotado en su carné —dijo de pronto y se le quedó viendo para ver su reacción.

—¿Entonces la has invitado sin que yo te lo pida? —Oso entrecerró los ojos y lo estudió detenidamente, ¿por qué lo hacía?

—Sí, es su primer baile, hermano. Sería descortés no prestarle atención. ¿No crees?

—Jake, ¿has pensado en el matrimonio? ¿Has elegido una fecha para casarte?

—Tengo veintiún años...

—A esa edad muchos ya tienen esposa y están engendrando herederos.

—Suenas como lady Abbott o mi madre. —Jacob se carcajeó en su rostro— ¿Ahora eres casamentero? A mi edad no soy un libertino como tú lo fuiste, pero aprecio mi soltería.

—¿Hay alguna señorita que te llame la atención, que te guste de modo especial? También he escuchado lo que susurran las damas sobre ti —jugó con descaro—. No es que tengas que desposarte mañana, pero me cuesta creer que no aproveches tu juventud para dar rienda suelta a la pasión.

—Conozco los comentarios que suscito a mi paso, tampoco me afectan o me hacen perder el suelo —admitió con una sonrisa ladeada de suficiencia—. Solo me dan risa, hay más humo que evidencia en esos rumores. No tengo amantes, aunque más de una dama ha sido tan atrevida como para proponérmelo. Las mujeres de hoy en día no cuidan su pudor.

—Hablas igual que un rígido religioso. Un hombre de tu edad debería estar volando de flor en flor... —En serio le preocupaba lo que hicieron con Jake, tantas lecciones de moral de una fuente tan poco confiable: Leonard, su padre.

—No puedo poner mis ojos en una dama que no sea decente.

—No repitas eso en voz alta delante de otros caballeros. Serás objeto de burlas. No te están pidiendo matrimonio, solo que las deleites con tus artes amatorias —gruñó bajo, ese muchacho necesitaba consejos urgentes.

—¿Entonces, apruebas que casadas, viudas jóvenes e, incluso, señoritas que debían estar recelosas de su honorabilidad ofrezcan sus coqueteos, sin garantías de un compromiso?

—Es lo que provoca un varón en plena lozanía... Deberías sentirte gozoso de despertar la lujuria de las féminas —bromeó y el otro tuvo que estirar su tolerancia. Oso estaba desatado esa noche, riendo a su costa. Pero, en realidad, se sentía orgulloso de Jacob, de cómo llevaba su vida. Solo le gustaba arrojarle dardos de vez en cuando para que dejase de ser tan correcto en toda ocasión—. Sigue dando esos espectáculos en el Támesis, remando como si no hubiese un mañana... —Se rio.

—Bah —bufó—. Cuando conozca a la dama indicada la cortejaré y...

—¿Has yacido con una mujer? —añadió con sorna en la voz y lo remató con unas carcajadas todavía más atrevidas. Se estaba divirtiendo con el novato.

—Por el Creador, hermano. Insistes en lo mismo. He dejado claro que soy celoso de mi intimidad y no te daré detalle alguno.

—A tu edad —recalcó otra vez—, yo podía dar cátedra de las artes de cama. Es mi responsabilidad instruirte, ahora que tu padre no está.

—Mi padre jamás me daría ninguno de los consejos que me das. Los consideraría inapropiados. —De pronto, Jake recordó que todo en su progenitor era una fachada, una completa falsa moral—. Olvida lo dicho. Él no era el mejor ejemplo.

—Concuerdo. Cuando te frustras eres tan impetuoso... Desfogar esa furia que se desborda de ti podría hacerte bien. Pensarías con más frialdad. Y para un hombre poderoso es de vital importancia. Además, cuando te cases debes ser experimentado o no sabrás en qué agujero introducir tu espada —se burló con descaro—. O peor aún, sería nefasto que dejases a tu esposa insatisfecha. Lo que resultaría imperdonable para mi reputación. Mi hermano debe conducirse con maestría en el lecho. Tienes mucho que practicar con tu lengua, manos y «el duro». El atizador no se ubica entre tus piernas solo como decoración.

Jacob miró en derredor para asegurarse de que nadie los estaba escuchando.

—¿Siempre tienes que ser tan vulgar? Te preocupa más tu reputación como amante que la mía. No deberías darle importancia, estás casado... con mi hermana —le recordó.

—Felizmente casado. Y eso es debido a que no me desposé siendo un aprendiz... Mi serpiente estaba bien entrenada, sabía dónde morder con ganas y descargar su veneno. Gracias a eso mi esposa siempre luce una sonrisa en el rostro.

—Por Jesucristo, Oso, baja la voz. Además, estás refiriéndote a... «mi hermana» —repitió mortificado—. No quiero esas imágenes en mi cabeza.

—No veo a ninguna dama remilgada por aquí. Tampoco creo estar hiriendo tu susceptibilidad. Salvo que fueses casto aún o tu virilidad estuviese afectada.

—Mi hombría funciona estupendamente —remató tratando de no caer en su juego, debía tener nervios de acero para tolerarlo. Más cuando el otro jugaba al hermano mayor.

—¿Entonces la usas con frecuencia? O al menos, ¿la usas? —enfaticó.

—Sigue escarbando todo lo que quieras, pero no te daré información sobre lo que hago o he hecho.

—Siempre que trato de introducir el tema, lo cambias a propósito. Ya estás en edad de probar. ¿O te gusta el bando enemigo y eres tímido al respecto? ¡Oh! —exclamó confundido, la mojigatería de Jacob lo hacía pensar, pero bajo circunstancia alguna quería juzgarlo—. Si tus inclinaciones son... diferentes, yo entendería... Soy tu hermano, en mí solo encontrarás apoyo. Sin embargo, no me das esa impresión —continuó reflexionando en voz alta—. Normalmente los

jóvenes de tu edad parecen animales en época de apareamiento, incontrolables. Tu medida es poco habitual.

—Con lo que he experimentado estoy conforme. —Enarcó una ceja—. Ahora mi mente está ocupada en mis responsabilidades, mis estudios, el remo, la equitación. Nunca fui libre de tomar mis propias decisiones, simplemente disfruto de mi autonomía.

—Jacob. —La voz bien impostada de Ferdinand Peasly lo persuadió para que acudiera a su lado.

—Oh, por Hades —masculló Oso—. Ahí viene tu santurrón tío. El responsable de que tu espada siga sin desenvainar.

El barón enarcó una ceja ante el ataque del marqués, que no tenía intenciones de dejarlo en paz.

Bloodworth y el recién llegado intercambiaron un saludo con la mirada. A Oso no le agradaba, el hombre le recordaba a su fallecido hermano, Leonard Peasly, el progenitor de su esposa. Y Ferdinand era tan puritano en apariencia como lo fue el otro, tan necesitado de demostrar su rectitud, que no le daba confianza. Con un ademán se alejó para no tener que soportarlo.

—El duque de Clarence está aquí. Ha traído a su hija. Debes acercarte a saludarlo. Ella ha debutado este año —anunció Ferdinand Peasly, quien solo había tenido dos hijas, las cuales se casaron hacía poco tiempo, así que toda su energía estaba depositada en encauzar el futuro de su prometido sobrino.

—¿Es necesario?

—¿Bromeas? Vamos, sabes lo que hay en juego. Ni siquiera tendría que advertirte, deberías estar informado de su presencia. Es tu socio en todas esas grandes empresas. Y, lo más relevante, tu futuro suegro.

—Lo que detesto. No sé por qué mi padre se asoció con él, y menos por qué me prometió en matrimonio sin mi consentimiento. No viviré supeditado a Clarence. Es autoritario y piensa que porque me supera en edad tengo que bajar la cabeza y acceder ante todas sus imposiciones. Me esforzaré para independizarme. Y en cuanto pueda romperé ese compromiso.

—Sería una estupidez —protestó Ferdinand—. Todos quieren poseer un trato similar al tuyo. No hablamos de negocios insignificantes. Leonard dedicó muchos años de su vida para que dicha sociedad creciera. Deberías tener una atención con lady Laetitia e invitarla a bailar o se interpretaría como un desprecio. Aunque el compromiso no es público, es un acuerdo irrompible entre las familias.

—Ni siquiera la conozco. Y mi padre ya no está vivo para sustentarlo.

—No necesitas conocerla. Es una damisela muy apegada a la fe, obediente. Me consta su devoción. Será una buena esposa.

—Tendrá que esperar, está por comenzar el vals que le he prometido a la señorita Everstone.

—¿Por qué pierdes el tiempo con esa muchacha, cuando puedes invitar a bailar a la hija de un duque, cuya legitimidad no está en entredicho? Y, para más realce, es tu prometida —susurraba, pero su expresión no podía disimular que tenía deseos de gritar, necesitaba hacer entrar en razón a su sobrino.

—La legitimidad de Annalise tampoco está en duda —refutó—. Todo quedó aclarado. Por favor, no vuelva a referirse a ella de ese modo.

—¿Por qué te refieres a esa señorita por su nombre de pila? No son los modales de un caballero, no son tan cercanos. ¿O sí y lo desconocía? ¿Es por Rose? Como sea, es irrelevante.

Debes acudir con el duque, ahora. La Everstone tendrá que esperar, pero tu prometida no. Están aguardando por ti... Lady Laetitia es una excelente candidata y no estará mucho tiempo en el mercado matrimonial, si la desprecias. La familia desea que te cases y el acuerdo precede a tu voluntad.

—¿Con «la familia» te refieres a tu tío obispo y a tu primo cardenal?

—También son tu sangre.

—Mi padre se regía por sus consejos y sé que tú lo continuas haciendo. Pero, no tengo intenciones de casarme por ahora, ni que «la familia» tome decisiones por mí.

—El matrimonio no es un simple capricho, debes escuchar a tus mayores. Es un negocio para el hombre. ¿Qué te aportará más satisfacción? Unirte a una Everstone reconocida ayer o a la hija de uno de los aristócratas más poderosos de toda Inglaterra.

—Tío, hablas como si el asunto fuese de vida o muerte. Relájate un poco. No me he pronunciado sobre pretender a la señorita Everstone. Es un baile. Soy un caballero y he prometido esta pieza. No la dejaré esperando. —Hizo una pausa—. Si para que los negocios con el duque de Clarence sigan fluyendo en franca paz, debo tener una atención con su hija, no tengo inconveniente en hacerlo.

Lo dejó con una mueca de descontento en el rostro, a Jacob no le pasaba desapercibido, que su padrino solía ser muy enfático, y desde que Leonard falleció intentó tomar el rol de su padre. Sin embargo, aunque lo apreciaba y respetaba bastante, no iba a permitir que nadie más dirigiera sus pasos. Había sido insoportable tener que regirse por las imposiciones de su padre, no le daría igual poder a nadie más.

Casarse con Laetitia sería volver a quedar en una situación similar a la que soportó toda su vida. No se quitaría a Clarence de encima, quien sometería su voluntad pisoteándola hasta que lo hiciera reventar.

Trató de serenarse cuando notó que se le elevaba la temperatura corporal y que tenía los puños apretados. No podía llegar con Annalise en ese estado. Caminó hasta donde ella aguardaba, hizo una reverencia y la tomó del brazo para conducirla hacia la pista. Tragó en seco, era la primera vez que tenía contacto con su piel, y aunque esta estaba enguantada, se sentía la calidez que desprendía.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la joven con gesto preocupado, Jacob resoplaba como una olla de agua hirviendo que necesitaba que se le escapara todo el vapor.

—Perfecto. ¿Has bailado mucho esta noche? ¿Estás complacida? —Cambió el tema abruptamente y curvó los labios, tratando de aplastar su enfado.

—La verdad es que no me esperaba que un baile fuese tan agitado. —La sonrisa en su rostro era imposible de borrar, más cuando él también sonreía—. Parece que no se cesa de girar ni un segundo.

—No es así para todas las damas. Sin embargo, una señorita con un ángel como el tuyo es imposible que se quede sentada por largos períodos.

—Oh. —Fue todo lo que pudo exclamar. Era un elogio, pero la falta de signos de enamoramiento en la expresión en su rostro no evidenciaba si existía una pizca de atracción o únicamente le hacía un cumplido por amabilidad. Decidió pensar que tan solo era educado. No obstante, le complació creer que ya estaba viendo en su dirección.

Ella cerró los ojos cuando sintió la mano de Jacob en su espalda. Se humedeció los labios y levantó los párpados para buscar su mirada. Sin darse cuenta se perdió en sus iris de ámbar brillante.

Él también se distrajo unos instantes en el azul misterioso que nunca dejó de intrigarlo. Suspiró levemente y Annalise lo advirtió. No le importó mostrar la sensación que lo embargaba, la que estaba acostumbrado a reprimir.

No tenía amantes, porque desde que la conoció cuando aún era un jovencito, hasta su mayoría de edad, no tuvo ojos para nadie más. Sin embargo, se mantuvo en las sombras y ocultó cada brasa que se encendía en su interior cuando la tenía cerca. Primero porque era la protegida de Oso, segundo porque su vida fue sacudida por grandes y turbulentos cambios. Pero en ese instante decidió que no podía seguir escondiéndolo. Tampoco deseaba sentir la presión de los demás sugiriéndole cómo proceder.

No sabía qué era el amor, menos cuál era la forma apropiada de cortejar a una dama, pero no pretendía ser instruido. No lo necesitaba, su instinto era su mejor aliado y lo dotaba de confianza. Solo anhelaba dejarse llevar por aquella simpatía que la muchacha le despertaba. Eran tan jóvenes, tan inexpertos los dos... Y todo en ella lo atraía como un imán. Quizá no debió guardarlo para sí. Pero la estocada de su tío trayendo al presente la promesa que su padre hizo en su nombre, le recordaba que el tiempo no perdonaba.

Quería reír, experimentar, caerse, levantarse, fracasar, intentar; pero hacerlo por él mismo y no motivado por nadie más. Solo una persona conocía el anhelo que pululaba en su alma. Oso no lo iba a perdonar por negarle tan privilegiada información, pero su cómplice en el amor solo podía ser su hermana. Rose lo escuchaba y sonreía maravillada antes sus dudas y deseos. Jamás hacía preguntas que él no estaba preparado para contestar. Además de que, era fiel guardando secretos.

—Pero lo que te hace más especial, Annalise, no es tu belleza. Es tu alma —soltó y ella se sintió conmovida.

—¿Mi alma? —Esa faceta de Jacob la desconocía.

—Eres buena con todos a tu alrededor.

—¿Y has podido percatarte de eso? Pensé que no...

—¿Te prestaba atención? —interrumpió. Ella asintió—. Ya ves que te equivocas.

Y como poseída por una fuerza abrasadora, se dejó conducir y brillaron en la pista hasta que la música se detuvo. Solo cuando la música acabó, se percató de los ojos de los presentes encima de ellos. Flotaban en una nube que se esfumó en cuanto el vals llegó a su fin.

—Supongo que ahora debes bailar con otro caballero.

Asintió.

—Imagino que tú también.

—Pero podemos desafiar al destino. Odio los bailes y todas las formalidades de la temporada con el pretexto del bendito mercado matrimonial. ¿Por qué crees que estoy hoy aquí?

—¿No podías faltar al gran baile que daría tu hermana?

—Te equivocas y me encantaría explicártelo. Pero ahora todos nos miran. Sígueme discretamente.

Capítulo 4

El corazón de Annalise casi se detuvo, pero recuperó su ritmo a tiempo, para hacer lo que le sugería. Ella sabía, que aunque fuese Jacob no debía acceder, pero no lo pensó, solo reaccionó. Dijo que le prestaba atención, lo que significaba que no le era indiferente. Todos los preceptos morales que le enseñaron trataron de sujetarla por cada extremidad, con la intención de obligarla a quedarse en el salón, pero Jake por primera vez se convirtió en su cómplice y por Dios que acudiría para desentrañar todas las dudas que la estaban consumiendo viva.

Con una sonrisa disimulada en los labios comenzó la persecución. Él iba delante, ella detrás. Se convirtió en un juego muy atrevido. Ambos iban en la misma dirección, pero debían despistar a todos a su paso.

—Señorita Everstone —la detuvo el siguiente caballero que tenía en su carné. El que reservó una contradanza—. Es nuestro turno.

¿Cómo podía deshacerse de él sin ser descortés?

—Oh, lo lamento. Me he torcido un tobillo.

—¿Está segura? Pero si va más rápida que una gacela...

—Porque necesito una silla cuanto antes.

—¿La acompaño? ¿Desea mi ayuda?

—¡Absolutamente no! —contestó dejando al hombre con la cara perpleja por sus modales.

Casi le pierde la pista a Jacob, quien avanzaba tan sigiloso como un lince. El destino era el invernadero. Se llevó la mano al corazón cuando lo vio introducirse y lo siguió de inmediato. Estaba haciendo justamente lo que le previnieron de no realizar en varias ocasiones. Pero pesó más su curiosidad. ¿Qué deseaba decirle aquel?

Cuando atravesó la puerta de hierro que permanecía abierta, él salió de las sombras, en medio de la oscuridad... Los astros dejaban que una luz tenue se colara por los cristales, iluminando levemente el lugar rebosante, en su mayoría, de rosales, y en medio estaba de pie Jacob. Todos los Peasly poseían singular belleza, llena de elegancia y ojos expresivos.

Jacob la contemplaba en silencio. Sus labios carnosos estaban sellados. Sin embargo, su mirada ámbar transmitía un mensaje poderoso. Antes solo dejaba traslucir que estaba apesadumbrado por sus propios problemas. Pero esa noche, sus iris resplandecían debajo de sus cejas pobladas, más oscuras que su cabello. Y todo lo que emitía era potente y claro: Annalise no eres y nunca fuiste indiferente para mí.

¿Había muerto y estaba en el paraíso? ¿O en el infierno? Porque ese arcángel se veía demasiado tentador. Lo vio tragar y desatar el nudo de su blanca corbata en busca de libertad...

—Jacob, el hermano impetuoso y arrebatado de Rose, mucho gusto... —Su voz tomó un matiz sensual, perdiendo su habitual formalidad—. Creo que es justo que empecemos de nuevo, si esto no te resulta impropio o descabellado.

Ella ladeó la cabeza. Sí, le parecía indecente, pero no se detuvo. ¿Dónde quedó su corrección? Él solo se comportaba impulsivo cuando tenía motivos para que su irritación se disparase. Pero era una fiesta. ¿Qué lo había llevado al límite?

—Annalise. —Sin adornos, fue cautelosa.

—El nombre de un ángel, acostumbraba a pronunciarlo a solas, cuando las luces ya estaban

apagadas y colocaba la cabeza en la almohada. ¿Eres real? Siempre me preguntaba de dónde te había sacado Oso, princesa de nieve. ¿O si eras una criatura mágica con poderes ocultos? ¿Ángel o hada? ¿Por qué llegaste a Bloodworth House? —Quería escucharlo de su boca.

—Larga historia. Y no soy una criatura mágica, soy bastante real.

—Oso me contó algo. Espero que no te moleste. Es una suerte que te haya encontrado cuando más lo necesitabas. Tu abuelo fue el peor de los idiotas —alegó sin nada de respeto a su memoria—. Era el mejor amigo de mi padre, estaban recortados por la misma tijera. Dios usó el mismo molde para crearlos. Seres que solo vinieron a este mundo para causarle daño a quienes más debían amar.

—¿Te lastimó tu padre?

—De cierta forma. Pero ya no pienso en eso. Solo lucho contra la influencia que dejó en mí. Cuando me sorprende pensando como él lo hacía, me detengo, y por Dios que alejo esa creencia.

—Supongo que algo rescatable tenía, nadie es completamente malvado, ni solamente bueno. Rose me está enseñando todo lo que tu padre sabía de botánica. Es alucinante.

—Sí, en eso era magnífico. Pero ¿de qué sirve si tienes el alma podrida?

—Oh, Jake, te expresas de él de una forma tan brusca... Disculpa. No soy quién para juzgarte.

—Perdóname tú por traerlo a colación. Háblame de ti. No es justo que gastemos saliva en él o en tu abuelo —añadió con una corta sonrisa.

Ella negó fascinada, todo lo que iba conociendo del hombre la encandilaba, incluso sus defectos.

—Extraño a mi madre, siempre fuimos muy cercanas...

—Lo siento de verdad.

—Casi no lo expreso, pero jamás la olvidaré. Al mismo tiempo me cuesta reconciliarme con el perdón. ¿Por qué nunca me dijo quién era mi padre?

—Estoy seguro de que lo hizo para protegerte y poder conservarte. Tuviste suerte de crecer a su lado. El viejo Sadice era detestable. Quizás fue la única opción que encontró tu madre para quedarse contigo. ¿Te agrada vivir aquí?

—Todo en Londres me parece fascinante, pero cuando viajamos a las tierras de Oso en Northumberland, lo disfruto todavía más. Creí en el campo. La naturaleza siempre fue mi refugio.

—También me gusta la naturaleza, pero mi padre odiaba dejar Londres. Por lo que soy un hombre de ciudad, chica de campo —dijo juguetón.

—No me deslumbra, hombre de ciudad —jugó también.

—¿Bailamos de nuevo?

—¿Aquí? —preguntó con una risita, sin entenderlo, la música apenas si llegaba hasta ellos. Jacob le extendió la mano con caballerosidad.

—Es más divertido sin público.

—Así podríamos hacer el ridículo sin miedo a que sea memorable —bromeó. No se le daba de forma natural; sin embargo, a veces podía.

—Así podría besarte —confesó con la voz ronca.

Ella bajó los párpados, pero no lo dudó y tomó la mano que aún permanecía extendida.

Él la asió con fuerza por la cintura hasta que sus torsos quedaron completamente juntos. Su cuerpo dio señales inequívocas de que era víctima de la seducción no premeditada del barón. Jacob obedeció a un impulso al invitarla al invernadero. Ella solo esperaba que no se

arrepintiese.

Comenzaron a moverse al compás de la melodía que se filtraba por los arbustos que rodeaban la casa y la herrería del invernadero. Hasta que toda la emoción que hacía ebullición dentro de sus adolecidos y anhelantes cuerpos obligó a sus labios a acortar la distancia.

—Jake —susurró a punto de ser besada y cerró los ojos cuando sus bocas se rozaron—. Esto, esto no es correcto —pronunció y él se detuvo.

—No haré nada que consideres reprochable. Pero ya no aguanto un segundo más sin besarte, princesa de nieve. ¿Sabes a qué vienen los solteros a la temporada?

—Por supuesto, es parte de...

—El sinsentido que se apodera de la alta nobleza de buscar pareja para los que no tienen la suerte de estar casados. Pero tú, ¿podrás ser obediente y casarte con quien te digan?

—Oso me ha prometido que puedo escoger, que puedo casarme por amor...

—Entonces eres muy afortunada.

—Si me besas —agregó cautivada por su aliento—, necesito saber con qué propósito lo haces. No somos dos desconocidos, seguiremos viéndonos en situaciones familiares.

—¿Crees que si mis intenciones no fuesen honorables estaría a punto de besarte? Soy decente. De lo contrario, la fama de libertino me precedería. No juego con las mujeres. Me lo tomo muy en serio. Además, no quiero que Oso me rebane el cuello, ni que Sadice me apalee con su bastón hasta que se le agoten las fuerzas. —Exhaló tratando de hacerla reír.

—Entonces hagamos todo como debe ser. ¿Hablarás con ellos?

—A veces las intenciones no bastan. —No podía explicarle que antes tenía que poner en orden su vida—. No estoy preparado para casarme aún, he estudiado todos los supuestos.

—¿Los supuestos?

—Me atraes, estás de día y de noche en mi pensamiento... No sé si es amor. No sé siquiera qué es el amor. Pero apenas estoy estudiando, levantando mi imperio... Tengo al duque de Clarence aplastándome con su bota como si yo fuera una cucaracha. Estoy en un momento de mi vida en el que debería canalizar todos mis esfuerzos hacia la opción de independizarme económicamente, porque salvo en mis tierras, las que dan ganancias insulsas, los negocios que poseo me pertenecen solo en el cuarenta y nueve por ciento. En mis análisis previos visualicé que, hacia los veinticinco o veintiséis, podría terminar de consolidar mi fortuna, y estaría listo para el matrimonio.

Annalise suspiró.

—Eres muy analítico, a pesar de tu juventud. Creo que tu juicio es acertado, aunque no me favorece.

—Me mantuve apartado por eso y porque estaba terriblemente confundido. No sabía qué hacer con mi vida, ni siquiera entendía quién era yo, en realidad. Ahora que todo se va esclareciendo, comprendo que el primer paso es deshacerme de Clarence.

—En cinco años yo debería estar llena de hijos.... Según la costumbre.

—Es una tradición horrible. Quiero comprometerme contigo... Te juro Annalise que deseo permanecer a tu lado... Pero, por ahora, no puedo quedarme en mis dominios. Fluctúo entre Oxford, Londres, Kent...—Se refirió al sitio donde estaban sus tierras.

—Entonces conducirme al invernadero ha sido en vano. Agradezco tu interés y tu sinceridad, pero no me sirven. Si espero el tiempo que pides, yo sería la más solterona de todo Londres.

—¿No puedes esperar? ¿Tu único propósito en la vida es casarte? —Se arrepintió *ipso facto* de su comentario.

—Por supuesto que no. También tengo sueños por realizar, solo que olvidas que no soy hombre —protestó. La realidad de la mayoría de las mujeres que conocía venía encabezada por el matrimonio y la crianza de los hijos. No había muchas oportunidades y tampoco era bien visto.

—Podríamos tener un compromiso... largo... al menos hasta que concluya mi formación en Oxford —añadió cediendo—. ¿Dos años?

—Y supongo que te lo estás sacando ahora de la manga. ¿Cuáles eran tus planes al traerme aquí, más allá de besarme?

Bajó la cabeza, avergonzado, porque él no había pensado en otra cosa que saquear su boca, estrecharla entre sus brazos y buscar sosiego para el apetito que lo consumía. Cuando Ferdinand lo encaró para recordarle su compromiso con lady Laetitia Percy se sintió frustrado, su corazón solo latía por Annalise y no iba a permitir que se la arrebatasen.

—Creo que debo volver a la fiesta —insistió ella, dando por perdido el acercamiento con Jacob—. Se preguntarán dónde estoy. Espero que no se den cuenta de que faltamos los dos.

—Annalise... mi ángel... Me haces sentir como un canalla. Aguarda... No te vayas... Sí, analizo demasiado cada paso que doy... No culparé a la voz de mi padre en mi cabeza que me susurra sobre el recto proceder...

—¿Tan recto que sedujiste a una señorita para que se besara contigo en la oscuridad?

—Aún no me besas por completo —agregó mordaz, enarcando una ceja y deseando aún apoderarse de sus labios—. Al demonio todo... Haré lo que me exijas... Enfrentaré a... —No pudo terminar la frase—. Hablaré con Oso y también con Sadice. Solo dame un breve tiempo para...

—¿Por qué? —preguntó, sintiendo que se ahogaba. No terminaba de comprenderlo. Si sus intenciones eran honorables por qué se escondía para enamorarla y no hablaba con su familia.

—Porque te quiero. —Se desahogó, intentando sonar convincente. Ella se veía tan desconfiada y no la culpaba. Jacob jamás dio muestras de su afecto en el pasado.

—¿Por qué ahora, después de la frialdad absoluta con la que me trataste siempre?

—¿Entonces soy frío? —indagó sintiendo que era dura con él. No obstante, sabía que ella tenía razón.

—Al menos conmigo. —Fue honesta.

—Annalise, me gustas desde la primera vez que te vi, pero Oso estaba como un perro guardián al acecho. Era muy joven cuando nos conocimos, sigo siéndolo. Mi cabeza era un torbellino. No puedo explicarte por qué me sentía en medio de una tormenta que parecía no tener fin. Mi familia atravesaba por un conflicto que no solo me hacía cuestionar mi identidad... Era caos, desesperación, podía perder absolutamente todo. Y en medio de la despiadada tempestad, apareciste tú. No podía acercarme sin que Oso exigiese saber cuáles eran mis intenciones, y yo estaba confundido... Aquella vez que rompiste un jarrón frente a la puerta de mi habitación en Bloodworth House, te vi huir... —Aguardó un segundo mientras le sostenía la mirada.

—¡Oh, por Dios! ¿Me descubriste? —Sus mejillas se enrojecieron, pero él no mostró molestia por haber sido visto con poca ropa. Solo asintió.

—Era insoportable permanecer bajo el mismo techo que tú después de saber que no te era indiferente. No sé cómo sobreviví al desayuno y tus palabras cortantes. No tenía intenciones de bajar al comedor y cambié de parecer de inmediato. Necesitaba mirarte a los ojos y averiguar por qué... De haber permanecido en la mansión te habría corrompido de todas las maneras posibles. Solo tenía diecinueve años y un peso sobre mis hombros que no sabía cómo soportar. Tuve que poner distancia cuanto antes o habríamos terminado casados o destinados al infierno por pecar.

En mi mente solo estaba la necesidad de seducirte, pulsando de modo insano. Mi cuerpo ardía por tocarte, por estrecharte entre mis brazos desnudos.... ¿Habrías sucumbido ante mis avances?

—No lo sé —admitió perpleja ante su propia sinceridad. Tampoco se sentía lo suficientemente fuerte para detenerlo, menos dos años atrás—. ¿Por qué ahora me hablas de tus pasiones?

—Porque no quiero perderte y has venido a la temporada a lo único que llegan las jóvenes solteras.

—Oh, Jacob. —Le acarició el rostro. Era una bendición escucharlo, era imposible que fuera un pecado ceder ante sus impulsos. ¡Los dos se amaban! ¡O estaban en camino a caer rendidos por completo! ¿Podía ser más feliz?

—No puedo garantizarte que mi vida está en orden, pero lo estoy intentando. En todo este tiempo sigues en mi cabeza.

—Y en la mía, también en mi corazón —admitió sintiéndose reivindicada. No estaba sola. Él igual se sentía atraído, aunque tuviese sus motivos para ser más prudente.

—Igual en el mío. Creo que hace mucho tiempo solo late por ti —confesó abruptamente.

Se miraron devorados por el deseo. Se abrazaron, reconociéndose con cada roce, caricia y suspiro. Sus bocas se aproximaron con calma, sus narices se rozaron con dulzura. La calidez los embriagaba y lo único que deseaban era perderse en el fuego del beso que prometía aquel encuentro. Estaban tan cerca que podían probar el aliento del otro, solo faltaba que sus labios se unieran finalmente.

—¿Jacob? —Una voz femenina los hizo quedar paralizados, exhalaban de alivio cuando vieron que era Rose, quien no dudó en acercarse hacia ellos—. No quiero sonar como la hermana exigente, pero todos los están buscando. Sadice está quemándose en su propia hoguera y Oso te pedirá una explicación. Si se quieren hay otras formas de conversar a solas y no quedar en una situación comprometedor. —Suspiró—. Me siento la peor por tener que decirles esto, como si jamás me hubiese ocultado para besarme con mi actual esposo. Creo que lo mejor es que vuelvan adentro, después buscaré el modo de ayudarlos para que puedan hablar.

Annalise sintió la mano de él apretando la suya, mientras le clavaba una mirada llena de pasión.

Capítulo 5

Jacob regresó al baile por una de las puertas laterales. Pero no tardó en divisar a su hermana al otro extremo del salón, quien lo miraba con los brazos cruzados y el entrecejo fruncido. Rose le hizo una seña y terminaron en la privacidad del estudio del marqués.

—¿Ahora sí me darás el sermón? No le recrimines a ella, por favor. No hizo nada inmoral. Solo conversamos —agregó ligeramente desafiante, mientras giraba entre sus dedos la pluma estilográfica de su cuñado.

—Es la primera vez que le miento a mi esposo y me siento pésima por hacerlo —emitió exaltada cruzándose de brazos—. No le comenté que encontré a Annalise contigo en una posición comprometedora. Tuve que tomar una decisión en fracción de segundo. Me dije: estoy ante Jacob y Annalise, no frente a dos desconocidos. Eso me convierte en cómplice. ¡Cielos, hermano! —Lo observó desafiante y él le devolvió la mirada—. Si Oso conoce del encuentro clandestino terminarán casados tras el breve periodo de las amonestaciones. Y el matrimonio es más que una decisión apresurada. Los dos lucían muy confundidos cuando los confronté, necesitan tiempo para acomodar sus ideas.

—Lo lamento, Rose. Perdóname. —Bajó la cabeza. La marquesa debía estar muy enojada para expresarse con ese lenguaje y en ese tono.

—¿Qué pretendes con ella? —continuó. Lo tomó por la barbilla y lo hizo mirarla a los ojos.

—No lo sé, la verdad es que no lo sé —se sinceró—. No entiendo qué se apodera de mí cada vez que la veo. He tratado de esconderlo, porque sabes tan bien como yo que mi padre ha condenado mi soltería sin contar conmigo. Me refiero al compromiso con la hija de Clarence. Al principio, sentía que tenía que cumplir con ese acuerdo por deber, honor o una mezcla extraña de ambos. Es o tendría que ser mi obligación. Pero, esa resolución se desvanece cuando Annalise aparece frente a mis ojos. ¿Debo atarme a un convenio que no realicé, con alguien a quien no conozco? —Alzó la voz al final y después continuó con los dientes apretados—: ¿Seré menos honorable por abandonar a lady Laetitia, antes de verla al menos una vez? No quiero conocerla y que se haga ilusiones, o que el pacto de palabra termine por sellarse y volverse oficial para el resto de nuestro círculo.

—Como bien dices no la conoces —dijo con dulzura acariciándole los cortos mechones color miel—. Si padre hubiese hecho algo similar conmigo, lo habría desafiado sin dudar.

—Además, detesto a Clarence, por ese inconveniente debería apartarme de lady Laetitia. Nos condenaría a ambos a una guerra sin sentido. Supongo que ama a su progenitor.

—Jake, tu lucha interna debe parar. Por un lado, el joven correcto, un caballero en toda la extensión de la palabra, que aguanta el peso que le han depositado sin nada de clemencia sobre la espalda. Y eso, te agota, y te hace explotar, convirtiéndote en la peor versión de ti mismo cuando ya no puedes soportar la carga y estallas. Pero, tras desahogarte, vuelves al punto de partida y repites el ciclo. ¿Qué pasa en tu cabeza? Padre te moldeó según lo que para él debía ser un hombre honorable, pero ni él pudo regirse por sus estrictos parámetros. Necesitas liberarte antes de que sea tarde. El primer paso que debes dar es dejar a un lado a Ferdinand.

—Es mi padrino, lo quiero. Siempre hemos sido cercanos.

—Te recuerda el amor paterno que tanta falta te hace. Pero no es una buena influencia, es

como padre. Abre tu corazón con nuestra madre. Sé que te brindará consuelo.

—No deseo agobiarla con mis asuntos. —Se desordenó el peinado—. Menos si, ni yo mismo me aclaro. Hay una fuerza que me empuja a cumplir con mi deber, y otra que me exige hacer trizas ese maldito acuerdo que yo no firmé.

—Entonces hazlo, no lo pienses demasiado. Yo estaré ahí, a tu lado, y estoy segura de que Oso también. Nos tienes a nosotros y a Daisy.

—Padre cometió la imprudencia de atar nuestros negocios a los de Clarence.

—Quizás creyó que era una excelente idea, nunca debió ofrecerte a ti en prenda. Pero Oso es sagaz en los negocios, podrá ayudarte a romper esos lazos comerciales, algo debe poder hacerse. No todo está perdido. Oso daría su vida por ti. Y tú posees el valor y el talento para enfrentar este desafío. Los dos unidos son una fuerza peligrosa. Clarence debería estar poniendo sus barbas en remojo. Algo lo va a golpear muy fuerte y no se percatará de dónde vino la ofensiva.

—Oh, Rose, mi querida Rose. Tú levantas al más caído de los soldados.

—Vamos al baile. Y algo más, adoro a Annalise, si lo que sientes es tan fuerte como para ser duradero... lucha. Veo esa unión con buenos ojos.

—Gracias.

—Ya era hora de que dejaras de suspirar por los rincones y que le confesaras tus sentimientos. Porque supongo que lo has hecho.

—No sigas. Pero estoy contento. Soltar todo lo que tenía reprimido en mi garganta durante tanto tiempo se siente liberador.

—Anúdate la corbata —le aconsejó con un guiño cómplice, y él recordando que la desató en el invernadero siguió su recomendación con una sonrisa.

Cuando abandonó el estudio, lo primero que vio fue a Ferdinand quien aguardaba por él. Los había visto encerrarse y decidió esperar. Era un hombre físicamente similar a Jacob, pero años mayor. Los Peasly eran muy parecidos entre sí.

Al tenerlo al frente, el tío volvió las palmas hacia arriba.

—Has dejado a lady Laetitia esperando. No he sabido qué decirle a su excelencia cuando ha preguntado por el motivo de tu tardanza.

—Mi hermana me necesitaba —se excusó con lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Le sucede algo a mi sobrina? La he visto muy alegre, salvo cuando estabas desaparecido. Justo en el momento en que la señorita Everstone también brillaba por su ausencia.

—No tengo nada que ver con la joven. —Abrió mucho los ojos en señal de advertencia, para que abortara el tema, no iba a permitir que pusiera su nombre en entredicho—. Solo bailé una pieza con ella y tuve un asunto que atender. Por cierto, me disculpas con su excelencia. Debo retirarme.

—Estás jugando con fuego. Deja la arrogancia y camina en su dirección de inmediato. —Su mensaje era prepotente, pero no su tono. Sabía que la presión debía ser mermada o Jacob enardecería y no volvería a guiarse por su consejo.

—Lamento no complacerte.

—Si no bailas al menos una polca con esa dama, tu comportamiento será tomado como apatía, rechazo, insolencia. No deberías hacerla esperar, al contrario, tendrías que postrarte a sus pies por un comportamiento tan desdeñoso. Tu prometida asiste al baile de tu hermana para finalmente conocerte y la humillas escabulléndote por los rincones. ¿Qué te sucede?

—Me conoces y sabes que no soy así.

—Entonces demuestra lo contrario. A tu edad se toman decisiones que no son las más

adecuadas, pero algunas son para toda la vida y tendrás que vivir con ellas...

—Lo sé, mi padre se encargó de que jamás lo olvidara.

—No entres a ese matrimonio con el pie izquierdo o tu esposa nunca te lo perdonará. Es el primer baile de la temporada, justo en el año de su presentación. Es la hija de un duque, puede aspirar a algo más digno que un barón...

—Lo sé y no tengo intenciones de obligarla a rebajarse a unirse conmigo. Yo no firmé el acuerdo.

—Pero eres el más interesado en mantenerlo. Tu padre te consiguió un fantástico y conveniente arreglo matrimonial. ¡La hija de un duque! —Ya no pudo evitar alzar la voz.

—Me agotas, tío. Por favor, retrocede. Entiendo tu afán, sé que buscas lo mejor para mí, y que crees que es la hija de un duque. Yo no necesito de un título o un apellido para lograr mis propósitos. Quizás las mentes pequeñas se tienen que adherir a otros como sanguijuelas para ascender. Mis aspiraciones no son pulular cada temporada en los eventos de la alta nobleza... Como dices, tengo veintiún años, déjame cometer algunos errores, quizás así lo que aprenda se convierta en una lección perdurable.

—Eres responsable por el título, por tu madre y por legarlo en condiciones a tus descendientes. No puedes permitirte ser un joven de veintiún años. Matrimonio y herederos, es lo único en lo que debes pensar. Así como ocuparte de que tu madre goce de los mismos privilegios que tuvo en vida de Leonard. Gracias a Dios tus hermanas ya están casadas y son una preocupación menos; pero así y todo, velar por ellas y porque sus esposos les den el trato que merecen también es parte de ser el cabeza de familia. Despierta, Jacob, un hombre en tu posición no puede darse ciertos lujos como salir al invernadero a jugar a los enamorados...

Una pausa durante la que ninguno tuvo el deseo de decir algo más, se extendió demasiado. Ferdinand lo había seguido y lo vio con Annalise, estaban de más sus argumentos.

—Tengo que marcharme, hablaremos en otro momento, tío.

—Como quieras. Pero su excelencia tenía la intención de presentarte a tu futura esposa, que se agradaran, y que mañana a primera hora acudieras a su casa a formalizar el compromiso para poder hacerlo público. Todos los solteros deben conocer que ustedes dos ya no están disponibles. ¿Has pensado cómo le harás frente a la debacle económica que te espera, si Clarence decide vengarse por tu falta de modales hacia la joven? El desprecio suele ser un gran incentivo para la venganza. Y más cuando tocas su punto más débil, una de sus hijas.

—Buscaré a mi abogado para estudiar mis oportunidades.

—No seas idiota. Es un duque y es el mejor amigo de Norfolk, quien es cercano a la reina. Su porcentaje es mayor que el tuyo en los negocios que tienen juntos, por donde lo veas te va a engullir...

Con una mirada, Jacob lo dejó para abandonar el lugar. Necesitaba aire fresco y solo podía encontrarlo en la tranquilidad del jardín. Tenía que hallar una salida para su situación cuanto antes.

Caminaba hacia los rosales de su hermana, que en la próxima primavera estarían repletos de brotes. Rose era una mujer muy ingeniosa, y aunque era marquesa, poseía el imperio de las flores de invernadero, las que aprendió a comercializar con altas ganancias. Su mente estaba plagada de posibles salidas para su dilema, y sin darse cuenta caminó hasta el pasaje más intrincado, repleto de pinos, y divisó una sombra confusa que poco a poco se hizo más nítida: dos amantes. Se detuvo en seco para no interrumpir, y trató de escabullirse en otra dirección con una sonrisita ante los susurros que le llegaban con la brisa nocturna. Pero, antes de hacerlo, la luz de la luna

iluminó el rostro de la señorita, era muy hermosa, joven. Después lo distinguió a él. Lo reconoció en el acto. Era John Thomas, el hijo de un conde. Había ciertos rumores sobre John... ¿Por qué la joven arriesgaba de esa forma su reputación? Esperaba que el amante le respondiese y no la dejara a su suerte. La pasión muchas veces no era la mejor consejera.

Si seguía evitando su destino, iba a terminar en una situación similar a la de esos enamorados. Cada vez que estaba cerca de Annalise su paciencia se hacía más escasa. Desde los diecinueve le había guardado absoluta fidelidad, tal vez Oso lo calificaría de débil por no darle uso a su «herramienta» —ese tipo de palabras que utilizaba para denominar a su hombría, cuando se comportaba como su hermano mayor—. Sin embargo, él no podía desperdiciar sus caricias en nadie más. Reconocía los atributos atractivos de otras mujeres, pero solo una lo encendía, solo en una llama deseaba quemarse.

Negó y se llenó de valor, iba a enfrentar a Clarence. Solucionar de una vez por todas el término de ese compromiso donde quedó atrapado. Cuando estuviera disponible, le propondría matrimonio a Annalise.

Volvió a introducirse en la mansión. Decidido, caminó hasta el duque quien le abrió los brazos al tenerlo cerca.

—Lord Peasly, es un honor al fin contar con su presencia. Su tío me dijo que estaba ocupándose de un asunto familiar.

—Su excelencia... —Hizo una cortés reverencia.

—Y justo cuando usted se digna a aparecer, mi adorable Laetitia se ha escurrido entre tantos invitados. Seguramente está en la pista. No podía negarme a que bailara con alguno de los caballeros que la rondan, usted no apareció para reclamar un sitio en su carné.

—Mejor aún...

—No entiendo. ¿No arde en deseos de conocer a su prometida?

—Es necesario que usted y yo nos entrevistemos a la brevedad posible, pero será en otra ocasión. Mañana al mediodía. Un baile no es el sitio para aclarar nuestros asuntos...

—A esa hora tengo cita en casa de lord Sadice, conoceremos su galería y nos ofrecerá un almuerzo. Quizás pueda recibirlo a la hora del té.

—Entonces a las cinco estaré puntual en su hogar para atender lo que requiere de toda nuestra formalidad.

—No puedo aguardar a mañana para que Laetitia y usted sean presentados. Los caballeros ya están disputándose a mi hija, deben saber que ya está comprometida —continuó como si no pudiese leer entre líneas la severidad del tono de Jacob—. Tal vez su padre se fue muy pronto de este mundo y no lo preparó para atender a una dama como debe hacerlo un caballero. Busquemos a Laetitia para presentársela de una vez. Avíspese, milord, o terminarán robándole a la novia. —Trató de bromear, mientras avanzó un par de pasos en dirección a la pista de baile. Al ver que Jake no se movía, ladeó la cabeza y siguió—: Es muy hermosa, tanto que le robaré el aliento cuando la contemple. ¿No me diga que es tímido?

—No me quedará en el baile.

—¿Cómo es eso posible?

—Ahora me retiro.

—¿De la fiesta de su hermana? —murmuró estupefacto, creyendo que definitivamente el joven era tímido o tenía algún problema. Ningún hombre, que se preciase de serlo, pondría peros a su valiosa joya.

—Tengo algo urgente que atender.

—En ese caso, mañana haremos las presentaciones en el recorrido a la galería de lord Sadice.

—No voy a asistir.

—Entonces en mi casa durante su visita.

—Antes usted y yo hablaremos sobre el compromiso.

—Me agrada su formalidad. No se diga más. Y, por favor, cortéjela. Otros solteros intentan llevarle la delantera. No quiero que mi hija me acuse de que la estoy obligando a casarse con alguien a quien ni siquiera conoce.

—¿Y sería un juicio equivocado?

Una mirada bastó para despedirse.

Capítulo 6

Oso sermonó a Annalise lo suficiente por su corta desaparición, tanto como para que ella no deseara abrir la boca con ningún alegato en su propia defensa. Isabelle y Kilian también estaban ahí, la cara de su tío no lucía más serena que la del marqués. Rose estaba a su lado con los brazos cruzados sobre el pecho, decidida a protegerla.

—Están exagerando —la defendió Belle, tomándole la mano.

—Pensé lo peor, más cuando vi que casualmente Jacob Peasly tampoco aparecía —observó Kilian.

—De Jacob es de la última persona que tendrías que preocuparte —comentó Oso confiado, quitándole importancia a la conexión que su amigo quería establecer entre Annalise y su cuñado. Estaba convencido de que este último jamás se ocultaría para cortejar a su pupila, de ahí su error de juicio—. Estuvo hablando conmigo, y después seguro estaba bailando con una de las señoritas.

—Su tío Ferdinand Peasly lo buscaba con desespero, por eso noté que tampoco aparecía —recalcó el vizconde, negándose a quitar el dedo del renglón. Annalise valoró la rapidez de Kilian para sacar conclusiones, había dado en el clavo, era buen observador.

—¿Entonces subiste a cambiarte los zapatos porque no los soportabas? —inquirió Oso con el entrecejo fruncido. No se tragaba esa historia, seguía dudando. También tuvo su edad y sabía cuántas excusas podían inventarse en un baile repleto de solteros. No quería ser un ogro, pero la explicación se la dio Rose, la perfecta alcahueta para alguien tan joven como Annalise, a quien, además, su esposa quería demasiado. En más de una ocasión la marquesa se puso del lado de la muchacha para exigirle que le diera más libertades a Annalise. Aunque los Bloodworth no tenían secretos, Oso conocía bien a Rose. Ella podía aliarse con su pupila y dejarlo fuera si consideraba que su extrema protección la reprimía de alguna forma.

—¿Comprendes que si te cuidamos es porque...? —continuó Kilian con un tono de voz calmado, tenía más experiencia en la paternidad. De cierto modo, sus tres niñas lo habían entrenado para el papel de tío de una señorita. Entendía que las féminas debían ser tratadas con delicadeza. De lo contrario, cerraban sus pétalos y no le contaban sus temores y sus preocupaciones. La confianza de la muchacha era lo último que podía perder si deseaba que se abriese ante él y lo mantuviese informado de sus asuntos del corazón.

—En el pasado fueron dos libertinos, y quieren cuidarte de las fechorías que ciertos hombres cometen —los sermonó Isabelle—. Más sabe el diablo por viejo que por diablo. Por favor, déjenla respirar, conocer personas y divertirse. O lo único que conseguirán es que se quede solterona.

—Si es Jacob el que le preocupa, lord Sadice, puede estar tranquilo. Ya se retiró —intervino Rose.

—¿De la fiesta de su propia hermana? —A Kilian le resultó raro.

—Mi cuñado aborrece los bailes, solo acudió porque era en nuestra casa y no pudo rehusarse —justificó Oso.

Como pudo, Annalise los dejó hablando y se escabulló. Suspiró porque salió indemne y el regaño no fue tan terrible. Pero si supieran lo que en verdad había ocurrido, los dos hombres

hubiesen provocado un escándalo. Jacob y ella necesitaban ser cuidadosos y no volver a quedar a solas. Le debía un favor inmenso a Rose. Su discreción le ahorró una desproporcionada reprimenda. Aunque suponía que también mintió por su hermano.

Pasó a donde estaba su abuela y lady Abbott para explicar que se iba a retirar temprano, alegando un dolor de cabeza. La verdad era que, si Jacob ya no estaba ahí, lo último que necesitaba era desvelarse todavía más en el baile. Sin él ya no era tan emocionante. Quería estar cuanto antes arropada por sus mantas para ya no tener que explicar la razón por la que sonreía sin motivos. Necesitaba poner en orden sus sentimientos. Y avisó a las damas para que alguien supiese de su paradero, si su tío y Oso volvían a preocuparse por su «desaparición», ya tendrían una explicación convincente. Y si desconfiaban, podían constatarlo con sus propios ojos. Dormiría como una tierna ovejita, mejor que nunca y, seguro, sus sueños estarían plagados de Jacob, sus miradas, sus gestos, su determinación.

¿Cuándo hablaría con la familia? Rose apareció justo en el momento en que se estaban poniendo de acuerdo, y ese importante detalle quedó en el aire. Pero sería lo primero que conversarían en la siguiente ocasión. Ella quería seguir todas las reglas de un cortejo en forma. Se lo debía a Oso, quien le abrió las puertas de su casa, y también a su familia paterna, quienes se desvivían por ella. No podía traicionarlos o comportarse de modo reprochable. Gracias a Dios, Jacob había desaparecido, o ese baile sería su perdición.

Llamó a la doncella y en breve estuvo lista para dormir, pero la emoción del día y los recuerdos no la dejaron conciliar el sueño, además de la música que se colaba hasta las plantas altas. Se puso de pie, se cubrió con una bata terracota de seda y comenzó a caminar, y lo hizo en dirección a la habitación de invitados que Jacob ocupó años atrás. Necesitaba pararse en el mismo sitio donde las mariposas se agitaron en su interior por primera vez, declarando de un modo irrefutable que Jacob no le era indiferente. Pero, si en aquel entonces no tenía la certeza de si algún día su corazón iba a ser correspondido, en ese momento ya conocía la respuesta.

Sonrió llena de expectación por el día siguiente. ¿Se volverían a ver?

La imagen de aquella vez, cuando lo contempló a hurtadillas hizo que se ruborizaran sus mejillas. Todo ese tiempo, Jacob supo que fue ella quien rompió el jarrón. Se abrazó a su cuerpo, y trató de imaginar cómo habrían sido sus vidas si él hubiese salido a tiempo para sorprenderla antes de huir. ¿Si Jacob no hubiese escapado a Oxford, y hubieran estado hospedados en el mismo sitio durante aquel verano, sus sentimientos los habrían obligado a hablar?

De pronto, escuchó un ruido. Entrecerró los ojos llena de intriga. Se fijó con más detenimiento y advirtió que una línea dorada de luz muy escasa se escapaba por debajo de la puerta, la que no tardó en abrirse de par en par. Jacob, también en ropa de dormir, se le quedó mirando, como si ella fuese la respuesta a todas sus plegarias.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con una expresión divertida.

—¿No te habías marchado ya? —le contestó con otra pregunta.

—Me retiré del baile, no de Bloodworth House. Estaba a punto de subirme en mi caballo y desaparecer, pero como bebí más de lo acostumbrado, mi hermana me obligó a pernoctar en la casa. La conoces.

—Oh. No lo sabía —aclaró. ¿Por qué sentía la necesidad de recalcarlo? No deseaba que él creyese que acudió con total premeditación.

—¿Entonces solo pasabas por mi antiguo dormitorio? —Enarcó una ceja.

—Te juro que no sabía que te habías quedado. —Sus mejillas se sonrojaron. ¿Pensaría que era una coqueta sin nada de pudor?

—¡Qué decepción! Por un momento fantaseé con todo lo contrario.

Ella tragó en seco. Supuso que por el alcohol se comportaba tan descarado. Sin embargo, tampoco se veía ebrio. Quizás solo tomó unas copas de más, pero no las suficientes para que nublaran su juicio.

—Salí a caminar porque la música no me dejaba dormir y una cosa me llevó a la otra —continuó explicándose.

—De haber acudido a propósito para encontrarme no te juzgaría. En realidad, estaba esperando que la música cesara y que todos se marcharan, para caminar de puntillas hasta tu habitación. —Fue terriblemente sincero.

—¡Oh! ¿Por qué? ¿Para qué? —Se sobresaltó con la revelación. Creía que Jacob no era ese tipo de caballeros, no conocía rumores de ninguna clase que lo relacionasen con mujeres y correrías. Y eso le gustaba de él. Su entereza, sus convicciones, sus valores. Por eso, que los dos cruzaran el límite y se encontraran a escondidas ya dos veces, era tanto inusual como peligroso.

—Rose interrumpió cuando estábamos poniéndonos de acuerdo, no podré conciliar el sueño hasta estar seguro de que me correspondes y que no estoy solo en esta locura. Annalise, me gustas, me gustas muchísimo —repitió—, y no puedo permitir que la familia concierte un matrimonio para ti. Menos deseo que uno de los tantos solteros comience a cortejarte. Ven, entra un segundo... Es mejor que hablemos adentro para que nadie nos vea —propuso con una voz un poco ronca.

Las lecciones sobre la moral que recibió de lady Abbott desfilaron por la cabeza de la joven, pero de todos modos no les hizo caso. Tomó la mano extendida del hombre y se introdujo en el dormitorio.

Dentro, solo iluminaba el resplandor proveniente de la chimenea, pero fue suficiente para notar que Jacob lucía muy incómodo con la misma bata con que lo sorprendió dos años atrás. Su espalda estaba más ancha y sus brazos más gruesos, así que la tela se estiraba hasta casi cruji.

—¿Te molesta? —preguntó él insinuando que se la quitaría.

Ella negó y él quedó en un encantador conjunto blanco de pantalón ceñido como guante y camisa de algodón, que debían ser su ropa interior. No se le veía ni un trozo de piel, pero el modo en que la tela se pegaba a su dura musculatura era lo suficientemente impúdica para que ella se ruborizara. Cerró aún más, de forma instintiva, su bata.

—¿Dónde nos quedamos cuándo Rose nos interrumpió? —preguntó él muy concentrado, para referirse a los términos del compromiso que anhelaba tener con ella.

Pero Annalise pensaba en otra cosa muy distinta...

—Ibas a besarme.

Aquella frase lo sorprendió por completo y ya no pudo concentrarse en razonamiento alguno, todo su cuerpo se puso en alerta. La tensión lo avivó de un modo violento e hizo que el poco alcohol que había bebido se saliera por sus poros, dejándolo muy despierto.

Él tenía intenciones de comportarse, tal como le exigía el código moral con el que fue educado. Sin embargo, sus palabras, dispararon algo en su cabeza que ya no pudo parar. La atrapó entre sus brazos sin darle tiempo a reaccionar, fue una reacción involuntaria, pasional y, a la vez, repleta de inocencia.

Ella suspiró abrigada dentro del cerco de la calidez de su cuerpo, jamás se sintió tan bien. Sabía que besarse con Jacob no era apropiado, pero no le importó. Sus dedos se metieron entre los cortos rizos color miel, y saboreó sus labios de un modo instintivo, que obedecía a su naturaleza animal.

Aquello le gustó a Jacob, lo volvió hambriento, la apretó por el torso hasta sentirla por completo pegada a su pecho. Chupó fervientemente la boca femenina, perdiéndose en su textura y su sabor. Y cuando el beso les permitió recobrar la conciencia, se miraron a los ojos, sin soltarse.

—Cásate conmigo —pidió él en un exabrupto.

—Pero dijiste que primero querías hacer crecer tu fortuna.

—Si tenemos un compromiso largo, terminaré corrompiéndote antes del matrimonio. No puedo y no sé si tenga voluntad para contenerme. Te deseo —reveló con la voz ronca, y la necesidad era tan evidente que ella se estremeció. Si él la hubiese llevado hasta el lecho, no habría puesto resistencia.

La besó con ternura en los labios y después, se separó lo suficiente para poder contemplar su rostro. Esperó la respuesta a la atropellada proposición.

—¿Estás hablando de boda? Pero vives en Oxford... Tus estudios...

—Puedo ocuparme de mis responsabilidades y ser tu esposo. —El semblante masculino se iluminó ante esa palabra, cada segundo le hacía más ilusión.

—Solo lo dices porque... crees que no puedes contenerte. ¿Y si luego te arrepientes? No contribuiré a que me odies con el tiempo, cuando te sientas irremediablemente atado.

Annalise llevaba tiempo observando su carácter, sabía que era impetuoso, pero a la vez con sólidos principios sobre el bien y el mal —el resultado de crecer con Leonard Peasly—. Y estaba Oso presionando. Jacob lo apreciaba. No podría corromperla, no le quedaba más remedio que conducirse según lo esperado por la moral.

¡Demonios! Ella también lo quería. ¿Y si recorrían ese camino juntos? Podían equivocarse si se precipitaban, pero sus sentimientos no habían cambiado tras unos años de conocerlo, al parecer los de él tampoco.

—Acepto —soltó en un suspiro.

Y volvieron a besarse sellando el pacto de amor. Tras prodigarse besos ardientes y caricias llenas de ternura, él hizo una promesa:

—Pediré tu mano y pronto nuestro compromiso será de conocimiento público. Serás mi esposa y eso me hará el hombre más feliz de todos. Te quiero, Annalise.

Jacob tomó las manos de Annalise entre las suyas y las besó con devoción. Con las emociones palpitando en sus corazones, se separaron tras un largo abrazo. ¡Iban a casarse!

Capítulo 7

Isabelle Everstone, vizcondesa Sadice, organizó una recepción en su residencia londinense, donde lo más esperado sería la visita a la impresionante galería de la propiedad, repleta de las obras de arte que su esposo coleccionaba. Invitaron a varios solteros y sus familias, con la intención de que Annalise alternara con otras señoritas con las que pudiese entablar amistad y para que los caballeros tuvieran la oportunidad de conocerla más. La familia no cejaba en sus intentos de procurarle un estupendo matrimonio.

Tras obsequiarlos con una gran mesa donde los alimentos saciaron el apetito de los comensales, los invitados se dispusieron a pulular por la galería en grupos de dos y de tres, mientras un cuarteto de violines amenizaba. Isabelle, como una gran carabina, estaba al lado de Annalise. Kilian le rogó a su vizcondesa que no perdiese de vista a su sobrina, más con lo ocurrido la noche anterior, su breve desaparición. Aunque no descubrió que estuvo a solas con Jacob, el tío decidió ser cuidadoso.

Belle trataba de sacarle una palabra a Annalise sobre cómo se sentía. La notaba diferente.

Annalise flotaba en una nube. Tanto tiempo creyendo que para él era indiferente, sobre todo por su origen. Y eso, era lo que menos le importaba. Jacob se alejó con el propósito de protegerla y protegerse de la poderosa atracción que lo dominaba. No era la única que suspiraba por los rincones.

Tuvo que apretar los labios para no sonreír sin causa aparente. Pero en ese instante, la música que sonaba la trasportaba al mismo cielo. Solo podía pensar en los labios de Jacob sobre los suyos, su agradable sabor, sus duros pectorales oprimiéndola hasta hacerla sentir que eran uno solo.

—¿Estás ruborizada? ¿Tienes tanto calor? ¿Deseas que llame a un lacayo para que te traiga una bebida? O podemos acercarnos a la mesa de la limonada —ofreció Isabelle, y ella asintió.

Avanzaron mientras conversaban. Annalise deseaba tanto confesarse, hablarlo con alguien y aunque Rose era la primera persona que tenía en la mente, era hermana de Jacob, lo que lo volvía más difícil. Tal vez sería más adecuado contarle todo a Belle, era su tía. Estaban cercanas en edad y el parentesco quedaba un poco extraño, la sentía más como una amiga.

—Vamos, pero no es la sed lo que me tiene así —admitió—. Es lo que no sale de mis pensamientos.

—Oh, Annalise, ¿debo preocuparme? —le susurró Isabelle con un movimiento de cabeza.

—¿Prometes guardar el secreto ante Kilian? Mi tío no conoce la calma.

—Me pides algo delicado, Kilian y yo hemos decidido no tener secretos. Pero, supongo que necesitas confiar en alguien, así que me esforzaré. Y ruego a Dios porque él lo entienda.

—No deseo meterte en problemas.

—Habla. No voy a dejarte sola en eso que te agobia. Me morderé la lengua, no diré nada.

—Hay un caballero que ha llamado mi atención... —Las mariposas volvieron a arremolinarse en su interior mientras se confesaba.

—¿De veras? —La cara de Belle se iluminó, era una noticia magnífica—. ¿Te corresponde?

—Ha dicho que sí. —Sintió las mariposas revoloteando más alocadas aún en su estómago, la ilusión se desbordaba por sus poros.

—¿De quién se trata? Sabía que la recepción de ayer surtiría efecto, es el momento ideal para conocer a un buen candidato.

—No lo conocí anoche, pero sí el baile nos dio el valor a ambos para dar el primer paso.

—Por experiencia te pido que tomes tus precauciones, no comprometas tus sentimientos ni des tu palabra sin antes involucrar a Kilian o lord Oso. El amor es maravilloso, pero también tiene su lado cubierto de espinas. Hay que saber sortearlo. Es como intentar mantener el equilibrio de pie encima de un bote, depende de la turbulencia o quietud de las aguas si se confía menos o más. No obstante, es importante mantener cierta reserva.

—Entiendo.

—No debería ser tan prejuiciosa, pero he visto lo que sucede si una señorita no es correspondida con igual intención... —Belle suspiró, sabía en carne propia lo que se sentía cuando la llama ardiente del amor hacía trastabillar a un corazón.

—Tranquila, no haré nada reprochable. —Trató de apaciguarla—. Y él tampoco. Es un caballero. Es... Jacob Peasly —soltó sin más.

—Oh, es.... Es excelente. —Hicieron una pausa y se abrazaron llenas de complicidad. Era un estupendo partido—. Jacob es una buena persona. Por supuesto que lord Oso les dará su bendición. Kilian será más cauteloso, pero no creo que se niegue. Le agradará saber que es alguien conocido, cercano... Estoy contenta por los dos. ¿Ha dicho cuándo hablará con la familia?

—Al principio no deseábamos apresurarnos... Apenas hemos reconocido que sentimos cierta simpatía... —Hizo un gesto de felicidad, pero con moderación—. Me ha prometido hablar a la brevedad posible con Oso y mi tío.

Se acercaron a la mesa de bebidas, tan entretenidas en su charla, que no repararon en nadie más, tomaron unas limonadas y se dispusieron a disfrutarlas.

Una voz, a sus espaldas, fue calando el aire viciado por el olor de los perfumes franceses, el cítrico y el champán. Ellas escuchaban, pero sin prestar demasiada atención:

—Imagino lo tranquila que se encuentra, lady Peasly. Dos hijas casadas y su hijo a punto de comprometerse. He visto a la joven dama, es exquisita. Una añadidura fascinante para su hermosa familia. —Era la voz de lady Abbott, quien dialogaba con la baronesa.

En ese punto de la conversación de lady Peasly y lady Abbott, Isabelle y Annalise —que permanecían de espaldas a ellas como dos escuchas accidentales—, se interesaron por la charla.

«¿Jacob le contó a su madre acerca de la propuesta? ¿Por qué lady Abbott está enterada?», pensó Annalise. Tía y sobrina continuaron oyendo sin poderlo evitar.

—Me tranquiliza muchísimo que mis hijas tengan matrimonios donde reciben respeto y amor —respondió Aurora—. Con respecto a mi hijo...

—Lady Laetitia Percy —la interrumpió Abbott—, la hija del duque de Clarence, es una candidata excepcional. ¿Cuándo harán oficial el compromiso?

Annalise no pudo escuchar hasta el final, Belle también oyó las revelaciones y la tomó del brazo y la sacó de allí. Justo cuando confesaba con tanta inocencia sus sentimientos, y aquella noticia, captada sin el propósito de hacerlo, venía a romper de golpe con sus sueños.

Se alejaron tan rápido como pudieron, las damas ni se percataron de lo que ellas escucharon. Belle estaba preocupada. Annalise no dijo nada, no expresó su sentir en su rostro, se quedó impávida durante unos cuatro minutos. Después, su cara demostró el agudo dolor que la estaba sacudiendo.

Lady Sadice la tomó por el brazo y la condujo lo más apartada del resto que pudo. En una

salita confortable, con sendas butacas para el descanso de los invitados, tomaron asiento en dos de ellas.

—No sabía que el lado espinoso del amor iba a herirme tan rápido —confesó Annalise, cabizbaja.

—¿Hablas tan pronto de amor? ¿Estás segura de que es amor? —Rogaba para sus adentros que no lo fuese.

—Lo quiero desde hace más de un año, creo. Ni siquiera me di cuenta. Mi afecto por Jacob fue creciendo más y más... Con cada visita, cada palabra inocente. Pero hasta esta noche ninguno se atrevió a reconocerlo. ¿Jugó con mis sentimientos? —El recuerdo de sus palabras cuando la sedujo para llevarla al invernadero la llenaron de desconfianza... Tembló—. ¿Un caballero hablaría primero con mis tutores o me invitaría a refugiarnos en la oscuridad y la soledad de la noche para intentar besarme?

Su semblante no podía disimular la tormentosa decepción.

—No te dejes llevar por rumores, habla con él. Lady Abbott es muy exaltada, quizás lady Peasly solo le siguió la corriente.

—No son rumores. Lo acaba de contar su propia madre. La baronesa viuda no se expresaría de ese compromiso con tanta ligereza si no fuese una realidad. Por eso lady Abbott jamás lo consideró para mí, seguro ya sabía del acuerdo.

—Casi compromiso —rectificó Belle—. Lady Abbott dijo «a punto de comprometerse». A veces los padres pactan matrimonios sin consultar a sus hijos. Tal vez Jacob desconoce del acuerdo que su madre ha concertado con la familia de lady Laetitia.

—Conoces a lady Peasly. Ella no es así. Es de las que pone el corazón de Daisy, Rose y Jacob por encima de los convencionalismos. Se dirige a ellos con tanto amor, con tanta comprensión en sus palabras. No creo que ese sea el caso.

De pronto temió que, ni siquiera siendo legítima, tenía una oportunidad.

—No te precipites, Annalise. Búscalos, conversa con Jacob.

—Lady Abbott mencionó que la prometida está aquí... Debo verla —asumió poniéndose de pie.

—¡No! —Trató de disuadirla y la sujetó para que se quedara a su lado—. No hagas semejante disparate, Anna. Solo conseguirás torturarte más.

—¿La conoces?

—No hemos sido presentadas, pero sé de quién se trata —admitió a su pesar.

Se soltó del brazo y comenzó a buscar cuidadosamente por el salón, debía de ser una de las solteras. Ya había escuchado ese apellido, pero no lograba recordar exactamente quién era la dama. Belle no pudo dejarla a su suerte y menos permitir que indagase por la supuesta prometida y quedara en evidencia, la siguió y le indicó quien era la aludida, suplicándole que fuese discreta.

Annalise la contempló mientras la joven conversaba con Rose y todas sus esperanzas cayeron a sus pies, no solo descendía de un duque. Lady Laetitia no era la típica debutante de diecisiete años, no. Quizás tendría una edad similar a la suya, desconocía por qué la hija de un duque se había tardado un poco más de lo habitual en realizar su presentación en sociedad. Pero lo que no se escondía a los ojos era que lucía hermosa, segura de sí misma, y que varios caballeros se rendían a sus pies. Por suerte, Jacob no estaba entre ellos. No obstante, eso no aminoraba su desconcierto y dolor.

—Oh, es ella —le susurró a Belle con la voz entrecortada. La recordaba de las debutantes, aunque no retuvo su nombre—. ¿Dónde estará Jacob?

—Es raro que si están casi prometidos, Jacob no esté a su lado. No lo des todo por perdido. Él no puede jugar contigo, Anna, sería como traicionar a Oso. ¿Acaso no lo ves? Ellos son muy cercanos.

—Voy a investigar...

—¿Qué? No puedes hacer eso.

—La duda me está matando —confesó impaciente.

—Mejor habla con él.

—Dijiste que el amor posee un lado espinoso. Quiero oír lo que lady Laetitia tiene que decir. Así, cuando me enfrente a Jacob, podré hacerlo con fundamentos y un juicio formado. No me quedará solo con lo que él decida comunicarme, porque si las campanas de ese posible matrimonio ya están sonando, debe ser porque algo de verdad hay en las palabras de lady Abbott.

—¿Y cómo interrogarás a la supuesta prometida?

En ese instante Rose seguía conversando con la antes mencionada y Annalise enarcó una ceja.

—Iré a preguntarle algo a Rose, por educación tendrá que presentarnos...

—Aguarda, Anna...

Pero la señorita ya había recorrido la distancia que las separaban. La marquesa compartía unas palabras amables con Laetitia. Daba la impresión de que la conversación era trivial, pero Annalise vio más allá, notó que Rose se le adelantó, también sondeaba sutilmente a la hija del duque.

«¿Por qué la interroga?, pensó. Si Jacob y lady Laetitia estaban comprometidos, la hermana del barón debía saberlo con certeza. «¿Por eso se cruzó de brazos cuando nos encontró en el invernadero?», tenía muchas preguntas.

—Querida Rose... —murmuró Belle al estar frente a las damas, robándole el turno de la palabra a Annalise justo cuando despegó los labios. A esta última, no le quedó más remedio que cerrar la boca, seguir observando, escuchando y sacando conclusiones.

—Oh, lady Laetitia Percy, le presento a lady Sadice y la señorita Everstone, mi pupila —correspondió la marquesa con educación.

—Lady Sadice, señorita Everstone —saludó la interpelada.

La bella Laetitia no se veía abatida por problemas del corazón, al contrario, lucía rozagante. Sus mejillas estaban sonrosadas, sus ojos brillaban y tenía un aspecto estupendo.

—Milady, es usted. No olvido su presentación ante la reina —agregó con firmeza Annalise.

—Supongo que no. Vine acompañada de mis dos hermanas menores. La hija de un duque, presentada junto a las siguientes damitas de la familia. Parece como si mi padre quisiese deshacerse de varias de nosotras a la vez —terció sin el mínimo pudor o tacto, ante los rostros perplejos de Rose y Belle, pero ellas eran bastante comprensivas, así que decidieron pasarlo por alto. Sabían cómo se manejaban los destinos de las jóvenes casaderas, y sí, el duque de Clarence tenía varias hijas a las que casar. No indagaron por qué no fue presentada antes, sería de mal gusto, tanto como debutar las hermanas al mismo tiempo. Y su excelencia era un aristócrata muy elegante. Sin embargo, su esposa no solía acompañarlo durante las temporadas. A excepción de la presente.

—No lo decía por eso —atajó Annalise antes de que su comentario pareciera malintencionado. La verdad era que Laetitia era una dama difícil de olvidar, tenía cierta arrogancia o desdén por los de su clase que no pasaba por alto. Justo después de que la presentaran con la reina, observó un intercambio de palabras de la joven con su padre. No

escuchó sobre qué versaba la discusión, pero aquella se defendía con rebeldía, mientras el duque respiraba profundo para no perder los estribos. Le simpatizó su osadía, era difícil encontrarla en una mujer. Aunque conocía a varias damas fuertes, no era lo más usual. Sin embargo, se replanteó su primera impresión. Ya no estaba segura si la joven debía seguirle agradando o no. Más si, su sola presencia, la alejaba de Jacob—. Simplemente me gustó su actitud. Supongo que no le faltarán admiradores.

—No los necesito —simplificó y Annalise concluyó que quién precisaba conocer caballeros en busca de un gran partido, si ya tenía el futuro asegurado al lado de uno encantador—. Mi vida está en ese momento donde solo necesito soltarme y dejar que el destino tome por un segundo las riendas, porque todo está siendo fantástico, vivo un sueño —musitó confiada, feliz.

—Entonces la felicito, es afortunada —añadió Annalise y terminó languideciendo cada segundo más. Laetitia lucía ilusionada, como quien está a pocos días de conducirse al altar. Ella contaba con el compromiso, con la boda, con el pretendiente... Jake. Annalise se sintió desdichada, mientras la otra brillaba con una luz que brotaba de su interior.

—Supongo que sí —concedió con una expresión donde la dicha reinaba.

Sin duda, Laetitia se sabía correspondida. Su confianza exudaba por sus poros. Annalise no podía estar más decepcionada.

—¿Y tiene nombre ese caballero de destino tan maravilloso? —Trató de escarbar más a fondo, no pararía hasta que mencionara a Jacob con todas sus letras.

Laetitia movió los ojos con cierta coquetería. Se notaba que guardaba la identidad celosamente y que no la develaría con facilidad. Observó a Rose y más selló los labios.

La expresión de Annalise la exhortaba a hablar. Si Jacob le prometió un ápice de afecto a esa dama, por pequeño que fuese, no lo iba a perdonar.

El amor podría tener un lado espinoso, y las espinas ya la herían sin piedad, pero no estaba dispuesta a que la destrozaran por completo. Si él jugaba con sus sentimientos, lo iba a sacar de su corazón a como diera lugar.

Rose trató de encontrar una salida, solo Laetitia no percibía la tensión en el ambiente.

—Anna, necesito hablar contigo a solas. Ahora mismo. ¿Me acompañas?

La interpelada asintió con un movimiento de cabeza, pero mortificada por no poder continuar escarbando. Belle suspiró de alivio cuando no dejaron que Annalise terminara la frase.

Con un gesto se despidió de las otras dos. Siguió a la marquesa hasta un sitio más privado. Rose tomó asiento y la invitó a acomodarse a su lado en un amplio sofá. Pero Annalise se quedó de pie, deambulando por el escueto perímetro de la estancia. No podía relajarse.

Después de una lucha cuesta arriba, sin saber si era correspondida, recibía la maravillosa noticia de que él se sentía atraído hacia ella. Y cuando no podía llegar más alto, justo segundos antes de tocar el cielo, su ascenso se interrumpía y comenzaba a descender a un ritmo vertiginoso. Él estaba comprometido con otra.

Cada día pasaban largas horas en el invernadero. Anna no solo era la pupila de Rose, era su discípula, la estaba preparando para que le siguiera los pasos. Tenían un montón de libros con imágenes de las plantas, sus nombres y sus propiedades. Textos que Annalise devoraba y aprendía y sobre los que siempre tenía miles de preguntas.

—Supongo que no me pediste hablar a solas para más lecciones de botánica, no en pleno compromiso social. ¿Qué es tan importante que no puede esperar a mañana?

—Háblame de tus pasiones, Annalise. ¿Qué harás con las lecciones que cada día te imparto?

La joven respiró hondo, no entendía por qué Rose se iba por las ramas, pero le siguió la

corriente.

—Las plantas medicinales. Sueño con tener un invernadero enorme como el tuyo donde pueda hacerlas crecer y venderlas a las farmacias o a quienes se dedican a sanar enfermos.

—¿Conoces el invernadero de Peasley House? El que era de mi padre, su jardinero es excepcional y lo ha mantenido a la espera de alguien que le prodigue el mismo amor, que quizás mi padre no pudo prodigarnos a nosotros, sus hijos.

—No tengo la dicha de conocerlo. —Tragó en seco aún de pie. Se detuvo y necesitó volver a ponerse en marcha, lentamente, sentía que si se quedaba quieta le iban a salir raíces.

—Te encantará.

—¿Piensas que me he interesado en tu hermano porque voy por el premio mayor, el invernadero de tu padre? —Sonó más irónica que de costumbre—. Ya había escuchado los elogios sobre este lugar.

Rose soltó unas carcajadas, Annalise estaba muy tensa y por eso empezó hablando de las plantas para ver si lograba relajarla, pero parecía todo lo contrario.

—Por supuesto que no. Jacob posee suficientes méritos para que lo amen por sí mismo, no necesita del invernadero de mi padre para que una señorita desee desposarlo.

—Lo que viste anoche... No hicimos nada reprochable.

—He hablado con mi hermano. Dice que te ama —soltó sin más demora.

Esas palabras directas, sin más subterfugios, hicieron que el corazón de Annalise latiera más acelerado. Un suspiro se le quedó atorado en la garganta.

—¿Eso te ha dicho?

—Sí —asintió sonriendo. De verdad era feliz por los dos. Le preocupaba cómo Jacob saldría del embrollo. Pero que su protegida, a quien quería como una hermana, se convirtiera oficialmente en parte de su familia, su cuñada, la madre de sus sobrinos... Era algo que la nutría de amor.

—¿Y le crees?

—Por supuesto, Jake... Annalise, él es mi hermano y confío en su palabra. Si ha dicho que te quiere, debe adorarte. Sin embargo, hasta que no se pronuncie ante Oso o Sadice no te expongas a una situación comprometedor. Por favor, dame la seguridad de que así será.

—¿Dudas? Estás dudando de su palabra cuando me pides algo así.

—No, es solo que es lo más correcto. —Rose se sentía pésima por tener que desempeñar ese papel—. Si Jake movido por la pasión que sé que siente por ti, transgrede las reglas del honor, Oso tendría que desafiarlo. No soportaré que se enfrenten y espero que tú tampoco.

—Estás temerosa, si tanto confías en Jacob por qué el recelo. —Ella sí que estaba más temblorosa que una hoja. Creyó que Rose la llevaba aparte para todo lo contrario.

—Ustedes son muy jóvenes, no desconfío de lo que sienten... Pero, hasta que estén convencidos y sea oficial, lo mejor será no arriesgarse.

—¿Jacob está comprometido? —atacó sin más dilación.

—No es lo que estás pensando. Preferiría que sea él quien te explique su situación. Sí, Jake está comprometido. Pero no fue su decisión.

Observó que dijo «comprometido», no «en ciernes de comprometerse».

—¿Y cómo puedo conversarlo si no está aquí, si no fue sincero cuando habló de sus sentimientos? Debió confesarme que no estaba disponible. —Dos lágrimas gruesas se escurrieron por su rostro. Ya no pudo aguantar más el cúmulo de emociones.

—No, no miente. Mi padre hizo los arreglos de ese compromiso cuando Jake era un niño. Él

no es responsable de cumplirlo. No se siente atado a esa dama. Si no te quisiera, no estaría desafiando a Clarence por ti. ¿Por qué crees que declinó la invitación de tu tío de hoy? Fue a sacar de su cama al abogado, casi al amanecer y más tarde se reunirá con su excelencia, el duque de Clarence —dijo llena de resolución—. Conoces a Jake, no pudo esperar. Precisa encontrar una solución para poder estar a tu lado y la exige de inmediato.

—Pero ¿por qué requiere un abogado? —No entendía nada.

—Lo necesitará si rompe los lazos con el padre de lady Laetitia.

—No puede simplemente acercarse a la joven y comunicarle que no está dispuesto a desposarla.

—Jacob aún no ha sido presentado formalmente a lady Laetitia, lo que sea deberá tratarlo con su padre.

—¿No la conoce? —indagó sin dar crédito a lo que escuchaba.

Rose negó.

—Anoche se iban a ver por primera vez, pero Jacob decidió que sería contraproducente, porque más que alejarlos haría más sólido el compromiso. Y él desea romperlo antes de que se haga público.

—Lady Abbott ya lo sabe, lo escuché de sus labios cuando lo conversaba con tu madre.

—Estamos en una carrera contra reloj, lady Abbott tiene oídos muy finos, no sé cómo pudo enterarse.

Annalise no podía tranquilizarse. Jacob jamás había contemplado a Laetitia, no era testigo ni de su belleza, ni de la rebeldía que se desprendía de cada gesto y cada palabra de la dama.

¿Continuaría decidido a romper ese compromiso cuando advirtiese a la clase de mujer a la que renunciaba?

Capítulo 8

Jacob accedió a entrar a la residencia del duque de Clarence en Londres, cuando el mayordomo lo hizo pasar. La expresión del larguirucho sirviente no lucía apacible. Era como si su visita supusiese un dilema. Volvió a revisar su reloj, era puntual, justo a la hora previamente fijada para la cita con su excelencia.

El hombre lo condujo a una sala de recibir y le pidió encarecidamente que aguardara un instante. Jacob comenzó a impacientarse. Odiaba que lo hicieran esperar.

Quince minutos más tarde, ya reverberaba debido a la inquietud. Se puso de pie, el mayordomo apareció con una disculpa.

—Perdone, milord, su excelencia no podrá atenderlo.

—¿Qué está diciendo? —Se sentía ofendido.

—No se encuentra.

—¿No llegó a la cita? —No podía aguantar su molestia. Lo hicieron venir en vano. ¿Sospecharía algo Clarence y ya estaría tomando medidas?

—Estaba aquí cuando usted arribó, pero tuvo que salir. alguna situación de índole urgente que por discreción no puedo compartirle. Le pido que sea comprensivo y sepa entender. Su excelencia le dará otra fecha para poder recibirlo.

—De acuerdo —contestó receloso y se dispuso a marcharse.

Pero en su partida, se tropezó con la duquesa, quien no pudo evitar que él notara las lágrimas bañándole el rostro.

—Su excelencia... —murmuró asombrado. Quizá Clarence no estaba huyendo para asestarle un golpe antes de que planteara su negativa a desposar a Laetitia.

—Perdone, milord. —Fue todo lo que pudo decir. De algún modo, verlo allí agravó su estado.

La mujer lucía más ataviada que lo acostumbrado para permanecer en casa, como si hubiese acabado de arribar de algún compromiso social. Entonces recordó la recepción en la residencia de los Sadice.

Margene, la duquesa, rompió a llorar como una fuente. Era una situación embarazosa para una dama de su posición, que un caballero no tan cercano la viese quebrarse en pedazos mientras lloraba desconsolada. Él trató de preguntar algo más, y ella alzó la mano que tenía un delicado pañuelito blanco, con el que momentos después se enjugó las lágrimas. Precisaba un instante para recomponerse.

—Tome el tiempo que necesite. Su mayordomo acaba de comunicarme que su esposo no está ahora en la casa. Teníamos una cita. Siento interrumpir en una circunstancia privada. Espero que, lo que haya sucedido no sea lamentable. —No supo qué más agregar, quizás juzgó mal la situación y sí pasaban por un mal trago.

¿Debía irse de inmediato o ayudar? En eso, observó el rostro de la duquesa ponerse más blanco cada vez, hasta que la mujer perdió por completo el conocimiento y terminó en sus brazos. La salvó de darse un golpe en la cabeza por el desvanecimiento. Llamó de inmediato por ayuda y apareció el mayordomo y dos lacayos.

—¿A dónde llevo a su excelencia? —La sostenía por completo. Jacob poseía bastante fuerza y por fortuna la mujer era delgada.

El mayordomo le indicó por donde debía conducirse con la dama desmayada aún cargada. Antes de hacerlo, pidió a uno de los lacayos que fuera por las sales y la doncella. Terminó recostándola en un amplio sofá del salón de uso familiar.

Con la ayuda recibida, la dama comenzó a volver en sí, ni siquiera tuvo tiempo de avergonzarse, se sentía aún muy mareada.

—Sugiero que mande a llamar al doctor. —Jacob le recomendó al sirviente de más jerarquía.

No era su intención husmear en el amplio salón que a todas luces se notaba que era utilizado solo por la familia, pero había un cuadro enorme donde estaban retratadas al óleo todas las hijas. Tres se veían cercanas en edad, supuso que una de ellas sería Laetitia. No quería ser descortés con la duquesa, pero al comprender que se sentía mejor decidió que era hora de retirarse, antes de que apareciese el resto de la familia. No podía quedar frente a frente a Laetitia sin primero hablar con su padre, pero ese no parecía ser el momento adecuado. Al menos hasta que los Clarence saliesen de la dificultad que los estaba aquejando.

—¿Se siente mejor, excelencia?

—Creo que sí. Solo ha sido la presión que estoy soportando.

—Lo lamento mucho. Me gustaría ser de más ayuda. ¿Algo más que pueda hacer por usted?

Dos hijas de la duquesa no tardaron en aparecer muy impresionadas para socorrer a su madre, así que la dama no logró contestarle, concentrada en sus problemas y en tratar de reincorporarse para no asustar a las jovencitas. Las recién llegadas casi no repararon en Jacob, o si lo hicieron decidieron no prestarle atención debido a que no habían sido presentados y lo que les preocupaba era su madre. Él se preguntó cuál sería lady Laetitia, era una situación muy incómoda para conocerla. Más teniendo en cuenta el motivo de su presencia: rechazarla.

—Lord Peasly, les presento a mis hijas lady Georgia y lady Philippa —dijo la duquesa con un hilo de voz.

Ambas saludaron y él correspondió, después volvieron a abocarse a su madre. Jacob se sintió aliviado, prefería no tener que conocer a su supuesta prometida y menos en esas circunstancias. Por instinto, volvió a fijarse en el cuadro, dedujo cuál de las tres hermanas mayores era Laetitia, contempló su imagen un poco más, con disimulo, y le resultó familiar. Ese rostro le decía algo, pero en ese momento no podía recordar qué.

Como la duquesa comenzó a recobrar el color, repitió su pregunta y ella se dignó a contestar.

—Usted ha sido muy amable, milord. Pero no es necesario que haga algo más. Su apoyo fue más que suficiente.

—¿Cómo se siente, madre?

—¿Es cierto que se ha desvanecido?

Las muchachas le hicieron varias preguntas de ese estilo, y tras despedirse con rapidez, Jacob se dispuso a marcharse.

Justo en ese momento, la puerta del salón se abrió y vio aparecer al duque de Clarence, quien lo miró estupefacto. Sobre todo, porque traía sujeta por el brazo a una joven, a la que reconoció gracias al retrato. Un pequeño can —de raza desconocida para él, pero que guardaba cierta similitud con los terrier— saltaba alrededor de su ama dando cortos ladridos en contra del duque, que no se inmutaba por el molesto, pero inofensivo ataque del animal. Toda la atención de Clarence estaba en el invitado.

Los duques se quedaron perplejos al darse cuenta de que Peasly presenciaba una situación que le suscitaría muchas interrogantes. Clarence casi arrastró hacia el interior a lady Laetitia.

—¡Lord Peasly, aún se encuentra en mi casa! —Más que una observación, fue un reclamo.

—No era mi intención, su esposa no se encontraba bien. Tuvo un desmayo. Solo intentaba ayudar.

—Georgia, Philippa, a sus habitaciones —ordenó Clarence sin soltar a la mayor.

Al escucharlo, el perrito ladró todavía más. Pero una mirada afilada del cabeza de familia fue suficiente para que el animal se replegara detrás de la enorme falda de su ama y observara la situación con sus redondos ojos muy inquietos.

Las muchachas abandonaron el sofá que compartían con la madre y obedientes se marcharon. La recién llegada había arribado cabizbaja, en ningún momento levantó el rostro, ni siquiera para dirigirle una mirada a quien se suponía que era su prometido. No lo conocía físicamente, pero escuchó el nombre y no tuvo dudas.

—¿Lady Laetitia, se encuentra bien? —Jacob se atrevió a preguntar, la tensión del ambiente era notoria. Y sospechaba que la repentina salida del duque tenía algo que ver con la muchacha.

Ella levantó la cabeza y él pudo notar una de sus mejillas enrojecida, como si alguien le hubiese dado un golpe, una bofetada, tal vez.

Su difunto padre —Leonard— fue muy duro con él, pero jamás le alzó la mano. Aquello le horrorizó, sospechó que el duque la había reprendido severamente.

—¿Su padre la ha lastimado? ¿Puedo ayudarla? —Jacob traspasó todos los límites y el duque de Clarence comenzó a ponerse rojo de ira. De por sí, desde que entró su semblante estaba bastante alterado.

La joven forcejeó con su padre y con valentía logró zafarse de su agarre al tiempo que le decía:

—Suélteme. —Después se volvió a Jacob—. Lord Peasly, no tiene de que preocuparse, estaré bien. Gracias.

La joven dama alzó a su can en brazos, quien le lamió solidario las mejillas. Corrió a refugiarse con su madre y la abordó a preguntas acerca de su estado de salud al conocer sobre el vahído. Aunque se veía abatida por algún tipo de pena, parecía que podía defenderse por sí sola.

—Es la última persona que tiene derecho a reclamar absolutamente nada, Peasly —lo atacó Clarence—. Yo no estaría consultándole a la almohada mis problemas de haber usted cumplido su palabra. Se suponía que ayer se presentaría delante de Laetitia, la sacaría a bailar y podríamos dar la feliz noticia del compromiso. No sea hipócrita. ¿Ahora se preocupa por mi hija?

—No es mi intención incomodarlo.

—Pues ya está, se conocieron. Quizás no en las mejores circunstancias. Podemos hacer el compromiso oficial.

—¡Padre! —reclamó la muchacha ante el asombro de Jacob, que se limitó a aguardar. Los ánimos estaban muy caldeados.

—Espero que no tenga queja alguna de su aspecto, es hermosa y educada. Será una magnífica esposa. Mujer, deja ya tu reposo, hay una boda que preparar.

—Querido... —La duquesa trató de serenarlo, el hombre disparaba órdenes a todos los presentes, incluso al barón y ella apenas si podía mantener centradas sus ideas.

—Es evidente que tienen problemas privados que atender, excelencias —intervino Jacob reflexivo. No era el mejor momento para romper el pacto, la duquesa podría sufrir otro colapso. Tampoco deseaba hacerlo delante de Laetitia, no quería humillarla. Lo hablaría con Clarence, con quien su padre comprometió su palabra —. Volveré para que tratemos nuestros asuntos cuando usted pueda atenderme. Damas, me despido.

—¿Huye? —lo desafió el duque.

—Déjalo, esposo. Tiene razón, no es el momento. Todos necesitamos descansar.
Jacob se despidió con las palabras usuales. Aquellos solo lo miraron mientras se alejaba.

Viajaba en el carruaje rumbo a Bloodworth House y lo sucedido le daba vueltas en la cabeza. Todo había sido bastante extraño. La salida intempestiva del duque, que ni siquiera tuvo tiempo para excusarse en persona, el desmayo de la duquesa... La llegada abrupta del aristócrata y su hija. Se preguntó qué estaba sucediendo con esa familia. De corazón no les deseaba ningún mal, pero necesitaba alejarse cuanto antes. Se dirigió a entrevistarse con Oso, pretendía pedirle los consejos que Rose le aseguró que aquel podía darle con respecto a los negocios.

Cuando llegó se encontró con que el marqués no estaba, pero su hermana no tardó en recibirlo en el invernadero. Llevaba unos guantes puestos y una pala en una de las manos, mientras preparaba una maceta donde iba a plantar un pequeño rosal. Sin dejar de trabajar, le dijo tras regalarle una sonrisa.

—Si querías reunirte con Oso debiste ponerte de acuerdo con él, al menos para que no te dieras el viaje en vano.

—Nunca es en vano visitar tu casa, hermana querida. Disculpa por retirarme temprano y por huir hoy cuando apenas amanecía. ¿Cómo concluyó el baile?

—Tarde, cansado... Fue divertido, pero terminé destrozada.

—Te creo —añadió con una sonrisa sardónica mientras negaba. Jamás iba a entender a los que les gustaba embarcarse en la organización de esos eventos fastuosos, caros y agotadores. Prefería destinar el dinero para alimentar a los pobres. Pero jamás daría su opinión en público—. No faltó nadie. ¿Sabes si sucedió alguna cosa particular con los Clarence en el evento de los Sadice?

—¿Aparte de la incomodidad del duque porque anoche te retiraste temprano y hoy no fuiste al almuerzo con los Sadice, dejando claro el desaire a su hija? Quizás debiste hablar con él y retractarte del pacto antes de la temporada.

—De continuo olvidaba ese compromiso. Solo hasta que Ferdinand volvía a pronunciarlo o su excelencia me lo recordaba.

Jacob le relató todo lo visto y escuchado en la casa de los duques y Rose estuvo de acuerdo con que era bastante raro. Compartieron una mirada cómplice llena de suspicacia, ambos querían saber más.

—Disculpa la tardanza, yo... —Annalise apareció con un cuaderno en las manos. Era la hora en que había quedado con Rose para seguir las lecciones sobre botánica.

Jacob se envaró con la sangre calentándose dentro de sus venas, tuvo que tragar para reprimir las ganas de robarle el más profundo de los besos. Los tres guardaron silencio casi un minuto. La demandante mirada de él estaba fija sobre la señorita.

—Necesitan hablar, si se comportan puedo procurarles un momento a solas —propuso Rose dubitativa; pero ya caminaba rumbo a la puerta, dejando a Jacob con el rostro serio, aún, y a Annalise muy turbada.

Jacob advirtió que al verlo, la joven cruzó los brazos sobre el pecho, el cuaderno seguía en una de sus manos. Él dio dos pasos en su dirección mientras exhalaba, después de la locura en la casa del duque, verla le devolvía el aliento, la esperanza, la confianza de que iban a terminar juntos. Ella retrocedió los mismos dos pasos de modo instintivo.

—¿Annalise? —musitó Jacob con una interrogante ante su recelo.

—¿Eres un hombre comprometido? —lanzó con la mirada afilada, aún sin descruzar sus brazos.

—Hay una explicación... —Entrecerró los ojos por la ofensiva.

—Me encantará escucharla de tus labios, Jake, porque Rose me dijo que solo tú podías aclararme tu situación sentimental.

—¿Mi hermana te puso al corriente?

—Lady Abbott lo comentó hoy con tu madre. Lo que me dejó con una daga clavada en el pecho, pues anoche me pediste que esperase una eternidad hasta que estuvieras listo —ironizó para no perder el control—. ¿Cuánto era? ¿Seis, siete años? Los que después acortaste a dos. Y luego, tras besarme sin nada de pudor, me propusiste matrimonio. Supongo que espoleado por el deseo, más que por tu voluntad. ¿Fuiste tan exigente con la hija del duque? ¿No tienes las ideas claras acerca de tu futuro? ¿Juegas conmigo, Jacob Peasley? Porque no te lo voy a permitir. Tomo muy en serio mi porvenir y desperdiciarlo con un hombre inseguro no es una de mis prioridades.

—No es lo que piensas —se defendió con voz pausada, acercándose cada vez más a ella.

—¿Me dirás que es un matrimonio arreglado? ¿Qué alguien te obliga? —reclamó con un movimiento de cabeza, recordando la explicación de Rose, para ella era muy fácil que él disolviera el compromiso—. ¡Por Dios, eres un barón! No eres una tierna doncella que tiene que obedecer a su padre. ¿Ten las agallas de decirme de frente que alguien te obliga? —Casi se muerde la lengua tratando de aguantar las ganas de elevar la voz más de lo que se consideraría educado en una señorita. Sus mejillas quedaron rojas por la ira. No se iba a dar el lujo de sentirse triste o derrotada, estaba decidida a encararlo y ponerle fin a aquella falsa—. ¿Juegas conmigo a Romeo y Julieta; sin embargo, te vas a casar con la hija de un duque?

—¿Estamos discutiendo? —preguntó aún sereno, pero preocupado. Tampoco podía darse el lujo de permitir que ella dudase de su palabra, más cuando apenas estaban comenzando.

Rose apareció ante ellos con las manos en la cabeza. La miraron asombrados, volvía demasiado pronto. Creyeron que les daría más tiempo a solas. Antes de que una palabra se escapara de la boca de la marquesa, entendieron el motivo de su pronto retorno. Kilian Everstone, vizconde Sadice, con su andar pausado, debido a la lesión en la pierna que nunca sanó, entró con la frente altiva que lo caracterizaba, puesto que era un hombre de orgullo y honor. Detrás llegó la hermosa y comprensiva Isabelle, tratando de aplacar a su esposo y con cierto pesar en la mirada.

A Annalise le costó mucho asimilarlo, la intromisión de aquellos dos solo significaba una cosa. Belle le aseguró que no podía guardarle un secreto a Sadice. ¿La había traicionado?

—¿Belle, le contaste? —cuestionó la joven y, de inmediato, la cara de la vizcondesa reflejó la culpa, pero en dirección a su esposo.

—No puedo creer que tú también lo sabías, mi amor. ¿Por qué me ocultaste algo tan delicado? Después de todo lo que hemos pasado —le susurró Sadice a su esposa y no quiso ahondar en su decepción. En ese momento, lo importante era rescatar a su sobrina.

La cara de la muchacha se descompuso al comprender que sospechó de la persona equivocada. ¿Entonces quién puso a su tío al tanto? Oso estaba más perdido que el resto y Rose jamás los iba a traicionar.

—Sadice, aquí no ha ocurrido nada —se adelantó Jacob—. Le aseguro que mis intenciones son honorables. Iba a hablar con usted a la brevedad posible, pero antes necesitaba conversar con Annalise.

—Señorita Everstone —replicó Kilian enfadado y con dureza en la voz. Era la única hija de

su hermano, quien estaba muerto y él debía cuidarla como Trevor la hubiese protegido de no haber sido arrebatado prematuramente de la vida—. Con respecto a usted, marquesa, no diré una palabra que la ofenda, lady Bloodworth, porque si admito en voz alta que ha solapado a su hermano para que quede a solas con mi sobrina, a quien he confiado a su cuidado, tal vez Oso no me lo perdone. Así que la eximiré de responsabilidad alguna si es que la tiene. Lo único que deseo es llevarme a Annalise para resguardarla bajo mi techo, donde no sea visitada sin supervisión por este caballero.

—Kilian, por favor. Escúchalos —lo instó Belle.

—Mi hermano es un hombre respetuoso de las costumbres —intervino Rose—. Y mi supervisión es eficiente, el decoro de Annalise está a salvo.

La joven le lanzó una mirada llena de reclamo a Jacob, porque estaba permitiendo que su hermana defendiese su honorabilidad. ¿Seguiría opinando igual tras conocer que se encerraron juntos en la habitación de él? ¿Y más, teniendo planes de casarse con la hija del duque de Clarence?

—Pero si otra persona los hubiese descubierto completamente a solas en el invernadero anoche, quizás la situación que ahora estaríamos enfrentando sería diferente —enfaticó Kilian.

—He dicho que mi intención es honorable —repitió Jacob con un tono severo, sosteniéndole la mirada fiera a Annalise. Más que a Kilian quería convencerla a ella.

—Me pregunto cómo podría serlo si usted ya está comprometido, milord. —Kilian dominaba ese asunto.

—Hay una explicación —expuso Jacob. En su vida jamás había tenido tanto autocontrol para mantener su voz serena y no estallar.

—Una que yo también estoy esperando —rebató Annalise y su tío celebró su buen tino con un gesto. Notó que la muchacha, aunque lucía traicionada y dolida, no se veía intimidada. No la quería indefensa, era una Everstone, y debía saber encarar situaciones fuertes como aquella.

—Pequeña, supongo que desconocías que el barón estaba comprometido —le habló Kilian con afecto—. En cuanto supe que te rondaba sin estar disponible, vine de inmediato. Mi intención es solo una, cuidarte. No vengo como un tío gruñón a imponerte reglas sin sentido, ya te he dicho que puedes confiar en mí.

—Mi padre era amigo de Clarence —continuó Jacob y Rose se aproximó a su lado para reforzar cada una de sus palabras—. En cuanto comenzaron a cerrar tratos de gran envergadura, decidieron unir también a sus familias. Así fue como decidieron, sin consultarnos a la joven Laetitia y a mí, pues éramos unos niños, que llegados a una edad adecuada nos casaríamos. Mi intención es enfrentar al duque y disolver ese compromiso, el cual aún no es de dominio público. Solo las familias están enteradas.

—¿Y supongo que desde que heredó la baronía el duque lo ha presionado para que se case con lady Laetitia? —cuestionó Kilian.

—En realidad no. Solo hasta que su hija fue presentada en sociedad fue que tocó el tema de la boda. Nunca tuvo prisa, confiaba en la palabra de mi padre.

—No le alcanzó el tiempo para cancelar ese compromiso, pero sí para seducir a una inocente joven. Perdóneme, milord, quizás sus razones le resultan válidas, a mí no me convencen. Cuando rompa sus lazos con los Clarence, puede buscarme con su propuesta. Mientras eso sucede, mi sobrina —exigió Kilian defendiéndola como haría con una hija—, aguardará en un lugar neutro. No aquí, donde por lo visto usted deambula a sus anchas.

—¿Qué está sucediendo? —El vozarrón de Oso, que se oía más gutural cuando estaba

encolerizado, se extendió como un manto sobre la discusión de todos los demás.

Todos se quedaron mirando al dueño de casa hacer su arribo.

—Amigo mío, no quiero que nuestros antiguos lazos se vean afectados por el comportamiento de lord Peasly —sostuvo con firmeza Kilian, lanzándole una dura mirada al barón.

—Respondo por el muchacho, desconozco cómo te ha ofendido, sin embargo, sé que lo reparará —ofreció Oso sin siquiera preguntarle a Jacob si era inocente de lo que se le acusaba.

—No sé si estás enterado, pero lo dudo, así que te pongo en contexto —agregó con mordacidad el vizconde—. Tu cuñado está haciéndole la corte a Annalise.

—Eso es imposible —rebató Oso, plenamente seguro. Él mismo le insistió tanto a Jacob para que se acercara a una dama y aquel se comportó como un santurrón.

—Puedes confirmarlo preguntando a los presentes —lo persuadió Sadice.

La mirada del marqués se cruzó con la de su esposa, Jacob y Annalise, esta última bajó los párpados muy apenada, después de todo lo que hizo Oso por ella, no era posible que le fallase así.

—Perdóname, Oso, por favor —dijo la muchacha. Él levantó una mano para pedirle calma y que no se excusara. No estaba dispuesto a reclamarle nada.

—Sigue, Kilian —ordenó el marqués.

—Alguien interesado en que Jacob se case con la hija del duque me previno de un encuentro clandestino entre tu cuñado y mi sobrina —siguió el vizconde—. Anoche los vio a solas en el invernadero, justo cuando ambos desaparecieron durante el baile y después volvieron con excusas bastante creíbles, sobre que estaban en lugares diferentes.

Oso respiró profundo, a él también lo convencieron como un idiota. Gruñó molesto, pero trató de contenerse. Miró en dirección de su esposa mientras negaba, Rose le dijo que la joven había subido por un momento a su habitación para cambiarse los zapatos que la estaban «matando». Palabras literales. Negó cáustico, pero fue incapaz de reclamarle algo a la marquesa, menos delante de otros.

Rose no bajó la mirada avergonzada, se la sostuvo valiente. Era una mujer que solía hacerse responsable de sus errores, y asumía sus culpas.

—¿Qué más? —exigió Oso—. Hasta donde tengo entendido hay una vieja promesa hecha por Leonard que obliga a Jacob a desposar a lady Laetitia. Pensé que Jake jamás iba a cumplir ese juramento, hasta que ayer conocí a la joven dama. Creí que tal vez se podrían agradar. Ella es agraciada y de conversación inteligente.

—Sigo sin intenciones de desposar a la hija del duque —sostuvo valiente Jacob.

—¿Tú en correrías con mi pupila? —desafió Oso a su cuñado—. Es algo sórdido. Más, porque te las das de santurrón. Espero que no estés cortado por el mismo molde que Leonard y Ferdinand. Anoche te pregunté, hermano, si alguna señorita te interesaba. Y lo negaste una y otra vez.

—No podía hablarte de mis sentimientos por Annalise sin que estallaras —contestó Jacob.

—¿Me ves explotando? ¿O haciendo algún tipo de aspaviento? —Se notaba el esfuerzo que realizaba para que su voz se calmara y pareciese serena. Pero su mirada penetrante demostraba que hervía por dentro—. Estoy muy tranquilo y todavía tengo fe en ti. Solo indago para tratar de entender, porque el hombre que veo a los ojos y llamo hermano, jamás me daría una puñalada por la espalda.

—Sabes que nunca lo haría —mantuvo Jacob con firmeza.

—Entonces explícate, porque de lo contrario sí me verás enardecer. —La voz de Oso se elevó unos cuantos decibeles.

—Amo a Annalise, ¿de acuerdo? —confesó lo que ya no podía guardarse—. Siempre la he querido. —Los rostros de todos mostraron una expresión más grave todavía, y a la aludida se le escapó un suspiro que hasta el momento mantuvo contenido. La hermana lo tomó del brazo, mostrándole su completo apoyo—. Incluso, cuando Rose y tú estaban de luna de miel y tuve necesidad de hospedarme en Bloodworth House, preferí irme antes de tiempo que quedarme con ella bajo el mismo techo, por respeto. Te amo, Anna, por favor, no dudes de mí.

Oso carraspeó, todo era muy fuerte y hasta cierto punto entendía a Kilian. No podía reclamarle por estar furioso contra su hermano y su esposa. El rostro de Annalise comenzó a palidecer, y vio como Belle corrió a su lado y la abrazó, brindándole soporte.

—¿Por qué me lo ocultaste? —inquirió Oso.

—Primero deseaba romper mi compromiso con lady Laetitia.

—¿Y por qué demonios no lo has hecho ya?! —El marqués se iba encendiendo como dinamita.

—Lo intenté esta mañana, pero los Clarence pasan por alguna eventualidad y no pudieron escucharme —dijo toda la verdad; no obstante, Kilian negó desconfiado.

—¿Sabes que estaba dispuesto a alejar a cuanto libertino pretendiese la mano de Annalise? Solo aceptaré a un hombre recto. Y todavía para mí lo eres. ¡Tienes negada la entrada a esta casa hasta que el compromiso con lady Laetitia quede disuelto y vuelvas para pedirme formalmente su mano! Así que, hasta que estés disponible no serás recibido. Te invito a retirarte. —La fría calma de Oso dejó a Jacob perplejo. ¡Eran familia!

—¿¡Emery Osborne!? —Rose sorprendida le habló por su nombre y apellido—. ¡No puedes expulsar a mi hermano de nuestra residencia! —No estuvo de acuerdo y no dudó en exponer su disconformidad.

—¡Annalise no se quedará bajo tu techo, nada me asegura que lo que sucedió en el invernadero no se repita! ¡Si es que ya no se encerraron en otra parte de tu enorme mansión! —Se dirigía a Oso, Sadice ardía en cólera, su posición era tajante—. Lamento rebasar tu autoridad, pero es mi sobrina. —Ese «mi» sonó con más énfasis que el resto de la frase.

—Yo soy su tutor legal —terció lord Oso muy ofuscado—. Su antigua familia me cedió ese derecho.

—Ya lo has dicho, su antigua familia, quienes han perdido todos los derechos, ahora que su apellido es Everstone —precisó Kilian.

—Deténganse los dos. —Pudo ser un grito para aplacar a esos dos hombres, pero Annalise dominaba bastante su carácter y se mantuvo serena—. Tengo veintiún años, creo que ya me corresponde decidir —intervino con valor, aunque le dolía desafiarlos porque la recibieron con afecto y se preocuparon por cubrir todas sus necesidades.

—¿Y qué decides? —preguntaron los dos aristócratas al unísono.

—Yo... Pasaré unos días con... mi abuela. No estoy diciendo que dejaré Bloodworth House de modo indefinido. Necesito tiempo para pensar... Y mi abuela ha sido tan amable conmigo, deseo convivir con ella y conocerla más. —Fue todo lo que se le ocurrió para aplacar el caos. No había necesidad de negarle la entrada a Jacob si se iba unos días, y así evitaría un disgusto entre Rose y Oso. De igual forma, no rechazaba del todo los intentos de su tío de brindarle protección. Quedaría en un terreno neutro, nadie pondría reparos.

—Es válido —la alentó Belle, mirando a los demás que seguían meditando en la resolución

de la señorita.

—Te extrañaré muchísimo. Pero como has dicho no será definitivo, podré visitarte para continuar con nuestras clases y hay muchos libros que puedes llevarte sobre jardinería y botánica que te serán de utilidad. Será hermoso que convivas con tu abuela, te hará bien. Pero en el momento que sientas la necesidad de volver no dudes en hacerlo, esta es tu casa y yo soy tu hermana —resolvió Rose brindándole soporte.

La exhalación pesada de Jacob se escuchó. Solo anhelaba que Annalise estuviese protegida.

—Mi madre se pondrá feliz. Creo que es muy lógico que desees estar con ella —alegó Kilian respirando pausado.

—No estoy muy convencido... —balbuceó Oso algo intransigente y todos lo miraron ceñudos. Él prometió velar por la joven y le dio el lugar de una hermana menor, quería verla salir de su casa directo al altar. Resopló con fuerza y alzando los hombros continuó como un crío regañado—: Creo que una abuela es un consuelo maravilloso para una señorita.

La muchacha respiró hondo y miró de soslayo a Jacob, que asintió con el propósito de asegurarle que todo iba a estar bien.

—La palabra que dio mi padre no tiene valor para mí. No fue un hombre honorable, así que no me siento comprometido a honrarla. En cambio, hoy te hago una promesa, una que cumpliré incluso, hasta mi último aliento...

—Jake... —susurró conmovida. Su ceño se desarrugó. Si no la quisiera, no iba a sostener con completa convicción aquel juramento delante de los demás.

—Seré tu esposo, Annalise —pronunció con una seguridad evidente—: Y tú serás mi esposa. Te prometo amor infinito, afecto, respeto, comprensión, también risas. Deseo hacerte feliz. No existe nadie que llene mi corazón como tú lo haces...

—«Usted», no la tutees hasta que te ganes ese derecho. Sigue siendo la señorita Everstone mientras el compromiso no sea sólido como una roca —atajó Kilian.

—Cumple tu promesa, Jake. Puedes seguir visitando esta casa. Confío en ti —añadió lord Oso con cierta gravedad en la voz.

Capítulo 9

Annalise se sentó en el borde de su cama, se abrazó a su cuerpo, con la mirada repleta de dolor. El mismo que Jacob no pudo disimular cuando, lleno de ira, se marchó de Bloodworth House.

La doncella preparaba su equipaje para la partida que tendría lugar al día siguiente. La joven ya se había disculpado con Rose y Belle, por meterlas en aquel aprieto, por pensar que la traicionaron. Se abrazaron fuertemente antes de que la dejaran a solas.

Extrañaría esa casa y a todos los que allí vivían. Recordó cuando llegó delgadísima, hambrienta, triste, perdida... La hicieron sentirse en casa, la cuidaron, la alimentaron, la vistieron y la mimaron hasta que se creyó que sí, que era hermana de Rose y Oso, y que pertenecía a la familia Osborne, pero ella era una Everstone. Y, conocer su origen no fue tan abrumador, los suyos también la recibieron con amor.

Al siguiente día, se despidió de los marqueses. Notó cierta negativa en sus rostros al dejarla partir, pero al final terminaron por acceder, era la decisión de la muchacha y se esforzaron por respetarla.

Tras el corto trayecto, el carruaje se detuvo en una residencia de ubicación envidiable. La propiedad poseía un lujo discreto pero elegante. Su abuela había cambiado recientemente de casa, y la fresca decoración era agradable a la vista.

El servicio con sus uniformes impecables aguardaba en dos filas, de un lado ama de llaves, cocinera y doncellas. Del otro, lacayos y mayordomo. La formalidad la puso un poco nerviosa, aunque su abuela había sido muy familiar con ella, el derroche de etiqueta era algo que no se esperaba.

Al lado de Marybeth Everstone, vizcondesa viuda Sadice, estaba su sobrino con una grata sonrisa llena de complicidad, como si ambos hubiesen planeado ese recibimiento. Era el marqués de Normanby, Edgar Payne, a quien también había tenido la oportunidad de conocer. Según pudo apreciar, parecía ser el más afable de los caballeros de su familia, el hermano de aquel, Norfolk, era hosco y frío, más difícil de tratar. Aunque con ella intentó ser condescendiente.

Tanto Kilian como Norfolk, le reprochaban a Marybeth su predilección por Normanby. Pero no era que la vizcondesa viuda lo quisiera más que a los otros dos, sino que el marqués era más comprensivo que Sadice y Norfolk, por lo que, con él era más fácil tener un nexo de complicidad en asuntos en los que el vizconde y el duque huían dejándole a Normanby la carga. Como cuando Marybeth patrocinó una gala en beneficio de músicos caídos en desgracia, o aquella vez que invitó a otras damas de la alta nobleza a realizar un bazar para ayudar a los niños del orfanato. Normanby jamás le decía que no a su tía, su corazón era noble y siempre estaba dispuesto a colaborar.

Como fuere, también formaba parte de la comitiva. Annalise agradeció que toda su familia paterna no se hubiera dado cita ese día allí, lo que más deseaba era encerrarse en su nueva habitación y enterrar la cara en la almohada. Jacob era lo único de lo que su mente se podía ocupar. Con el paso de los días, se acercaría a cada uno de ellos para profundizar en los lazos que los unía. Especialmente a sus primitas, agradecía tener a todas esas niñas curiosas y llenas de alegría que la miraban como si fuese una princesa de un cuento de hadas. Las niñas no tardaron en apodarla «Blancanieves», por su similitud con la protagonista de la historia que les leía su

niñera y a ella le hizo mucha gracia.

—¿Esto? —preguntó al estar frente a su abuela—. No era necesario, habría sido igual de feliz con un recibimiento más sencillo.

Los cascos de un caballo irrumpieron, dejando a Marybeth con la palabra en la boca, más al contemplar al jinete que se acercaba como azuzado por el diablo. Kilian Everstone se detuvo antes de que Annalise y su abuela intercambiaran las palabras de bienvenida. Bajó del caballo con ayuda de uno de los lacayos, y caminando lo más rápido que le permitieron su pierna adolorida y su bastón, se aproximó a su familia.

—¿Kiliaaan? —La vizcondesa viuda no disimuló su sorpresa y alargó la última sílaba más de lo apropiado.

—Madre... Tenía entendido que nadie de la familia iba a acompañarla en el recibimiento de Annalise. ¿Cómo fue la palabra que dijo? Ah, ya recuerdo, para no abrumarla con tantas muestras de afecto. —Hizo una pausa y saludó a los demás—. Annalise, Edgar...

Los antes mencionados le correspondieron. El marqués aprovechó y se dirigió hacia la recién llegada.

—Querida sobrina —intervino el primo de su padre que se apoderó del rol de tío *ipso facto*, ante la aprobación de Kilian, a quien le agradaba que tanto Norfolk como Normanby mostraran interés en volverse cercanos a la muchacha—. La familia entera añoraba el momento en que regresaras a tu hogar. Ahora estás con los tuyos, aunque jamás minimizaremos el mérito de lord Bloodworth, estaremos siempre en deuda con él por rescatarte de las garras del infortunio.

—Estoy completamente de acuerdo —sostuvo el vizconde.

—No era necesario un gran recibimiento, pero agradezco que estén aquí para darme la bienvenida —musitó al fin la joven.

—Todos pretendían venir, pero les dije que te diéramos cierto espacio —explicó su abuela—. Salvo, mi querido Edgar, claro. Como él y tú son los únicos solteros en edad de desposarse, es urgente que nos reunamos para tomar acuerdos. En mi papel de matrona de la familia me corresponde lograr, por todos los medios posibles, que ninguno salga invicto esta temporada.

La cara de Normanby se transformó por completo desde la primera insinuación acerca de su soltería, la sonrisa inicial fue remplazada por la total sorpresa y Annalise no se quedó atrás. ¿Sabría su abuela que su corazón latía con fuerza por Jacob Peasly?

—¿Hoy? —inquirió Kilian que estaba por preguntar, ¿por qué si la familia entera se ofreció para asistir al recibimiento, Marybeth solo le permitió a Edgar estar presente? Pero se guardó su interrogante—. Madre, siempre ha tenido un interés natural por casar a los miembros solteros de la familia, pero no un interés tan acuciante como para tramar tamaño ardid en contra de mi primo. —Alzó las palmas sin comprender. ¿Estaría Edgar dispuesto a ceder con tal de no perder el sitio privilegiado que tenía en la escala de los afectos de Marybeth? Kilian no lo podía creer, observó a su primo con detenimiento, aguardando a que se negara con más ímpetu.

—Estamos en plena temporada —justificó la vizcondesa viuda—. No tengo intenciones de esperar.

—Oh, querida tía —replicó Normanby con cierta afectación en la voz, mientras Kilian negaba—, me ha engañado como a un pequeño niño que calma su zozobra chupándose el dedo. Me citó esta mañana para recibir a Annalise, no me avisó de su intención de desplegar su arsenal de armas de casamentera.

La dama le lanzó una mirada llena de sabiduría.

—Cuando todos manifestaron el interés en recibir a Annalise, encontré la excusa perfecta

para hacerte acudir —añadió Marybeth.

—Abuela, yo... —Annalise quiso defenderse, pero al ver la reticencia en el rostro del marqués, lo dejó seguir hablando, estaba renuente a ceder.

—Tía, agradezco su intención, pero ya estoy bastante crecido para ocuparme de buscar esposa por mí mismo —continuó ofuscado, dispuesto a huir de la emboscada de Marybeth—. Norfolk podría ser su proyecto esta temporada, si casar a su maravillosa nieta debutante no es suficiente reto para usted.

—Oh, Edgar, querido Edgar —alegó entrecerrando los ojos Marybeth—. Norfolk no podría hacer feliz a mujer alguna. No hasta que sus heridas sanen y su humor tenga mejor cariz.

—Pero Norfolk tiene un ejército de hijas que necesitan desesperadamente amor maternal, más ahora que su humor está peor que lo habitual. Y no olvide que aún necesita un heredero...

—Y nos ocuparemos de Norfolk cuando llegue el momento, pero tú, querido, eres el soltero más viejo que conozco.

—¡Oh, tía, me ofende! —se exaltó.

—Sé que te han roto el corazón. Sin embargo, podemos unir sus pedazos y arreglarlo para la candidata correcta.

—No sé por qué presiento que pondrá más énfasis en endosarme una esposa a mí, que un caballero a Annalise. En quien, repito, debería concentrar todos sus esfuerzos. Y no sigamos haciéndola esperar con esta diatriba que al parecer no tendrá fin.

—Madre, creo que este incordio no es lo que pensaba encontrar Annalise cuando decidió que su casa era un lugar neutro donde podía vivir sin contrariedades. Pongamos fin de una vez a esta locura. Edgar no precisa que lo espoleen demasiado, y Annalise requiere descansar. Por favor, llévela a conocer su nueva habitación.

Con una mirada le hizo un guiño al mayordomo para que le indicara a los sirvientes regresar a sus labores.

—No vendrás a poner orden en mi casa, Kilian, aunque seas el vizconde. —Marybeth lo regañó y él la miró ceñudo, pero sin atreverse a replicar. Era una dama y además, su madre. Ante todo, él era un caballero—. Tal vez permita que Annalise vaya a descansar, aún hay tiempo para debatir sobre los candidatos. Pero, Edgar se ha mantenido invicto suficientes temporadas, nuestra charla al respecto no seguirá postergándose.

—¿Hoy? —protestó el hijo.

—Hoy —contestó Marybeth con un asentimiento—. Así que, ¿nos acompañas y me ayudas a convencer a tu primo de que debe casarse para darle al título los herederos que ya claman por venir a este mundo, o te marchas para hacerte cargo de tus importantes ocupaciones?

—¿No dirás nada al respecto, Edgar? —continuó Kilian en dirección de Normanby.

El aludido se quedó muy reflexivo, y negando con la boca cerrada terminó por acceder ante los deseos de la matrona. Kilian se alzó de hombros ya sin poder comprenderlos.

—¿Nos acompañas? —insistió Marybeth.

—Vendré mañana, cuando el ambiente esté menos cargado. —Después Kilian le dedicó unas palabras a su sobrina para reiterarle su apoyo y tras dejarla en el recibidor, se despidió de todos.

En ese instante, Marybeth y Edgar suspiraron al unísono.

—Gracias a Dios —murmuró la vizcondesa.

—Usted, tía, y sus maquinaciones me harán perder la confianza de mi primo. Sabe que lo quiero como a un hermano.

Annalise se les quedó mirando con los ojos entrecerrados.

—¿Algo se me escapa? —preguntó la joven.

Marybeth sin responderle solo le sonrió, después ordenó al mayordomo que dispusiera que los sirvientes se ocuparan de subir las pertenencias de la joven para que la doncella pudiese acomodarlas. Acto seguido, le tendió la mano a su nieta y la guio por un pasillo, mientras Edgar con el rostro aliviado las escoltaba.

En el salón del té, había un servicio dispuesto y un invitado. La cara de la señorita no pudo disimular las emociones que la recorrieron entera. Él se puso de pie al verla llegar.

—Perdona, querida nieta, no soy una matrona obsesionada con la idea del matrimonio, solo un poquito, lo usualmente necesario —agregó con sorna—. Y menos citaría a Edgar precisamente hoy para tratar de revertir su soltería.

—¿Fue una excusa? ¿Pretendían que mi tío se marchara? —indagó sorprendida ante la osadía de aquellos dos.

—Kilian me puso al tanto de las pretensiones de lord Peasly. Estaba avisada de que no podía visitarte hasta que su situación quedara resuelta. Pero el joven ha llegado esta mañana a mí para tener unos minutos contigo, quiere darte alguna explicación. Fue tan convincente al revelarme sus sentimientos, querida mía, que ha tocado mi corazón. Ha venido buscando la comprensión de un miembro de la familia más razonable y yo no podía negarme. Así que, le he pedido a Edgar que llegase de inmediato para que sea testigo de que la honorabilidad y el buen nombre de ambas familias se mantendrá a salvo en cada momento.

—¿Abuela, usted ha hecho a lord Normanby cómplice de...? —No pudo terminar la frase.

—¿El amor? Claro, que si tú no lo quieres... —Miró con pena en dirección del gallardo Jacob Peasly que seguía de pie, contemplando con ojos devotos a Annalise.

—No he dicho que no lo quiero, es solo que... —Tampoco pudo terminar, la voz se le quebró al final.

—Ese joven que está ahí te ama. Eso no lo duda ni el Altísimo. Y ha prometido que deshará hoy mismo el compromiso. Me explicó los motivos por los que no lo hizo antes y son muy convincentes.

—¿Abuela, será usted nuestra celestina?

—Oh, no, no —agregó con una sonrisilla—. Pero mi Trevor y tu madre Lisa, no pudieron ver realizado su amor, y no puedo permitir que tú tampoco lo logres.

—Tía —la llamó Edgar—, tomemos asiento, mientras ellos hablan. Creo que lord Peasly es perfectamente capaz de explicarse y demostrar la veracidad de sus palabras. Siempre que se conduzca con decoro y cumpla su promesa de desposarla a la brevedad, tendrá en mí a un aliado.

El marqués y la vizcondesa se sentaron en torno a la mesa del té, y mientras degustaban la aromática bebida, observaron a los jóvenes dirigirse al ventanal.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Annalise al fin apoyando el brazo en el alféizar de la ventana, y apretando los dedos contra la dura superficie de madera para contener los enormes deseos de tocarlo, de abrazarlo como lo hizo en el pasado.

—Anoche no pude dormir. —Jacob tragó en seco, añoraba besarla. Su mandíbula se notaba tan tensa. Estiró los dedos enguantados con la fina piel de cabritilla hasta rozar los de ella cubiertos de encaje. Ambos se estremecieron. Él inspiró hondo y el olor a lavanda que desprendían los sedosos cabellos de ella tuvo un efecto relajante para el barón—. Necesitaba explicarte sin Oso y tu tío, como dos custodios muy enfadados, que no me dejaban pronunciar cada palabra. Saliendo de aquí voy a hablar con Clarence, si no lo hice antes fue porque su esposa, tuvo un vahído justo el día que pretendía poner fin al pacto que hizo con mi padre.

Reitero que el compromiso no fue conmigo, a la única persona que le debo lealtad es a ti Annalise. Jamás le he prometido mi amor a absolutamente nadie. Por favor, dime que me crees y me darás valor para hacer lo que tengo pensado.

—¿Por qué no tendrías valor? —preguntó sin entender esa última parte, apartando los dedos de su alcance.

El rostro de él reflejó el pesar tras la retirada y la duda de su amada.

—Tienes razón, no tendría por qué no tenerlo. Alma mía, confía en mí, te lo suplico.

—Si no confiara en ti, Jake, no te habría recibido.

—¿Te casarás conmigo? —sostuvo mirándola a los ojos, decidido, sin vuelta atrás.

Edgar y Marybeth podían escucharlos, y contuvieron el aliento esperando al igual que el joven la afirmación.

—Vuelve a mi puerta sin ataduras con familia, título o apellido alguno. Y entonces, pídelo otra vez, mi respuesta podría hacernos muy felices a los dos. O, al menos, a mí. Te lo aseguro.

—Oh, Anna, no dudes que me harás igual de dichoso. —Él le regaló una sonrisa tan amplia y espléndida que algo dentro del pecho de la muchacha se rompió otra vez, y quedaría muy roto si él no volvía para cumplir su palabra—. Te amo —esbozaron sus labios de modo inaudible, pero los espectadores discretos no perdieron detalle, y luego sin temor a demostrar sus sentimientos, sostuvo—: Te amo y regresaré hoy mismo.

—Tendrás que buscar antes a mi tío y a Oso, quiero que todos volvamos a ser una gran familia, sin resquemores de por medio.

—No lo dudes. Muero por gritarles a esos dos que nada me ata a la palabra dada por mi padre.

—Será mejor que te sosiegues y se los pidas amablemente, son dos locos que podrían enardecer ante la menor provocación. Aunque en lo impetuoso y loco nadie te gana —bromeó. Su sonrisa igualmente era amplia, reflejo de la gran felicidad que sentía. Él la había convencido por completo—. También te amo —susurró y lo habría besado, se habría lanzado a sus brazos en busca de la sensación placentera y de seguridad que sabía que podían brindarle, pero como no estaban solos se tuvo que aguantar.

Con solemnidad, Jacob se despidió, no sin antes agradecerles a Normanby y a Marybeth por el voto de confianza.

Capítulo 10

Jacob arregló sus asuntos y cerró el cartapacio con los papeles que le darían al fin su libertad. Arrugó el entrecejo, y escuchó los últimos consejos de Oso, quien a pesar de las palabras que cruzaron en el invernadero de Bloodworth House, acudió a su encuentro y se encerraron en el estudio de Peasly House junto con el abogado de Jake. Rose había mediado para que su esposo apoyara a su hermano, pero no era menos cierto, de que el marqués, no tenía intenciones de negarle la ayuda al joven.

—A Clarence no le conviene que exijas el pago del cuarenta y nueve por ciento de tu inversión en los negocios —pronunció Emery Osborne, quien no se dedicaba nada más a ser uno de los aristócratas con más linaje de la nobleza. Su padre siempre lo preparó para los tiempos modernos, y cultivó su gran dotado intelecto, era un genio en los números, en negociar acuerdos que le trajeran grandes ganancias y en detectar donde valía la pena invertir. Por lo anterior, su riqueza era vasta e iba en aumento. Muchos en Londres estaban a su merced por algún asunto monetario, sobre todo nobles que vivían bajo el arcaico sistema de las rentas.

El abogado de Jacob asintió, de acuerdo con el marqués y sostuvo:

—En el contrato que su excelencia, el duque de Clarence, firmó hace años con su padre, se estipula que, si alguna de las partes se ve en la necesidad de vender su porcentaje, el otro tendrá prioridad en la compra de bienes y servicios. Pero si el socio no tiene la solvencia para responder, el interesado en vender podrá buscar una propuesta fuera de la sociedad contractual.

—Estoy seguro de que si presionas a Clarence, no podrá responderte a corto tiempo y te pedirá que no vendas. Tendrá que conformarse y podrás mantener tus posesiones. No querrá a un desconocido metiendo las narices en sus negocios.

—Hay un plazo de tres meses de gracia para quien compra —advirtió el abogado.

—Tres meses —repitió Jacob, juró que ese mismo día acudiría ante Annalise, no estaba dispuesto a retractarse, ni a pedirle esperar.

—De todos modos iré y disolveré el compromiso. Tengo en mis manos los elementos precisos para disuadirlo de iniciar una ofensiva en mi contra; pero si decide contraatacar no tengo temor.

—Jake, déjame acompañarte —le susurró Oso, colocándole la mano sobre el antebrazo.

—Gracias, pero no. Tengo que hacerlo solo o carecería de credibilidad. Clarence debe entender que no hay vuelta a atrás.

Se despidieron y cada uno marchó a sus ocupaciones. Jacob se dirigió a los establos, tras sacudirse la chaqueta y comprobar que estaba impecable. Le otorgaba a la reunión con el duque de Clarence toda la solemnidad que tenía, a su paso un sirviente lo detuvo para informarle que un carruaje acababa de arribar. No necesitó que le anunciaran de quién se trataba, conocía el vehículo de su tío Ferdinand Peasly.

El mozo de cuadra ya le estaba preparando su montura, no obstante, y a pesar de suponer que su tío lo iba a presionar para que desistiera de sus intenciones, se acercó a indagar el motivo de su presencia.

—Por favor, sube, muchacho. Es urgente que me apoyes en un asunto familiar —pronunció como si el afecto que Jacob le tenía aún siguiera intacto. Como si no se hubiese dañado tras

comprender que Ferdinand secundaba a Leonard en todo y que, parecía que su misión era asegurarse que el joven continuara el legado de los Peasly, según los deseos del anterior barón.

—¿Tío, no se pregunta qué habría sucedido si mi padre nunca me hubiese engendrado, si yo no fuera el heredero de la baronía?

—Por supuesto que no —negó con convicción.

—Tal vez si usted fuese el barón, yo podría dedicarme a vivir mi vida.

—No reniegues de tu suerte ni bromeando. Dios te eligió para ser el cabeza de familia y debes honrarlo. Como sea, yo no tuve un hijo varón y sin ti habría pasado a otra rama de los Peasly. Recuerda que el acta de sucesión especifica que la línea del legado es la masculina. La bendición en tus manos es inmensa, posees el título de la familia y tienes una obligación con todos nosotros. —Hizo un ademán para instarlo a compartir el carruaje con él.

—Ahora no puedo acompañarlo.

—Es Grace. Tiene problemas con su esposo y tengo que ir a socorrerla. Es urgente.

—¿A socorrerla o a convencerla de que debe aguantar su martirio? —musitó dubitativo e irónico a la vez, sin subir con él al vehículo.

—Siempre te ha escuchado. —Trató de persuadirlo. Se notaba su ofuscación, lo necesitaba.

—También escucha a Rose y no te veo llamando a su puerta —desafió. Grace solía oír más a Rose.

El tío hizo un gesto de fastidio. ¿En qué momento aquel muchacho educado bajo los valores más íntegros y las reglas más estrictas se había vuelto tan desconfiado? Achacó su rebeldía a Rose y, en especial, a su esposo. Estaba convencido de que desde que su sobrina mayor desposó a lord Bloodworth, sus sobrinos fueron azotados por una ola de desobediencia. Primero Rose, después Daisy con su situación, la cual gracias al Altísimo no terminó en un escándalo —cuando tuvo un corto pero intenso cortejo—, y en ese momento Jacob, quien incurría en desacato a las órdenes de su padre, faltando así a su memoria.

—Tu hermana habría convencido a mi hija de abandonar a su esposo y eso la arruinaría por completo.

—¿Tan grave es su situación? —Jacob se tensó. Justo en ese momento. El duque lo estaba esperando, si no acudía a la cita no lo iba a tomar en serio. Tampoco quería abandonar a Grace a su suerte.

—La situación es desesperada. He recibido una nota, de manos de su doncella, donde me pide que interceda para poder conseguir la anulación de su matrimonio.

—¿Puede anularse, hay razones contundentes? —Dudó. Socialmente no era lo más apropiado, pero era testigo de que aquel matrimonio fue muy desafortunado. Cuando Ferdinand hizo oficial el compromiso de su hija Grace con un hombre que le triplicaba la edad, nadie en Peasly House estuvo de acuerdo. Los demás Peasly le aplaudieron al supuesto padre abnegado, no les importó sacrificar a la joven que recién debutaba con tal de que la familia se beneficiara con estatus y conexiones. La casaron con un par del reino con las arcas rebosantes, para Ferdinand fue lo único destacable. Unos años después, el resultado fue triste. Grace era muy desdichada.

—Aunque existieran, que lo dudo en realidad, no sería lo más sensato. ¿Qué pasaría con mi hija?

Jacob no quiso contestar, sabía que no lo haría cambiar de opinión; no obstante, sintió compasión por Grace.

—Tengo una cita que no puedo aplazar. —Le preocupaba su prima, pero no podía retrasar la

conversación pendiente con Clarence.

—Primero está la familia —presionó Ferdinand.

—Mi cita es con el duque de Clarence y es urgente —enfaticó con un gesto que demostraba cuan impostergable era su tema pendiente—. Cuando arregle mis asuntos, iré personalmente a la casa de mi querida prima. Pediré hablar con ella para que me explique qué está sucediendo y cómo la puedo ayudar.

—¿Qué tienes que conversar con Clarence? —La curiosidad lo sacó por un instante de sus preocupaciones—. ¿Al fin conocerás a tu prometida y harás oficial el compromiso?

Jacob llenó sus pulmones de aire y continuó hablando, mirándolo con seriedad:

—Voy a disolverlo.

Ferdinand se llevó una mano al pecho y apretó en el sitio de su corazón. Jacob observó los músculos del rostro de su tío tensarse. Se mantuvo alerta a su reacción.

—¿Quieres matarme, muchacho? —No exageraba, Ferdinand tenía problemas del corazón, pero lo que iba a llevarlo a la tumba era su necesidad obsesiva de dominar el destino de sus descendientes, de atarse a los principios arcaicos e hipócritas de los Peasly.

—Tío, escúcheme. Lo diré una sola vez. Sé que tenía puestas sus esperanzas en mi matrimonio con lady Laetitia.

—Por supuesto —lo interrumpió y Jacob respiró hondo para no desesperarse—. Tendría una preocupación menos. Será un enlace muy conveniente para ti. Te casarás con una dama con conexiones muy importantes. Te convertirás en el yerno del duque de Clarence.

—No me desposaré con lady Laetitia, he prometido mis afectos alguien más, la señorita Everstone.

—¿La de dudosa procedencia?

—Su procedencia es legítima y quien se atreva a insinuar lo contrario tendrá un serio enfrentamiento con lord Sadice, lord Normanby y con su excelencia el duque de Norfolk, su familia lo ha dejado muy claro.

—Ah —expresó con desagrado como dándose por enterado. Pero no podía disimular que seguía sin gustarle.

—También estoy dispuesto a cobrar con creces la ofensa de quien ose humillarla y poner en tela de juicio su legitimidad.

—¿Por qué? —preguntó sereno, pero por dentro era un volcán a punto de erosionar.

—Porque la amo —se sinceró. Su voz nunca tembló.

—¿La amas?

—Perdidamente.

—¿Y estás dispuesto a disolver un compromiso prometedor, justo cuando deberías estar rogándole a su excelencia que lo hiciera público para que otras aves de rapiña dejen de sobrevolar sobre tu futura esposa?

—¡Mi futura esposa será Annalise Everstone! —Elevó la voz, enardeciendo por su cuestionamiento. El ámbar de sus iris se hizo más líquido y sus pupilas destacaron en ellos como dos dagas oscuras y afiladas.

—No te enfades, cálmate. Es solo una pregunta —dijo para tratar de aplacarlo. Sabía que había un lado impetuoso en Jacob que no podía dominar—. Entiendo que tengas sentimientos por esa muchacha, es hermosa y han pasado juntos más tiempo del que le has dedicado a tu prometida, por eso crees que la amas.

—No lo creo, tío. Estoy seguro.

—¿Cómo?

—El amor creció lentamente hasta que se instauró en mi pecho con tal fuerza que no hay nada que pueda desterrarlo.

—Oh, ya veo. —Trató de ganar tiempo. La situación de su hija era acuciante, pero la de Jacob era desesperada. Ferdinand estaba seguro de que su sobrino iba a sepultar su futuro con esa decisión—. Si estás convencido debo estar a tu lado.

Jacob lo miró indeciso. ¿Era su tío el que estaba hablando? Hasta ese momento se había opuesto a cualquier candidata que no fuese lady Laetitia.

Por su parte, fue todo lo que Ferdinand comentó ante el arranque del joven noble, no podía transparentar sus ideas frente al voluntarioso Jake o perdería por completo la poca autoridad que le quedaba sobre él. Su sobrino todavía lo escuchaba, pero era muy evidente que dejaría de hacerlo si manifestaba su irreversible oposición al disparate que estaba a punto de cometer. Inspiró hondo para buscar el modo de encauzar su obediencia. Comprendió, tras su determinación, que mediante la fuerza no iba a lograr nada.

—¿Te acompaño? —preguntó Ferdinand—. Parece que necesitarás de mi apoyo. Lo digo por el acuerdo financiero entre ambos.

—No es necesario, lo tengo cubierto. Además, usted debe apoyar a Grace.

—¿Cómo lo has resuelto? —La curiosidad lo minaba. Jacob no solía tomar decisiones sin consultarle previamente. De haber tenido menos edad, un tutor habría sido útil, y ese sería él, conocía el testamento de su hermano. Pero Jacob ya era mayor de edad, lo que dejaba a Ferdinand atado de manos. Solo podía susurrar sus consejos en el oído del joven de la manera más convincente posible y rogar por ser escuchado.

—Mi cuñado me ha dado unas sugerencias. —Jacob dio una corta inhalación y le resumió brevemente su plan.

—Claro —susurró Ferdinand y casi se ahoga con su propia respiración. Detestaba al marqués de Bloodworth, era especialista en cruzarse en su camino. Exhaló y volvió a tomar aire—. Si ya lo tienes decidido debo permanecer a tu lado. Insisto en acompañarte para ayudarte a salir bien librado del mal trago.

—Atienda a Grace, yo iré en la noche.

—A su esposo no le parecerá apropiado que la visites sin otro miembro de la familia.

—Soy su primo, somos cercanos.

—Ese hombre es un tanto peculiar.

—Entonces, tal vez, no era el mejor esposo para ella.

—Grace ya hizo su vida. Ahora vamos a ocuparnos de la tuya. Insisto en acompañarte, más tarde iré a socorrerla. Resolvamos el asunto de Clarence y después acudimos con mi hija. Tener el soporte de tu familia será importante para romper la alianza con su excelencia.

Jacob lo miró largamente. ¿Estaba hablando en serio?

—¿Vas a apoyarme? —Dudó.

—Eres mi sobrino.

—Nos vemos allá —masculló vacilando, pero al final terminó por aceptar.

Se despidieron con una seña y Ferdinand le ordenó al cochero llevarlo a la residencia del duque.

Jacob subió al caballo recién ensillado y trotó a paso suave, pero constante sobre los adoquines de las calles de Londres en dirección a la cita pactada en Clarence House.

Se encontró en la puerta con el tío y ambos fueron recibidos por el mayordomo, quien los

hizo pasar con un semblante menos alarmado que el de la última vez que el joven barón estuvo en aquella mansión.

Fueron conducidos hasta la puerta del estudio del duque, y cuando el mayordomo se introdujo para anunciarlos, vieron escurrirse como un gato malherido, con la cabeza baja y dos lagrimones bañándole el rostro, a lady Laetitia Percy, quien era seguida como si de una procesión se tratase por el pequeño perro que le pertenecía. Todo parecía indicar que su padre le había golpeado una mejilla, ella se la iba sujetando, pero podía percibirse cierta rojez.

Los gritos del duque llamando al mayordomo inundaron la antesala a su despacho.

La situación fue incómoda y el mayordomo no supo qué hacer. Pero acertó a tiempo, y les mostró una salita contigua donde podían aguardar. Mientras tenían la intención de trasladarse al lugar indicado, permanecieron unos minutos más en presencia de la muchacha anegada en lágrimas, quien luchaba por limpiarlas. La incomodidad de los tres crecía.

El tío negó y miró a Jacob con un reclamo en el rostro, como si le atribuyera el estado inconsolable de la joven. La saludaron con breves palabras e intentaron olvidar que la encontraron en esa situación tan humillante.

Ese rostro... El barón no reparó en observarla a detalle, mientras cruzaban las palabras usuales y ella se esforzaba en disimular su llanto.

Jacob tuvo un pálpito. Recordó a una pareja de enamorados en los jardines de Rose, que se ocultaban para prodigarse sus afectos en la oscuridad. A pesar de la noche, él pudo detallarlos, pues no estaba muy lejos. Además, la luna alumbraba lo suficiente para distinguir ciertos rasgos. Se preguntó si fue ella quien arriesgó su reputación y la de su familia, al acudir al rincón oscuro para dejarse besar con tanta efusión. De ser lady Laetitia no podía culparla, él no era más inocente. También se escondió para robar los besos de la tierna boca de su amada.

De camino a la salita, Ferdinand y su sobrino hablaban muy bajo. Al parecer, la etiqueta había sufrido una afrenta. El mayordomo se quedó con el duque más del tiempo prudente, mientras recibía órdenes de su amo. Los visitantes buscaban acomodo sin salir de su asombro y de su disgusto.

—Quizás Clarence sospecha que te has retractado y ha advertido a su hija —susurró Ferdinand cuando la joven dama se alejó por completo, para que dentro del estudio del duque nadie lo escuchara—. ¿Viste cómo te miró? Había cierto reproche en su semblante.

—Ella sabe que soy el caballero a quien su padre le prometió su mano sin tomar en cuenta sus deseos. —Jacob también murmuró—: Es razonable que me estudie, nos hemos encontrado muy pocas veces y ninguna hemos sido presentados apropiadamente. ¿No cree que podría ser lo contrario, que sus lágrimas se deban a que se opone a los designios de su excelencia? Quizás también aborrece la idea de desposarme... Se sujetaba la mejilla, creo que su excelencia la reprendió...

—He dicho que voy a apoyarte, pero no permito que pongas en tela de juicio la honorabilidad de la joven dama, y menos la de su excelencia. Nunca trataría a su hija con tanta dureza. Es un caballero y de los más respetables.

—Jamás me atrevería —admitió con un gesto resolutivo. Si Laetitia era la joven que se besaba en el jardín, se llevaría ese secreto a la tumba. Pero debía advertirle que se arriesgaba demasiado. Tampoco le deseaba el mal. Y a ese caballero lo conocía, había ciertos rumores sobre sus afectos y estos no incluían a Laetitia. Quería romper el vínculo que los padres de ambos establecieron, pero no podía permitir que la joven se arrojara al despeñadero, lanzándose a los brazos de John Thomas.

—¿No crees que deberías cruzar unas palabras más amables con ella? Lo justo es que le expliques las razones por las que decides desecharla...

—No la estoy desechando... Yo... Debo hablar primero con el duque.

—Y con esa finalidad has venido, pero la joven... Su excelencia tal vez nos despache. No parece de humor para recibirnos.

—Diablos —maldijo Jacob por lo bajo.

Laetitia estaba en problemas, a Jacob no le quedaba dudas. Y, de cierto modo, se sintió responsable por no advertirle sobre John Thomas aquella noche. Pero no la había visto antes. ¿No debería un caballero socorrer a una dama de quedar en una compañía inapropiada, sin importar si conoce o no la identidad de esta?

—Enseguida estaré con usted y su excelencia.

—Puedo entretenerlo, si es lo que necesitas.

—No le debele el motivo de mi presencia, me corresponde a mí —solicitó Jacob y siguió tras los pasos de la escurridiza dama.

—Confía en mí, sabré manejarlo.

Jacob caminó por el pasillo de la mansión ducal tras la jovencita y su perro hasta que pudo alcanzarlos. Ella aún tenía la mano sobre la mejilla, sin atreverse a descubrirla. La contempló a los ojos con curiosidad y la joven le devolvió la mirada con desdén.

—¿Qué le ocurrió en el rostro?

—Nada que le incumba, milord.

—No quiero ser un entrometido, pero... —Trató de negociar.

Ella levantó al perrito con manto lacio de color negro grisáceo y cabeza de un tono marrón tostado, y miró fijamente a Jacob.

—No me casaré con usted, así que si vino con la intención de formalizar el bendito compromiso que de modo aberrante nuestros padres establecieron cuando apenas salíamos del cascarón, le advierto que debería ahorrarse un trámite que no lo llevará a nada. Si me obligan a acudir a su lado al altar, diré «no lo acepto» tan alto y claro que se arrepentirá si no me hace caso y regresa por donde mismo ha venido. —La osadía que desprendía admiró a Jacob, pero no lo sorprendió con la guardia baja.

—Sé que usted no será mi esposa...

—Me alegra que sea un hombre razonable —lo interrumpió. Se jactó con suficiencia, creyendo que se había librado de él por mérito propio, bajó al perrito que también miraba a Jacob con desdén, eran como un dúo que actuaba sincronizado—. Vamos, Tobias. —Vio al barón hacer una mueca ante la mención del nombre del can. Estaban dispuestos a seguir avanzando, pero Jacob no había dado por terminada la conversación.

—Sé que usted no será mi esposa porque la vi en el baile de los Bloodworth con su enamorado, los dos ocultos en el jardín, besándose...

—¡Oh! —exclamó exaltada y se llevó una mano la boca, la que no duró mucho allí—. ¡Cómo se atreve! Se equivoca de persona—. Trató de negarlo.

—Y si tenía mis dudas ya me queda claro, es usted —desafió sin ninguna cortesía y le tomó la mano con que se cubría la mejilla para poder contemplarla y cerciorarse de que no se equivocaba. Absolutamente era ella.

El perro se puso en guardia y gruñó, el barón no le prestó atención, sus dientes no iban a causarle la muerte y no temía a los mordiscos.

—¿Cómo se atreve? —lo desafió intentando cubrirse con rapidez, pero Jacob no le soltó el

brazo que sostenía por la muñeca, incluso cuando Tobias se enfrentó a los bajos de su pantalón, sin lograr más perjuicio.

La mejilla de Laetitia lucía un golpe, no cabía otra interpretación.

—¿Por qué la reprendió su padre?

—No es su asunto. Es usted verdaderamente entrometido, y si ha venido aquí para obligarme a acompañarlo al altar es un iluso. Ni aunque nieve en el desierto le haré su sueño realidad.

Forcejearon y ella intentó soltarse. Sin embargo, Jacob apretó su mano en torno a su muñeca todavía más, con firmeza, pero sin lastimarla.

—Para su información, hay desiertos en los que suele nevar. Y mi sueño dista de casarme con usted, lady Laetitia.

—No le creo —continuó suspicaz, mientras se esforzaba para librarse del agarre—. ¿Por qué no detuvo antes el teatro del compromiso?

—Es el motivo de mi presencia hoy aquí. Sin embargo, conozco a John Thomas y tengo el deber moral de advertirle sobre él. Sé que usted debuta esta temporada y no está familiarizada con el proceder de ciertos caballeros. No debería reunirse con él a solas, sobre todo sin el permiso de su padre.

—No se atreva a mencionar su nombre, menos ofenderlo —defendió al hombre con quien se besaba y casi golpea a Jacob en el pecho con la mano libre. Tobias seguía mordisqueando el pantalón de Jacob y haciendo sonidos de indignación.

—¿Ah, ya no niega el romance?

Ella abrió los ojos más grandes si se podía, dándose cuenta de su error al confirmar las sospechas del barón. Pero llena de rabia no le importó, siguió justificándolo.

—No tengo por qué soportar que el prometido impuesto por mi padre, desde su perfección absoluta y su moral intachable, se atreva a juzgar a John. Usted no lo conoce.

—Es un libertino y como tal provocará su ruina si continúa el curso de esa indiscreción que sostiene con él. Él ya perjudicó a otra joven, lo hizo la temporada anterior. Corre el rumor de una debutante que tuvo que hacer un matrimonio apresurado para callar los murmullos que comenzaron a desatarse en su contra. Su suerte fue que el esposo necesitaba fondos y la familia de ella era rica.

—No le creo, conozco a John de toda la vida y es el joven más honorable y encantador con el que he podido tratar. A diferencia de usted, lord Petulante. La finca del padre de John, el conde de Leeds, colinda con nuestras tierras en Kent. Fuimos compañeros de juego, recogíamos juntos las manzanas del árbol, me enseñó a montar como lo hacen los hombres, y sí, me confesó su tropiezo, y le aseguro que es inocente. No tengo por qué darle explicaciones. Y no cometemos ninguna indiscreción, nos amamos y vamos a casarnos por amor. Le deseo suerte intentando algo similar. Solo tenemos un obstáculo, usted y la absurda promesa que mi padre le hizo al suyo cuando aún vivía —rebatía con furia en la mirada, fustigándolo con la dureza de sus pupilas—. Pero no va a detenerme—. Vamos a casarnos y todos se quedarán con la boca abierta.

Finalmente, él cedió ante su forcejeo y Laetitia logró soltarse de su agarre. Tobias corrió orgulloso y triunfal al lado de su ama, atribuyéndose el mérito de derrotar al enemigo.

Jacob respiró hondo, trataba de ayudarla y en ese momento se preguntaba por qué. La rebeldía de la muchacha le recordaba a su hermana Rose, cuando se opuso a sus padres y a todos los que quisieron separarla de Oso. Su cuñado también gozó de una terrible reputación. ¿Estaría juzgando mal a John Thomas?

La joven no se dirigió a la planta alta de la vivienda cómo habría de esperarse, tomó un

abrigo y un ridículo que había dejado ocultos tras unos muebles y se dirigió al exterior, con el perrito faldero siguiéndola como su sombra.

Jacob debió dar marcha atrás y volver a cumplir su cometido, disolver ese absurdo compromiso. Era un hecho que ninguno de los dos tenía la intención de continuarlo. Lo más sano era romperlo cuanto antes. Ya ni siquiera le preocupaba que Clarence tomara acción en su contra, pues su hija estaba más renuente que él mismo ante la idea del matrimonio. Es más, podría afirmar que si se quedaba cruzado de brazos, la muchacha por sí sola, iba a encargarse de desatar el nudo que aún no apretaba con fuerza, de esa inminente, pero poco probable unión.

—¿A dónde va? —le preguntó preocupado, Laetitia lucía muy ofuscada y no tenía intenciones de detenerse.

—A encargarme de mi destino. John me espera. Si de verdad no me amara y no fuera honorable, no me habría propuesto matrimonio. Vamos a casarnos, considérese disponible, libre, apto para encontrar otra candidata en el mercado matrimonial... —Le devolvió llena de ironía.

—¿Va a casarse sin el consentimiento de su padre? ¿Es por lo que la golpeó en el rostro? —Claro, el duque de Clarence había descubierto las intenciones de su hija.

—Ocupese de sus asuntos, milord. Yo me hago cargo de los míos. Me alivia saber que ha sido debidamente informado.

Capítulo 11

Normanby volvió para la cena y con el gesto preguntó lo que los tres estaban esperando. La abuela solo suspiró, Annalise bajó la cabeza. No pudo probar bocado.

—¿El barón acudió ante Kilian a pedir formalmente tu mano? —preguntó, aunque la desilusión era palpable en el ambiente. Necesitaba cerciorarse. Había secundado a Marybeth, si la promesa de Jacob Peasly caía en saco roto, Kilian iba a matarlo a él.

—No vino —contestó la vizcondesa viuda.

—Apenas es la hora de la cena, podría venir más tarde —insistió el marqués de Normanby—. Se le escuchó decidido, no creo que...

—Comamos en paz y aguardemos. No todos los días un barón enfrenta a un duque para despreciar la mano de su hija. Seguramente, su excelencia no le ha puesto fácil la ruptura. Ya oiremos noticias. —La abuela recurrió a la prudencia.

El lord y la dama escucharon a Annalise suspirar, también se aferraba a esa posibilidad.

—¿Cree, querida tía, que la familia de Peasly no lo apoye en sus deseos?

—Aurora es una buena mujer —la defendió Marybeth.

—La baronesa es una de las mejores anfitrionas que conozco, siempre cultivó grandes conexiones. Una dama que valora su estatus en sociedad. —Normanby reflexionaba en voz alta—. El resto de los Peasly, exceptuando a las hermanas del barón, disuadirían al joven de casarse con Annalise, son muy arraigados a su palabra. Por honor le exigirían cumplir con la promesa de su padre.

—No nos adelantemos a los hechos. —Se volvió apenada a su nieta—. Come, por el amor de Dios. La cena se enfriará sobre el plato. Ni siquiera la has tocado.

Annalise no podía, cada frase pronunciada por ambos era muy cierta y agradecía que no mintieran en su presencia.

—Abuela, ¿puedo retirarme? —pidió. Un nudo en la garganta no la dejó decir más, y una punzada en el estómago la tenía ansiosa. Las mariposas que se descontrolaban cuando él le susurraba sus sentimientos, se volvieron dagas afiladas en su interior a causa de la zozobra.

Marybeth miró con una súplica en el semblante a Normanby para que dijera algo que reconfortara a Annalise. Se lamentó tanto por alimentar las expectativas de la joven de casarse por amor, y más con un caballero que tenía un nexo con otra dama, aunque este hubiese sido establecido sin su consentimiento.

—Si requieres descansar no lo dudes, pero si nos necesitas aquí estaremos. Me quedaré hasta tarde —comentó Normanby—. Mi tía y yo tenemos que ponernos de acuerdo con ese asunto de buscar una esposa para mí.

—Pero, si solo fue una treta para que mi tío no descubriera que Jacob estaba aquí—objetó sin entender.

—Lo fue, sin embargo, no es menos cierto que necesito casarme. Y ya no quiero volver a... —Iba a explicar que no podía sufrir otra desilusión, que prefería dejarlo en las manos de una casamentera. Pero recordó el dolor impreso en los ojos de la señorita y decidió guardar silencio acerca de sus motivos. Podía dar cátedra sobre cómo lidiar con un corazón roto.

—Ordenaré que te envíen un té —atajó Marybeth, quien lanzó una mirada compadecida

también hacia su sobrino. Seguía sin entender cómo un caballero honorable, leal y bueno en toda la extensión de la palabra no tenía suerte en el amor. Se volvió a su nieta—: Descansa, mi cielo, mañana ese gallardo pretendiente vendrá con una explicación.

Cuando Annalise abrió los ojos, notó algo diferente esa mañana. El dolor por la ausencia de Jacob había mermado, la esperanza renació y las horas de sueño le ayudaron a serenarse. Creía que su abuela tenía razón, él vendría con una justificación convincente con relación a su tardanza. Jake era muy impulsivo, y tal vez cuando prometió que ese mismo día volvería a cumplir su promesa, quizás no previó que ciertos asuntos necesitaban más de unas horas para darse por concluidos.

No obstante, cuando bajó al desayuno y encontró que todos —excepto su tío— se dieron cita para sentarse a la mesa, volvió a recorrerla la sensación que la embargó cuando la doncella descorrió las cortinas para dejar entrar la luz del sol.

El marqués de Normanby y su hermano, Desmond, el duque de Norfolk también asistieron. Era extraño, sumamente extraño, porque su excelencia era el más escurridizo y huraño de sus familiares y estaba ahí.

Las niñas no acudieron. Ni las de Kilian, ni las de Norfolk, quienes solían acompañarlas cuando la familia se reunía.

—¿Celebramos algo? No sabía que nos veríamos todos para desayunar... ¿Por qué falta mi tío? —inquirió Annalise.

Norfolk no era hombre de muchas palabras, pero le reveló una verdad que conocía. Había sido el mejor amigo de Trevor, así como Kilian lo era de Normanby. Y, por lo tanto, y por la autoridad que venía adherida a su edad y su rango habló.

—Eres hija del amor, del más grande y noble amor —pronunció Desmond.

Annalise, confundida, miró en dirección de Belle, quizás ella podría explicarle por qué el duque hablaba con tanta solemnidad. Pero nadie intervino, el aristócrata parecía el portavoz de un mensaje importante.

—¿Mis padres? ¿Usted lo sabía, excelencia? —preguntó con un pálpito en el pecho, por sus progenitores y por lo que se cocía en el ambiente y necesitaba entender.

Anna no podía tratarlo con la misma familiaridad que le había ofrecido Normanby, Belle o su abuela, incluso su tío. Salvo el hermano del duque, y a veces Kilian cuando no estaba de humor para las cortesías, la muralla infranqueable de Norfolk no era desafiada. Al caballero le gustaba mantener cierta distancia emocional con los que le rodeaban, incluso su familia, y esta creció cada vez más, con cada batalla, cada pérdida o cada escalón que su posición social iba escalando gracias al legado de la sangre de sus ancestros.

—Trevor me confesó su amor por Lisa —continuó Norfolk—. Fui un estúpido, también creí como mi tío, tu abuelo, que debía desposar a una mujer de su clase. Yo me casé con quien dictaba mi posición y traté de ser feliz con lo que era mi obligación. Ahora me arrepiento de no apoyar a Trevor.

—¿Piensa que tal vez por eso, mi padre, no le contó los planes de huir para casarse con mi madre?

—No lo creo, pequeña. Trevor y yo no teníamos secretos. Supongo que la decisión no fue premeditada, debió recurrir a esa última salida, al ser presionado por mi tío. Prefiero pensar que no tuvo tiempo para decirles a quienes lo habrían ayudado como su madre...

—¿Usted lo habría apoyado? —lo interrumpió con un soplo de esperanza en la bondad de Norfolk, no podía ser tan frío como para no estar al lado de su primo y mejor amigo en un momento tan importante.

El duque inhaló con fuerza, como si no pudiese negar una gran verdad, la que diría, aunque rompiese las ilusiones de la jovencita.

—No, ni siquiera seguía a mi propio corazón en la juventud, ¿por qué iba a instar a quien más quería a seguir al suyo?

—¿No aprobaba tampoco a mi madre? —preguntó sin temor.

—No conocía a la señora Berry. Ya no importa lo que yo hubiese hecho al respecto. Ahora estás aquí y eres lo único que nos queda de Trevor. No soy como mi hermano, tampoco aspiro a serlo. Él es más comprensivo y escucha... Pero en mí tendrás un escudo férreo que no permitirá que absolutamente nadie te lastime. Incluso, si tengo que pasar por encima de los intereses de Clarence.

«¿Por qué necesito la defensa de Norfolk?», se preguntó Annalise, todavía más confundida.

—¿Ese duque es... su amigo?

—Tengo una buena relación con Clarence, me ha demostrado lealtad. Sin embargo, no recibirá mi favor por encima de tu felicidad. Y Edgar ya me convenció de que no tendrás dicha si no es al lado de lord Peasly. Él cree que el barón está amenazado...

Annalise se ponía más nerviosa aún, apretó tanto los cubiertos que casi se daña las palmas de sus manos.

—De otro modo, ¿cómo se explica que un joven que vino por su propia voluntad a rogarnos que le diéramos una oportunidad, que aseguró con el rostro lleno de resolución que volvería y terminaría...? —Normanby no pudo pronunciarlo. Pero apretó los puños, muy afectado, no soportaba que esa tierna muchacha estuviese pasando por una situación como aquella.

Annalise inspiró con fuerza, pero ni así sus pulmones tomaron todo el aire que necesitaban albergar para no desfallecer.

—¿Por qué no está aquí mi tío? ¿Qué es lo que saben de lord Peasly? —Ya no se atrevió a hablarle por su nombre, menos delante del duque que se conducía con tanta propiedad.

—Anna, estoy segura de que es un malentendido. Igual me siento consternada. Pequeña, tienes que ser fuerte. Sé que tu corazón está ilusionado, pero es necesario que lo sepas por nosotros... Y no cuando acudas a un evento de la temporada —intervino su tía.

—Habla, Belle, por favor —pidió, entendía que trataban de protegerla, pero la incertidumbre la estaba matando.

—Ayer, acudimos tu tío y yo a un baile —continuó Belle, Annalise recordó el evento de los Huntingdon. Ella se excusó porque pasaban tantas cosas por su mente, que lo último que deseaba era ponerle la cara a la demandante alta nobleza de Londres.

—Habla —insistió.

—Jacob está comprometido oficialmente con lady Laetitia Percy.

—Oh —musitó. Se llevó las manos al pecho. La noche anterior no cenó, y esa mañana no había comido aún, y a pesar de ello, su estómago se empeñaba en querer devolver su contenido, pero nada más que la bilis podría arrojar—. ¿Cómo se enteraron? ¿Es un rumor?

—El mismo duque de Clarence lo informó en el baile. Todos lo felicitaron —ahondó Isabelle en la explicación.

—¿Jacob estaba ahí? —Los brazos de Annalise seguían cruzados sobre su pecho, hacía un gran esfuerzo por no llorar.

—No, de lo contrario, Kilian le habría pedido cuentas. Pero ni él ni su prometida asistieron. Clarence dijo que los jóvenes se desposarían pronto, y que ahora solo debía casar a las otras dos hijas que debutaron junto a lady Laetitia. Pero es todo lo que supe, no oí nada más —se excusó Belle, quien detestaba ser la emisaria.

Esta acudió a Marybeth a informarle lo escuchado y la reacción de Kilian al respecto, pidió ayuda preocupada por esto último, y la vizcondesa viuda convocó a sus sobrinos, quienes acudieron a toda prisa para tratar de contener el dilema familiar.

—¿Por qué no vas con tu tía, mi niña, y toman té en mi salita privada? —ofreció la abuela. Sabía que algo de privacidad le vendría bien. Pero todos estaremos aquí para ti.

—Tu reputación está a salvo. Nadie más que nosotros y los marqueses de Bloodworth saben de las intenciones que tuvo Jacob de desposarte —aportó Belle.

—Si todos aseguran que lord Peasly estaba convencido y que creen que Clarence ha usado su poder para obligarlo a respetar el acuerdo previo, estoy dispuesto a averiguar lo que sucede e impedir que ese matrimonio acordado siga su curso —ofreció Norfolk—. No puedo permitir que la historia se repita, Trevor perdió su vida por amor. Evitaré que su hija sufra la misma incompreensión que lo llevó a pensar que huir era su única oportunidad.

—Oh, su excelencia, le agradezco sus palabras, su intención y que haya dejado sus ocupaciones para venir a... —expresó la joven, pero no pudo terminar.

—Para venir a tenderle la mano a mi familia —continuó Norfolk, quien tuvo el tino de interrumpirla, justo cuando ella ya no podía hablar.

—Gracias —dijo Annalise mirándolo a los ojos—. Gracias a todos. —Se puso de pie y los caballeros hicieron lo mismo por respeto—. Voy a tomar aire, a ordenar mis ideas y tratar de asimilar toda esta nueva información. Jacob va a casarse... —pronunció y parecía una sentencia irrevocable.

—El corazón sana... —le prometió Normanby, pero no estaba muy convencido de si iba a ocurrirle lo mismo a ella.

—¿Dónde está mi tío? —repitió la muchacha.

Belle negó y aquella mención estremeció su anatomía hasta los cimientos. Marybeth apretó el mantel entre sus dedos. Y los hombres exhalaban con fuerza.

—Kilian, es un terco... No lo acepta y... —pronunció Belle negando—. Ha jurado que lo traerá a rastras si es necesario, pero que lo obligará a casarse contigo.

—¿Fue a buscarlo? ¡Por Dios, no! —La situación era peor de lo que pensaba. Moriría de vergüenza si su tío daba un espectáculo. Era suficiente con haber sido humillada en un círculo reducido, no necesitaba que todo Londres supiese de la promesa incumplida—. Que alguien vaya a disuadir a mi tío de semejante locura.

—Tal vez él pueda arreglarlo, Peasly confesó que es a ti a quien ama —insistió Normanby y nadie le rebatió. Todos apoyaban a Kilian, aunque tal vez no su método.

—Lord Peasly es dueño de sus actos —resolvió Annalise—. Si él permite que su voluntad sea socavada por el duque de Clarence o por quien sea, quizás entonces no es la persona que yo creía. Y en ese caso cada uno debe seguir su camino.

Su corazón le imploraba que no tomara decisiones apresuradas. Isabelle no vio a Jacob en el baile y él tampoco estaba ahí para confrontarla con su elección. ¿Sería un cobarde? ¿Qué cambió cuando acudió a la morada de su excelencia a comunicarle su resolución? Si se arrepentía, no solo la iba a dejar destrozada, no podría perdonarlo. El odio era un sentimiento mezquino, pero era perfectamente capaz de experimentarlo por Jacob si, tras revelar su afecto, el hombre caía

en un pozo de indecisión.

Capítulo 12

Jacob aún no sabía qué hacía en un carruaje de regreso a Londres con Laetitia Percy. La muchacha lloraba desconsoladamente, toda su fiereza había desaparecido. El pequeño can estaba sobre sus piernas y la miraba con amor, de vez en cuando le lamía una lágrima. Ella se aferraba al perrito como si pudiese encontrar consuelo en el lazo que los unía.

El barón inspiró hondo, meditando, sin querer mirar al asiento frente a él, donde aquella se lamentaba. Cuando la damita terca lo enfrentó el día anterior y huyó ante su cara impávida, decidió retenerla para que no terminara por hacer la mayor estupidez de su vida. Pero él no fue tan rápido como se requería y no pudo evitarle el llanto. Ahora no sabía qué hacer para que se callara.

—¿Por qué se atrevió a irrumpir así en mi habitación? —seguía sollozando—. ¿Pero es que no tiene control, milord? Lo último que imaginé fue encontrarlo ahí con su cara de pocos amigos. John lo desafiará por su osadía. Se las verá con él. —Lo señaló amenazadoramente con un dedo, como si Jacob fuese culpable de una atrocidad. El perro también lo miró con expresión fiera y emitió un gruñido.

—Ya le dije que ese hombre la abandonó en la posada, milady, solo quise evitarle más humillación. —Sonó calmado—. Lamento no haberlos encontrado antes para confrontarlos e impedir esta desgracia.

—¿Cuál desgracia?! —se quejó y el animal soltó un ladrido chillón secundándola—. ¡La única desgracia es su irrupción en el momento más importante de mi vida!

—¿Importante? —Fue irónico, negando ante la obstinación de la joven—. Thomas es un canalla, se fue, la dejó abandonada y no tenía intenciones de regresar a buscarla.

—John es un caballero y me ama. Puedo reconocer sus sentimientos por mí. Jamás haría absolutamente nada con la intención de lastimarme.

El perro seguía gruñendo o ladrando según el tono exaltado de su ama, Jake trató de ignorarlo y concentrarse en la dama.

—Usted podrá hablar maravillas de Thomas, pero estudiamos juntos, primero en Eton y luego en Oxford, donde aún cursamos. —Pensó demasiado lo que iba a decir a continuación, sentía pena por ella, quien estaba ciega de amor; pero era necesario que la venda cayera de sus ojos—. Lo escuché demasiadas veces expresarse de las mujeres con nada de decoro, suficiente para saber que la iba a defraudar.

—Pronto descubrirá su error. —Ella seguía aferrada, defendiéndolo.

Una pequeña parte de él deseaba creer que, tal vez, John hubiese encontrado el amor en la audaz Laetitia. «Fue su compañero de juegos». ¿Habría madurado? ¿La quería? Analizó la situación, la hija del duque era hermosa y tenía una bravura en su carácter que tal vez logró conquistar a Thomas. Pero no, debía ser razonable. Ni todos los argumentos usados de buena fe por parte de la joven le harían opinar diferente de ese malnacido.

—Confío en mi juicio. Thomas no es un caballero.

—¿Y lo afirma por...?

—Ya cometió una indiscreción en el pasado y no respondió por sus faltas.

—Eso no fue así —refutó sosteniendo lo que su enamorado le contó al respecto—. Me

aseguró que fue un malentendido.

—No puede ser tan ingenua como para creerle. —A él le costaba dar crédito del nivel de embeleso de Laetitia por Thomas—. Usted no es una mansa paloma. Bien que saca sus garras de gavilán para lanzarme arañazos.

—¡Y usted se quedará soltero con esos modales tan poco civilizados! —Un ladrido del perro reafirmó el punto de su dueña—. Tiene mucho que aprenderle a John.

—¿Puede callar de una vez a ese pequeño saco de pulgas? —soltó exasperado—. No puedo concentrarme. —Y sí que necesitaba pensar, rescatar a Laetitia lo dejaba en una situación comprometedor. Tal vez alguien los vio abandonar juntos la posada.

—¡Vuelva a llamarlo «saco de pulgas» y le ordenaré que le dé una lección!

—No imagino qué daño tan terrible pueda hacerme ese diminuto «saco de pulgas» que ni siquiera defendió a su ama del verdadero canalla. Desconozco su raza, así que lo llamaré «Saco de pulgas» —enfaticó y ella hizo un mohín de desagrado.

—Tobias, se llama Tobias.

—Qué nombre ridículo para un perro, ni que fuese una persona para llamarse Tobias —refunfuñó.

—Es una cruce de terrier que han desarrollado en Yorkshire para cazar a ratas como usted, aún no es reconocido como una raza, pero no me importa. —Fue más osada con su ataque, no le importó ser dura, él estaba insultando a su perro y a John—. Lo quiero y él daría su vida por mí. Es mi compañero. También para Thomas, quien es amable con los dos, a diferencia de usted, por eso Tobias lo amenaza con clavarle los colmillos. —Acarició al can para que se calmara y pudiesen hablar sin su intromisión.

—Converse con la señora que él corrompió. Ahora está casada, gracias a Dios, pero vive en el campo y su vida social es nula. Tendrá suerte si la encuentra. Le arreglaron un matrimonio para tapar las consecuencias desastrosas que su querido John ocasionó.

—Pamplinas. Habla de él como si fuera un fenómeno natural que arrasa a su paso. Ya le he dicho que hemos convivido demasiado tiempo. No cambiaré la opinión que tengo sobre mi... —No terminó la frase.

—La joven que defraudó John era la hermana menor de su mejor amigo, y no le importó traicionarlo con tal de sucumbir a las más bajas pasiones y satisfacer sus deseos de cazar a su presa. —No tuvo vergüenza de hablar con todas sus letras, ella pasó la noche con él y ya debía entender a lo que se refería—. La incauta señorita cayó en sus manos y creyó cada una de las argucias que tramó su defendido con tal de tentarla, seducirla y robarle su virtud.

—Mi situación es completamente distinta. A mí no me defraudará. Quizás en el malentendido John se haya equivocado, pero conmigo será diferente. Está enamorado de mí.

Jacob negó. Su parte más racional le indicaba que una vez que la familia de Thomas supiese que Laetitia había caído en desgracia, la iban a rechazar. El conde de Leeds era muy estricto con los principios morales, los que no supo inculcarle a su hijo. Fue lo que ocurrió con la anterior debutante. El conde no llegó a un arreglo con los padres de la joven, objetó que fue laxa en sus principios morales y que ya no era pura. No podía desposar a su hijo, no era digna de él. Mientras la dama se llevó todo el peso de las acciones que cometió la pareja en conjunto, John salió exento de responsabilidad y continuó en sus correrías.

—Ella tuvo que casarse por debajo de su condición con un hombre que la aceptó sin juzgar sus circunstancias —explicó lo que sabía. Solo pretendía advertirle, abrirle los ojos.

—Deje de hablar del pasado de John. Permítame volver a la posada. Él llegará y no me va a

encontrar allí. Usted va a provocar mi ruina.

Jacob se apiadó de Laetitia, por eso la conducía de regreso a casa, aunque ella no le agradecía. Al contrario, parecía que en cualquier momento iba a quitarse los guantes y lanzárselos al rostro, golpearlo con su abanico o usar su ridículo como arma para defenderse.

—La dejaré con su familia. Es lo más honorable que puedo hacer. No pretendo entrometerme más. Esto fue fortuito. De haber estado cerca su padre, le habría advertido de su escape y me habría ahorrado las molestias. Pero, en cuanto estemos en Clarence House dejaré muy claro que nuestro vínculo quedó deshecho para siempre. Usted y yo no tenemos compromiso alguno y no vamos a casarnos.

—Por supuesto que no, eso es imposible en mis circunstancias —alegó con orgullo. Ya hacía rato que no lloraba. Aceptó que Jacob no la dejaría salir del carruaje, ya estaban lejos de la posada. Iba a tener que buscar otra forma de volver a reunirse con su amado.

—Lo que supone un alivio para mí, tampoco podía desposarla.

—Entonces celebre que se libró de nuestro compromiso y deje de hacer miserable mi vida. No debió seguirme —le reprochó la dama.

—¿Y usted cómo hubiese regresado? Ese canalla no le dejó ni siquiera un vehículo para que volviera a casa. ¿Ha pensado en los peligros que puede enfrentar una dama sola tan lejos de su hogar?

—¿Le parece sensato perseguirme, meterse en asuntos que no le competen? Habría regresado con John. Usted, únicamente, ha complicado las cosas.

Sí, Jacob aplazó todo lo demás en su vida por intentar proteger a la obstinada muchacha. Suspiró recordando a Annalise. Salvar a lady Laetitia de su infortunio solo era una parada en su camino. Al fin y al cabo, logró su objetivo: era libre. La misma Laetitia se lo restregó en el rostro. Clarence tendría que renunciar a emparejarlos. Su hija no solo sentía afecto por otro caballero, sino que se atrevió a huir con él.

—La he salvado. Si es que puede llamarse así, porque he llegado demasiado tarde. Pero soy un caballero, no abriré la boca para ventilar su indiscreción. Nadie, absolutamente nadie escuchará de mis labios su desgracia. Ni siquiera mis más cercanos. Lo único que pido de usted y de su excelencia es concluir en paz nuestros negocios y cualquier acuerdo que haya establecido con mi difunto padre.

—No hay indiscreción y si tanto desea disolver nuestro compromiso ya lo ha logrado. ¿Qué piensa de mí, que soy una dama de moral relajada, que soy de las que huirían con un hombre a dormir toda una noche en una posada? Ayer mi padre me golpeó en el rostro por una sola razón, nos sorprendió a Thomas y a mí en nuestra boda. John y yo estamos casados, completamente casados. Y usted es un tonto...

—¿Qué está diciendo? —Creyó que era imposible. Vio y escuchó a Thomas hablar con el posadero.

—Somos marido y mujer. Nos desposamos en secreto en una pequeña capilla en Londres con una licencia que pidió para ese fin. Mi padre llegó a irrumpir en la ceremonia, pero esta había concluido. Armó un alboroto y me impidió irme con John. Dijo que, como el matrimonio aún no se había consumado, iba a disolverlo, a pedir la anulación. Pero, eso ya no es un inconveniente. Así que, por favor, devuélvame a la posada con mi esposo para que ambos podamos presentarnos frente mi padre. Nadie más podrá interponerse ante nuestro amor.

—Eso no puede ser así como usted lo relata. Me aseguró que huía para casarse con Thomas, no me dijo que ya se había producido el enlace.

—Ha hecho el ridículo, lord Peasly. No le podía decir que nos casamos en secreto, no hasta que pudiésemos revelarlo en público.

Jacob recapituló los hechos. La siguió el día anterior, cuando abandonó su residencia y se subió a un carruaje sin blasón con el perro en brazos, sin avisar a nadie de su familia, para después alejarse con el misterioso acompañante. Jacob los siguió en su caballo. Un percance con el animal hizo que perdiese de vista al vehículo y quedara varado en medio de la nada.

Como pudo, caminó llevando al corcel por las bridas, a paso lento, hasta que divisó una posada en el siguiente pueblo y decidió quedarse a descansar. Creyó que su intento de rescatar a Laetitia había sido un fiasco. Se propuso olvidar a la dama, al duque y seguir con su vida. Su excelencia no iba a exigirle casarse con una novia que ya brillaba por su ausencia, que huyó con otro hombre.

Despertó a la mañana siguiente con un pensamiento, Annalise y su felicidad. Iba a cortejarla ya sin ataduras, pretendía hacerla feliz. Podrían preparar la boda de sus sueños.

Ni siquiera se quedó para desayunar. Fue entonces cuando vio a John Thomas bajar lleno de orgullo a pagar la cuenta. Aquel pidió al posadero que no molestaran a la joven dama que aún dormía y le dio una jugosa suma para que no diera razón de su paradero ni de haberlo visto jamás. Entonces, Jacob supuso lo peor, quiso tomarlo de las solapas y hacerlo responder, pero no pudo. Ya se había metido demasiado en un asunto que no le correspondía. Retar a ese canalla sin honor le atañía a Clarence.

Bajó a los establos para cerciorarse de que su caballo estaba bien cuidado, mandaría por él a la brevedad posible y alquiló un carruaje con la intención de volver. Buscó a la dama y le dio la terrible noticia, pero ella empecinada, se negó a creer en la mentira y el abandono. A pesar de su protesta, la obligó a volver a Londres con él, sin darle alternativas. No podía desampararla.

—Thomas la abandonó en la posada —reiteró convencido, dejando de recapitular en cómo se metió en aquella situación—. Al menos tuvo la cortesía de pagar la cuenta. Lo vi, lo escuché. Se burló cruelmente de usted. Lo lamento. Debí hacer algo de provecho, pero mi montura...

—Él solo fue a cambiar los caballos —sostuvo. No obstante, tanta insistencia de Jacob la estaba haciendo dudar. Inspiró hondo para aferrarse a la solidez de su amor.

—Thomas se fue, compró el silencio del posadero. Lo escuché pedirle que si alguien preguntaba por él asegurase que jamás lo vio en la posada, que no pernoctó ahí esa noche.

—¡Miente! —gritó ya sin poderlo soportar—. Es descabellado. Thomas no me ha abandonado, lord Petulante. Ha ido a ver si el carruaje estaba listo para regresar a casa y presentarse ante mi padre, y justo en ese momento usted apareció. Lo ha arruinado todo.

—Lamento tener que ser duro y sostener la verdad.

Capítulo 13

Aquel invernadero hizo feliz a Annalise la mayor parte del tiempo que lo visitó. No esa vez, cuando dejó de lado su orgullo y llegó en busca de Rose para indagar lo que sabía sobre el compromiso de su hermano. Belle la acompañaba, su abuela se negó a dejarla ir sola.

—Pequeña, yo... Lo siento tanto. —Rose se quitó los guantes llenos de tierra y condujo a sus visitantes adentro, a su salón personal. Antes de entrar a la casa, se aseó las manos en una jofaina, mientras su doncella sostenía el aguamanil—. Te revelaré todo lo que sé y también cómo es el carácter de mi hermano.

—No deseo dudar. No cuando es más tangible que me quiere.

—Jacob es inconstante, pero sé que te ama. Hasta que él no se presente delante de mí y me sostenga de frente que va a casarse con lady Laetitia no lo creeré. Pienso que tu familia se está apresurando en sacar conclusiones —aportó Rose—. No es que lo defienda por ser mi hermano, es que Jake no actúa así. Es verdad que es impulsivo, pero no suele dañar a otros, no es insensible. Y es leal. Sabe cuánto te estimamos, no nos fallaría de esa forma. Sin embargo....

—¿Dudas? —intervino Belle, había recuperado la esperanza al escuchar a su amiga.

—Jake no aparece... —prosiguió Rose muy afligida por Annalise.

—¿Crees que nos evade? —titubeó Belle.

—No lo sé. Jacob puede ser inconstante. No obstante, siempre, siempre afronta las consecuencias de sus actos. Jamás huiría como una rata y se escondería tras semejante desastre. Yo no escuché de la boca del duque de Clarence lo que este sostiene. Mi madre también pasó más temprano a preguntarme muy desconcertada. Asegura que justo ese día, le recordó a mi hermano su compromiso con la hija del duque, ajena a sus sentimientos por Annalise y él le contó a nuestra madre lo sucedido, que amaba a Anna. Mamá le exigió a Jake arreglar la situación y mantener un comportamiento honorable con las dos. Estaba segura de que iba a romper el acuerdo con Clarence, cuando salió de la casa tras reunirse con Oso y el abogado. Después de eso, solo Ferdinand asegura haberlo visto, tras ir juntos a la casa de Clarence.

—¿Y más tarde? ¿A dónde fue Jake?

—Ay, Anna... Esto que te diré no sé si debería confesártelo... He dicho que hasta mirar a mi hermano a los ojos y me confiese que se casará con lady Laetitia no podré creerlo. Pero...

—Habla, por el Altísimo, te lo suplico —musitó la jovencita.

—No le digan a Kilian. —Las lágrimas de Rose se desbordaron, pero confiaba ciegamente en aquellas dos mujeres, así que decidió desahogarse. Ellas no le dirían al vizconde, o este retaría a duelo a Jake en cuanto apareciera.

Isabelle le tomó las manos a su amiga, Annalise se cubrió la boca ante la zozobra. Su corazón latía desbocado, pero sus extremidades estaban heladas, ni siquiera los guantes o las medias se las calentaban.

—Un sirviente asegura que lady Laetitia salió en un carruaje sin blasón, y que Jacob la siguió en su caballo. Clarence supone que huyeron juntos.

Annalise sintió que iba a desfallecer.

—¿Por qué? No son dos amantes clandestinos, de querer desposarla tenía el beneplácito del padre —replicó Belle y le tomó la mano temblorosa a su sobrina—. ¿Entonces no hay tal

compromiso? ¿Únicamente intentan disipar un rumor?

—No hay rumor, este penoso hecho solo lo sabemos Oso, yo y los duques. Ni siquiera he tenido el valor de compartírselo a mi madre. Le rompería el corazón.

—Es algo que Jacob haría, lo vi varias veces tomar decisiones apresuradas sin meditarlo —sostuvo Annalise desesperada—. Quizás se arrepintió de la propuesta matrimonial que me hizo y se lanzó a los brazos de Laetitia para no tener que enfrentarme. Total, la situación de ambos podrá arreglarse con un matrimonio. Porque si se fueron juntos ya no habrá vuelta a atrás, Jake debe desposarla o afrontar la furia del duque.

—Si es que no está enfrentando ahora mismo la de Kilian —terció Belle—. Mi esposo está ciego de ira. Lo busca hasta debajo de las piedras.

—Lo sé. —La voz de Rose tembló—. Oso anda tras las pistas de ambos, le supliqué para que impida un hecho lamentable entre esos dos. Sin embargo, si de lo que se acusa a Jacob es cierto, temo que Oso... —Hizo una pausa para tragar en seco—. Temo que Oso sea quien le cobre la afrenta. Perdóname, Annalise. —Se llevó la mano al corazón, se sentía dividida entre la lealtad y el cariño a la joven, y sus sentimientos fraternales hacia Jake—. Ni, aunque Oso tuviese razón, podría perdonarle tocar uno de los cabellos de mi hermano. «Su hermano», pensó.

Las tres damas se miraron, no había secretos entre ellas. Rose, su hermana Daisy, Belle y su prima Angelina, la duquesa de Weimar, junto a la condesa de Allard —cuñada de Belle— habían conformado un grupo muy unido, una amistad sólida que fue creciendo con el tiempo. Annalise llegó para unirse a ellas y ser una más.

—Él acudió a romper ese compromiso —pronunció Annalise con los ojos anegados en lágrimas—. ¿Qué lo hizo cambiar de opinión? Tal vez Laetitia no le fue indiferente. Ella es... Es... —No pudo terminar, pero conoció suficiente a la joven como para saber que le sobraban elementos para enamorar a un caballero.

El mayordomo irrumpió la íntima reunión, anunció que dos damas arribaron a la propiedad. Rose preguntó de quiénes se trataba y este accedió a responder.

—La condesa de Pembroke —dijo para referirse a Daisy, quien había hecho un buen matrimonio—. La acompaña su excelencia, la duquesa de Weimar.

—Hazlas pasar de inmediato.

Las mujeres no tardaron en reunirse con ellas y mostrarse solidarias.

—¿Cómo supieron tan rápido? —preguntó Rose, pues era evidente que ya estaban al tanto.

—Mi madre me relató lo que conocía al respecto —aclaró Daisy—. Le avisé a Angelina, entendí que iba a ser muy difícil para ti y para Annalise. Estamos aquí con el propósito de apoyarlas.

—Es una bendición que hayan llegado tan pronto —afirmó Rose.

Daisy se acercó y le concedió una mirada afectuosa a Annalise, tenían una hermosa relación desde que se conocieron.

—Si es un malentendido encontraremos la solución —intervino la duquesa.

—¿Y si no lo es? —inquirió Annalise—. Si no lo es debo buscar una salida, no voy a aferrarme.

—¿Ya estás comenzando a dudar de mi hermano? —preguntó Daisy preocupada—. Estuve presente cuando le manifestó a mi madre los sentimientos que siente por ti. Estaba decidido a casarse contigo. Vamos a esperar. Yo estoy más preocupada por el giro de los acontecimientos hacia otra dirección. ¿Y si Clarence lo ha secuestrado? ¿Y si pretende obligarlo a desposar a su hija contra todo deseo de mi hermano?

—Oh, Daisy, lees muchas novelas —diferió Rose, que ya no sabía qué pensar.

—No es una idea descabellada —secundó Belle a la condesa de Pembroke, ella leía las mismas novelas que Daisy, y echó a volar su imaginación.

—Nadie ha secuestrado a Jacob, él no es una mansa paloma que no sepa defenderse. Habría buscado la manera de alertarnos. —Rose creía que debía haber otra explicación—. Además, Clarence no es un hombre que se conozca por ser dominado por la violencia. Es bastante razonable.

—Hasta ahora —insistió Daisy.

Dos toques en la puerta, hizo que todas se giraran en dirección a esta. Pensaron que era otra vez el mayordomo y esperaron que abriese de inmediato.

—Será que ya ha aparecido Jacob —expresó la marquesa impaciente.

Y todas manifestaron idéntica inquietud, salvo Annalise, quien a pesar de que deseaba verlo y que aquel malentendido fuese resuelto, no estaba lista para enfrentarlo en ese preciso momento en que se sentía tan vulnerable.

Pero el anuncio hecho por el sirviente fue completamente diferente.

—Su tío, el señor Ferdinand Peasly desea ser recibido.

—¿Mi tío? —repitió. No lo esperaba.

—¿Qué le digo, milady? —preguntó el hombre.

—Hágalo pasar —decidió. Lo más apropiado hubiese sido recibirlo a solas, pero tal vez traía noticias urgentes, y las sospechas de Daisy, secundadas por Belle, ya la estaban preocupando cada segundo más.

Ferdinand no tardó en atravesar la puerta, su rostro no disimuló su sorpresa al descubrir al grupo de damas reunidas. Sospechó cuál era el asunto que trataban. Sin duda habían unido fuerzas para respaldar a la protegida de su sobrina. Posó su vista más del tiempo prudencial sobre Annalise y trató de no dejar aflorar a su rostro sus verdaderos sentimientos. Saludó a cada una según las reglas de cortesía.

—¿Qué asunto lo trae por aquí, tío? —Daisy ya no podía aguantar su desesperación, seguía creyendo en su teoría del secuestro.

—Es algo privado, familiar. No deseo agobiar a las damas y a tu recogida con las noticias que traigo. —La palabra «recogida» sonó todavía más humillante de lo que implicaba su significado por el tono con que la usó.

Todas se mostraron indignadas por su atrevimiento, y sintieron las palabras reverberando en su interior, deseando hacerlo callar. Pero fue la anfitriona quien alzó levemente una mano para aplacarlas, y tomar la palabra.

—Mi protegida —lo corrigió Rose, su tío siempre le resultó detestable—. Mi protegida por el inmenso afecto que le tengo. Porque en realidad, la señorita Everstone, pertenece a una de las familias más respetables de Londres y no necesita de mi amparo.

—Ahora. Jamás entendí por qué un marqués soltero daba asilo a una joven casadera que trajo de tierras lejanas —continuó.

Annalise se sintió muy humillada. Respiró hondo para soportar el desplante. La situación con Jacob la tenía tan apagada que el ánimo para hacer frente a la falta de educación del señor Peasly no la acompañó. Le estaba quedando claro que la familia de él, a excepción de sus hermanas, y quizás su madre, no vería con buenos ojos que rompiera el compromiso con lady Laetitia.

—Tío, estimado tío —intervino Daisy, quien poseía más ingenio y calma que Rose, antes de que su hermana dijera una palabra que fuese irrevocable y mandara a sus sirvientes a echar a

patadas a Ferdinand. Aún necesitaban escuchar de él las noticias que traía, estaba segura de que eran sobre Jacob—. Como todo Londres sabe, la señorita Everstone es prima lejana de mi cuñado, justo por eso la trajo a vivir a su casa. Un hecho que aplaudo por su magnánimo corazón.

—Eso dicen —continuó el Peasly con una cínica sonrisa, que fingía ser educada.

—La señorita Everstone es mi sobrina. —Belle lo miró desafiante, ya no pudo cerrar la boca un segundo más mientras se expresaba con tanta suspicacia de la joven.

—Tengo conocimiento de ese afortunado hecho sobre la recogida de Rose, perdónenme la confusión, la protegida —se atrevió a seguir humillándola.

—El humor de mi esposo no necesita de mucho incentivo para encenderse como la pólvora —blandió Belle—. Si vuelve a usar un tono o una palabra que desfavorezca de modo alguno a mi sobrina, me veré en la obligación de informarle para que lo ponga en su lugar, ¡menudo impertinente! —soltó sin poderse aguantar.

—Oh, no era mi intención exacerbar sus ánimos, lady Sadice. Parecen que son tan volubles como los de su esposo, entonces. Las palabras brotan de su boca cual...

—Sus modales dejan mucho qué desear, señor Peasly —lo regañó la duquesa. El hombre era exasperante. Solo lo toleraba porque era familia de Rose, y ella lo había dejado entrar a su casa.

—Tío, hable de una vez. Diga a lo que ha venido y evite importunar a mis visitas.

La mirada de Ferdinand fue muy insolente, era evidente que aunque su sobrina era una marquesa y estaba por encima de él en la escala social, seguía viéndola como a la muchacha desobediente y rebelde que tantos dolores de cabeza le dio a su hermano.

—Por supuesto, pido perdón a cada una, estimadas damas —reiteró fingiendo arrepentimiento—. Les diría qué me ha traído, pero en realidad venía a buscar a lord Bloodworth. El asunto que me reservo solo puedo tratarlo con un varón.

—¿Con mi esposo? —preguntó en un tono algo altisonante Rose, su tío agotó su paciencia. Oso detestaba al sujeto, si no le negaba la entrada a su casa era porque era familiar de ella.

—Hay noticias sobre Jacob —reveló al fin—. Privadas.

—Hable de una vez o me hará perder las maneras, tío. No tengo secretos con mis amigas —acotó Rose.

—No solo la reputación de Jacob se vería comprometida si abro la boca.

Ante tal revelación, Annalise palideció todavía más. ¿Qué había hecho Jacob?

—¡Le exijo...! —A la marquesa le faltó poco para sostenerlo por las solapas y sacudirlo. Ese vil hombre disfrutaba humillar a cada criatura viviente del género femenino, era tan notorio.

—Si no me dejas alternativa y tu esposo no se encuentra, no me queda más remedio que decirte, pero en privado. Lo siento, no puedo hablar delante de las damas.

—Acompáñeme —le indicó Rose con la intención de acudir al estudio de su esposo, donde pudieran hablar a solas.

—Yo también voy —decidió Daisy. Primero, porque era tan hermana de Jacob como Rose y no iba a permitir que Ferdinand la hiciera menos. Y, segundo, porque dejar a Rose y su tío a solas era bastante arriesgado, terminarían enzarzados en una fuerte discusión.

Cuando al fin se encerraron en el despacho lo apremiaron a hablar.

—Tu hermano se ha metido en un lío de proporciones gigantescas. Dejé apostado un sirviente fuera de la casa del duque de Clarence para que me avisara de cualquier movimiento sospechoso. Lady Laetitia ha vuelto... y no vino sola. Entró acompañada del brazo de Jacob.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Rose.

—Parece que el arrebatado de tu hermano ha hecho todo mal. En vez de respetar los votos matrimoniales, se ha llevado a la dama en medio de un evento desafortunado e inmoral.

—¿Supone o afirma? —inquirió la marquesa.

Daisy los oía sin intervenir, con los brazos cruzados sobre el pecho, de pie, negándose a tomar asiento. Rose ocupaba la silla del marqués y Ferdinand estaba sentado al frente.

—Deduzco. Jacob y yo acudimos a la mansión ducal para hablar con su excelencia sobre el compromiso —continuó explicando el tío.

—Jacob iba dispuesto a romper ese compromiso, según afirman todas las fuentes —ratificó Rose.

—Como sea, nos tropezamos con lady Laetitia dentro de la residencia, ella lloraba. Él, conmovido, la siguió, y hasta hoy no volvimos a saber de ninguno. Conoces a tu hermano tan bien como yo. No sé qué hizo o por qué, pero está demasiado involucrado con la hija del duque, comprometió su reputación. Y el muy inconsciente no quiere hacerse responsable de sus actos.

—¿Y cómo obtuvo esa última información?

—Un lacayo del duque arribó a mi residencia con una misiva urgente, ha pedido que su esposo y un servidor, dos hombres respetables de la familia, acudamos a su casa a convencer de actuar en consecuencia al joven y testarudo Jacob. En fin, el duque... ha retenido a tu hermano a la fuerza... si no repara la ofensa, lo retará a duelo.

—¡Oh, por Dios! Mandaré a un sirviente a convocar de inmediato a Oso a llegar al lugar, pero yo me adelantaré. Debo intentar mediar y ayudar a mi hermano.

—Eres una dama respetable, exijo que aguardes en casa. No te corresponde interceder en un hecho tan lamentable... Jacob y la hija del duque pasaron juntos toda la noche... Sabes lo que eso significa.

—Mi hermano está enamorado de otra señorita, él fue a romper ese compromiso para casarse con su verdadero amor —advirtió Rose—. La fuga no tiene ni pies ni cabeza. No acepto el desenlace. Tengo que ir en persona para averiguar qué está sucediendo.

Rose no lo podía creer, en su corazón sabía que debía haber otra explicación. Su hermano era variable e impetuoso, pero le habló del amor que sentía por Annalise. Era imposible que cambiara de parecer de un día para el otro.

—Como tu tío no apruebo tu presencia allí. Es a tu esposo quien le corresponde, en todo caso, mediar para que tu hermano no termine muerto o causando la muerte del duque. Si es que merece vivir con una hija deshonorada. La suerte de Clarence y su familia está caída sobre el fango. Jacob comprometió la reputación de uno de los títulos más antiguos y respetados de la aristocracia.

—Oh, tío, por favor... Ahora lo que menos me preocupa es la sociedad y la reputación de los Clarence. Se está calumniando a mi hermano y lo retienen en contra de su voluntad, ni usted ni nadie me va a impedir acudir en su defensa. Adelántese, dejaré instrucciones para que mi esposo sea avisado e iré a toda prisa a la residencia del duque.

Ferdinand hizo una mueca y enfadado se limitó a acatar. Abandonó la estancia.

Cuando las dos hermanas estuvieron a solas se miraron llenas de recelos.

—Algo no encaja, Ferdinand es como una comadreja —manifestó Rose—. No dudes que esté metido en esto hasta el fondo. Algún ardid habrá tramado para que nuestro hermano no pueda casarse con Annalise.

—La pobre estará destrozada cuando se entere. Pero Jake no es de los que seducen a jóvenes y comprometen su honor. Me niego a aceptarlo. Te dije que lo habían secuestrado —replicó Daisy—. Debimos acudir a la casa del duque en cuanto tuve ese pálpito.

—Calma a las demás, suaviza las cosas, no podemos atormentarlas con la versión de Ferdinand. Algo trama, estoy segura. Hasta que Jacob no confiese su culpa mirándome a los ojos, no emitiré un juicio en su contra. Jake no nos mentiría.

—Ve tranquila. Yo trataré de mantener las aguas en calma. Si lord Sadice conoce de tal entuerto, es capaz de dispararle a nuestro hermano sin llegar al fondo del asunto. También confío en Jacob —sostuvo Daisy.

—Pobre Annalise, si él la lastima me costará mucho perdonarlo.

—No titubees. Conoces a Jake y no es así.

—Porque lo conozco tengo un sobresalto. Quizás es verdad que ama a Annalise, pero a veces no toma las decisiones más prudentes y acertadas.

Capítulo 14

Jacob inspiró hondo y trató de mantener la calma. El duque estaba verdaderamente exasperado. Esperaba a que se disipase su humor. Los miraba a él y a lady Laetitia desde su asiento, mientras ellos soportaban su rigor en el lado opuesto del escritorio.

—Esperaremos a que su familia llegue y resolveremos este asunto de la manera más honorable —continuó Clarence, que no quería entender las razones que Jacob se estaba cansando de dar. Los invitó a tomar asiento frente a sí, con el entrecejo arrugado—. Antes de esta temporada, debí percibir que el compromiso ya se había dilatado demasiado y que, tal vez, algo importante me estaba pasando desapercibido. Pero este desenlace jamás lo vislumbré. ¿Adónde llevó a mi hija?

—El asunto que necesite resolver puede hacerlo conmigo, mi familia no tiene voz ni voto en mis decisiones. —El barón resopló como un caballo, para enfriar la cabeza. Sus músculos estaban tensos. Se sentía cansado por el viaje imprevisto. No obstante, lo único que deseaba era ver a Annalise, comunicarle que era libre para amarla, pero aquel hombre intransigente no cedía. —. Es absurdo que los haya convocado.

—Alguien tiene que llamarlo al orden, a que recapacite, milord —agregó con soberbia.

—Padre... —lloriqueó Laetitia abrazada a su perro, aunque lo que le afligía era la separación abrupta de John Thomas, quería volver con él cuanto antes—. Lord Peasly tiene razón.

Jacob la miró inusitado, ella no hizo otra cosa que culparlo de sus desgracias en todo el camino a Londres.

—¡Haz silencio, Laetitia, y no te entrometas! —gritó encolerizado—. Todavía no sé qué haces aquí. Ya te ordené que te encierres en tus habitaciones.

—Su excelencia, no aguardaré un minuto más en su morada —siguió Jacob, apretando su sombrero, aún en sus manos, para no perder los estribos y gritar también. Sin embargo, la tensión en su tono de voz era notable—. De lo único que puede responsabilizarme es de hacerle un inmenso favor. Noté que su hija se estaba metiendo en problemas y... traté de ayudar.

—John Thomas... —Inició la joven la explicación.

Jacob agradeció con el gesto que expusiera su desliz, aunque prefería no estar presente, era un tema demasiado íntimo y delicado.

—¡Silencio! —La calló el padre con un manotazo sobre la superficie de madera de roble de su escritorio—. No vuelvas a mencionar ese nombre en mi presencia.

—Es que no es lord Peasly culpable de nada —replicó la muchacha, ahogada entre sus lágrimas y sus suspiros.

—Debería escuchar a su hija, yo sobro en esta conversación —insistió Jacob poniéndose de pie. Entendía que el duque estuviera alterado, iracundo, la situación no era para menos. Su casa se les vendría encima. Sentía pena en realidad, pero no deseaba involucrarse más—. Malinterpreta lo sucedido, no es lo que parece.

—Un sirviente lo vio abandonar esta casa siguiendo a mi hija —lo acusó señalándolo con total deliberación—. Da igual lo que yo tergiverse o no, milord. Estoy tratando de contener el escándalo. Callé al sirviente tras desembolsar en sus manos una pequeña fortuna, pero así como este los sorprendió, cualquier otra persona pudo haberlos visto, ya sea abandonando la residencia

o en el destino al que se dirigieron... Si usted no se casa con mi hija, terminará por arruinarnos.

—Yo no soy quien derrumbará su techo, excelencia. No pagaré por los platos rotos de nadie más. Busque al culpable, oblíguelo a enmendar su error. Yo me retiro.

—¡Laetitia, sal de aquí, ahora! ¡Ahora! —ordenó con más énfasis y solo el fiel perrito se atrevió a gruñirle al duque quien casi incinera al animal con una mirada.

La muchacha terminó por obedecer, a pesar de su reticencia. Pero lo hizo, pues temió que su padre terminara por sufrir un colapso, su rostro estaba muy enrojecido, sus ojos saltados, las venas de sus sienes lucían protuberantes...

Se escabulló para refugiarse en los brazos de su madre, para rogarle que intercediera. Bajo ninguna presión iba a renunciar a su verdadero amor, quien suponía estaría deshecho buscándola.

A solas con Jacob el duque continuó persistiendo y aquel sostuvo su postura.

—No me casaré con su hija —aseguró con seriedad—. Y no continuaré escuchándolo. Soy un caballero. No me obligue a repetir lo que han visto mis ojos, o lo que su hija me ha confesado en un momento de desesperación. Es mejor para usted y su familia, si de mi boca no sale una palabra más sobre lo acontecido. Olvidaré lo que he conocido. Retire a sus hombres, o me verá obligado a usar la fuerza contra ellos o contra usted. ¿Está dispuesto a enfrentar la ley por retenerme en contra de mi voluntad? ¿O por las consecuencias de la violencia que se desatará cuando camine directo a la puerta y sus hombres obedeciéndole, intenten detenerme? Quizás yo no pueda batirme contra seis, pero al menos uno o dos recibirá la contundencia de mis puños?

—Alguien sabe del desliz de mi hija o de su mala fortuna con... Como sea, me ha amenazado —se confesó al fin—. Si no siguen el curso de su relación, destrozará la reputación de Laetitia y sobre ella caerá la vergüenza de toda mi familia. Le pido que no renuncie al compromiso. Pídame lo que quiera en especie, lord Peasly. Si se casa con ella y nos libra del escarnio social, yo pondré en sus manos lo que desee; como, por ejemplo, mis acciones en algunas de las empresas que tenemos juntos.

—No hay precio que usted pueda pagar. Lo único que deseo es la libertad para casarme con otra señorita y desligar nuestros negocios de una vez. ¿Por qué no le exige a... que cumpla las promesas que le hizo a su hija? Ella dice que están casados.

—Oh, barón. No conoce usted las tretas de los libertinos como... —También se negó a nombrarlo—. Por un lado, me niego a dejar a mi dulce hija en manos de ese canalla, inmoral vividor. La hará muy infeliz. Por otro, el conde de Leeds no es mejor persona que el hijo. Todo mi dinero está invertido, usted lo sabe. El padre del susodicho necesita fondos, y justo ahora yo no puedo dárselos. No los quiere en especie. Además, tengo demasiadas hijas. Dos más están debutando y sus dotes...

El mayordomo interrumpió para anunciar al tío del barón. El duque accedió a que entrara de una vez, y, además, los dejó a solas para que pudiesen conversar. En sus ojos, la preocupación era inmensa, no sabía qué hacer para salvar a los suyos de lo que se le avecinaba.

Jacob observó a su tío, quien no tardó en pedirle explicaciones, tal como se las hubiese pedido su padre en una situación similar. Sin embargo, aunque se defendió con otros argumentos, no pudo despegar los labios para relatar lo sucedido. Si decía la verdad, el decoro de Laetitia se vería seriamente dañado. Su tío era un puritano empedernido, no perdonaría o callaría algo así. La ruina moral del duque no tardaría en derrumbar su casa y hacer trastabillar su apellido. Eran muchos hijos...

—La familia del duque está en una situación desesperada. Debes desposarte con la muchacha —lo previno Ferdinand con un tono conciliador.

—Lamento que su situación sea tan vulnerable, pero solo me casaré con una mujer y esa es Annalise Everstone —confesó Jacob. Apretó los puños, y aunque sabía que había hecho un bien, ayudando a la ingenua muchacha, se reprendía mentalmente por no poder quedarse cruzado de brazos cuando alguien frente a él estaba en problemas.

—¿Por qué? Porque la amas. ¿Qué sabes tú lo que es el amor? —balbuceó con desdén.

Jacob lo miró con seriedad, no deseaba debatir ese tema con él. Suspiró y se arrepintió por completo por la confianza que le tuvo a su tío en el pasado, la forma en que lo estaba tratando no le gustaba nada.

—Entiendo lo suficiente para saber con quién deseo vivir el resto de mi vida.

—Es Clarence, el amigo de tu padre, tu socio. A quien conoces desde la niñez. Es él quien está penando y a punto de ver a su familia sumida en la desgracia. Y todo es tu culpa. Si te hubieses hecho cargo de tus responsabilidades, esa pobre dama no estaría ahora a punto de ser repudiada por toda la sociedad. Jake, hablas de amar a la señorita Everstone, pero te has extraviado una noche entera con tu prometida. No puedo creerte. Eres un muchacho confundido, no actúas como un hombre.

Jacob apretó la mandíbula, quiso decirle: «¿Me pide que me case con una mujer que ama a otro, que se entregó a otro y que aunque se le demuestre ante sus ojos la canallada que hizo Thomas, lo sigue defendiendo? Me apena la situación de lady Laetitia, la de cualquier joven que esté en su posición», pero no pudo hacerlo sin dejarla en evidencia. En cambio, se aferró a su negativa.

—Quisiera tener un modo de ayudarla, pero no sacrificaré mi futuro para salvar el suyo. Annalise me espera, y por ningún motivo la voy a hacer llorar. —Se puso de pie y su tío se interpuso en su camino—. Quítese, por favor. —Avanzó hacia la puerta del estudio, pero Ferdinand lo retuvo por el brazo.

—Ya todo Londres sabe que vas a casarte con la hija del duque. Un sirviente los vio huir juntos y el duque para adelantarse a posibles habladurías hasta refirió que hay fecha para la boda.

—No hui con ella, solo intenté salvarla de...

—¿De qué?

Jacob maldijo para sus adentros. ¿Alguien vio a John Thomas? Solo lo vieron a él. El posadero aseguraría que lo vio pernoctar en la posada. No a Thomas, este había pagado por su silencio. ¡Todo era un desastre!

—No puedo decirle.

—Justificaciones vanas para salvarte del deber. ¿Y aseguras que amas a la señorita Everstone?, no sabes nada del amor. Actúa como un hombre de honor. Has comprometido a una joven inocente. Debes desposarla. ¿Por qué lo hiciste si no ibas a portarte como un caballero y asumir tu compromiso?

La puerta del estudio se abrió de un fuerte empujón. Y vio allí a lord Oso. Jacob exhaló y no pudo ocultar que fue de alivio. Su cuñado era un salvaje, ninguno de los guardias del duque se atrevió a detenerlo. El mayordomo lo miraba aterrado, sin atreverse a pedirle que respetara la etiqueta.

—Ya era hora de que usted llegara, milord —expresó Ferdinand—. Los hombres mayores de la familia debemos unirnos y hacer recapacitar a Jacob. Está a punto de derramar la vergüenza no solo en la casa de su excelencia, también en la de nuestras familias. Porque todos saldremos salpicados si se desata tal escándalo.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar, señor —soltó Oso en dirección del tío.

—Tal vez. Pero, Clarence no está dispuesto a dejar salir a Jacob con vida si no repara el honor que ha dañado. ¿Será cómplice de mi sobrino? Ha corrompido a una dulce jovencita, su prometida... Es el momento de resolver este dilema, Jake debe entrar en razón y hacerse responsable de sus errores.

El duque también se unió a ellos y suspiró fuerte, aferrándose a las palabras de Ferdinand.

—Le pedí que viniese, lord Bloodworth, para resolver este asunto que atañe a nuestras familias. Antes de sentirme obligado a retar a duelo al señor Peasly. Me veré en tal posición, si la sociedad comienza a murmurar llevando de un lado a otro el nombre de mi familia. Incluso, he tratado de arreglar las cosas sin llegar al extremo que mi posición de caballero me exige en nombre del honor. He propuesto una compensación económica si desposa a mi hija y resolvemos este asunto de modo honorable.

—Lo siento, excelencia, no he venido aquí a negociar en nombre de absolutamente nadie —aclaró lord Oso en dirección del duque—. Lord Peasly no necesita que otra persona, sea su tío, cuñado, o quien sea, hable en su lugar. ¿Qué ha respondido? ¿Aceptó casarse con su hija?

—Se ha negado —contestó Clarence.

—Pues es algo que tendrá que negociar con él, pero de uno a uno, en términos equitativos. No con seis guardias negándole el paso. He venido a buscarlo, para evitar un derramamiento de sangre. Porque si usted se siente moralmente obligado a retarlo a duelo, debe estar advertido de las consecuencias. Si usted daña a Jacob, ocasionará el llanto de mi amada esposa. ¡Por ende, yo me veré instado a arrasar con quien cause una sola de sus lágrimas! —Sus últimas palabras las dijo con tanta fiereza que el duque no se atrevió a insistir.

—Esto es amoral —replicó Ferdinand, pero Oso no se molestó en mirar en su dirección.

—Vamos, hermano —agregó el marqués bajando la voz.

—¿No me escucha? ¿Lord Bloodworth? —continuó insistiendo Ferdinand.

—Es usted tan molesto como un insecto chupasangre, señor. No sabe cuándo detenerse. Es como un mosquito que zumba y zumba en mi oreja sin parar. —Oso lo miró de modo desafiante, sabía que por pequeños que fueran, los mosquitos podían parecer insignificantes, pero también causaban daño. Así que no le quitaría la vista de encima. Tenía demasiada influencia sobre Jacob y lo detestaba.

—No tiene modales —refunfuñó Ferdinand al borde del colapso. Se sentía impotente por el trato que le daba el marqués.

—Y usted debe aprender a medir a su enemigo y el daño que puede causarle —lo amenazó lord Oso y siguió a Jacob que ya se dirigía hacia la salida.

Rose aguardaba por el fin de la reunión de los hombres, en compañía de la duquesa, en el gran salón de Clarence House. Había acompañado a Oso para rescatar a su hermano. Al verlos acercarse a donde ella se encontraba, suspiró de alivio.

—Gracias a Dios —musitó la dama, había estado conversando con la duquesa que era un mar de lágrimas. Sintió pena por ella.

Los guardias se retiraron al ver al marqués y su enorme figura. Lo dejaron pasar junto a su esposa, pero al advertir a Jacob Peasly volvieron a cerrar el paso. El barón asestó un puñetazo contra el rostro del que parecía el cabecilla, y otros dos trataron de inmovilizarlo.

—Lo siento, lord Peasly, no puede abandonar la propiedad, son órdenes de su excelencia —dijo uno de los captores.

Jacob lanzó patadas y cabezazos en todas las direcciones, hasta que uno de los que lo sujetaban cayó derrapado sobre el suelo, pero otro guardia ocupó su lugar.

—¡Suéltelo de una vez! —rugió Oso—. Tal vez puedan superarnos en número, quizás —agregó cínico— podrían reducirnos. No lo sé. Seis contra dos —sopesó sus oportunidades—. Sin embargo, ninguno tiene valor suficiente para causarnos la muerte y, por consecuencia, ser colgados por lealtad al duque, ¿verdad? No matarán a un noble. Uhm —murmuró con pereza—. Porque si no lo sueltan de una vez tendrán que matarnos. ¡Si nos dejan vivos, a lord Peasly o a mí, el que sobreviva los cazará como a perros, de uno en uno, solitarios, y haremos de sus miserables vidas un infierno!

Los guardias miraron en dirección al duque, pero ninguno se atrevió a seguir reduciendo al barón. Los dos caballeros y Rose, que trató de mantenerse estoica y no mostrar la angustia que la carcomía por dentro, caminaron en dirección del carruaje y se introdujeron en su comfortable interior. Ella suspiró cuando los cascos de los caballos se escucharon sobre los adoquines.

En el carruaje Jacob contó absolutamente todo. Confiaba en que ninguno de los dos iba a esparcir rumor alguno sobre la infortunada lady Laetitia. Rose le creyó de inmediato, le tomó una mano a su hermano y le dejó una caricia.

—Eres un tonto de enorme corazón. Pero así eres. No habrías podido dejar a esa pobre muchacha en apuros. Sé que hiciste bien en brindarle soporte. Si tú no la traes a Londres, habría sido peor aún su desdicha. ¿Me dices que aún cree que el calavera regresará a cumplir su palabra?

—John Thomas es un canalla —reafirmó Jacob.

—¿Y si toda esta historia es mentira? ¿Y si fuiste tú quien corrompió a la joven y ahora no quiere responder? —soltó Oso interrumpiendo la complicidad de los Peasly.

—Oso, Jacob no es un mentiroso —lo sermoneó Rose.

—Su padre la sorprendió casándose con Thomas —explicó Jacob—. Y evitó que se consumara, dijo que buscaría una anulación.

—Igual es un escándalo, pobre muchacha —sostuvo Rose.

—Solo si alguien abre la boca para echar por tierra la reputación de la dama y de su familia —sostuvo lord Oso—, lo que es bastante probable. Ninguno tomó precauciones, salvo John Thomas, al parecer fue más listo. Más vale no volver a hablar de ese asunto y que su excelencia se ocupe de apagar el fuego que amenaza con consumirlo. Nosotros tomaremos nuestras precauciones.

—Solo expongo los hechos —se justificó Jacob—. Sé que eres discreto y Rose todavía más.

Oso negó, aunque en la casa de Clarence lo apoyó y estuvo como una roca sólida de su lado, inamovible; ahora lo increpaba y lo miraba como si quisiera darle un escarmiento. El papel de hermano mayor le pesaba sobre los hombros.

—¡Nadie vio a Thomas, idiota! ¡Pero tú no solo pasaste la noche ahí, la acompañaste de regreso en un carruaje alquilado a solas! ¿Cómo, demonios, se te pudo ocurrir? ¿Sabes la cantidad de habladurías que eso suscitará?

—Es un caballero —lo defendió Rose—. ¿Sabes los peligros a los que pudo enfrentarse lady Laetitia si hubiese regresado sola? Estoy segura, esposo, que de haber estado en la posición de Jake habrías hecho exactamente lo mismo. ¿O me equivoco?

Oso gruñó sin poder rebatirla, hasta que decidió responder:

—Lo lamento muchísimo por la joven dama. Jacob, le diste tu palabra a Annalise. Debías pensar en ella, en lo que esto podría afectarla.

—Tengo que ir a ver Annalise, de inmediato. Si este absurdo chismorreo llegó a sus oídos no puedo pensar en cómo se sentirá. —Jacob se llevó las manos a la cabeza al darse cuenta de que era muy probable que en ese justo momento su amada ya tuviese conocimiento de la supuesta escapada...

—Acudiste a enfrentar a Clarence para romper el compromiso, y en cambio, te apiadas de lady Laetitia y te eriges como su salvador. ¡Oh, Jake! No sé cómo te librarás de este embrollo. Annalise te quiere, pero cuando llegue a los oídos de Kilian no sé si te deje seguir adelante. Has prometido silencio, un secreto que saben más de tres ya no es secreto y la reputación de lady Laetitia caerá por el suelo. ¿Le dirás a todos para que puedan exonerarte de la responsabilidad? ¿A Kilian, a tu tío, a Anna, al resto de su familia, que te verá como un canalla por dejar a la hija del duque humillada y a su suerte?

—Ferdinand no sabe la verdad, por eso no me ha apoyado. Y sé que no puedo darle los motivos. Pero él fue conmigo ayer a la casa del duque, le costó entender que me casaría con Annalise, pero al final aceptó mi decisión —justificó a su tío.

—Ferdinand te hace creer que está de tu lado, que te apoyará en todo, mas lo único que desea es tenderle una trampa a Annalise y que el compromiso siga su curso —lo desenmascaró Rose.

—No lo creo. Sé que no es la mejor persona, pero tampoco es un ogro. —Se aferró Jacob.

—Sí que lo es —aseveró Rose.

—Defiende a Clarence porque no puedo confesarle con quien estaba lady Laetitia —persistió Jake—. Él es demasiado apegado a la moral.

—Es un hipócrita, pero no seré yo quien hable mal de un Peasly, por respeto a tu título y tu apellido —sentenció Oso—. Corre a ver a Annalise, cálmala y por Dios no la hagas llorar más de lo que ya lo has hecho, porque conocerás mi ira y ya no me llamaré tu hermano. Clarence hizo oficial el compromiso de su hija contigo anoche, por supuesto que llegó a los oídos de esa dulce niña y está deshecha por ti. Voy a confiar en tu palabra, Jake, porque sé que eres sincero.

—¿Ir a verla ahora? —Se preocupó Rose—. Es descabellado, lord Sadice está ciego de ira. No entenderá razones, más si Jacob no puede hablar con libertad para no dañar la reputación de lady Laetitia.

—Yo me ocuparé de Kilian —aseveró Oso.

—Sí, pero aún quedan otros miembros de su familia, Normanby, Norfolk... Incluso la abuela estará dispuesta a sacarle los ojos a mi hermano por el daño causado por esta terrible confusión.

—Con ellos tendrá que lidiar él, si se los tropieza —sentenció el marqués y Jacob asumió la responsabilidad de sus decisiones con estoicismo. Pasaría por encima de quien sea con tal de conseguir la comprensión de Annalise.

Capítulo 15

Annalise estaba recostada al alfeizar de la ventana de su habitación, con los brazos cruzados, mirando las hojas de los arbustos de setos, moviéndose por la brisa vespertina. Los rumores del compromiso de Jacob con la hija del duque se desataron por todo Londres. No solo llegó a sus oídos, era de dominio público, lo que la preocupaba más. Quizás no había forma de revocarlo. Trataba de reflexionar en las palabras compartidas con las hermanas del barón y sus propias amigas, pero no podía hacerse una idea de lo ocurrido, no entendía nada. Solo anhelaba que él apareciera con una explicación de inmediato.

Aquella mañana acudió al atelier de su modista y dos señoras comentaban acerca del «estupendo» compromiso de lady Laetitia con el barón, como si fuese una novedad plausible. Después de esa visita, su abuela la instó a pasar a tomar un helado en Gunter's para que despejara la mente de la desilusión; pero fue peor, unas señoritas debatían que lord Peasly ya no estaba disponible, lo que suponían era una contrariedad.

No tendría paz hasta que lo viera de frente y pudiera pedirle explicaciones.

Unos toques en la puerta la alertaron e indicó que podían pasar. Era su abuela, la que lucía un semblante iluminado, que contrastaba con lo mustio del suyo.

—Tengo una sorpresa para ti, espero que te saque de ese agujero donde has decidido meterte —explicó con una sonrisa compasiva.

—No sé si sea el mejor momento para una sorpresa. —En realidad, no deseaba compañía.

—Siempre lo es, querida. —Marybeth suspiró sobrecojada, no sabía qué hacer para devolverle el brillo al semblante de su nieta. Volvió a sonreír, con el propósito de que, como espejo la imitara. Se negaba a que se dejase vencer por el desplante del joven barón—. Tenemos que seguir adelante.

—No hasta que hable con él. —Se aferraba a la esperanza, hasta que él no rompiera el lazo que los unía de viva voz, continuaría prendida de Jacob.

—No ha venido y no creo que venga. O tal vez sí, no sé qué pasa por la cabeza de ese muchacho. —Negó contrariada—. Pero no es justo que te encierres a llorar, mientras sigue sin dar la cara.

—Quizás no ha podido venir. —Trató de aferrarse a la loca idea de Daisy sobre el secuestro. ¿Debía ir en persona a rescatar a su enamorado? ¿Y si él ya no la amaba o en realidad nunca la amó y lo que descubría en la mansión de Clarence le rompía todavía más el corazón?

—He convocado a unas amigas y sus hijos —soltó la abuela al fin, entonces Annalise reparó en su atuendo más elegante de lo usual a esa hora del día—. Igual número de señoritas casaderas al de caballeros disponibles. ¡Una fiesta del té!

Annalise palideció. La intención de su abuela era noble, pero sus nervios no le permitirían compartir conversación con persona alguna. Era el peor momento para una situación social. Necesitaba calmarse, sanar, apaciguar la confusión de su pensamiento y aplacar el remolino de emociones que la sacudía.

—Abuela, tal vez necesito un tiempo a solas... —Retrocedió sobre sus pasos en franca negativa.

—Oh, pequeña. Ya todos están aquí y quieren verte.

Annalise respiró hondo analizando qué debía hacer, necesitaba dejar de pensar en Jacob por un par de horas. La angustia estaba acabando con su calma, así que terminó por acceder. Tampoco asistieron tantas personas, al bajar y saludar a los invitados notó que eran tres matronas con sus hijos. La condesa de Leeds con el primogénito y el segundo de sus descendientes. Otra amiga de su abuela con un par de gemelas hermosas que debutaron junto con Anna ese año. Y una dama más con su sobrino, un joven lord.

El mayordomo no tardó en traer el carrito abastecido con una amplia selección de té, teteras y agua caliente, y los lacayos comenzaron a servir la mezcla preparada por la anfitriona en las delicadas tazas. Pero nada aderezaba tan bien una fiesta de té como el cotilleo, y aunque las damas se resistieron, la novedad de la temporada no tardó en salir a relucir: el compromiso de Jacob con lady Laetitia.

Annalise aguantó estoica, aunque no pudo disimular una sonrisa. Cuando las damitas, seguidas por los caballeros, abandonaron sus asientos para dispersarse por el salón en grupos de dos y tres —siempre bajo las miradas de águilas avizoras de sus carabinas—, aprovechó e hizo lo mismo, pero se alejó a solas. Necesitaba silencio y quietud para dar una honda inhalación a sus anchas.

La presión de la sociedad era insoportable y a pesar de que su abuela convocó a ese pequeño grupo con la mejor intención, de haberle preguntado antes, se habría negado rotundamente.

Se acercó a la ventana más próxima y sus ojos se perdieron en un gorrión que acababa de posarse en un seto. Lo que fuera para no pensar en él.

—¿Todo bien, señorita Everstone? —preguntó uno de los hombres que permanecía en la estancia.

—¿El honorable John Thomas? —indagó. Apenas se estaba aprendiendo el nombre de todos y sus tratamientos correspondientes.

—Así es. Puede ahorrarse el trato formal solo para ciertos eventos. Muchos me conocen por señor Thomas, John o como sea menos olvidable. El segundo hijo del conde Leeds, no tan buen partido, a diferencia de mi hermano mayor, pero me honraría si me permite acompañarla unos minutos.

—No soy tan frívola como para despachar a un caballero por su estatus.

Los dos hermanos eran parecidos, el más joven lucía más atrevido, de aspecto atlético y sonrisa fácil. El mayor era más serio y no demostró un interés particular en una de las señoritas, estudiaba sus opciones, sabía que era un partido importante y que podía tomarse su tiempo para hacer una buena elección.

En cambio, para un segundo hijo, una unión con una señorita como Annalise con conexiones y una dote jugosa era bastante aceptable. Algo que ella advirtió fríamente, no era una fémina ingenua que se dejara envolver con labia alguna. «Salvo la de Jacob», le susurró su conciencia y se sintió mal al respecto. No debió abrirle por completo las puertas del corazón. Quizás sus aspiraciones habían sido muy altas, él tenía título y fortuna. Un compañero como John Thomas era más apropiado para una joven que pasó por tantos entresijos, antes de ser presentada en sociedad.

—Me parece excelente. Detesto venir a estas actividades, solo lo hice para complacer a mi madre. —Reflexionó por unos segundos y se dio cuenta de su error—. Disculpe mis modales. No quise decir...

—No se preocupe, tampoco me alegran este tipo de actividades. Es muy obvio. Igual número de damas y caballeros, todos en edad de... También estoy aquí para complacer a mi abuela —

confesó Annalise.

—Ya no me siento tan mal. —Exhaló—. Las gemelas ni siquiera me darán una oportunidad, están más interesadas en mi hermano. Con el primogénito en la misma lid, no tengo ocasión de destacar. Me he cansado de decírselo a mi madre.

—Entonces se perderán de conocerlo. De igual modo, no piense que todas las damas solo buscan un pretendiente con título. Debe haber una joven para usted, es cuestión de encontrarla.

—Aún no responde mi pregunta —insistió—. ¿Se encuentra bien?

—¿Por qué no lo estaría?

—No lo sé. Noto que se esfuerza por parecer feliz; pero no lo consigue, continúa viéndose triste.

Ella estuvo a punto de sonrojarse por la vergüenza, tanto se esmeró en disimular sus verdaderos sentimientos.

Hizo un barrido por la habitación, las señoritas se esforzaban demasiado en agradar a los caballeros. Parecía que habían sido instruidas desde el nacimiento en el arte de seducir y encantar. La imagen de lady Laetitia Percy le vino a la cabeza. Era una joven llena de vida, alegre y que resplandecía y conquistaba a todos a su alrededor. ¿Sería eso? Se recriminó que quizás fue muy fría con Jake y que al conocer a la hija del duque, con quien el anterior barón Peasly hizo el arreglo matrimonial, ya no quiso descartarla.

Su corazón estaba destrozado. Suspiró creyendo que si su próximo paso en la vida consistía en olvidar a Jacob se iba a morir de tristeza, de dolor. Tanto tiempo amándolo en secreto, y luego las palabras de él, confirmándole sus sentimientos, la elevaron hasta las nubes, de las que se desplomó en una caída abismal.

—¿Me seguirá diciendo que no le pasa nada?

El mayordomo se acercó a su abuela con un anuncio. Esta quedó perpleja. Annalise lo notó desde su sitio, y deseó que John Thomas dejara de importunarla. No era que le desagradara, se estaba portando de modo galante sin ser abrumador o asfixiante, pero ella solo aguardaba por una persona, y quizás en ese momento su arribo se volvía realidad. Marybeth lucía impactada.

Lord Peasly, sin invitación a la fiesta del té, fue anunciado y todos centraron su atención en él. Aunque, el caballero solo reparó en la pareja que se mantenía alejada del resto. Por fortuna, a salvo; gracias al alcance de las miradas de las matronas.

Annalise lo escuchó carraspear cuando se introdujo al salón. El corazón de ella galopaba de prisa, como manada de corceles en estampida, completamente desbocados. El recién llegado traía la corbata mal anudada, la chaqueta descompuesta y la camisa desaliñada... Como si hubiese salido de una trifulca o hubiera tenido un mal día. Los latidos de la joven se apresuraron cada vez más. John Thomas dejó de ocupar un sitio en su campo visual, lo olvidó por completo.

Pese a que las matronas repararon en el aspecto del atuendo del barón, decidieron obviarlo, prefirieron felicitarlo por las buenas nuevas. La cara de Annalise lucía impávida, por la desfachatez de aquellas y el atrevimiento de él de aparecerse así, sin avisar previamente, después de estar desaparecido desde el día anterior.

—Oh, olvidé que también había invitado a lord Peasly —musitó Marybeth con un hilo de voz y después carraspeó para aclarar su garganta—. Sea bienvenido. Es un gusto tenerlo aquí.

La vista de él seguía clavada en la pareja cercana a la ventana. John Thomas se dio cuenta, y también lo miró, hizo lo mismo con Annalise y entrecerró los ojos tratando de entender lo que no era evidente, pero salía a relucir por el comportamiento de ambos.

—Parece que fue asaltado, milord. ¿Se encuentra bien? —preguntó la condesa de Leeds.

—Tuve un percance con mi caballo —justificó Jacob sin dejar de mirar con irritación la cercanía de Thomas con Annalise. Miles de ideas pasaban por su cabeza, sentía un fuego arder en su interior, uno de furia. Más conociendo de todo lo que aquel canalla era capaz.

—¿Por eso se le hizo tarde? ¿También se nos unirá su prometida? No sabía que sus excelencias de Clarence estaban invitados. Son nuestros vecinos en Kent —explicó para los demás la misma mujer, la madre de John.

Annalise suspiró otra vez. Las dudas sobre por qué venía tan descompuesto hicieron que un nudo se instalara en su garganta y no pudiera externar absolutamente nada. Deseaba encontrar un pretexto, echarlos a todos y quedarse a solas con él, para exigirle una explicación.

—¿Qué hace él aquí?! —soltó Jacob de pronto, señalándolo, retándolo, ante la mirada perpleja de las mujeres de la estancia. No era el comportamiento esperado en una fiesta del té, menos para un Peasly, los que se destacaban por sus excelentes maneras y sus dotes sociales. Claro, que también tenían sus secretos muy oscuros, pero los sabían guardar.

Los ojos de los presentes pasaron de Jacob a John Thomas y viceversa, preguntándose qué se traían aquellos dos.

—¡Oh, lord Peasly, bienvenido a nuestra fiesta del té! Acompañenos, ¿le servimos algo de comer, un emparedado tal vez? —preguntó Marybeth para tratar de disipar el ambiente de tensión que comenzó a sentirse en el lugar.

—Le agradezco sus atenciones, milady, es solo que... —Todos seguían mirándolo. No podía expresar los motivos que lo habían llevado allí. Ni siquiera pasó a su casa a cambiarse de ropas con la finalidad de verse más presentable. Pero, sería imposible pedir un momento para hablar con Annalise delante de los demás, despertaría muchas susceptibilidades. Tendría que esperar a que la reunión finalizara.

Marybeth se acercó a él con discreción, y le susurró para que el resto de los asistentes no la escucharan:

—Aguarde a que se vayan todos si desea hablar con mi nieta. Por el Altísimo, modérese.

—Entiendo, es solo que será una tortura esperar.

—Tendrá que hacerlo o terminará por exponer a mi nieta a habladurías. Por favor, compórtese. No dé un espectáculo bochornoso. —Con la misma, Marybeth dejó de susurrar y continuó en voz alta—: Tome asiento, se le nota cansado. ¿Cuéntenos qué percance tuvo en el camino? —agregó simulando.

Los presentes, por supuesto, estaban más interesados en la razón por la que había señalado de esa forma a John Thomas. El aludido guardó silencio y decidió ignorarlo para no dar más de qué hablar. Sin embargo, no tenía intenciones de dejar pasar aquella afrenta. Lo desafiaría más tarde, cuando no hubiese tantos espectadores.

Jacob reparó en su ropa y el desaliño que lo acompañaba, trató de componerla. Intentó seguirle el juego a Marybeth

—Uno en el camino con el caballo. Espero que me sepan disculpar, pero por nada del mundo me perdería esta recepción. —Después se volvió a lady Leeds—. En cuanto a los duques de Clarence desconozco si fueron invitados o no.

Marybeth llamó al mayordomo y ordenó servirle té al recién llegado para cambiar el tema sobre el cual estaban muy intrigados los concurrentes. ¿Por qué no invitar completa a la pareja del momento? Todos deseaban verlos juntos por primera vez.

Capítulo 16

Lo último que esperó encontrar Jacob fue a Annalise siendo vilmente seducida por aquel canalla. Cuando Oso le confesó que el rumor del compromiso llegó a los oídos de la joven, sintió un agujero en llamas crecer en su estómago. Lo anterior, solo de imaginar las ideas que le estarían rondando a ella por la mente, su desesperación, su dolor... Pero jamás creyó que, la encontraría en una fiesta del té, hablando amenamente con el canalla que acababa de hacer miserable la vida de otra joven dama.

—Una visita por la galería no vendría nada mal. —Escuchó Jacob a Marybeth que ya no sabía qué hacer para disipar el momento incómodo.

Los presentes accedieron, aunque reticentes. Nadie quería perder detalle del jugoso cotilleo que vino aparejado a la figura golpeada del barón. Más, porque él no se movió del asiento, acababan de servirle el humeante té y tenía el pretexto perfecto para quedarse ahí.

Jacob esperaba que Annalise tomara la oportunidad y aguardara también. El músculo de su mandíbula se tensó cuando Thomas le ofreció el brazo a Annalise para llevarla a la galería. La taza de fina porcelana entre los dedos de Jacob estuvo a punto de quebrarse. Cuando ella movió la cabeza de un lado al otro para rechazar el ofrecimiento de Thomas, Peasly exhaló con fuerza.

Pero Thomas fue más atrevido aún, no se movió del lado de Annalise.

—En ese caso me quedaré con usted, señorita. Sería una descortesía alejarme —murmuró John, pero Jacob pudo escucharlo desde su sitio. Ella sonrió forzada, sin saber qué más decirle a Thomas para que se fuera con los demás invitados.

Marybeth se dio cuenta demasiado tarde que su sugerencia fue un grave error, pero ya no pudo dar marcha atrás. Tuvo que guiar a sus invitados, dejando en el gran salón a lord Peasly con cara de pocos amigos, con el punto de mira en Thomas y su nieta. Inspiró hondo y lanzó al cielo una plegaria para que en su breve ausencia no estallara una hecatombe. No entendía por qué el barón se ponía tan posesivo por las atenciones de Thomas. Quien tenía muchas explicaciones que dar era él.

Cuando todos desaparecieron, Jacob no tardó en ponerse de pie y caminar hacia los únicos que se quedaron en la estancia, además de sí mismo. No tardó en despegar los labios.

—Su moral es tan contradictoria e hipócrita, señor Thomas —largó Jacob sin miramientos.

—¿Cómo se atreve a insultarme y expresarse de ese modo delante de una señorita? No sé qué problemas lo han hecho venir así, magullado, parece una fruta que cayó del árbol. Supongo que todo tiene una explicación. Si no sabe cerrar la boca cuando es conveniente, los resultados son el desquite del agraviado —sostuvo con un tono neutro, calmado, pero con la amenaza latente.

—Mi estado no tiene que ver con lo que sale de mi boca, y sí con sus responsabilidades y su falta de carácter y palabra.

—¡Jacob! —exclamó Annalise que no entendía nada. Ni siquiera se dio cuenta de que se dirigió a él por su nombre de pila. Cuando lo notó se cubrió la boca con una mano, temiendo quedar en evidencia delante de Thomas.

¿Por qué Jacob se comportaba así? ¿Era un ataque de celos? Pero, si ella se conducía con decoro. Tal vez entendía que él se sintiera vulnerable al encontrarla hablando con Thomas. Sin embargo, no podía permitir que maltratara a uno de los invitados de su abuela y menos que se

comportara como un hombre salvaje de las cavernas. No era la imagen del esposo que veía en su futuro, compartiendo su vida.

—Usted está por completo desubicado —agregó con ironía Thomas, creyendo que estaba mal de la mente. No comprendía las razones de sus reclamos. Salvo que tuviese intereses en la señorita Everstone... Ladeó la cabeza, mientras cavilaba, tratando de entender qué tenía tan enardecido al barón.

—Usted es el desubicado —atacó Jacob—. ¿La mención de su visita el día de ayer a una posada a las afueras de Londres podría refrescarle la memoria?

—¡Oh! —exclamó sin entender cómo sabía el barón de sus aventuras con la joven Laetitia—. No sé de lo que habla. Delira —lo acusó. Diría lo que fuera con tal de justificarse. Tomó suficientes precauciones para que nadie lo viera allí, no recordaba haberse topado con él. Entoncesató cabos, Peasly era el prometido de Laetitia. «¡Maldición!», pensó.

—¡Lo esperan en la galería! —lo apremió Jacob.

—Por Dios, lord Peasly, sus modales —continuó Annalise sin poder entender lo que sucedía—. Si se siente abrumado por el percance que tuvo con el caballo, puedo pedir que le preparen una infusión calmante.

—Estoy perfectamente bien, solo deseo que esta escoria se aleje de ti, que se vaya a la galería o, mejor aún, que desaparezca por la puerta sin mirar a atrás. Yo me encargaré de dar una excusa convincente de por qué ha huido como la rata que es.

—¡Jacob! —Annalise subió la voz, y ya no le importó

—Corra, Thomas, estoy aguantando los deseos de estrellar mi puño contra su cara.

—¿Olvida que es usted un caballero? Si se siente ofendido, siga la costumbre, exíjame una reparación en el campo de honor —atacó Thomas envalentonándose. Por un instante, lo que en un inicio interpretó como interés de Peasly por la señorita Everstone lo desechó por completo. Ahora atribuía el comportamiento de aquel a Laetitia, unos celos por una conversación no podían provocarlo de esa manera. Seguramente, la vergüenza de la hija del duque llegó a los oídos de su prometido. Creyó entender todo, por eso el barón arribó solo y con los nervios azuzados como un toro embravecido. Tenían un asunto de caballeros, Thomas había mancillado a la dama que Jacob iba a desposar.

—Usted no merece pisar el campo de honor y yo no tengo paciencia para seguir formalidad alguna.

Sin que ninguno lo viese venir, Jacob cogió a Thomas por las solapas y lo arrastró hacia sí, para luego soltarlo y levantar uno de sus puños, el que como advirtió, terminó estampado en el pomposo rostro del canalla, quien no pudo reaccionar a tiempo para prevenir el choque de su mandíbula contra los recios nudillos de su atacante.

—¡Por el Altísimo! ¡Jake! ¡Cálmate, por favor! —rogó Annalise asustada.

Thomas se tambaleó hasta que pudo recuperar el equilibrio, Jacob tuvo la nobleza de esperar a que estuviera en posición de defenderse para volver a atacarlo y lo golpeó más fuerte aún. De la nariz del malnacido comenzó a emanar sangre, y antes de que se desplomara como leño caído, lo tomó por la chaqueta y masculló muy cerca de su rostro:

—No sé qué demonios hace conversando con la señorita Everstone, pero lo quiero a kilómetros de distancia de ella. ¿Quedó claro?

—Usted es un salvaje —replicó el canalla—. No voy a responder como se merece por respeto a la casa de la vizcondesa viuda y de la señorita Everstone.

La sangre comenzó a manchar la camisa blanca de Thomas, y Annalise, atónita, le extendió

su pañuelito de encaje para tratar de contener el estropicio.

El mayordomo no tardó en aparecer y quedarse petrificado por el altercado entre los caballeros. Ni siquiera reaccionó a tiempo, para llamar a unos lacayos que contuvieran la situación... El vocabulario y la pasión con que pronunciaba cada palabra el barón lo dejó inamovible en su sitio.

—¡No sea hipócrita! ¡Huirá como la sabandija que es porque no quiere tener que aclarar el motivo de mi furia! ¿Evita otro escándalo?

—Tendrá mis razones —amenazó Thomas con los puños apretados. No era cobarde, pero Jacob estaba en lo cierto. Quedarse implicaría explicar por qué lo golpearon tan ferozmente—. Me voy para evitar un escándalo, pero le aseguro que escuchará de mí.

El mayordomo reaccionó al fin y le ofreció a John Thomas uno de los impolutos manteles del servicio que no habían sido usados, pero que aguardaba en el compartimento inferior del carro de té, para que la sangre no causara un desastre en la costosa y nueva alfombra persa.

—¡No se atreva a volver a importunar a la mujer que amo! —reveló Jacob de modo amenazador y los ojos de Thomas, que se sostenía con el paño la chorreante nariz, se abrieron desmesuradamente—. ¡La señorita Everstone será mi esposa! Es la única que me importa. Sin embargo, advertiré a cuanto padre conozca de sus maneras, para que no lo dejen acercarse a joven respetable alguna. —Después de esas palabras lo empujó hacia la salida para poder aproximarse a Annalise. Ya no aguantaba un segundo más sin poder explicarle los motivos de su comportamiento y su ausencia—. ¡Quítese de en medio, pobre diablo!

Mientras Thomas se alejaba murmurando sus amenazas, a las que Jacob no temía, abrió sus brazos para abrigar a Annalise. Odió darle tantas preocupaciones y agravios. Estaba dispuesto a enmendar el disgusto que le hizo pasar, de inmediato.

—Anna... —musitó suplicante.

—¿Jake? —Los ojos de ella se humedecieron.

—Ven, pequeña. Ven —rogó con amor.

—No —dijo elevando las palmas—. No, por supuesto que no.

La muchacha comenzó a caminar en dirección opuesta a la de él. Jacob no dudó en seguirla.

Mientras, el mayordomo continuaba sin palabras en su lugar. Pero, haciéndose de la vista gorda, y tratando de aplacar lo ocurrido. Se ocupó de que el incidente continuase permaneciendo fuera del conocimiento de los demás asistentes.

—Annalise, sé que ahora mismo debes estar detestándome —perseveró Jacob persiguiéndola—. Hay una explicación, déjame dártela.

—No solo te esfumas y tengo que soportar que todos murmuren acerca de tu compromiso con otra dama, sino que cuando apareces te comportas como una bestia salvaje y agredes a un caballero. El señor Thomas no estaba haciendo nada malo. Era la primera vez que yo hablaba con él en toda mi vida.

—No lo conoces —espetó con los dientes apretados sin dejar de perseguirla, ella caminaba más rápido.

—No, pero tampoco deseo que el hombre que me despose golpee a cada varón que se me acerque. No esperaba eso de ti. Menos en la casa de mi abuela. ¿Es que no respetas nada? Sé que eres voluble, pero debes sosegararte.

Annalise se detuvo en la puerta de la biblioteca y no supo por qué se introdujo. Sabía que él la seguiría sin dudar. Y eso hizo. Peor aún, cerró la puerta tras de sí. Con la casa llena de invitados. La joven rogó para sus adentros que su abuela, así como se le ocurrió llevar a la

comitiva de visitantes a un paseo por la galería, no ofreciera igual expedición a la biblioteca. Entonces sí que se desataría el escándalo.

Jacob la miró en silencio, al saberse a solas con ella, las palabras que brotaban de su garganta se enredaron a su paso y ya no pudieron salir, quedándose atoradas a medio camino.

—Habla... —Lo instó entonces ella, demandante, desafiándolo—. No que tenías mucho qué decir. ¿Ahora has enmudecido?

—Annalise, estoy aquí. ¿No? ¿Recuerdas lo que te prometí? Soy libre —se desatascó al fin y pudo comunicar lo más importante.

—¿Qué? —indagó sin poder dar crédito a lo que escuchaba. Hasta hacía unos minutos lo felicitaban por su compromiso. Y, en ese instante, él estaba declarando, con el rostro más sincero que existía, que rompió el lazo con Laetitia Percy.

—He hablado con el duque, le he dejado claro que no me desposaré con lady Laetitia. Además, ella tampoco desea casarse conmigo. —Iba a añadir que amaba a otro hombre, pero prefirió hablar solo por sí mismo. No mencionaría palabra alguna que hundiría más a la joven. La familia del duque y sobre todo su hija mayor tenían suficientes problemas, no era necesario sacarlos nuevamente a relucir—. En cuanto tome un baño y me vea presentable, buscaré a lord Sadice y le pediré formalmente tu mano. Oso ya lo sabe. Incluso, me apremió para que viniese a verte.

—De acuerdo, todo suena maravilloso —emitió y su voz era un reclamo—. Pero, ¿dónde demonios estabas? ¿Y por qué luces como si salieras de una pelea? —preguntó sin dejarse amedrentar por la fuerza y la pasión del hombre que la derretía con el énfasis de su mirada. Jacob se sobresaltó al escuchar la palabra que usó para reclamarle su ausencia. No era que lo alarmara, pero las señoritas no se expresaban así—. Yo también puedo maldecir —lo encaró con valentía—. ¿Te enfada?

Ese hombre era un huracán, Annalise tuvo bastante tiempo para formarse una idea completa sobre su temperamento. Lo estuvo observando en silencio desde aquel día que se vieron por primera vez, y algo en su interior le advirtió que si no mostraba un carácter fuerte, no iba a poder estar a la par.

—Puedes maldecir todo lo que quieras. —Percibió que ese despliegue de tenacidad le gustó, quería una mujer que fuese su igual y Annalise se mostró como era. Se dio cuenta de que tenía una gran desventaja, su prometida lo conocía mejor que él a ella. La señorita era como un iceberg, quedaba mucho por descubrir todavía—. No me gustan las mujeres sumisas, no te reprimas nada.

—¿Dónde demonios estabas? ¿Y qué dices de tu aspecto? —repitió con firmeza, clavándole la mirada.

—Con respecto a lo segundo tuve un altercado, pero salí ileso. Y sobre mi paradero, la explicación es más larga. Fui a la casa del duque para romper el compromiso, su familia pasaba por un problema bastante acuciante. Podía haberme cruzado de brazos, pero decidí ayudarles y tuve que salir a las afueras de Londres para regresar un día después. Si me exiges que te cuente más, lo haría; pero empañaría la reputación de los Clarence. El duque en un intento desesperado de salvar... lo insalvable, dijo que su hija y yo estábamos comprometidos, pero eso jamás fue así. Laetitia también se opuso al matrimonio conmigo.

—¿Por qué te diriges a ella por su nombre de pila? —protestó recelosa—. Hasta hace poco jurabas que no la conocías y ahora es...

La presión inundó a Jacob por completo. Le pesó todo lo vivido en las últimas horas

transcurridas... Sus intentos por desembarazarse de las cadenas de Clarence que lo ataban. Después, el altercado con los guardias ... Y, para rematar, tener que soportar a John Thomas en aquel patético intento de seductor, precisamente con Annalise. El deseo por Anna lo consumía, el temor a perderla al saber que ella se sintió decepcionada... Ya no pudo más, las explicaciones sobraban, estaban desperdiciando ese precioso momento a solas. Ladeó la cabeza y estiró los fuertes brazos para encerrarla dentro.

Annalise se negó ante sus intentos de atraparla, no estaba satisfecha aún con la explicación, ni dispuesta a perdonarlo. Quería que se ganara la disculpa después de tanta espera, zozobra y su pésima conducta. Lo peor fue su comportamiento posesivo cuando golpeó, como un desalmado, a John Thomas.

—Todavía no —peleó con bravura—. No te aceptaré si te sigues comportando de modo salvaje. Debes prometer que no golpearás a cualquier hombre que comparta una inocente palabra conmigo, como hiciste con el señor Thomas. Y que, evitarás ponerte en peligro o en situaciones como el altercado que te dejó así.

—John Thomas no tiene de inocente ni el aire que respira —objetó sin reparar en la segunda condición—. Ese malnacido es un canalla de la peor especie. Y si lo golpeé no fue solo porque hablaba contigo, lo hice para advertirle que todo lo que, seguramente, pasaba por su cabeza al acercarse a ti, no va a ocurrir. ¡Miedo! Eso quise que sintiera. ¡Pavor! Porque eres mía, Annalise, y no permitiré que él te dañe como hizo con...

—¿Tuya? —Fue en todo lo que reparó.

—¿No? Me has dicho que te casarás conmigo, serás mía entonces.

—Oh, Jake. No te convertirás en mi dueño —protestó.

—No quise decir que... —Oh, sí. Ella era de armas tomar, y verla florecer de esa forma con fuerza y a total voluntad lo enloquecía, le hacía desearla más y lo empujaba a querer provocarla para que fuera más brava aún—. Mía. Te deseo mía —susurró con la voz ronca encerrándola en sus brazos. El contacto de sus cuerpos fue muy tentador. Una chispa que lo encendió por dentro. Ya no deseaba continuar explicando, solo pretendía seguir ardiendo y quemándose en la llama abrasadora que lo devoraba de modo insaciable—. Como fue lo único que oíste y no todo lo horrible que iba a contarte sobre el abominable de Thomas, nos concentraremos en la posesión y en tu negativa a entregarte por completo a mi voluntad. —Él jugaba, la pinchaba para ver cómo la insolencia coloreaba sus mejillas de carmín.

—No. —Volvió a negarse y él redujo el espacio del cerco entre sus brazos, se apoderó de la rebelde boca intempestivamente, y ella se opuso, luchó y lo apartó. Todavía faltaban muchos puntos por aclarar, y no iba a entregarse a ese beso hasta que fueran esclarecidos. Se negaba de manera rotunda.

Pero Jacob posó sus labios de nuevo contra los suyos, y los presionó con suavidad. Acto seguido, trató de probar más profundo e introducir su tibia lengua por la dulce cavidad de su amada. Pero Annalise resistió sin abrir la boca, mas él no se rindió.

—Mi amor, no sé por qué me das tan dura batalla. Soy tuyo por completo. Y no me avergüenza decirlo ante ti y ante quien sea. Te entrego mi alma, mi corazón, mi cuerpo, mi casa, mis demás posesiones —confesó ronco entre beso y beso, contra los labios de la terca joven.

Ella necesitó suspirar, porque aquellas palabras no solo le provocaban emociones, también fueron responsables de que ciertas sensaciones la recorrieran de manera irrefrenable. Jacob doblegaba su voluntad, pero era mutuo, la voluntad de él estaba plenamente subyugada ante Annalise. Lo que ambos sentían por el otro, era desconocido y muy poderoso.

Anna todavía tenía reservas, sin embargo, Jake parecía un loco impetuoso al servicio del amor. Finalmente, la señorita entreabrió sus labios y la lengua masculina, por fin, pudo acariciar la suya. El encuentro fue ardiente, desesperado, voraz... Ambos dieron rienda suelta a sus ganas. La joven fue dominada por el deseo contenido hasta ese momento... El barón era presa de un apetito aplazado, que estuvo aguardando exigente, pero a punto de explotar.

Y se perdieron en aquel beso intenso... El tiempo se detuvo. Ya nada importó, nada que no fuera el calor que emanaba de sus bocas y la humedad que se deslizaba por sus lenguas. Exploraron deseosos, sedientos. Los labios de él terminaron recorriendo el mentón femenino, su elegante cuello... Los dedos de ella se enterraron en los suaves y cortos cabellos del color de la miel. Sus cuerpos se buscaron desesperadamente y se apretaron añorando con locura más fricción.

—Oh, Jake —gimió cuando la humedad de la boca de él chupó con avidez el trozo de piel que el recatado escote dejaba al descubierto.

—Sí, no ceses de hablar —demandó sintiendo que su entrepierna se quemaba y pulsaba, exigiendo más y más. La voz de ella, afectada por la fiereza del deseo, lo excitaba cada instante con más contundencia.

—No quiero parar, pero si alguien entra —expresó. Su temor no se debía al hecho de continuar explorando cada sensación placentera, sino a que los descubriesen.

—Tomé la precaución de cerrar la puerta... —susurró descarado. Y ella se sintió embaucada, él premeditó que terminarían así.

—Como si el mayordomo no tuviese llaves de toda la casa.

—Pero nos dará unos minutos... —susurró más atrevido aún.

—Oh, por Dios, bésame —jadeó sin poder renunciar a la sensación que la recorría, enterrando más aún los dedos en su cabellera, por donde lo aferró para conducirlo de nuevo a su boca. Si él se detenía, la agonía de perderlo, justo cuando su cuerpo estaba en llamas, iba a ser una tortura.

—¿Mía? —preguntó exigente. Algo se apoderó de él, ya la necesidad de escucharla decirlo lo obsesionó.

—Uhhh —gimió cuando sintió que la mano de él exploraba hacia el sur, pero se negó a responder.

Jacob luchó contra la crinolina, y los volantes y los encajes de las enaguas hasta que logró deslizar una mano por debajo de la amplia falda, y sin dejar de besarla llevó sus dedos hacia la intimidad inexplorada.

—Quiero desnudarte —le confesó—, y hacer lo mismo conmigo. Tu piel sobre mi piel —fantaseó en voz alta. Y ella suspiró deseándolo también.

Las yemas de los dedos del remero de Oxford acariciaron el tierno brote que jamás había sido tocado así, y ella sintió que se disolvía, que se derretía ante ese delicado roce. Él no era experto, pero se dejó llevar por la pasión, creyó que sería suficiente. Y había sido un alumno atento, los hombres solían hablar de cómo complacer a una mujer, y Jacob prestó oídos con bastante esmero. Además, Oso lo aleccionó hasta el cansancio de cómo debía cuidar del placer de una dama. Y, ¡por Afrodita!, él no iba a desempeñarse mal con esa mujer que lo estaba incendiando.

Era su primera vez intimando de esa forma. Jamás quiso apagar su fuego con otra. Y eso no lo hacía sentirse menos hombre ni peor amante. Desde que la conoció, cuando el deseo se apoderaba de él en las noches, se daba placer pensando en el día en que finalmente pudiese hacerla suya. Por eso, su virilidad palpitaba hambrienta. En su mente, la añoranza de enterrarse

entre esos pliegues húmedos y tibios con los que jugaba era una constante fuente de deseo.

Movió sus dedos en círculos, con suavidad, poniendo especial interés en repetir lo que la hacía gemir más. De pronto, ella echó la cabeza hacia atrás y su cuerpo se sintió más liviano, al tiempo que empujaba contra la mano de Jake, y uno de los dedos masculinos se introdujo en medio del juego y el forcejeo. Adentro, tan deliciosamente caliente, tan apretado. El hombre no pudo resistirse a la idea de que un segundo dedo lo acompañara. Ella jadeó de placer y dolor, pero no opuso resistencia. Su interior volvió a adaptarse a la nueva invasión.

Y ambos se movieron sincronizados, Jacob temía que iba a derramarse en sus pantalones, pero trató de aguantarse. Después buscaría alivio, al salir de ahí. En ese instante, había algo que lo enloquecía más, sentir que su amada se perdía ante su toque febril y frenético.

La sangre de los dos hervía, los corazones latían desenfrenados, los besos sobre la oreja de Annalise la catapultó a la liberación. Ella sintió su cuerpo entero estremecerse y romperse en pequeñas convulsiones de frenesí.

Cuando fue consciente de lo que hicieron, de lo que habían vivido, su respiración todavía no recuperaba el ritmo habitual.

—Mi hermoso amor —le susurró Jake sobre los labios—. Tendremos que apresurar nuestra boda... Te necesito, te quiero tanto.

—Mío, mi Jake, mi amor —susurró para molestarlo, era muy testaruda y aunque sabía que no tendría vida sin ese hombre, apoderándose de cada rincón de su cuerpo, se rehusó a dar su brazo a torcer, al menos en voz alta.

Capítulo 17

Annalise lo miró complacida, con una enorme flecha atravesando su pecho, enamorada. Ni siquiera recordó sus demandas, solo quería que las horas transcurrieran de prisa para que la petición de matrimonio fuera una realidad y ser oficialmente su prometida. La satisfacción que iba a sentir iba a ser completa, cuando el peso de mantener en secreto su relación ya no la aplastara. Recordó las palabras que él prácticamente le gritó a John Thomas:

«¡La señorita Everstone será mi esposa!», y disfrutó de la sensación que la invadía por completo, mientras se perdía en sus ojos ámbar. Era el destino, la decisión de ambos o lo que fuera. Jacob Peasly, ese hombre que había aprendido a amar iba a casarse con ella y estarían juntos para siempre.

—Mío —repitió, sintiéndose plena. El miedo a perderlo casi la consumió.

—Uhm. Veo que lo estás disfrutando. —Y la realidad era que él se sentía igual, una energía nueva lo invadía por completo, le daba fuerza, y lo hacía sonreír como un tonto. La adoraba. Ella le dotaba de una vitalidad que jamás experimentó.

Entonces Annalise sonrió, amaba esa faceta suya, el sentido del humor. Aunque adoraba todo de él, su furia y su calma.

—¿Cómo saldremos de aquí? —preguntó con picardía, tras la travesura que compartieron.

—Iré a cerciorarme de que no hay peligro —indicó protector, depositándole un beso en la frente.

—Aún hay mucho de qué conversar —le recordó mirándolo a los ojos con un arrebato de ternura. Él era todo lo que quería, lo que añoraba y deseaba para su futuro. Y ya lo había conseguido. Se humedeció los labios, aún le costaba creer que lo tenía ahí, asegurándole que la amaba.

—Siempre que lo desees, hablaremos —agregó con suspicacia. Le depositó un corto beso sobre los labios y le dio una última mirada, se sentía pleno también, desbordado.

Ella se acomodó el vestido, repasó su peinado y él la ayudó. Por desgracia, en la biblioteca no había espejos, Annalise iba a asegurarse de dejar alguno oculto de contrabando.

—¿Cómo me veo?

—Estás perfecta, mi amor.

—Ven —añadió con una pícaro sonrisa y acomodó el pelo de Jacob, ella lo había despeinado por completo. Arqueó una ceja y lo examinó—. Creo que luces decente.

Se abrazaron como si fuera la última vez, con fuerza, entregando los sentimientos que calentaban su corazón. Él la miró una vez más con adoración e inspiró hondo lleno de orgullo.

Jacob salió primero, se escurrió con sigilo hacia el gran salón, todavía estaba vacío, y justo en ese instante, los demás se le unieron. Aguantó un suspiro que tenía en el pecho, estuvo a punto de dar muchas explicaciones o inventar la mejor excusa de su vida. No estaba acostumbrado a mentir. Aunque fue un niño travieso, cuando llegó a la adolescencia, su carácter comenzó a forjarse bajo el rigor de los Peasly, y casi nunca rompía las reglas. Hasta que la vida lo llevó por caminos, como el que tomaba en ese momento, que lo obligó a romperlas por completo. Ya no creía en los preceptos con los que fue educado por su padre, ahora tenía un nuevo criterio para juzgar y tomar decisiones, el propio.

—¿Dónde está John? —le preguntó la condesa de Leeds mirando por toda la estancia en busca de su hijo.

—Se disculpó, tuvo que marcharse —explicó el barón.

—¿Sin esperarnos? —replicó la dama.

Jacob se alzó de hombros.

Marybeth sonrió forzada. Notó cargado el ambiente, algo no le estaban diciendo. Existía un motivo para que el joven no estuviese ahí, pero no era el momento de indagar. Notó que su nieta tampoco los acompañaba, sin embargo, la prudencia la previno de que preguntar sería un error. Era mejor si nadie lo sacaba a relucir. Los demás jóvenes estaban tan entretenidos los unos con los otros, que no repararon en nada más. Y las otras dos matronas no les quitaban los ojos de encima. La condesa de Leeds no se quedó con la duda.

—¿Tampoco veo a su nieta? ¿Dónde está la señorita Everstone? ¿También tuvo un contratiempo?

—Ella fue a la galería. ¿No vino con ustedes? —Jacob soltó de improviso, y se recriminó por la penosa cuartada. Era un pésimo mentiroso.

—No. No la vimos —insistió la mujer.

—Ha sido muy grato recibirles hoy —intervino Marybeth—. Lo que empezó como una fiesta del té, terminó en una larga exposición de arte.

—No sea modesta —dijo otra de las invitadas—, su colección es impresionante. Agradezco que haya tenido la bondad y la paciencia de explicarnos con lujo de detalles la historia de cada una de sus piezas. No en vano, usted y su hijo, lord Sadice, se han ganado una estupenda reputación como coleccionistas de arte. Bueno, no solo coleccionistas. Los cuadros pintados por usted y el vizconde son hermosos. Los suyos, milady, lucen muy delicados. Y los de él... —No pudo terminar la frase sin sonrojarse por el contenido y el estilo de las pinturas.

—Veo que le gustó mucho. Espero poder mostrarle pronto la colección de mi hijo, la que tiene en Sadice House. Pero, si tanto le ha impresionado, de una vuelta por *Dance of the Starlings*, la galería familiar que tenemos en Hyde Park Corner. —Aprovechó Marybeth para promover otra de sus fuentes de ingreso, la que más la hacía feliz, y que, aunque era de su propiedad, era manejada por su hijo. Tal vez no era muy elegante preocuparse por los negocios, menos para una dama; pero el arte la apasionaba tanto que podría hablar de ello durante horas.

Annalise llegó a tiempo para despedirse de los invitados. La mirada de su abuela le advirtió que no quedaría impune, que tendría mucho que explicar.

Cuando todos se fueron, Jacob no se retiró con los demás.

—Ahora sí, explíquen qué ha sucedido. ¿Pudieron hablar? —Los interrogó Marybeth, muy seria.

—Conversamos —contestó Annalise tratando de mantenerse serena. La alusión sobre dialogar la inquietó, al recordar el calor que la invadió cuando Jacob provocó la mar de sensaciones que recorrió su cuerpo, y de las que aún quería más.

—¿Y arreglaron sus diferencias? —continuó la abuela.

Los dos hicieron silencio y la vizcondesa viuda tuvo que carraspear, los jóvenes tenían la mente perdida en las travesuras que compartieron momentos atrás.

—Oh, sí —respondió Jacob, haciéndole un guiño descarado a Annalise, que no pudo sonrojarse más—. Arreglamos nuestras diferencias.

—¿Y bien? No sean recatados, quiero todos los detalles.

Anna y Jake se miraron con complicidad, los detalles que ambos tenían en mente eran muy

diferentes a los que demandaba la dama.

—¿Detalles? —repitió apabullada la nieta.

—¿El dichoso compromiso con lady Laetitia Percy? —indagó Marybeth con una ceja levantada.

—Terminado. Jamás tuve intención de que fuese público —explicó Jacob con solemnidad—. El duque se tomó la libertad de dar la noticia sin consultarme. Aprovechó mi ausencia. Siento mucho haber tenido que viajar de improviso, no estaba aquí para aclarar el malentendido. Pero Clarence ya ha sido informado por mí, y con suficientes testigos, mi tío y mi cuñado, de que no cumpliré el arcaico trato que estableció con mi padre. Con todo respeto, milady, no es que no valore la palabra dada, es que nadie puede decidir por mí con quien uniré mi vida, es algo en lo que no estoy dispuesto a ceder.

—Es un alivio saberlo. ¿Y entonces qué sigue? —cuestionó Marybeth.

—Solicitaré una audiencia con el vizconde, pediré formalmente la mano de Annalise en matrimonio y espero, buen Dios, que no se niegue. Nosotros deseamos casarnos cuanto antes.

—No hay necesidad de correr, pero si es lo que han decidido no voy a oponerme. ¿Han pensado en una fecha? —inquirió la abuela.

—No hasta que el vizconde sea informado. Si nos da su aprobación, la fijaremos lo antes posible —confirmó el barón.

Marybeth terminó sonriendo. Jacob y Annalise se veían muy enamorados, y se notaba que ese afecto creció en los años que transcurrieron desde que la muchacha llegó a Londres, los que eran suficientes para forjar un lazo sólido.

Analizó con ojo de matrona experta al partido de su nieta. Tenía una educación excelente, tan formal, tan circunspecto y con ese brillo dorado en la mirada. La familia de procedencia no podía ser mejor. Todo un santo varón. El joven le agradaba y sentía una gran simpatía por él. Pero eso cambió, cuando el mayordomo apareció, la llamó aparte y la puso al tanto de lo ocurrido durante la visita a la galería.

Marybeth miró al mayordomo que asentía y después al caballero, lo hizo en dos ocasiones. ¿Cómo ese joven comedido y juicioso pudo hacer sangrar la nariz de John Thomas sin nada de clemencia? ¿Era un espejismo lo que tenía delante de sus ojos? ¿O debía esperar un poco más?

Alguien se introdujo sin ser anunciado y los tres se quedaron absortos como niños sorprendidos en plena travesura.

—¿Kilian? —soltó la madre preocupada por la reacción de quien profirió todo tipo de improperios contra Jacob Peasly, y enumeró el sinfín de torturas que le causaría cuando lo volviera a tener frente así.

—Lord Sadice —saludó Jacob con cortesía.

Annalise también dio la bienvenida a su tío.

—Lord Oso me ha puesto al corriente de ciertos acontecimientos —informó el recién llegado dejando en manos del mayordomo, que corrió en su auxilio, su sombrero y sus guantes. No así, su bastón, de ese no se despegaba casi nunca.

Marybeth levantó una plegaria, rogando para sus adentros que no lo usara como declaró para golpear al pretendiente de su sobrina.

—Lord Sadice, yo apenas me estoy recuperando del percance. Quería presentarme de modo más formal para pedir... la mano de mi adorada Annalise.

—Lamento que Clarence le haya tendido una trampa y que tuviese que batirse con seis de sus guardias para liberarse. De haberlo sabido, yo mismo habría acudido en su defensa. —Kilian,

apoyando el peso de su cuerpo en la mano que afincaba en el bastón, extendió la otra en dirección de Jacob.

El barón, sin esperarlo, lo imitó. Habría asegurado que iba a tener que esforzarse mucho para ganar la aprobación del tío de Annalise.

Las mujeres aún no salían de su asombro, por la reacción de Kilian y la información dada.

—Gracias, prometo que... —continuó Jacob.

—No haga promesas aún. Creo que todos debemos reponernos de este mal trago. Aguardemos a que los rumores de la cancelación de su compromiso con lady Laetitia dejen de ser interesantes para hacer oficial el nuevo compromiso. ¿No les parece lo más apropiado? —Los enamorados se miraron con discreción, tras el calor compartido en la biblioteca no estaban seguros de poder contenerse—. Doy permiso para que inicie un cortejo discreto, mientras tanto.

—Oh, tío. No te defraudaremos. —Se sentía aliviada por el voto de confianza.

—Oso, agradézcanle a Oso y su marquesa. Me tendieron una encerrona junto con Belle. Me hicieron darme cuenta de que incluso yo —dijo como si fuese el mejor ejemplo de la conducta apegada a la moral y las costumbres—, fallé cuando cortejé a mi esposa. También tuve la comprensión de mi cuñado, el conde de Allard. Así que, pondré mi voto de confianza en usted. El tiempo servirá para pactar las obligaciones y los beneficios del próximo matrimonio.

—No se arrepentirá —juró Jacob emocionado.

—Me reconforta saber que usted es un hombre de palabra, dijo que rompería el pacto establecido por su padre sin su autorización y lo hizo. Lamento que Clarence haya tomado medidas bruscas y totalmente inaceptables.

—Me sorprende escuchar que su excelencia recurrió a la violencia —expuso Marybeth, entendiendo por fin la forma en que el barón arribó.

—Me tranquiliza saber que —continuó el vizconde—, se encontró con mi sobrina en esta casa, a la sombra de la estricta supervisión de mi madre. Y que, bajo descuido alguno se quedaron a solas o se encontraron en sitios que solo comprometerían las reputaciones de los dos.

Kilian suspiró aliviado de saber que ese asunto ya no sería un dolor de cabeza para él, sino un motivo de regocijo. Mientras Marybeth miraba al cielo raso, cavilando en esas palabras y en si ella los había descuidado en algún punto de la tarde.

Los enamorados volvieron a cruzar sus miradas, agradeciendo al cielo que su abuela y su tío arribaron al salón en el justo momento que lo hicieron, y no antes, o el discurso del vizconde iba a ser completamente distinto.

Capítulo 18

Los rumores del rompimiento del compromiso entre lady Laetitia y lord Peasly comenzaban a disiparse. Se decía que ella había recibido una propuesta mejor y que por eso hizo a un lado al barón. Jacob no lo rebatió, no le importó si esa versión de lo ocurrido lo humillaba, para él la única y absoluta verdad era que estaba viviendo el cortejo más hermoso de la historia. Y que, aunque por el momento solo lo sabía la familia de ambos, ellos estaban tocando con la punta de los dedos la completa felicidad.

Annalise ya había comenzado a preparar su ajuar de bodas y él volvió a Oxford para ocuparse de sus estudios. Regresaría en abril para la gran regata y el corazón de Anna no podía de tanta dicha. No obstante, los cotilleos acerca de la tranquilidad que mostraban los Everstone, y las visitas reiteradas a la modista de la señorita, suscitaban cierta intriga; más porque lord Sadice rechazó cada propuesta de matrimonio respetable que llegó a sus oídos, dando a entender que su sobrina no estaba disponible.

Cada miembro de la aristocracia quería saber si había un pretendiente y sobre todo cuál era su identidad. Sin embargo, la familia era hermética por completo.

Mientras abril llegaba, ella contaba los días para verlo de nuevo. Aceptaba las invitaciones de la temporada solo por cortesía y para sentir que los días pasaban más de prisa. Pero el amor, en su más pura expresión, latía en su corazón, y embelesaba su alma de una dulzura que antes no conoció. Las cartas de Jacob eran cada vez más atrevidas, seduciéndola, acrecentando su añoranza.

Aquella mañana, su abuela le pidió que la acompañara a Primrose Palace, su primo Norfolk había vuelto a quedarse sin niñeras e institutriz y requería apoyo. Las doncellas no eran hábiles manejando a las niñas. Además, Marybeth iba a entrevistar a las mujeres que la agencia había mandado para ocupar esos puestos.

Norfolk lo dejaba en manos de su tía, consideraba que el trámite era engorroso y llevaba al límite su paciencia, al igual que todo lo relacionado con la crianza. Aunque amaba a sus hijas, nunca supo educarlas.

La antigua duquesa siempre se ocupó de los pormenores y él lo único que sabía era dar costosos regalos, paseos, o complacer los caprichos de las niñas, lo que lejos de fortalecer el carácter de cada una, hizo que fueran más difíciles de manejar.

Annalise y Marybeth, no tardaron en arribar. El mayordomo agradeció al cielo al verlas llegar, necesitaban que alguien pusiera orden al caos en que se convertía Primrose Palace cuando no había quien cuidase de las infantas.

No pudieron saludar a Norfolk, un asunto urgente lo tenía absorto.

Y mientras su abuela ocupó el antiguo salón de uso personal de la fallecida duquesa, para atender a las solicitantes, Annalise se quedó en uno de los salones con las criaturas. Eran cinco. Se armó de paciencia para seguirle el ritmo a todas, sin soltar a la más pequeña, la bebé que sostenía en brazos. Adoraba los niños, pero esperaba que Jacob y ella no tuviesen tantos como Norfolk o Kilian, era caótico.

Lo peor fue cuando las cuatro mayorcitas reclamaron su turno al mismo tiempo con una de las muñecas a la que llamaban Mildred. Annalise trató de explicarles que lo que sobraban

desperdigados sobre la alfombra eran juguetes, que no tenían que pelear por el mismo. Pero las chicas no le prestaron atención, y la bebé en sus brazos terminó por sentir la tensión del ambiente y ponerse también a llorar. Comenzó a mecerla sin lograr calmarla, mientras les insistía a las otras fierecillas para que dejaran de estirar a la muñeca por las cuatro extremidades.

—¿Me dijeron que había cinco niñas que necesitaban un poco de orden? —Una voz sacó a Annalise de la tarea que la mantenía concentrada.

—¿Lady Laetitia Percy? —preguntó sorprendida Annalise al verla. No negó sentir cierta incomodidad ante su presencia, era la mujer que estuvo a punto de convertirse en la esposa de Jacob.

—Señorita Everstone —saludó con cortesía—. Parece que se le dificulta mantener a la guardería bajo control.

Las damitas seguían disputándose a Mildred, a punto de romperla en pedazos.

—Oh, sí —aceptó con una sonrisa nerviosa, suplicando que alguien le tendiera una mano, pero ¿Laetitia Percy?—. Creo que no tengo muchas habilidades para saber cómo tratar a tantos pequeños al mismo tiempo.

—¿No proviene de una familia numerosa? —La escuchó conducirse con propiedad, no le desagradaba. ¿La seguiría tratando igual cuando supiese que estaba prometida a Jacob Peasly, o que era la razón por la que no la condujo al altar?

—No, no tuve hermanos. Tengo muchas sobrinas, pero las estoy conociendo apenas, es algo nuevo para mí.

—Mis padres tienen varios hijos. Los hermanos, a veces son fastidiosos, pero al mismo tiempo, te une a ellos un hilo invisible que nada puede romper. Déjeme ayudarlo. —Estiró los brazos para tomar a la bebé, mientras lanzaba órdenes certeras que hizo que las pequeñas obedecieran en el acto.

—¡Niñas, van a causarle la muerte a la indefensa Mildred y su alma volverá para asustarlas en la noche! ¿Desean eso? ¿El espíritu de una muñeca resentida? ¿Qué tal si le dan un respiro a la pobre o cosechará tal odio en su corazón que no las querrá nunca más? —agregó bajando la voz y las cuatro se quedaron quietas, entonces ninguna quiso a Mildred y buscaron ocuparse en algo más, ya sin causar tanto alboroto.

—Ya veo cuál es tu método —advirtió negando y sonrió. Lady Laetitia Peasly era ingeniosa. Se encogió de hombros y se limitó a agradecer. Suspiró de alivio por el bendito silencio—. Gracias.

—No sé si es el mejor modo de fomentar la disciplina, pero como hermana mayor siempre me ha funcionado.

Rieron juntas. Annalise se dio cuenta de que Laetitia no le desagradaba. ¿Qué pensaría cuando tuviese conocimiento de su compromiso? ¿La culparía?

—Creí que su familia había vuelto al campo, no le hemos visto en los demás eventos de la temporada.

—Oh, no. Mi padre tiene deberes con el Parlamento, y nosotras aguardaremos por él para regresar a Kent hasta que finalice la temporada. Pero mi madre no se ha sentido bien de salud, y no hemos querido dejarla sola. Por eso no aceptamos las últimas invitaciones.

Entonces el asunto urgente que atendía Norfolk era con el duque de Clarence, se preguntó de qué se trataba.

—Espero que se recupere pronto.

—¿Puedo pedirle un favor? —Su rostro pasó de la alegría a la congoja—. De no estar

desesperada, créame que no lo haría. Llevo semanas sin ver a otra criatura que no sean mis padres y mis hermanas. No he visto la calle salvo para venir a Primrose Palace, su excelencia quería interrogarme. Desconozco los motivos de esa particularidad, pero las preguntas fueron bastante insulsas y fáciles de responder. Es mi única oportunidad, ¿podría entregar un mensaje por mí?

—¿Yo? —De pronto, Annalise entendió por el tono y secretismo que manejaba que se trataba de algún asunto clandestino. No deseaba verse involucrada.

—He dejado el camino libre para que se case con... Peasly, no es mucho lo que le voy a pedir...

Annalise notó que el calor le subió a la cara, la vergüenza que sintió la hizo sonrojarse. Ella no la conocía, Jacob tampoco prometió absolutamente nada a Laetitia, ¿por qué hablaba del tema sin tapujos? A veces, en situaciones como aquellas, agradecía la etiqueta y los protocolos.

—Milady, yo... —Se preguntó cómo se enteró del compromiso—. ¿Quién le dijo? ¿Norfolk?

—Lord Peasly —admitió sin darle importancia—. ¿Puede entregar esta nota a John Thomas, el hijo de los condes de Leeds? No viene firmada, tampoco dice a quién se dirige, así no nos involucra a ninguno de los dos.

Si Annalise ya se sentía exaltada por encontrarla allí y por la petición, al saber que iba destinada a un caballero, se sobresaltó aún más. Y, justo, a ese caballero. Recordó cómo terminó su nariz en la fiesta del té. ¿Esto tendría algo que ver? Negó para sus adentros. Jacob tuvo un arranque de celos por ella, no por lady Laetitia. Por el Altísimo, la sensación que la recorrió no le gustaba. No estiró la mano para aceptar la misiva, pero cuando ella se la depositó en la palma terminó por tomarla.

—¡Laetitia! —La voz áspera del duque de Clarence las interrumpió, incluso las niñas brincaron del susto y la bebé volvió a llorar. Annalise cargó a la pequeña, era evidente que su excelencia no estaba a gusto—. Llevo rato buscándote. Hora de irnos, no es una visita social.

Annalise se quedó petrificada, más porque el duque ni siquiera tuvo la cortesía de saludarla; al contrario, la miró como si fuese un fastidio para él. Recordó el sobre que tenía en la mano y lo ocultó entre los volantes del ropaje de la bebé.

—Ahora me marchó —añadió Laetitia—, solo quise conocer a las niñas, mientras mi padre conversaba con su excelencia el duque de Norfolk. Parece que han terminado. Fue un gusto saludarla.

—Igualmente. Yo...

No pudo continuar, Clarence tomó con violencia a su hija para arrastrarla hacia la salida.

—Serás patética, ella es quien... —No terminó la frase, alguien más se les unió y soltó a su hija de inmediato. Era el duque de Norfolk.

—Clarence, le presento a la señorita Everstone, la hija de mi difunto primo Trevor —emitió Desmond notando la aspereza de su amigo con Annalise, para obligarlo a ser cortés—. Es una buena joven y no tiene culpa de lo ocurrido. Se casará con lord Peasly. Lamento que no haya conseguido al yerno que deseaba, no se desquite con la señorita o me verá obligado a retirarle la ayuda que le he ofrecido.

Si quedar en la misma estancia con Laetitia ya era incómodo por sí solo para Annalise, aquel intercambio de palabras hizo que el encuentro fuera desastroso.

Forzado por la presión de Norfolk, Clarence cedió.

—Señorita Everstone, lamento si mi expresión fue desafortunada. Ciertos eventos han colmado mi paciencia, no estoy a la altura del hombre que solía ser. Vámonos, Laetitia —apuró a

su hija.

La aludida tocó a Annalise por el antebrazo, y le dijo antes de salir:

—No se agobie. En realidad, me salvó de un destino que no quería.

Clarence negó y escoltó a Laetitia a la salida.

Desmond no tardó en ser invadido por su coro de hijas, quienes se disputaban su atención, incluso la bebé estiró los brazos en su dirección.

—Papá, tiene ahora asuntos urgentes de los que ocuparse. —Dejó un beso en el aire para ellas —. Señorita Everstone... —Saludó con una inclinación de cabeza, en su habitual tono formal, y también se retiró.

Annalise tomó asiento al fin y sacó la carta. Sintió deseos de leerla, si iba a ser cómplice debía al menos saber en lo que se estaba metiendo. Contempló el sello lacrado, con la silueta de una simple florecilla de campo, y no se atrevió a romperlo.

Capítulo 19

Londres, 3 de abril de 1868

Era un día antes de la gran regata y Annalise estaba desesperada por ver a Jacob. Era increíble que estuviera en la ciudad y que aún no se hubiesen encontrado. Él le escribió para asegurarle que se reunirían tras la carrera de botes. El corazón le latía acelerado, no solo porque volverían a estar juntos, sino porque ambas familias convinieron que la primavera era el momento perfecto para hacer público el compromiso y fijar la fecha de la boda.

La doncella llegó con una carta y una enorme cesta con algo dentro que se movía. Annalise lo miró curiosa hasta que notó una pequeña bola blanca y rojiza de pelos. Descubrió una carita muy tierna, con unos ojos grandes, redondos y negros, era un cachorro de Cavalier King Charles Spaniel, lo reconoció al instante. Lo tomó en brazos con ternura y se dispuso a leer.

Hermosa prometida:

Te presento a Lila. Te envío una compañera para que mi ausencia hasta el verano no sea desoladora, son animales muy leales, y he averiguado que esta raza en particular es bastante silenciosa. Lo que es de agradecer, queremos los mimos pero no los ladridos. Espero que llene tus días de cariño y viceversa. Hice llegar el hermano a mi prima Grace, quien también necesita un amigo incondicional. Deseo que ambos encuentren un amoroso hogar. Comprobé de cerca lo reconfortante que son estos animalitos para el ser humano, por eso no dudé en traerlos conmigo.

He entrenado como nunca. Te juro que esta regata la ganaré para ti, para honrarte y adorarte de la única forma que sé, demostrándote que cada logro y cada esfuerzo van dirigidos a hacerte sonreír. Dejaré mi alma en ello. Y será muy especial, por primera vez tengo un lugar en los Dark Blues que es el mismo que ocupó Oso durante el tiempo que fue remero en Oxford, el de *stroke* o golpe. Sé que no solo Oso estará en primera línea para animar a nuestro equipo, también sus amigos y antiguos remeros: el gran duque de Weimar, y mi otro cuñado, el conde de Pembroke.

Mi bella princesa de nieve, discúlpame con el conde de Allard por no asistir a su baile de esta noche, pero nuestro entrenador se siente presionado. Tantos años de Oxford invicto y la amenaza de que el equipo de Cambridge trae por primera vez a un magnífico jugador del extranjero lo preocupan y nos exige más.

Sin embargo, yo no dudo. No importa quienes sean los contrincantes, la victoria será tuya, amor mío.

Nos veremos en la regata y después para nuestra boda en julio.

Con devoción, Jake

Adoraba que la llamara «amor mío», «princesa de nieve» o «prometida», desde que sus familias sellaron el pacto, él no se cansaba de repetirlo con inmenso orgullo. Jacob era muy cariñoso. Abrazó a la dulce cachorra y le buscó el sitio más cálido de su habitación, mientras hablaba con la doncella para que le trajera un plato de leche tibia. Esta última dejó sobre la cama el vestido color crema con detalles dorados, que Annalise luciría esa noche.

La joven suspiró tras lanzar una mirada amorosa a la pequeña Lila. Jacob pensaba en todo. Agradeció que solo restara un día para abrazarlo. Abrió una caja de terciopelo que tenía sobre el

tocador donde guardaba todas sus cartas, y al introducirla, sus dedos rozaron un sello lacrado que aún seguía intacto...

Fue una pésima mensajera, y no se sentía bien al respecto. Primero, porque Laetitia fue amable con ella. Segundo, porque era una realidad que no se casaría con el prometido de toda su vida, ¿no debía contribuir en algo a su felicidad, a que encontrara un nuevo destino? ¿O por qué otro motivo la joven hija del duque le escribiría con total clandestinidad a John Thomas?

Fue imposible dirigirse a su residencia y llamar a la puerta para darle el papel, no podía hacerlo sin verse comprometida o sin que su familia la interrogara al respecto. ¿Y qué iba a decir? Era bastante evidente que Laetitia quería guardar el secreto, porque pudo mandar el mensaje con uno de sus sirvientes. Como sea, en los siguientes eventos de la temporada a los que asistió, siempre llevó la carta en su ridículo por si coincidía con el señor Thomas, lo que nunca ocurrió. Quizás el antes mencionado prefería no alternar con ella en evento alguno, tras la forma poco civilizada en que lo trató Jacob. Pero a la fiesta de los Allard no faltaba lo más distinguido de la sociedad, había posibilidades de que lo encontrara allí.

El conde de Allard era hermano de su tía Isabelle. Y con su esposa compartió en numerosas ocasiones, era una de las mejores amigas de Rose, y de la duquesa de Weimar, la prima de Belle. Los condes eran uno de los matrimonios más consolidados de la aristocracia, con dos hijos e intenciones de que la familia siguiera creciendo.

De igual modo, era posible que lady Laetitia y sus padres, asistieran. Aunque seguía sin verlos en cenas, bailes o *soirées*, era muy probable que la salud de la duquesa se hubiese restablecido. Nadie que apreciara las maravillosas conexiones que podían obtenerse en los eventos más destacados, faltaría a una recepción en la magnífica Allard House en Berkeley.

Si lograba ver a lady Laetitia, toda la ansiedad que le generaba esa carta y el destino que la joven quería para la misiva dejarían de ser un tormento, iba a entregársela y a pedirle que no la involucrara en sus asuntos. No olvidaba la aspereza del duque de Clarence. Si su hija se veía envuelta en un escándalo, no quería verse implicada también.

Tras arribar y saludar a los anfitriones, se retiró a un área donde estaban sentadas Angelina, Rose, Daisy y Belle. En su regazo acomodó a Lila, se negó a dejarla en casa. Las damas se deshacían en cumplidos y mimos para la cachorra. Las demás debutantes la miraban con envidia sana por codearse con ese grupo notable, lo más selecto de la alta sociedad: jóvenes, atractivas, poderosas y plenas, por poseer los corazones de los hombres más codiciados de la aristocracia.

—Oh, ahí ha llegado mi querida prima —comentó Rose. Las demás miraron con el disimulo adquirido con los años en esa dirección, la joven mujer no lucía feliz, a todas se les sobrecogió el corazón al verla avanzar de la mano de su esposo. Era un noble con gran posición y fortuna, de excelente reputación, pero le triplicaba la edad. Rose tragó en seco y se llevó la mano al corazón, muchas veces le dijo que rechazara la propuesta de matrimonio. Pero, por supuesto que Ferdinand Peasly se las arregló para convencerla—. ¿Me disculpan si voy un momento a saludarla? No me he ocupado de ella, últimamente, y es raro que asista a los eventos de la temporada —se lamentó recordando que Jacob le había contado sobre los problemas de la pobre Grace.

—No sabía que tu prima era tan joven —dijo Belle con recato, pero lo que en verdad quería decir era que desconocía que el esposo de aquella era tan viejo.

—Me alegra mucho que esté aquí —continuó Rose. Ella misma le había sugerido a Elizabeth, la condesa de Allard, que la incluyera en la lista. Quería verla más en los eventos de sociedad, para que abandonara su encierro.

—¿Por qué mejor no la invitas a tomar asiento junto a nosotras? —ofreció Angelina—. Casi no recuerdo la última vez que hablamos con lady Worcester. Aprovechemos la ocasión para que la presentemos a Belle y Annalise.

—Me parece una excelente idea.

Y mientras conocía a Grace, lady Worcester, Annalise vio a John Thomas llegar con su familia. La carta estaba en su ridículo. ¿Qué debía hacer? Trató de aplacar sus nervios e idear una excusa para acercarse a John, pero no fue necesario, la música inició y las damas se dirigieron a la pista conducidas por sus esposos. El amor estaba en el aire, las únicas que quedaron sentadas fueron ella y la recién conocida Grace.

Ni siquiera tuvo que esforzarse demasiado, Thomas ya estaba frente a ella, saludó cortésmente a lady Worcester y se le quedó mirando a Annalise.

—¿Me concede esta pieza si no la tiene dedicada a nadie más en su carné?

—Oh —expresó Anna sobresaltada. Lo último que deseaba era que llegase a los oídos de Jacob, pero tampoco iba a aprobar su conducta, los celos no tendrían cabida en su relación. Además, solo bailarían una pieza, la excusa perfecta para deshacerse de la carta comprometedora... Sin embargo, decidió que podía bailar con otro caballero. John Thomas y Jacob habían terminado mal—. No quiero dejar a lady Worcester sola —se escudó. Su instinto la previno, lo correcto era evitarlo.

—No se preocupe por mí —dijo la aludida—. Estaré bien. Hace tanto que no salía que solo oír la música y ver a los danzantes es entretenido. Además, ahí está mi padre. Tengo un asunto urgente que conversar con él —agregó y tras una cortesía se dirigió hacia donde estaba Ferdinand, cerca de ellos.

—Parece que... nos hemos quedado a solas —continuó ella tras la mirada interrogante de él—. Lo que es perfecto para entregarle una misiva que hace algún tiempo llevo guardada. Me la dio una dama para usted.

—¿En serio? —preguntó con gesto de sorpresa. Él dejó de estar de pie y se acomodó en uno de los asientos que previamente ocupaban las damas que conversaron con Annalise—. No me lo esperaba. Hable. Espero que lo que ofrece sea más interesante que bailar con usted.

—No viene firmada, ni dirigida a alguien en particular. Ella me confesó que para la protección de ambos.

—No imagino de quién, ni por qué es el nexo. Dígamelo de una vez.

—Señor Thomas, no suelo prestarme para estos juegos. Ni siquiera sé cómo terminé envuelta en este... —No logró definirlo—. No quiero verme involucrada en algo que afecte la reputación de usted o de la dama, pero supongo que si ella me lo pidió con tanta insistencia debe ser porque tiene razones suficientes. En fin, aquí está... la carta. Es de lady Laetitia Percy —susurró eso último, y con discreción sacó el sobre aún sellado de su ridículo y se lo extendió con lentitud—. Tómelo de una vez y vaya a leerlo a otro sitio, no quiero verme implicada.

Thomasladeó la cabeza, y clavó fugazmente las pupilas en la carta. Después volvió los ojos hacia Annalise y negó.

—Desconozco por qué esa dama me dirige unas letras, yo prefiero no recibirla. Tampoco quiero verme involucrado con algo que pueda despertar la furia del duque de Clarence. Somos vecinos en Kent, nada más.

—¿No la acepta? —preguntó perdida—. ¿Qué haré con la carta? —Ni siquiera era amiga de Laetitia ni tenía un pretexto para visitarla. Su padre fue muy evidente, Annalise no le agradaba.

—Por favor, devuélvala a su destinataria. Creo que es una confusión. ¿Por qué esa joven

dama me escribiría a mí? —Hizo un gesto de incredulidad.

—Como desee —exhaló incómoda.

—Ella debería dirigir su carta a lord Peasly, su enamorado —añadió con malicia—. Dicen las malas lenguas que los vieron en una conducta muy inapropiada en una posada en las afueras de Londres alguna vez. Ninguno llegó a dormir. No repita mis palabras, se lo ruego. Detestaría tener un desencuentro con el duque de Clarence y es un secreto que la familia tiene muy bien guardado. Odiaría que el honor de los Clarence se vea perjudicado por mi indiscreción.

—Entonces no hable de los demás, más cuando no le atañe —lo regañó, desconfiando de la veracidad de sus acusaciones, aunque la duda sembrada sí comenzó a escalar.

Una mano sobre el pecho evidenció su resquemor, así que Thomas dio otra estocada.

—Pero parece que el lord no satisfizo las aspiraciones de lady Laetitia porque la dama prefirió buscar un mejor partido. Tal vez por eso, con el corazón roto, Peasly ha decidido convertirla a usted en su esposa. No debería aceptar migajas, cuando tiene todo para ganar el corazón de un caballero que la ponga en primer lugar.

—Y usted no debería hablar en esos términos delante de una señorita, y menos referirse con tanta ligereza a la reputación de... —No pudo terminar, sintió un dolor agudo en su interior al escuchar las palabras acusatorias de su interlocutor, más al recordar que Jacob para la fecha referida estuvo ausente.

—Tiene usted razón, solo quise advertirle —dijo simulando arrepentimiento y constricción—. No me parece justo el trato que le da el barón, pero no debo ensuciar mi boca con tales comentarios. Espero que usted se dé cuenta de que él no la merece y explore en otra dirección.

—¿Se refiere a la suya?

—¿Por qué no?

—Estoy comprometida y muy pronto será oficial.

—¿Seguirá creyendo en él?

—No es de su incumbencia —agregó turbada.

—Y ahora sí, ¿bailamos? Es muy joven para quedar arrinconada. Peasly no vino a la recepción, tal vez tiene asuntos más importantes de los que ocuparse. Oh, qué coincidencia, lady Laetitia tampoco está aquí.

—Lila me necesita, no tengo intención de dirigirme a la pista.

—Cualquiera puede cuidar de su mascota —sugirió estirando la mano para acariciarla.

Annalise alzó a la perrita de su regazo para que John no pudiese tocarla, lo quería lejos de las dos.

—¿Seguro que desea bailar? —lo retó y luego negó—. Usted es muy atrevido. No quisiera que...

—¿Lord Peasly vuelva a destrozarme la cara? —rechistó obstinado—. Mi rostro es más duro de lo que imagina. Examínelo usted de cerca —propuso aproximándosele más de modo indecente. Ella retrocedió hasta que el borde del asiento no le permitió alejarse más—. No quedé tan mal, sigo siendo bien parecido. Gracias a Dios —bromeó con cierta desvergüenza, dejando entrever una sonrisa descarada.

Annalise lo miró y ladeó la cabeza, John Thomas era un pendenciero, percibió que aún no perdonaba a Jacob y que no tardaría en ir por la revancha. Nada de lo que dijera, aunque la hiciera dudar, debía ser cierto.

—En realidad, no deseo bailar, señor. Tampoco continuar esta conversación.

—¿No desea bailar o no quiere hacerlo conmigo?

—Mi prometido, Jacob Peasly, competirá en la carrera de botes a partir de las once de la mañana del siguiente día, por eso no ha asistido. Pero no le daré explicaciones. Es evidente que el barón no le agrada. Por favor, retírese. Ya no deseo seguir conversando con usted.

—No sé qué le ve a ese lord Peasly. Tal vez usted lo frecuenta recientemente, pero yo lo conozco bien. En Eton fue un mojigato que no rompía ni un plato, y en Oxford... Bueno, en Oxford le persigue la fama de...

—No toleraré que lo insulte en mi presencia.

—No lo hago, aunque si lo hiciese no podría reclamarme, no después de cómo me golpeó con brutalidad. ¿Sabe? No le temo, solo no quise dar un escándalo en la casa de su abuela. Prefiero arreglar mis asuntos en un terreno más apropiado.

—No me gusta hacia dónde se dirige la conversación, creo que la doy por terminada.

—Preciosa, es encantador ver cómo rehúyes y tiembles... —Deslizó su mano por detrás del sillón para acariciarle la oreja de modo muy impúdico. Ella se sobresaltó y se alejó de su toque con discreción. Odió su contacto, pero no podía salir corriendo, empujarlo o castigar su osadía como lo merecía, porque todos se darían cuenta, y sin importar que ella fuese la agraviada, la juzgarían de inmoral. Rogó al cielo para que nadie atestiguara tal atrevimiento o sería su ruina, creerían que ella lo había provocado.

—Usted es despreciable —susurró lanzándole una mirada furiosa, lo habría estrangulado de no terminar más comprometida.

Odió la sensación de sus dedos enguantados recorriéndola lentamente.

—No entiendo cómo puedes preferir a Peasly, un hombre tan frío. ¿Prometido de lady Laetitia Peasly? ¿Por qué será que la dama me ha enviado una carta a mí y no al caballero con quien iba a casarse? Quizá, el barón, no desempeñó su mejor papel en la posada y por eso la dama ha salido huyendo. Peasly es como un monje, eso murmuran de él en Oxford. Un monje o... Ya sabe. Un sujeto con gustos peculiares, unos que una mujer no puede satisfacer. ¿Qué varón joven, lleno de vitalidad, rechazaría la vida nocturna y el placer que se logra encontrar en un burdel?

Nunca nadie le había hablado con tanta crudeza. La forma de expresarse de Thomas y el tono que usaba la llenaron de repulsión. Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—Jacob no es nada de eso que usted sugiere —murmuró tragándose el enfado para no escupírselo en la cara.

—¿Puede probarlo? ¿Usted ya no es pura? ¿Él ha respondido como hombre?

—Malnacido, ojalá lo parta un rayo al salir de aquí —musitó bajo, tratando de mantener el rostro relajado para no quedar en evidencia.

Annalise abrazó a Lila y se puso de pie llena de ofuscación, él no la dejaría en paz, así que se dignó a abandonar el sofá que ocupó antes con sus amigas. Intentó alejarse a toda prisa, necesitaba encerrarse en algún sitio a solas para gritar su frustración. Thomas percibió su impotencia y sonrió con sarcasmo ante su indignación. Pero ella no pudo dar más de dos pasos...

—Señorita Everstone. —Ferdinand Peasly la detuvo, Grace seguía a su lado—. Se le ha caído algo...

Annalise volvió la vista al escuchar al tío de su prometido, pensó por un momento que había olvidado su ridículo, entonces lo sintió en su mano, junto a Lila. Cuando volvió la vista observó lo que señalaba el señor. La carta reposaba en el suelo, a los pies de John Thomas, quien se quedó con una perversa calma contemplando la situación. Aquel ni siquiera se molestó en levantar el sobre del suelo, ni en ponerse de pie.

Ferdinand se acercó, se inclinó y tomó la misiva sin remitente ni destinatario entre sus manos.

—No es mío —negó Annalise de inmediato. Ni siquiera conocía el contenido de las letras ni qué tan comprometedor podría ser.

—Por el Creador —soltó Ferdinand con una gran indignación en el rostro—. Ya me ha hecho nombrar al Señor en vano. Es usted la prometida de mi sobrino, según me informaron, y pronto será de dominio público. ¿Por qué comparte correspondencia con otro varón? ¿Cómo justifica este vil hecho donde la he atrapado *in fraganti*?

—Yo... No... —Annalise trató de defenderse.

—Padre, no saque conclusiones apresuradas —intervino Grace—. Tal vez esa carta estaba ahí, ella ha dicho que no le pertenece.

—No la defiendas, viste al igual que yo que cayó de su regazo —porfió Ferdinand.

—En todo caso podría ser de cualquiera de las que estuvieron sentadas ahí, incluso yo —continuó Grace apiadándose del rostro de la muchacha. También le preocupaba que el canalla de John Thomas estuviese seduciendo a la señorita Everstone, más después de escuchar de boca de su padre sobre el nexo que la unía con su primo más querido. Pero igual conocía la severidad con que su progenitor solía juzgar, y si todo era un malentendido, sería la ruina de la cándida muchacha que lucía destrozada.

—Ofendes a las respetables damas que ocuparon esos asientos. Lo dudo, todas poseen reputaciones intachables.

John Thomas seguía contemplando la escena sin inmutarse con total desparpajo sobre el mullido asiento. Ni siquiera se puso de pie cuando Grace se acercó o Annalise abandonó el sofá. Una falta total de cortesía.

—¿Y yo? También estuve ahí —continuó Grace—. ¿Por qué culpar a la señorita Everstone?

—Bah. De ti es de la última persona que sospecharía, mi pequeña Grace. Solo quieres defenderla.

—La carta es mía —intervino por fin John Thomas desde su asiento—. Ya no siga amedrentando a la señorita, no tiene nada que ver —agregó lanzándole un guiño con total alevosía a Annalise que solo la comprometió todavía más—. Entréguemela.

—Ni muerto, primero examinaré su contenido —blandió Ferdinand. Hasta ese momento se había mordido la lengua cada vez que su sobrino le refirió su felicidad por estar próximo a desposar a la joven Everstone, mientras perdía la extraordinaria oportunidad de emparentar con el duque de Clarence.

Annalise sentía que el techo iluminado con los fastuosos candelabros se hacía uno con los pisos de reluciente mármol. Si la confusión seguía adelante, su alma iba a acabar despedazada. Agradeció por la música muy alta y los invitados ocupados en bailar, charlar o beber, porque ningún curioso se interesó en lo que parecía una conversación trivial. Aún nadie había perdido los estribos.

Pero ella estaba deshecha. Ni siquiera podía defenderse o hacer más alboroto para refutar la desfachatez del canalla, terminaría por llamar la atención de los demás asistentes que permanecían ajenos al debate que tenían John, Ferdinand, Grace y ella.

La música ensordecedora seguía siendo la mayor bendición. «¡Por favor, Señor, que la orquesta no se detenga», suplicó Annalise para sus adentros. El ruido era un aliciente, contribuyó a que los presentes no notaran lo que estaba a punto de convertirse en un escándalo, su ruina y la de su familia. Tal vez los suyos podrían salvarse, ella iba a ser condenada al ostracismo social. Jacob se iba a sentir decepcionado, no iba a perdonarla jamás.

Una mano arrebató la carta de la palma de Ferdinand que se negaba a entregársela a John Thomas. Los cuatro se quedaron estupefactos al contemplar a lord Peasly con el rostro decepcionado. Lucía magnánimo en su frac negro y su camisa blanca tan reluciente.

—¿Jacob? —se le escapó a Annalise quien sentía los latidos del corazón en la garganta, como si se le fuese a salir por la boca.

—Querido sobrino, la carta es tuya. Lamento ser quien te dé las malas noticias. Sé de tus sentimientos y lo consagrado que estás a una joven que no te merece —aprovechó Ferdinand para hacer más profunda la llaga.

—Padre, está sacando conclusiones apresuradas. —Grace sintió pena por la muchacha, también por su primo que se veía descorazonado. Rogó porque todo fuese una confusión. La fama de John Thomas le precedía, ¿habría caído la señorita Everstone en sus trucos?

—Thomas afuera, ahora —exigió Jacob con los dientes apretados para no gritar—. Salga con discreción, escoria putrefacta. Este asunto es entre usted y yo. No pretendo arruinar la fiesta de los condes ni dar un escándalo.

—Lo esperaré en la terraza con gusto, milord —aceptó el reto sin borrar la risa cínica de su cara.

—Oh, Jake, no... —susurró Annalise perdida.

Sintió que la desesperación iba a romperla en dos pedazos. Vio tanto desprecio en los ojos de su amado que no pudo soportarlo.

Capítulo 20

Jacob ya estaba en la terraza, mirando con fiereza a los ojos de John Thomas. En su mano permanecía la carta que sus dedos apretaron hasta arrugar el papel y quebrar el sello. Pero negándose a leerla en ese momento en que su mente, carne y espíritu solo querían venganza; guardó la funesta misiva en el bolsillo interno de su chaqueta.

—Clarence me ha reclamado porque usted le ha asegurado que me vio en una posada, donde su hija... se comportó de modo reprochable —atacó Thomas con los dientes apretados—. No debió entrometerse, milord. ¿O es que acaso velaba por la virtud de su prometida, Laetitia? —aguijoneó.

—Canalla, su comportamiento no me sorprende —masculló apretando los puños.

—Me alegra poder responderle en condiciones. —Se envalentonó—. Tiene cuentas que saldar con un servidor.

Ferdinand no tardó en aparecer. No salió de inmediato para cuidar la reputación de su sobrino. Detestaba que los Peasly se vieran involucrados en escándalos, más cuando siempre fueron muy cuidadosos en mantener lejos de la mirada pública sus tropiezos.

—¡Te ordené que te alejaras de mi futura esposa! —espetó con dureza Jacob, apretando los puños e ignorando los esfuerzos de su tío por aplacar su ira.

—Lo intenté, pero cómo puedo resistirme a la sedosidad de su lechosa y tersa piel si es ella quien no cesa de buscarme desde que nos conocimos —lo retó Thomas.

—¿Ves, sobrino, has apostado todas tus cartas a una señorita que no te toma con la misma seriedad que tú a ella? ¿Flirteando con este libertino? ¿Y todavía así la convertirás en tu esposa? Jamás debiste alejarte de lady Laetitia Percy.

Thomas lanzó una risa burlona al escuchar a Ferdinand y continuó:

—Una mujer como la Everstone está hecha para ser disfrutada, se desperdicia junto a usted, lord mojigato Peasly. —Se atrevió a insultarlo—. Uno que no le hace sentir que tiene un hombre a su lado. Ella me ruega y eso me enloquece. Me gusta, parece una gatita en celo tras el filo de mi espada —agregó haciendo alusión a su virilidad.

—¡Vas a conocer el infierno en la tierra, maldito, y vas a rogar por mi clemencia! —gruñó Jacob lanzándose contra Thomas, al que sujetó de las solapas con brusquedad.

—Jacob, no caigas en las provocaciones de ese calavera —intervino el tío—. Es mejor ignorarlo. Ni siquiera deberías estar aquí. Hoy tenías que dormir temprano, mañana es la carrera —le llamó la atención con un tono enérgico para intentar separarlos.

Jacob le dio un fuerte empujón a su adversario y aquel trató de mantener el equilibrio para no derrapar sobre el suelo.

—Salga de aquí, tío —lo instó.

—Debes descansar y no enredarte en una pelea con este... —Ferdinand no terminó la frase, pero miró a Thomas con desprecio—. Mañana es la regata.

Él lo sabía, sin embargo, no pudo aguantar una noche más sin ver a Annalise, quiso sorprenderla, llevarla a escondidas a un rincón y besar sus dulces labios. Llegó ilusionado, pero se prometió que sería solo un rato, se iba a retirar pronto, para descansar todo lo necesario. Ahora ya nada le importaba, el papel que apretó antes con furia lo estaba devastando por dentro. Ni

siquiera podía abrirlo y leer su contenido, eso iba a destruirlo para siempre. La conoció tan joven, con tan solo diecinueve años, y se fue enamorando lentamente. Él fue educado por un padre estricto que le inculcó la castidad como un valor importante, pero al llegar a Oxford todo eso pudo cambiar, sus amigos lo exhortaban una y otra vez para experimentar con hembras de la vida galante.

Soportó las bromas sobre su decoro con estoicismo, no le importaban las burlas a su costa, no le debilitaban el espíritu, no lo hacían sentirse menos hombre. Él no tenía la misma curiosidad que los otros por esas féminas y lo que ofrecían. Su piel, su carne, solo se estremecían al pensar en una mujer, la única que deseaba bajo el peso de su cuerpo, la que lo encendía al aparecerse en su sueño nocturno para robarle la cordura, para dejarlo en llamas y tener que saciar sus ganas de la única forma que podía, calmando su necesidad con sus manos. Una espera que terminaría cuando finalmente lograra seducirla, conquistarla y convertirla en su esposa para siempre. No era un mojigato, solo un hombre enamorado.

La decepción fue una daga envenenada que se clavó en su corazón, justo esa noche. Fue duro llegar a la fiesta, lleno de ilusión y comenzar a buscarla entre los invitados. Duro porque no imaginó lo que venía y le sorprendió por completo. Primero la vio conversando con Grace y sonrió, le alegró que se hubiesen conocido. Pero pronto descubrió a Thomas, y en vez de acercarse de prisa, se quedó observándolos. Vio los gestos de ella, incluso cuando el canalla le ofreció la carta, también presencié los dedos de él perderse en el cabello de su amada. «¿Por qué?», se preguntó. «¿Por qué? ¿Por qué?». Sí, la carta era de Annalise, Thomas se la obsequió y ella no tuvo el pudor de rechazarla. Lo vio extenderse con sutileza y a su prometida aceptarla. ¡Iba a matar a John Thomas, pero a Anna no podría perdonarla jamás!

Se quitó la chaqueta y la dejó en las manos de su tío, quien por más consejos que dio no fue escuchado. Las advertencias de Ferdinand comenzaron a oírse a lo lejos, como un zumbido, Jake lo veía todo turbio.

Lanzó el primer golpe, uno violento en dirección al rostro de su contrincante, el que John esquivó con rapidez, logrando que la fuerza de Jacob le jugara en contra y le hiciera perder el equilibrio. Su padre se equivocó en muchas cosas, en enseñarle reglas que el difunto rompía en la oscuridad. Una hipocresía total que marcó a Jacob en lo profundo cuando descubrió los secretos de su familia.

Al menos, el viejo Peasly lo enseñó a defenderse muy bien. Arma de fuego, blanca y los puños, con cualquiera era letal. Leonard siempre le repitió que para ganar era importante conservar la cabeza fría, algo que Jake no tenía en ese momento. Se tambaleó y su enemigo aprovechó para contraatacar y asestarle un puñetazo en el estómago que le sacó el aire casi por completo. Jacob tosió mientras observaba el rostro de Thomas sonreír de modo burlón.

Sacudió su cabeza para concentrarse y entonces recibió un segundo puñetazo en la mandíbula que lo desestabilizó aún más. Otro sobrevino al anterior sin darle tiempo a defenderse, menos a preparar su ataque. Jacob se sintió mareado. De pronto, veía la noche girar, la luna alejarse y unas nubes intentar taparla por completo, era la sangre de una de sus cejas que había comenzado a emanar.

Su tío apareció durante un momento en su campo visual, tenía las manos en la cabeza, negando ante el desastre. Se veía que estaba a punto de intervenir, pero eso deshonoraría todavía más a su sobrino que quedaría no solo como cornudo, sino también derrotado y lleno de humillación.

Ferdinand no pudo más y arremetió para interponerse, pero Jacob negó. No lo quería ahí,

como si fuese un niño pequeño que necesitaba ser defendido por una legión de Peasly. Él no era un cobarde, solo que John lo había sorprendido en total estado de confusión, lo que no le permitió actuar con la agilidad necesaria.

Inspiró hondo y exhaló con fuerza, lo hizo repetidas veces y entonces pudo detener a tiempo el puño de su atacante antes de que se estrellara una vez más contra su cara. Lo apretó con sus férreos dedos hasta torcerle el brazo y hacerlo caer de rodillas por el dolor que le causaba.

—Es suficiente, es suficiente... —se quejó Thomas.

—¡Te exigí alejarte de mi futura esposa! —masculló Jacob lleno de ira.

—Me alejaré, pero ya basta, por favor —rogó casi inaudible el canalla.

Lo liberó de su implacable agarre y en cuanto Thomas logró ponerse de pie, Jacob lo golpeó con fiereza en el rostro, y lo hizo una y otra vez, alternando sus puños de hierro, hasta que una voz le ordenó parar.

—¡Déjalo, déjalo! ¡Suéltalo de una endemoniada vez! ¡Ya recibió su merecido! —rugió Oso y su voz fue un sonido atronador, de lo contrario, Jacob no lo hubiese escuchado en medio de la turbia agitación del momento.

La sangre de Thomas bañaba su rostro. Jacob también sangraba. Ferdinand corrió a revisar el corte de la ceja de su sobrino y sus otros golpes.

—Estás hecho un desastre, pero sobrevivirás. ¡Vete de aquí! ¡Por el amor de Dios! Vete antes de que todos los demás salgan y sea peor para ti, casi acabas con la vida de ese libertino —lo apremió Ferdinand.

—Oh, Jacob. —En medio del estupor, escuchó la voz de Annalise. La vio de pie con Lila cargada y al lado de su tío. Ambos también habían llegado, aunque no supo en qué preciso momento. A ella no le importó la fricción entre los dos, corrió a su lado y se le abrazó dejando a la perrita en medio.

—No, Anna, no —la negó y ella se tragó el dolor, pero la señorita continuó insistiendo. Le dolía ver el rostro de su prometido magullado y contemplar la furia que aún se reflejaba en sus ojos, donde la miel se había espesado, oscureciendo sus iris.

—Te juro que esa carta no es mía, soy fiel, soy completamente fiel, todo tiene una explicación. Escúchame, pero a solas —suplicó—. No quiero comprometer la reputación de alguien más.

—Aléjate de él, Annalise —le exigió Kilian muy serio y preocupado, pero ella no lo escuchó.

—No, no, Jacob, escúchame —continuó la joven con lágrimas en los ojos.

Jacob observó a su alrededor, mientras con una mano se limpiaba la sangre que le caía. Se apartó de Annalise con una mirada herida y se acercó a su tío para tomar su chaqueta la que se colocó encima de la camisa desarreglada. Observó que el duque de Weimar y el conde de Allard levantaban a Thomas para sacarlo de ahí antes de que alguien más lo viera y el escándalo cayera sobre todos los implicados.

—Lamento los disturbios en su casa, milord —dijo Ferdinand en dirección al anfitrión.

El interpelado levantó una mano para tranquilizarlos.

—Nosotros limpiaremos el desastre —aseguró Weimar.

—Lamento el caos, Allard, espero que no te traiga contratiempos —expuso Oso rascándose la nuca.

—Hablares después, saca al muchacho de aquí —le recomendó Allard para referirse a Jacob.

—¡Jake, te dije y una y mil veces que ella era como una hermana menor para mí, lo que es lo

mismo que sagrada! Te pedí, te exigí que no la lastimaras, y ¡mírala! —gritó Oso.

El barón volvió su rostro hacia la joven que había rechazado, estaba cubierta de llanto y el dolor se reflejaba de una manera desconcertante en su rostro.

Kilian se limitó a negar, si hablaba iba a perder los estribos, prefirió apretar sus puños y tragarse su indignación. Buscaría un momento más apropiado para saldar las cuentas, en ese lo imperioso era sacar a su sobrina de ahí, mantenerla a salvo del escándalo. Oso estaba siendo lo suficiente duro por los dos con Jacob, así que dejó la tarea de reprenderlo en sus manos, mientras tanto. Su amigo era bastante severo. Él intercedería más adelante, cuando pudiese escucharlos a ambos, a Annalise y su prometido —si era que podía continuar llamándole así—, confiaba en la inocencia de su sobrina, pero a él ya no lo quería ni remotamente cerca de ella.

—Vamos, pequeña. —El vizconde Sadice trató a Annalise como a la más digna y dulce de las criaturas, no le importaba de qué la acusaran, no iba a creerlo. Lo que indagó durante el tiempo que lograron conocerse fue suficiente para saber que el alma de su sobrina era noble, y que en ese disgusto había una terrible confusión o alguien se aprovechó de la inocencia de la muchacha.

—No hasta que converse con Jacob —insistió ella.

—No es el mejor momento, ¿acaso no lo ves? —El tío le habló con suavidad, como lo haría un padre amoroso—. Los invitados pueden salir de un instante a otro, no soportaré que se vea comprometida tu reputación. Vámonos ahora. Salgamos por el lateral directo a buscar el carruaje, después mandaré por mi esposa y mi madre.

—No, tío, no. ¡Jacob! ¡Escúchame, Jacob! —Sus lágrimas caían por su níveo rostro, donde la luna se reflejaba, y su blancura competía con la del astro luminoso.

—Annalise, quiero creerte, pero... Vi cómo te miraba, tú le extendiste esa carta... —confesó Jacob lo que observó cuando ella no lo veía.

—Sobrino, no la escuches. Duda de su voz cargada de fingida inocencia, solo busca engatusarte. —Ferdinand vio su oportunidad pasar y la tomó. No le importaba de quién era la carta—. Está perdida ya, corrompida. Su origen es incierto, por más que el vizconde trate de dignificarlo, pero aunque pudiésemos lidiar con eso, no así con su presente. Si cayó en los brazos de John Thomas déjala ir, puedes aspirar a un matrimonio mejor.

Kilian ya no pudo más, se enfiló con bastón en mano en dirección a Ferdinand para asestarle una paliza; pero Oso fue más rápido que él y calló al tío de Jacob con un golpe certero sobre el estirado rostro. El señor Peasly se tambaleó y se puso de pie como pudo.

—Aprenda la lección —lo amonestó Oso—. ¡No se atreva de nuevo a abrir la boca para juzgar el comportamiento de Annalise Everstone, así la vea pecando delante de sus ojos, maldito bufón! —Después se volvió a su hermano—. Te lo dije, Jake. Ferdinand es como una víbora ponzoñosa, no es de fiar. A pesar de mis advertencias de que tal vez no era confiable, seguiste escuchándolo. No te apoya, solo finge hacerlo para manejarte a su antojo y, gracias a Dios, hasta ahora no lo ha conseguido. No creas ni una palabra que salga de su boca para calumniar a nuestra querida Annalise, menos confíes en Thomas. Este último quiere sobajarte porque no te llega ni a los talones. Su familia está corta de fondos, anda tras la dote que Kilian y yo hemos fijado para nuestra protegida. Si Clarence desembolsase igual cantidad, hoy el malnacido de Thomas no sería un estorbo. Y tu tío, ¡tu maldito tío! Lo único que desea es que cumplas la promesa que en el pasado hizo tu padre. ¿Vas a permitir que hable en esos términos de Annalise?

—Solo digo la verdad —replicó Ferdinand reponiéndose del golpe, quien era visible que no asimiló la lección.

Kilian sin poderlo evitar más, le lanzó un bastonazo por el abdomen y lo hostigó:

—¡Aprenda a respetar una dama, hombre mezquino!

Jacob se volvió a Ferdinand con la sangre aún manando de su ceja y manchando su camisa.

—Tío, váyase de aquí de inmediato. Su presencia no es requerida y sus consejos tampoco. — Con eso pretendía cortar los lazos con él y con todo aquel que procurase dirigir su vida.

Oso le señaló la salida con gusto a Ferdinand. Y tras un ademán de fastidio, aquel accedió a alejarse por donde mismo había llegado, como un lobo viejo lamiendo sus heridas.

Jacob bajó la cabeza reflexionando en todo lo ocurrido. Desde que falleció Leonard Peasly, confió en la mano derecha de su extinto progenitor, su tío, quien se volvió su mentor, como hombre mayor de la familia Peasly. Pero ya no lo escucharía nunca más. De hecho, no quería oír a nadie. Se regiría solo por su propio juicio.

—Annalise, hablemos un momento —dijo Jacob en voz muy baja y extendió la mano para llamarla, pero en su rostro se podía leer el resentimiento.

—¡No! —intervino Sadice—. No es el mejor momento. Hablarán bajo mi supervisión cuando esté en sus cabales, milord. ¡Y solo si me convence de que la merece! —gritó muy enfadado.

—¡Anna, ven! —pidió Jake con la voz firme sin bajar la mano que tenía extendida, pero se escuchó como una orden.

—Jacob, Kilian tiene razón —terció Oso—. Estamos a un segundo de que la terraza se llene de curiosos. Annalise debe huir por el lateral directo a un carruaje para que nadie la relacione con este incidente. Y tú tienes que irte, mañana te espera una carrera muy dura, necesitas despejar la cabeza e intentar descansar.

Las puertas francesas a espaldas de todos, por donde minutos antes se perdiera Ferdinand, se abrieron de par en par, y Sadice, sin dar tiempo a que el escándalo alcanzara a su familia, tomó a su sobrina del brazo y con paso presuroso —a pesar de lo doloroso que resultaba para su rodilla — la alejó de allí.

Los vizcondes Westbridge, vecinos de los Allard en sus tierras en Yorkshire, asomaron sus narices con el pretexto de tomar el fresco de la noche. Miraron a lord Oso con curiosidad, Jacob alcanzó a darles la espalda y caminar para alejarse de ellos. ¿Qué explicación iba a ofrecer sobre su apariencia desarreglada y golpeada?

—Se siente muy bien aquí afuera, querida —comentó en voz elevada lord Westbridge, para que lo oyeran los dos caballeros que continuaban en la terraza.

—Está muy caluroso adentro. ¿Usted también ha salido a refrescarse, lord Bloodworth? —preguntó lady Westbridge tomada del brazo de su esposo apuntándolo con su nariz aguileña.

Oso levantó la ceja al escuchar el subterfugio usado por aquellos con tal de aparecerse para escudriñar. Probablemente, vieron a los implicados abandonar el salón muy apresurados. De haber llegado minutos antes, se habrían dado cuenta de que el ambiente afuera estaba más caldeado que en el interior.

—Con su permiso, voy adentro —indicó lord Oso ignorando por completo sus comentarios previos.

—¿Aquel no es lord Peasly? —se atrevió a preguntar la entrometida mujer, señalando a Jacob, que estaba junto a las escaleras, con la mano aferrada a la balaustrada, listo para descender y escapar de la presencia desagradable de los indiscretos.

Peasly, hecho una furia, bajó en busca de su caballo, sin detenerse para dar explicaciones. Si permitía que lo vieran más de cerca, su rostro golpeado suscitaría un revuelo esa noche.

—Mi adorada esposa aguarda por mí y detesto hacerla esperar —soltó Oso por toda respuesta, dejando a los vizcondes estupefactos por su falta de cortesía.

Capítulo 21

Jacob estaba en el fondo del Támesis, se ahogaba y se impulsó hacia la superficie con todas sus fuerzas, tratando de contener la respiración... Era un experto nadador, pero sentía que algo le jugaba en contra. Solo un pensamiento lo atormentaba más que sobrevivir, no haber podido arreglar el conflicto con Annalise y morir sin averiguar el contenido de la carta. De pronto, abrió los ojos y descubrió que ya había amanecido y que seguía acostado en su cama. «¡Maldita pesadilla!», pensó. Trató de desperezarse y entender por qué estaba empapado y muriéndose de frío, cuando vio la alta figura de lord Oso con un balde en la mano, el que acababa de vaciarle encima...

—¡Levántate de una vez, todos están listos! ¡No será mi hermano quien defraude a los Dark Blues! —ordenó el marqués enfundado en una capa negra y con el entrecejo fruncido.

—¡Maldición, Oso! —Comenzó a quitarse la camisa del día anterior, mojada y manchada de su propia sangre. Ni siquiera alcanzó a ponerse la ropa de dormir. En realidad, no supo cómo llegó a la cama—. ¿Qué haces aquí? —protestó.

Entonces, Jacob vio a su ayuda de cámara con cara de suplicio con la chaqueta azul oscura y demás prendas para la carrera en la mano. El hombre le había mandado una nota muy temprano a lord Oso para ponerlo al corriente de que su señor se acostó muy tarde, lleno de golpes por todas partes, y tras beber más de lo acostumbrado. El barón no solía emborracharse.

—Tú y yo hablaremos largo y tendido sobre Annalise más tarde, ahora tienes un deber que cumplir. Tus compañeros de equipo aguardan.

El joven odió sus palabras, pero no por el reclamo en sí, más bien por lo que le hacía sentir. Para él, su equipo era de suma importancia y aquella carrera de botes era muy esperada. Se preparó con ahínco e ilusión cada día hasta llegar a ese cuatro de abril.

—Sal, entonces. Debo vestirme —largó para echarlo de allí o comenzarían a hablar de lo ocurrido la noche anterior y entonces sí que no podría llegar a tiempo a la carrera. Ambos sabían que era un tema que debían tocar cuando no hubiese una competencia tan significativa de por medio.

—Nos veremos en el cobertizo para botes del London Rowing Club antes de que partan —lo apuró lord Oso.

—Puedes verme desde el público. Me avergonzarás si estás azuzándome desde donde zarpará mi equipo hasta el punto de salida. Tu lugar es al lado de los demás familiares —refunfuñó para hacer valer su autoridad, odiaba que Oso lo tratara como a un muchacho que aún tenía mucho que aprender de la vida.

Oso no se percataba de su proceder, pero a veces era demasiado protector con los suyos, otras autoritario. Funcionaba como el cabeza de familia que se encargaba de que todos estuviesen a salvo y cumpliendo con sus responsabilidades. Y Jacob, a pesar de sus veintiún años, no quería tener que rendirle cuentas a nadie. Desde que heredó la baronía tuvo que batallar con todos los que intentaban dirigirlo. Su lucha consistía en demostrar que, aunque era joven, tenía un lugar frente a los Peasly y podía valerse por sí mismo.

Para Oso era un completo desafío aconsejarlo, veía muchas de sus características en Jacob, y tener que encauzarlo sin que se sintiera pisoteado era todo un reto. El marqués entendió que para

su padre no debió ser fácil lidiar con él cuando dejó atrás la niñez.

—Se te olvida con quién hablas, muchacho. Puedo estar en el cobertizo de donde salen los Dark Blues porque me lo he ganado a pulso. No apareceré ahí para «azuzarte» —masculló la palabra usada por él— como si fueras un mocoso que necesita mi guía. Estaré ahí por el equipo. Oxford ostenta muchos títulos de la *Boat Race* gracias al poderío de mis brazos. No hay puerta que se cierre ante mí.

—Oh, sí. Lord Oso es todo un fanfarrón —lo fastidió deliberadamente, era lo que solían hacer los hermanos menores.

Oso contestó a su osadía con un gruñido. Jacob tenía ganas de pelear, seguía embravecido desde su altercado la noche anterior, y no iba a darle gusto, no previo a la carrera.

—Me iré porque no quiero tener que ver tus miserias, mientras te cambias de ropa —lo castigó con una broma agria, sus favoritas para situaciones como aquella. Y soltó unas secas carcajadas de pura satisfacción. Debía mantenerse firme y no caer en provocaciones.

—Ya era hora —soltó mordaz.

—Espero que seas puntual. —Trataba de comprender las razones de la bravuconería de Jacob y entendía que el muchacho tenía varios motivos para sentirse ofuscado. Negó con la cabeza. No solo era el malentendido tramado por Thomas y secundado por Ferdinand, era el hombre en él emergiendo, dejando atrás la persona que fue. Y aunado a lo anterior, su comportamiento parecía indicar que, el joven se estaba guardando en castidad para el matrimonio, su furor obedecía a varios órdenes. Lo hubiese llevado a desfogar su arrebato con una dama que le brindara ese servicio, pero Jacob fue tajante en el pasado en ese punto, no permitía que nadie se entrometiera en su vida íntima. No obstante, sí, creyó que por todo lo anterior, Jacob era un volcán a punto de entrar en erupción. Con voz recia, ordenó—: Si a las once, tu trasero no está sobre el bote cuando den el pistoletazo de salida, vendré a buscarte y te llevaré a rastras.

Se desafiaron con las miradas, pero ambos sabían que el motivo del enfado del marqués no era la carrera. Ni la lealtad al equipo. Oso era consciente de que la regata era tan sagrada para Jacob como para él, lo que en verdad encendía la rabia del antiguo Dark Blue era la forma tan poco amable en que Jacob rompió el corazón de la tierna Annalise.

Cuando Oso salió, Jacob exhaló y su postura envarada como la de un elegante gallo de pelea volvió a encorvarse. El dolor del alma lo atravesó como una daga envenenada, le echó una mirada llena de angustia a la chaqueta del día anterior, donde seguía la fatídica carta que no tuvo el valor de leer, por más tragos de *whisky* que le adormecieron la garganta.

Quedaba un atisbo de esperanza, no podía renunciar a ella, y eso sucedería si leía la carta y descubría que efectivamente era de Annalise para Thomas o viceversa. El sobre no decía nada que lo ilustrara acerca de su interior.

—¿Ella no haría algo así? ¿Verdad que no haría algo así? —se dijo en voz alta y el ayuda de cámara lo miró sin entender a qué se refería.

El barón le hizo un ademán de fastidio con la mano y lo instó a que terminara su trabajo de una vez.

Tomó la carta, la que guardó en su chaqueta azul oscura y estuvo listo para partir.

Como en años anteriores, a Oxford le correspondió salir del lado Surrey del río. Predominaba una espesa neblina que dificultaría más la carrera.

Todos lo abordaron con sus preguntas sobre los moretones y cortes en el rostro. Él se

mantuvo estoico sin dar razones, y los supuestos no se hicieron esperar: unos creyeron que fue asaltado, otros que tuvo una pelea, resultado de su mal comportamiento.

El entrenador estaba hecho una furia, no solo por su tardanza, también porque no cumplió sus instrucciones expresas con relación a cómo debía resguardarse y descansar la noche previa a la competición. Y añadido al estado de uno de sus remeros, la marea tampoco estuvo a favor de los Dark Blues, sino del equipo de Cambridge, los Light Blues, los que comenzaron liderando la competencia.

—¡Diablos, Jacob! Tenías que irte de juerga justo ayer, nos vas a hacer perder, no estás en la forma física adecuada! —le reclamó uno de sus compañeros.

—Cierra la boca y rema, si perdemos no será por mi culpa. —Inhaló profundo y comenzó a dejar el alma en cada movimiento de sus fuertes brazos.

La presión era enorme para Jacob, los Dark Blues se mantuvieron invictos durante las últimas siete carreras. Si perdían, la responsabilidad iba a recaer sobre él; no solo por ser el *stroke* del equipo, sino porque fue el único que llegó tarde y en condiciones lamentables, las que se notaban a simple vista y eran imposibles de ocultar.

¿Estaría ella ahí para presenciar su derrota?

—¡Demonios! —gritó sintiéndose miserable. Podía aceptar el fracaso, pero no después de prometerle el triunfo a Annalise.

Solo entonces se dio cuenta de cuán parecido era a Oso, en ocasiones. Él también se comportó como un fanfarrón arrogante, asegurándole a su amada que el triunfo iba a ser para Oxford. No iba a rendirse, no si era lo último que podía entregarle. Quizás ella estuvo flirteando con Thomas, o tal vez, sus ojos lo habían engañado, pero le concedería una última ofrenda. Una digna despedida. Juró que iba a regalarle la gloria y lo cumpliría, aunque desfalleciera en el intento. «¡Por ella!», se dijo y remó todavía con más empuje.

Sus amigos, al ver el esfuerzo sobrehumano que hacía su *stroke*, se llenaron de bríos y motivados por su arrojo gritaron al unísono y remaron a la par.

—¡Demonios, van a perder! —se lamentó el conde de Pembroke, mientras apretaba la mano de su dulce esposa Daisy.

—No —se negó ella—. Mi hermano tiene mucho que dar todavía.

En ese momento, escucharon una voz conocida animar al equipo.

—¡Vamos, Oxford! —Annalise miraba con ojos llenos de esperanza al bando azul oscuro, mientras apretaba con fuerza su delicado pañuelo de encaje.

—¿Annalise? —preguntó Daisy al darse cuenta de lo cerca que estaban, ubicadas en la ribera del río—. ¿No traes carabina? —se extrañó.

Rose la puso, brevemente, al tanto la noche anterior de la pelea de su hermano, aunque no le quedaron claros los motivos. En realidad, no estaban claros para nadie. Solo sabían que John Thomas se había involucrado y que Oso y Kilian seguían muy encolerizados por el resultado: dos hombres que se destrozaron a los puños y la reputación de una señorita al borde de un precipicio. Lo que la mantenía alejada del escándalo era que ninguno de los implicados había abierto la boca para hacerla caer, incluso Ferdinand Peasly.

—No... Yo... —No pudo decir algo más, el viento travieso trató de arrebatarse el bonete y luchó con este para conservarlo, valioso incidente que le sirvió para evitar responder.

—Señorita Everstone —saludó Pembroke con la seriedad que lo caracterizaba—. Puede

quedarse con nosotros, la cuidaremos.

—Gracias, amor —le agradeció Daisy a su esposo con una sonrisa azucarada que contrastaba con la frialdad de él. Habían encontrado el equilibrio, pues para todos eran la pareja perfecta.

—Aunque parece que ya no será necesario —advirtió Pembroke y ambas vieron al vizconde Sadice acercárseles con cara de pocos amigos, su andar era lento debido a su bastón—. Estimado lord Sadice, estamos perdiendo —lo saludó el conde.

—Oh, supongo que será motivo de celebración para el conde de Allard, mi cuñado, remó durante muchos años en ese equipo —contestó el aludido tras saludar con la cortesía de rigor. Después se dirigió a su sobrina—. Hora de irnos.

Ella lo observó con la negativa en el rostro, pero luego disimuló al ser el centro de las miradas de Daisy y su esposo.

—Pretendía quedarme hasta el final de la carrera —agregó como si nada, pero había mucha intención.

—Puede quedarse con nosotros —adelantó Daisy con sutileza, dándose cuenta de lo que se cocía en el ambiente—. Tenemos el carruaje dispuesto para acercarnos a la meta cuando los botes se aproximen al final de la carrera. Nuestro cochero conoce un atajo que nos permitirá llegar antes que los remeros —informó como si tal cosa, solidaria con su amiga.

—Lo agradezco, milady. Sin embargo, insisto... —La sonrisa de Sadice cada segundo era más difícil de sostener. Entendía los sentimientos que albergaba su sobrina, y tras razonar con Oso estaba dispuesto a poner de su parte para ayudarla, pero era responsable de velar porque su reputación se mantuviese intacta.

—Oh, mira —señaló Pembroke hacia el río, interrumpiendo los intentos de Sadice de llevarse a Annalise—. Parece que nuestra suerte está a punto de cambiar. — Él también era exalumno de Oxford y antiguo remero del equipo Dark Blue.

Las mujeres miraron con la angustia en el pecho hacia donde se desarrollaba la competencia. Sadice hizo lo mismo. Varios barcos amarrados en la orilla norte del río redujeron la ventaja, que representaba para Cambridge la marea a favor, bloqueándola. Sin ese beneficio para los Light Blues, Oxford logró pasarles.

Annalise soltó un suspiro que mantuvo contenido hasta ese instante, sin dejar de seguir a Jacob con la mirada en medio de los trazos de neblina. Su ahínco, su arrojo, jamás lo olvidaría.

Los observaron hasta que se perdieron de su vista, entre la niebla y la distancia.

—Hora de dirigirnos a la meta —anunció Daisy emocionada, y Pembroke instó a Annalise y a Sadice, quien no tuvo más remedio que aceptar.

Annalise percibió la mueca de su tío y agradeció para sus adentros el esfuerzo que hacía con tal de no estallar. Fue completamente desafortunado encontrarse con Daisy ahí. Aunque la admiraba —por ser una joven como ella, que supo luchar por su sueño hasta alcanzarlo, que era casarse por amor—, habría deseado pasar desapercibida, y que nadie supiera que acudió a la carrera de botes.

Con mucho esfuerzo, logró escabullirse esa mañana de Sadice House, donde su tío la llevó a pasar la noche junto al resto de su familia, tras el desenlace del baile del día anterior. Solo con el propósito de mantenerla a salvo y lejos de la presencia del barón. Por eso, Sadice apareció de pronto, tras su pista, con la intención de conducirla de vuelta al hogar. Tenían mucho sobre lo que hablar, la noche anterior decidió enviarla a dormir sin el sermón que se merecía. Y tras despertar al otro día, la joven huyó mientras él la esperaba en el estudio para conversar. Pero ella no podía perderse la regata, aunque su relación con Jacob no lograra sobrepasar esa

desafortunada jugarreta del destino. O más bien, los enredos de Thomas y los comentarios mordaces de Ferdinand sobre su idoneidad como prometida.

Los cuatro bajaron del carruaje cerca de Chiswick Bridge, y se unieron a los marqueses de Bloodworth que ya los esperaban en un sitio privilegiado desde donde se podía apreciar la meta. Tras saludarse, trataron de ponerse al tanto del curso de la carrera.

—Oxford iba a la cabeza cuando pasaron por donde estábamos apostados. ¿Sabes algo más? —indagó Pembroke impaciente.

Un intercambio de miradas entre Sadice y lord Oso fue suficiente para que ambos supieran que no solo estaban preocupados por la carrera. Rose hizo lo mismo con Annalise y rápido se acercó a su lado, reconfortándola con un gesto que prometía que sin importar lo que ocurriese, siempre iba a tener su apoyo.

—Mi mensajero —dijo Oso para referirse a uno de sus hombres a caballo—, me informó que siguen a la cabeza, dos cuerpos por delante tras pasar Hammersmith Bridge.

—Oh, eso no le sentará muy bien a Allard —musitó Killian pensando en su cuñado—. Ya podemos retirarnos, ¿no crees, Annalise? Es casi seguro que Oxford va a ganar, vamos a consolar al pobre de Allard, debemos darle soporte familiar. —Diría lo que fuese para sacarla de allí.

—Todavía Cambridge podría ganar, nada es seguro hasta que traspasen la meta —atajó Rose, para tratar de ayudar a su amiga, era notorio que deseaba quedarse a ver el final de la carrera.

Se notaban los esfuerzos de Sadice por llevársela a toda costa, y los de Annalise por no marcharse, pero sin contradecir a su tío delante de los presentes.

—¿Podríamos quedarnos solo hasta que arriben los botes? Por favor, tío.

Daisy y Rose insistieron para que la dejaran en compañía de ambas. Sadice tuvo que disimular otra sonrisa, tras un nuevo intercambio de miradas con Oso, quien también estaba receloso ante la permanencia de la joven en ese lugar.

Cuando las embarcaciones fueron visibles, notaron que aunque los Dark Blues seguían adelante, los Light Blues solo iban detrás por la distancia de dos esloras, lo que volvía la carrera muy acalorada. Todo podría revertir en un abrir y cerrar de ojos.

De pronto, los gritos del público vitoreando a sus favoritos llenaron el ambiente. Annalise miró en dirección del rostro serio —pero tratando de no ser aguafiestas— de Sadice. Sin embargo, la muchacha no reparó más en él, su corazón estaba con el del *stroke*.

—¡Vamos, Jacob! —gritó Annalise, aunque no fuera el comportamiento esperado para una señorita.

Al calor del inminente final de la regata, todos animaban a su lado de la contienda.

—¡Rema, hermano, rema! —También gritó Rose para alentarla y extendió su mano hasta la de Annalise, con el propósito de estrechársela. Terminaron abrazadas con los ojos puestos en la carrera.

—¡Jake es mi orgullo! ¡Sin duda alguna! —soltó Oso emocionado, viendo como su hermano empujaba a su equipo a la victoria.

Cuando traspasaron la meta, los espectadores que apoyaban a Oxford vitorearon al unísono. El cielo gris de aquella mañana se tiñó de banderas azules oscuras, y Sadice, sin tiempo a reaccionar, se vio arrastrado junto a sus amigos hacia donde el equipo ganador celebraba.

Annalise sintió la presión de los dedos de su tío sobre su brazo.

—Es hora de retirarnos, dejemos a la familia festejar el triunfo —le susurró Sadice muy precavido.

Oso abrazaba lleno de emoción a su hermano y lo felicitaba, al parecer el motivo de su enfado inicial desapareció al obsequiarle tan arrasadora conquista. Pero en medio del caos de gritos, abrazos y gente emocionada por doquier, los ojos de Annalise y Jacob se encontraron, justo cuando su tío cumplía con su papel protector de sacarla de allí.

La tensión los recorrió a ambos por completo y los sentimientos encontrados los sacudieron. Ella tuvo el impulso de saltar a sus brazos, de felicitarlo como hacían otros; pero una gelidez la detuvo, la duda de él era algo que no estaba dispuesta a perdonar.

Annalise no acudió a la carrera para suplicar una oportunidad de explicar lo ocurrido con Thomas; ese fue su impulso de la noche anterior, pero él fue inclemente. Para ella era la despedida.

Jacob sintió unos deseos inmensos de acercarse a la mujer que amaba, levantarla en brazos y estrecharla; mientras le susurraba que el triunfo que había logrado era por y para ella. Sin embargo, se quedó petrificado, sin saber por primera vez en su vida cómo reaccionar. El hombre impulsivo se volvió de piedra, contrario a su naturaleza voluntariosa.

Entonces, Annalise, tras un puchero, se aferró al brazo de su tío. Odió la frialdad de Jacob. Más, porque ella acudió a la carrera, dejando a un lado la humillación que le hizo sentir su desconfianza, debido a los malentendidos entre ambos.

La carrera no iba repetirse hasta el siguiente año, y era injusto que se la perdiera por el veneno esparcido por Thomas y Ferdinand. ¿Por qué Thomas se ensañó así? ¿Por algún motivo que desconocía? ¿Y Ferdinand Peasly, por qué no la creía apta para desposar a su promisorio sobrino? Le dolió que el señor no la aprobara, pero ninguna de sus palabras opacó su brillo, no iba a dejar que ni él ni nadie la empequeñeciera. Como fuera, Jacob seguía siendo una piedra y ella no le iba a rogar.

—Vamos —susurró Annalise apenas audible en dirección de su querido tío.

—Gracias a Dios —Sadice exhaló de alivio—. Un poco de cordura en medio del caos no nos vendrá mal. Tienen que hablar, pequeña; pero no es el lugar ni el momento. Primero, lord Peasly me debe una explicación. Solo lo dejaré acercarse de nuevo a tu lado cuando yo considere que es merecedor de tus atenciones. Es lo que un padre haría y soy ahora el responsable de tu bienestar.

—Lo aprecio, tío, y agradezco que no haya perdido los estribos.

—Canalicé toda mi ira en el bastonazo que lancé en dirección del malnacido de Ferdinand Peasly. ¿Qué se cree, que hablará de mi sobrina y saldrá indemne? Estúpido.

Annalise lo contempló con admiración, dio gracias al cielo por tener a Kilian, a Belle, a Marybeth y a todos los demás con muchas niñas incluidas. Una familia enorme que no sabía que tenía y que ahora eran su dicha.

—Vamos —añadió con resignación.

Los enamorados volvieron a mirarse, y ya no solo Sadice se percató del lazo invisible que los unía, era un vínculo lleno de amor y reclamos al mismo tiempo. Rose y Oso también lo notaron, al igual que Daisy y Pembroke. El amoroso tío rogó al Altísimo que pasara desapercibido para todos los demás.

—Annalise —soltó Jacob conmovido de verla allí, paralizando a los familiares de ambos, que esperaron atentos para escuchar lo que tenía que decir—. Anna.

Ella había venido. No importaba si era culpable o no de lo que sus ojos vieron: la mano de Thomas perderse atrás de su cabello sin que ella reaccionara para apartarlo. Y, de lo que su mente entretejió al respecto. Así como la carta.... Y todas las palabras que se pronunciaron en su contra... y de las que él la defendió con sus puños... Las lesiones en su rostro probaban que no

solo le importaba su propio honor, sino castigar al maldito que se atrevió a ultrajarla.

Annalise estaba ahí, en ese momento crucial de su vida, y él no podía pasarlo por alto. Significaba demasiado.

Intentó caminar hacia ella, que aguardó con un suspiro que la ahogaba, sin soltarse de su tío.

Una dura barrera no lo dejó avanzar, entonces, Jacob percibió que era el brazo de Oso que le negaba seguir caminando hasta la joven. Un minuto atrás, el marqués lo había abrazado con su fuerza bruta y le recitó de mil maneras lo orgulloso que estaba de él; pero en el instante en que sus pasos se enfilaron hacia Annalise lo detuvo con ferocidad.

—No, ahora no —rugió Oso—. Déjala irse.

—Nadie va a impedirme conversar con mi prometida —alegó.

—Gracias a Dios por el caos de la celebración —intervino Sadice—. Los curiosos no se percatarán de esta delicada situación. Lo que sea que tengas que hablar con Annalise lo discutirás conmigo, Peasly, mañana en mi estudio. Te concedo una cita. —Trató de ser razonable.

—¡No! —se negó el remero en tono enérgico. Todos se dieron cuenta de que estaban en medio de un problema, que podría tener proporciones gigantescas si alguien ajeno a ellos, dejaba atrás la emoción del momento, y reparaba en el trasfondo de la discusión entre lord Peasly, lord Sadice y lord Bloodworth—. Si deo que se vaya sé que no habrá punto de inflexión, lo veo en sus ojos.

—Busquemos un carruaje de alquiler, sobrina —insistió Sadice. Su vehículo quedó abandonado cerca de Putney Bridge, mandaría por él tras regresar a casa.

—Annalise, la realidad es que tenemos que hablar tú y yo, sin intermediarios —propuso Jacob, mientras se secaba una gota de sudor que resbalaba por su frente.

—¿Quieres una explicación? —inquirió ella desembarazándose del agarre protector de su tío—. Si ya has tomado decisiones, ¿para qué deseas indagar acerca de lo sucedido?

Sadice hizo un gesto a favor de las palabras de su sobrina, celebró su valentía y bravura. Dejó de interceder por ella, le agradó descubrir que no era una mansa paloma, que podía defenderse, así que bajó la guardia.

—¡Anna! ¡Ven aquí! —llamó Jacob aún más impaciente, cansado de que todos le recomendaran qué hacer a ambos. El brazo de Oso seguía negándole avanzar, y aunque podía oponerse y luchar con este, no deseaba agravar la situación yéndose a los puños con su hermano.

—Oso, suéltalo —intervino Rose—. Ellos pueden resolver sus asuntos sin nuestra intromisión.

—No intervengas, Rose —la apremió su esposo tratando de sonar dulce solo para ella, si es que con el tono de voz de Emery Osborne, marqués de Bloodworth, aquello era posible—. No, esta vez.

—Sadice y tú solo empeoran las circunstancias —terció Rose—. ¿Acaso no se dan cuenta? Decididamente, aquí hay un malentendido que es imperioso resolver de inmediato, y hay demasiado público. Annalise y Jacob necesitan conversar.

—Concuerdo —masculló Oso con los dientes apretados—. Busquemos una oportunidad para ello. No aquí, no hoy.

—Tendrá que ser con la supervisión correspondiente y no ahora —intervino Kilian de acuerdo con su amigo.

Annalise no pudo más. No soportó ver a Rose dividida entre su hermano y su esposo, jamás se iba a perdonar, causar un conflicto entre los Bloodworth. La marquesa trataba de defender al barón sin oponerse a su marido, pero eso era cada vez más difícil. Todos comenzaron a tomar

partido, Daisy estaba del lado de Jacob, y por ende, Pembroke tuvo que unírsele. Sin embargo, para Rose era más difícil, no podía desamparar a Jake, pero tampoco contrariar al hombre que amaba.

Annalise suspiró por las consecuencias de un evento que solo le atañían a Jacob y a ella. No era justo que la familia y los amigos terminaran separados por sus problemas del corazón.

—Anna, ven —continuó Jacob. No era una orden, tampoco una súplica, pero la firmeza que se oía en su voz la ayudó a decidir.

La joven dio un paso en dirección al remero, como seducida por el canto de una sirena. Al tenerlo frente a frente tuvo que tragar en seco. Él lucía bastante mal. Annalise le puso la mano en la mejilla para observar de cerca la gravedad de las heridas que marcaban su cara. Se inclinó para subir hasta su rostro, lo miró muy cercana a los ojos y sus labios quedaron a milímetros de rozarse. Entonces, él suspiró.

Jacob sintió una certeza recorrerlo entero, se llenó de fuerza y con seguridad la asió por la mano.

El brazo de Oso seguía entre los enamorados, impidiendo que sus torsos se tocaran.

—Vamos —le dijo el barón sobre los labios, su aliento la acarició.

—No la llevarás a ningún lado —los previno Sadice.

Solo la fuerza podía impedir que ellos no hicieran lo que acababan de decidir y Oso no pudo usarla en contra de su hermano.

Jacob y Annalise, tomados de la mano, se movieron en dirección contraria al vizconde y al marqués, que los miraban azorados, con las negativas surcando sus rostros. Los siguieron detrás tratando de no causar un aspaviento y disimulando a toda costa lo que ocurría: que los jóvenes no estaban dando un dulce paseo, escoltados por los portentosos caballeros... Por el contrario, avanzaban con rapidez para escaparse de ambos.

—¿Jake, qué demonios haces!? —preguntó Oso cuando llegaron hasta los carruajes, donde el coche del barón aguardaba para conducirlo a casa tras terminar la carrera.

Él le lanzó una mirada a Oso por toda respuesta, abrió la portezuela, tomó a Annalise de la cintura para ayudarla a subir y le ordenó al cochero partir de inmediato.

—Vamos por unos caballos —instó Kilian aún sin poder explicarse cómo su sobrina y Peasly tuvieron el valor de irse juntos delante de sus ojos, olvidando que existían reglas a las que atenerse—. O busquemos un carruaje, por Dios, ¿dónde dejaste el tuyo? El mío se quedó al inicio de la ruta de la carrera.

—En lo que vamos por el mío y volvemos habremos perdido la pista.

—La llevará a Peasly House, es ahí donde buscaremos primero. ¿Sabes que tendré que retarlo a duelo? ¿Lo entiendes, verdad? Lamento que sea tu familiar, pero lo que ha hecho es inaceptable. Yo le di su mano, no tenía que llevársela delante de mis narices, no sin estar casados.

—Tampoco estoy feliz. Pero debemos buscar una solución donde nadie salga lastimado. Piensa en tus criaturas y en tu esposa, Jacob es tan bueno con las armas como tú. Además, no olvides que Annalise también nos ha desafiado, ella se fue voluntariamente con él.

—¿Y eso exime a Peasly de comportarse como un caballero? —Kilian estaba muy molesto.

—¿Algo te eximió a ti en el pasado? Parece que la vida se ha encargado de ponerte en una posición similar a la que estuvo Allard cuando decidiste enamorarte de Isabelle y actuar... Pese a... —No dio más introducciones.

—Tú has decidido erigirte como el abogado de...

—Vamos, Kilian. —No lo dejó terminar—. No perdamos tiempo en esta discusión que no llegará a ningún lado. Busquemos mi carruaje para ir a Peasly House, Jacob igual tendrá muchas explicaciones que darme. También he sido agraviado, le exigí que no la lastimara. Y no solo le rompió el corazón, ahora amenaza con dar un escándalo.

—¿Crees que alguien se haya percatado de lo sucedido?

—No lo sé. ¡Demonios! Igual estoy pensando qué debemos hacer. Hay mucho alboroto por la carrera. Quizás corramos con suerte y nadie note que Jacob se ha llevado a Annalise sin nada de decoro.

Se pusieron en marcha desconcertados y llenos de preocupación por las enormes consecuencias del suceso.

Capítulo 22

En cuanto estuvieron a solas en el carruaje, Jacob le soltó la mano. Y ella lo miró a los ojos con furia. Él sacó la carta estrujada del bolsillo interno de su chaqueta azul y la colocó en el espacio que quedaba entre los dos.

Lo que en realidad deseaba era envolverla en sus brazos y saquear aquella boca que se le resistía, pero no podía ceder a lo que demandaba su instinto, las ideas que lo rondaban no lo dejaban pensar con claridad. Y ella no lucía suplicante como la noche anterior, una nueva bravura se reflejaba en su semblante.

Parecía que iba a castigarlo, así que él, otra vez, contrario a su naturaleza impulsiva, decidió cederle el turno de la palabra.

Annalise levantó la barbilla con dignidad, y no dejó de contemplarlo con furia, ni las magulladuras en su hermoso rostro de arcángel, ni su respiración agitada por el enorme esfuerzo que hizo para ganar la carrera, ni su gesto de suficiencia le tocaron el corazón para sentir una gota de compasión.

—Si te atreves a decirme mirándome de frente que crees que esa carta es mía, y que su contenido cumple el propósito de relacionarme de modo indecente con John Thomas seré yo quien estampe mi puño en tu rostro, y no me mostraré delicada —le soltó tajante elevando la mano derecha.

Él exhaló y después negó aún agitado.

—Oh, por Dios, Anna. ¿Qué quieres que piense? —Ni siquiera le reclamó por su vocabulario, si ella era inocente, él merecía su trato—. Vi cómo te contemplaba el malnacido y cómo acarició tu...

—Thomas es un ser funesto y yo caí en su trampa —lo interrumpió—. Pero no en su trampa de amor. Sí, me acarició y yo me revolví de repulsión. No lo abofeteé en el rostro ni lo dejé en evidencia en público porque habría sido mi ruina. Sabes que la sociedad es muy cruel, a él lo señalarían por libertino, por conducta inapropiada. En cambio, a mí me juzgarían todavía de modo más despiadado, me verían como una fruta corrompida. Y eso habría sido funesto. ¿Cómo ibas a desposarme si todos me considerasen una fruta caída sin poner en tela de juicio también tu honor?

Él comprendió a lo que se refería.

—Sabes que me importas tú más que mi honor. Annalise, no hay límite que no esté dispuesto a cruzar por estar a tu lado, pero si tu corazón ha sentido el más mínimo interés por... yo no podría perdonar. ¿Por qué te encontraste con él? ¿Por qué le permitiste avanzar? ¿Y ese endemoniado papel qué significa en toda esta historia? ¿Me dirás que es obra de mi tío o de alguien que nos quiere separar? Por más que intento buscar una explicación, no la encuentro.

—No —admitió bajando la cabeza. Quizás nunca debió entrometerse en los asuntos de la hija del duque de Clarence.

—¿Y entonces?!

—¡La carta no es mía! —gritó, sosteniéndole con fuerza la mirada cargada de pasión macerada con odio—. Si me amas tendrás que dominar tus celos y confiar solo en mi palabra —lo retó—, porque me niego a dar explicaciones, es humillante que siquiera pienses que podría

traicionarte.

—¡Oh, Annalise! Yo crecí rodeado de la traición, mirándola a los ojos cada vez que me veía al espejo. Sé lo que le hace al alma —musitó ahogado recordando el sufrimiento de su madre—. Soy resultado de la más sórdida infidelidad.

Ella se llevó la mano a la boca al escuchar la revelación. Jake se acercó a su oído, porque odiaba repetirlo en voz alta y le contó la historia de su nacimiento. La revelación que no debía hacerle a absolutamente a nadie y que depositaba en sus manos y con ello su destino...

—Oh, Jacob, siento tanto lo que te pasó. Sin embargo, no puedes creer que todos somos como tu padre... ¿Ferdinand lo sabe? Por eso quiere lastimarte.

—Lo sabe. Ferdinand es como un perro fiel a la memoria de mi padre, no haría nada para contrariarlo, incluso muerto. No, de haber querido mi puesto ya lo habría tomado. Ni siquiera tiene hijos varones y la cláusula de sucesión es muy específica, nuestro título solo puede legarse a un varón legítimo, hijo de otro varón. —Su afirmación era desconcertante. Annalise tragó en seco, mientras trataba de asimilarlo—. No desea que pase a otra rama de los Peasly. Su problema no es el título, es dirigirme, controlarme para que siga el modelo de mi progenitor; pero no te preocupes, no lo voy a permitir. Por eso estamos aquí. Te pregunto, mirándote a los ojos y ya me aclaraste la razón por la que no rechazaste a Thomas, cuando te acarició de modo indecente. Ahora dime, ¿qué demonios dice ese papel? No voy a leerlo, quiero que me lo expliques.

—No puedo. —Fue honesta.

—La idea de que otro pueda tenerte cuando yo me he dedicado en cuerpo y alma a adorarte me envenena por dentro.

Lo vio apretar con rabia el papel hasta casi romperlo entre sus dedos...

—¡Lo sé! —No pudo más, y dos lágrimas resbalaron por sus mejillas, pero eso no le hizo bajar la cabeza, ni ceder.

—¿Tan difícil es decirme si la carta pertenece a alguien más? ¿O confesar de dónde demonios salió?

—Oh, Jake, adoro tus modales delante de una dama —ironizó limpiándose la humedad con el dorso de la mano. Sus ojos mojados lucían un azul todavía más claro que se confundía con la transparencia de las lágrimas—. Y no sé si sea honorable revelar el secreto sobre su propietaria, es una dama. Desconozco los motivos que la unen a Thomas, pero la joven estaba desesperada y de cierta forma me sentí en deuda... No te revelaré de quién se trata, y si no deseas creer en mi palabra, tendrás que atenerte a las consecuencias porque, ¡infierno!, también me perderás... —A él no le importó que maldijera, estaba tan metido en la discusión.

—Laetitia Percy —pronunció anonadado; de tener a Thomas en frente lo volvería a golpear.

Ella lo miró desconcertada.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Tal vez también tengo un secreto que guardar, uno que concierne a Laetitia Percy y John Thomas. Pero, ¡maldición!, Annalise, si vamos a casarnos, entre tú y yo no deberían existir silencios. Nuestra confianza ha de ser absoluta. Te he confesado mi más íntimo secreto, ¿por qué guardarnos los de los demás?

Lo miró con tristeza, le dolía en lo profundo la confesión de Jake acerca de su pasado, sobre cómo creció engañado y, cómo esa pena, caló hondo en su seguridad, en su valía. Y él depositó ese secreto en sus manos, ese que debió guardarse hasta del amor de su vida. Era un arma poderosa. Su concepción, su legitimidad, su ruina al alcance de una indiscreción.

Con una mano Jacob se revolvió los cabellos, que ya estaban despeinados por el viento en el

Támesis, tratando de calmar la emoción que lo consumía. Sin embargo, lo que en realidad quería era rodearla con sus brazos y apretarla contra la dureza de su tórax. Necesitaba sentir esos pechos turgentes que seguían moviéndose, agitados, por el esfuerzo que hacía la joven para respirar en medio de aquella turbación.

—Thomas asegura que tu arrebató en la casa de mi abuela, y supongo que también lo atribuirá al de anoche, tiene una explicación. Una que me ha dado vueltas en la cabeza y me enloquece de celos. No obstante, no ando golpeando a todo el que se pone en frente —expuso con suficiencia—. Entiendo la seriedad de tus revelaciones, pero si vamos a esclarecer nuestras dudas, igual debes responder sobre las acusaciones de ese canalla acerca de tu visita a una posada en compañía de Laetitia Percy. ¿Han dormido juntos? —Sentía vergüenza de usar las palabras exactas que rondaron su mente, pero no le faltó valor para pronunciarlas.

—¿Mi arrebató? —inquirió clavándole las pupilas en el recatado escote. El pecho femenino seguía hipnotizándolo, subiendo y bajando de manera sofocada por la presión del momento—. Mi arrebató solo tiene una explicación.

Y él ya no pudo contenerse más. La asaltó sin previo aviso, enlazándola por la cintura como un animal en celo, con la vista clavada en los labios entreabiertos de la joven. Pero, ella lo detuvo con una mano sobre los pectorales duros como rocas, donde los botones de la camisa ya estaban medio sueltos.

Jacob se sintió rechazado, pero eso no redujo sus ganas, por el contrario, estas crecieron dominándolo por completo. Decidió dejar la sospecha a un lado, y rendirse ante el sentimiento que lo desbordaba, comenzó a descender hacia la boca femenina.

—¡No! —lo detuvo una vez más—. ¿Dormiste con esa mujer? ¿La has besado? ¿O, como supongo, son falsas acusaciones?

—No y no. Y sí, son falsas acusaciones. Thomas es un maldito mentiroso. Pretendía ensuciar mi nombre para quedarse contigo.

El hombre ardía de furia y deseo. Annalise insistió en hacer más alta la barrera que los separaba hasta que terminaran de hablar.

—Mi turno —dijo ella—. Conoces mi letra, por lo tanto, sabrás que no me pertenece —continuó protestando con sus labios muy cerca, la respiración del varón la rozaba y estuvo a punto de ceder ante la envolvente masculinidad de Jacob, pero estiró su fuerza todavía más.

—Ni siquiera la he abierto, no podría mirar su contenido —habló sin dejar de seguir hechizado por los labios entreabiertos, que le reclamaban con la intención de castigarlo por titubear cuando ella no hacía más que amarlo—. Si descubriera que en verdad, tú... Yo no podría soportarlo. —La desesperación surcaba el rostro varonil.

—Pero no es mi letra, es una prueba simple y fehaciente, si lo hubieses abierto. ¿Por qué no empezaste por ahí antes de sacar conclusiones?

—Solo podía pensar en la cínica cara de Thomas cuando deslizó su mano por detrás de tu cabello.

—Debes aprender a refrenarte, Jacob Peasley... Pareces un caballo que ha perdido los estribos. ¿Es así cómo será nuestra vida? —sermoneó todavía más digna—. Thomas asegura que lo golpeaste en la casa de mi abuela porque Laetitia, siendo tu prometida, se interesó en él.

—Y un montón de sandeces más. ¡Oh, ya veo, por donde viene el infeliz! ¡Gracias al Altísimo ya le di su merecido!

—¡Sí, como un animal! ¿Así vas a comportarte cada vez que un caballero me ronde?

Él tomó aire y respondió muy complacido de hacerlo.

—En primer lugar, Thomas no es un caballero, es un cerdo o algo peor aún, creo que he ofendido al pobre animal. En segundo, cada vez que un hombre no se comporte apropiadamente delante de ti, y te toque de modo indecente sin tu consentimiento o, se dedique a tejer historias llenas de veneno con la intención de separarnos, sí sacará lo peor de mí. Me convertiré en una bestia con tal de defender tu honor —reveló ya sin reprimir lo que sentía.

—Eres un tonto. Debes aprender a librar tus batallas con el arte de la palabra, te ahorrarías muchos problemas a futuro —le susurró sobre los labios irreverentes que no se cansaban de protestar. Ella también hacía un esfuerzo enorme por no sucumbir y acortar el espacio reducido que quedaba entre los dos.

Jacob se puso de pie en el inestable carruaje y bajó una rodilla hasta el suelo alfombrado, depositó sus manos sobre los muslos de la señorita y mirándola de modo clemente añadió, para la sorpresa de ella:

—No seguiré discutiendo... Ya he aprendido mi lección. No importa cuánto me esfuerce en explicar, terminaré perdiendo ante tus resueltas palabras... Perdóname por ser un idiota. Pero, por favor, ya déjame besarte...

—¿Seguirás propinándole golpes al hombre que ose molestarme?

—Esa pregunta es una trampa, quieres verme caer... Ya conoces la respuesta. ¿Te vale saber que trataré de comportarme a la altura y contender con el arte de la palabra, salvo que el individuo me saque por completo de quicio? Si te tocan de nuevo así, como el canalla lo hizo...

—En ese caso tienes permiso para darle una paliza. Yo misma lo habría hecho de haber podido... Me sentí tan impotente cuando ese malnacido acarició mi... oreja...

Jacob apretó los dientes ante la mención del evento y bajó la mirada hacia el regazo femenino.

Ella le puso una mano en cada mejilla, obligándolo a verla a los ojos. De forma intempestiva, el barón ya la tenía en sus brazos. Las bocas sedientas claudicaron, y se encontraron para calmar de modo desenfrenado la despiadada sed.

—Oh, Jake, ¿qué estamos haciendo? —musitó entre beso y beso—. Huimos en un carruaje, esto parece todavía más escandaloso que el atrevimiento de Thomas.

—No lo menciones más, no lo merece.

—¿Confías en mí? Necesito saberlo, no seré tu esposa si no lo haces.

—Plenamente, jamás volveré a desconfiar. Te he revelado mi secreto más grande y lo he hecho en un acto de amor, de fe, de confianza ciega en que nunca harás nada para perjudicarme.

—Jake, esto no puede volver a pasarnos. Casi nos ahogamos en un mar de angustia, casi nos perdemos...

Los labios varoniles, impetuosos y rebeldes, vagaron por el níveo cuello hasta hacerla callar. Chupó justo sobre la yugular, donde los latidos de ella eran perceptibles con su cálida y hambrienta lengua. Annalise se entregó a la sensación exquisita y ardiente que la recorría, más cuando la atrevida lengua descendió por sus pechos turgentes y pesados por la sangre fluyendo dentro de las venas, a un ritmo frenético y poco habitual.

Debido a la excitación, a la muchacha se le escapó un gemido y él sonrió mientras saboreaba el nacimiento de sus dos firmes pechos, movido por una mezcla de victoria, amor y orgullo masculino. Las ágiles manos del hombre apartaron la tela del escote para tener mejor acceso y seguir recorriendo la cremosa piel. Ella, obnubilada, olvidando la existencia de un mundo exterior fuera del cubículo de aquel carruaje, no opuso resistencia. Lo dejó recorrer cada palmo de su cuerpo.

El voluminoso vestido era un impedimento, pero nada detuvo al caballero que no dudó en abrirse paso y hurgar debajo de la amplia falda, hasta alcanzar los suaves pliegues que se volvieron resbalosos a causa de su fogoso asedio.

—Oh, Annalise, ¿olvidaste que eres mía? —gruñó suavemente, dominado por el deseo de tomarla para volver realidad esos sueños nocturnos donde se humedecía, imaginando que se enterraba hasta la empuñadura en la inexplorada intimidad.

La muchacha respondió a su osado comentario con otro gemido profundo de deleite. A sus veintiún años, jamás sintió el placer recorrerla de pies a cabeza, hasta conocer a Jacob, sus besos y sus caricias. Lo único que experimentó en el pasado, fue cierto sobresalto que la ruborizaba, al contemplarlo mientras él no se daba cuenta. Pero, lo que ese hombre le provocaba con su boca y sus dedos era una combinación tentadora, irresistible y explosiva que le hacía perder la cabeza.

—No te detengas —susurró presa de las ganas que él seguía estimulando.

Annalise recordó lo que en la biblioteca le hizo sentir y quiso vivirlo de nuevo, pero acompañada. Era imperioso que Jake se perdiera también en ese abismo de calor. Así que, resuelta a conseguirlo, usó una mano para vagar primero por el pecho varonil, y luego comenzó a descender ante los jadeos acalorados de él, que dedujo cuál era su destino.

Adoraba tocarlo, era firme y tibio por toda su musculosa anatomía.

—Mi amor —susurró complacida, al fin, cuando sus castos dedos, por encima del pantalón, atraparon la dura virilidad. Apretó suavemente y después soltó, por instinto, y le gustó el resultado.

La temperatura de él aumentó con ese breve asalto y la instó para que no fuera tímida.

—No te cortes, hermosa, acaríciame. Me enloquece.

Así que, invadida por la lujuria, la pasión y el dulce veneno del amor, repitió una y otra vez hasta complacerse en la mirada adormilada de él, los párpados pesados de pura satisfacción y gozo. El barón no pudo conformarse con el roce sobre la ropa, con los dientes le quitó el guante en un acto arrebatado y pasional. Después, liberó su erección ante los ojos curiosos de la joven y la invitó a recorrerlo piel contra piel.

—Tócame —le ordenó con una dulzura que no sabía que podía poseer.

Annalise estaba extasiada, entre las sensaciones que los dedos de Jacob provocaban en su intimidad y la experiencia de poder palpar la sedosidad de la generosa hombría de su amado, que parecía crecer todavía más con cada caricia. Aunque todo era nuevo, muy «educativo» y arriesgado para su reputación, no se intimidó. Dejó que su mente se perdiera en el mar de impresiones desconocidas y poderosas.

Jacob, humedeciendo sus labios y entregado también a las sensaciones, le tomó la mano para mostrarle cómo podía estimularlo más íntimamente. Le indicó el modo de subir y bajar al ritmo que su apetito demandaba ser saciado.

A su vez, él movía sus dedos en círculo, colmando de delicia el hinchado brote. Y sabía que lo estaba haciendo bien, aunque no fuese experto. La naturaleza y el instinto, les mostró el camino. Los gemidos femeninos de placer le indicaron la forma de seducirla, amarla, tentarla y conducirla en un viaje de no retorno a la luna.

Los jadeos de ambos fueron más ágiles y agitados, aunque se limitaban a susurrar para no alertar al cochero, pero ya nada podía evitar que juntos buscaran el alivio de la liberación.

—Amor mío, más rápido —exigió él, elevando las caderas y meciéndose al compás de la pequeña mano de la señorita, mientras se vaciaba en su cálida palma.

—Oh, Jake —susurró apretando los muslos y atrapando sus dedos, a la par que se liberaba

sobre las yemas de estos.

Se abrazaron desesperados cuando alcanzaron la culminación al mismo tiempo y buscaron agitados el refugio y el descanso que ofrecía un trémulo beso.

Cuando fueron conscientes del momento y de la situación se miraron a los ojos nerviosos, pero no se detuvieron a pensar en las consecuencias, seguían ebrios de tanto amor. Sonrieron y se devoraron con miradas enamoradas.

—Todo estará bien —le susurró él y la obsequió con un corto beso sobre la nívea frente.

—Lo sé.

Capítulo 23

El carruaje se detuvo al fin a las afueras de Londres y ella dejó de abrazarlo. Se estiró como pudo, dentro del escueto perímetro, y trató de ocuparse de su aspecto.

—¿Dónde estamos, Jake?

—Donde no podrán encontrarnos, Fountain House. Lo primero que harán será buscarnos en Peasly House o quizás en mis tierras, en la casa del emblema familiar. Pero de la existencia de esta propiedad solo sabe mi madre y estoy seguro de que no se lo revelará a nadie.

—¿Es un secreto? —indagó curiosa.

—No necesariamente, pero es privado —agregó con picardía—. Mi madre me pidió un sitio para ella, un refugio, y he estado acondicionando este. Lo quiso cerca de Londres, pero lejos del ajetreo de sus calles y calzadas. Y, sobre todo, de los chismosos. Se ha vuelto a enamorar de un respetable capitán de barco, y quiere explorar ese sentimiento antes de dar el siguiente paso, sin los curiosos arruinándole la diversión.

—Oh, eso es maravilloso.

—Mi madre se lo merece y ya me entrevisté con él, es un buen hombre. Además, ya le he advertido que mamá no está sola, no permitiré que nadie más le rompa el corazón. Este sitio es adecuado para su cortejo —agregó con una pícara sonrisa, y Annalise adoró verlo en esa faceta de hijo protector y comprensivo. Aurora era relativamente joven, elegante y hermosa, merecía enamorarse de su capitán—. Fountain House está lo suficientemente próximo para ir y venir a Londres en el mismo día en carruaje de ser necesario. Ella necesita un respiro de toda propiedad que le recuerde a mi padre. La he comprado para ella, sin embargo, mientras tanto, puede ser nuestro refugio también. Los sirvientes son leales, y... Serás presentada como mi esposa.

—¿Tu esposa? —Se sobresaltó—. ¿No es muy osado mentir así? —Le devolvió la pícara mirada.

—Mañana partiré a Londres muy temprano, iré a caballo para pedir una licencia especial, así no tendremos que enfrentar a todos los que ahora deben estar queriendo degollarnos vivos. Regresaremos juntos cuando ya estemos casados, así nadie podrá protestar.

—Una digna salida de Jacob Peasly —suspiró—. ¿Algún día cambiarás, mi dulce amor?

—¿Deseas que cambie? —preguntó tozudo y ella meditó, para luego negar con una sonrisa, mientras se deleitaba en ese gesto de reclamo que adoraba—. Sadice me ha dado tu mano, tú has aceptado mi proposición... Solo apresuraremos la fecha de la ceremonia para evitar el escándalo. ¡Por Dios cada segundo es más difícil respetar la petición de tu tío de conducirte virgen al altar!

—Mi tío no lo dijo con todas sus letras...

—Pero fue bastante persuasivo... Dio a entender que si tocaba uno de tus cabellos de algún modo indecente me haría pasar a mejor vida. Me pregunto si él cumplió a rajatabla con el requisito de la castidad.

Annalise se carcajeó, sabía bastante del inicio romántico de sus tíos, Belle era muy abierta con ella, como una gran amiga confidente.

—Mi tío quiere un compromiso medianamente largo, pero no nos engañemos, ni en sus sueños es una posibilidad. Deseo ser tu esposa ahora mismo —lo sujetó de las solapas y lo acercó para besarle los labios con ternura, y él se dejó saquear la boca, sorprendido de lo rápido

que aprendía.

—Solo una cosa me preocupa —le susurró con el rostro muy cerca cuando recuperaron el aliento.

—Dime qué, esposo mío —jugó, y se tomaron de la mano para acercarse a las puertas abiertas de la propiedad, donde un ama de llaves aguardaba.

Como no sabían que los dueños arribarían ese día, el escueto servicio seguía en sus ocupaciones y no bajaron a recibirlos. Ambos lo prefirieron así.

—La boda será íntima, y no sé si soñabas con una ceremonia fastuosa —chasqueó la lengua detestando terminar en un casamiento que no alcanzase las expectativas de Annalise.

—Tonto —le dijo con cariño—, sueño con el día en que no exista impedimentos para estar juntos. Mientras no nos casemos viviremos bajo el acecho de gente como Ferdinand o Thomas y sus ardidés...

—Mi tío no volverá a molestarte. Te lo garantizo —afirmó con seriedad—. Y a Thomas espero que ya le haya quedado muy claro que jugar con las prometidas de otros es muy peligroso.

—Sigues siendo un salvaje —lo expuso y se ruborizó. ¿Sería un salvaje igual en el lecho? Al traspasar la puerta lo único que deseaba era que llegaran a los aposentos para encerrarse y continuar las artes amatorias que compartieron en el carruaje. Ser la menor y única soltera de su amplio grupo de amigas, con un humor muy particular, planteaba muchas interrogantes sobre lo que ocurría en la intimidad de un hombre y una mujer, misterios que se moría por terminar de develar.

—¿Por qué te ruborizas, mi bien?

Oh, si supiese lo que ella tenía en la cabeza...

—Muchas emociones fuertes —se justificó y suspiró.

Añoraba el momento en que Jacob se desvistiera delante de sus ojos y pudiera recorrerlo por completo al fin, ardía en deseos de saber qué había debajo de su elegante atuendo de remero de Oxford. Lo anterior, solo era una de las tantas aspiraciones que albergaba para aquel día, que se resumían en un baño de agua caliente —si era con él sería mejor aún—, una abundante comida y una noche completa a su lado, entre la suavidad de las sábanas y la tersa piel de Jacob... Se ruborizó ante las ideas que poblaban su estimulada mente, tras el preámbulo ardiente que su prometido tuvo la bondad de mostrarle.

Después de llegar a la planta alta, Jacob la acompañó hasta la habitación principal, abrió las puertas de par en par y le susurró con un ademán que la invitaba a entrar:

—Aquí dormirás esta noche, lamento que no pueda ofrecerte una doncella, pero el ama de llaves podrá asistirte...

Annalise se quedó paralizada y no pudo dar un paso. La fantasía de contemplar a la luz de las velas el cuerpo varonil de su prometido se esfumó como una nube que se deshace en segundos.

—Puedo arreglarme sola —contestó tras salir de su asombro. Se vistió sin ayuda todo el tiempo que vivió modestamente con su madre. Aunque su atuendo era más complicado en ese momento que en el pasado. Sin embargo, ese no era el motivo por el que su corazón terminó alicaído—. Pero...

—¿Sí, amor?

—¿Dónde dormirás?

—En uno de los dormitorios de invitados.

—¿Y la habitación contigua? —La casa poseía un cuarto para la señora y otra para el señor

que se comunicaba por una puerta.

—No estamos casados, Anna, no sería propio.

—Jacob, me presentaste al ama de llaves como tu baronesa, ¿no lo verán extraño los sirvientes? ¿No suscitará tal información ciertos murmullos?

—He dicho que son discretos, si se lo preguntan no lo externarán y tampoco lo compartirán con nadie.

—Pero, Jake... —Se sentía como Eva en el paraíso tentando a Adán—. ¿No sería menos sospechoso si durmiéramos juntos?

El curveó la boca en una maliciosa sonrisa al percatarse de su apuro, y no pudo evitar enlazarla por la cintura, conducirla al interior y cerrar la puerta detrás de sí.

—Deseo respetarte hasta que estemos casados, pero me haces la tarea particularmente difícil. —Le asaltó los labios sin previo aviso, arrinconándola contra la pared.

Ella no protestó, adoraba que él saqueara su boca sin nada de decoro.

—Es que tu plan tiene un fallo. —Trató de justificarse—. ¿Recién casados que duermen en extremos opuestos de la propiedad?

—Dormiré aquí esta noche, pero con una condición...

El corazón de Annalise se agitó, la única condición que anhelaba era ser amada.

—No consumaremos el matrimonio hasta que esté debidamente efectuado. O lo que es lo mismo, aguardaremos hasta estar casados para intimar... más a fondo.

—Si es lo que tu código moral te exige, no lo rebatiré o pareceré una desvergonzada —se ruborizó todavía más—. Futuro esposo —protestó—, me cuesta tanto entenderte. Serás un reto que aún no tengo idea de cómo sobrellevar. Te controlas en los momentos más inadecuados, justo como ahora. En cambio, cuando Thomas te provocó no tardaste en darle su merecido.

—Tú me importas, Annalise. Quiero empezar nuestra vida juntos con un proceder correcto. Si compartimos un juego como el del carruaje en la habitación, no podré evitar llegar hasta el final. No soy de piedra, por muchos preceptos morales que tenga.

—Ansío más, Jake. Tu cuerpo unido al mío... Como lo hacen los esposos, lo quiero todo. —Parecía un tomate de tan roja, pero soltó lo que pensaba.

—¿Crees que no lucho contra los deseos de poseerte? Debo mantenerte honorable.

—¿Temes no cumplir tu promesa? ¿Por eso no quieres dar un paso que sería irreversible?

—Oso no me lo perdonaría —aceptó lo que le preocupaba—. Le juré que iba a respetar tu pureza.

—No lo hiciste en el carruaje —recalcó con un puchero.

—Busqué una salida para que los dos nos liberáramos un poco del fuego que nos estaba quemando, y créeme, necesité de toda mi fuerza de voluntad para no tomarte.

—Oh, mi hombre arrebatado. —Lo abrazó con un cariño inmenso, desbordante—. Eres imperfecto, grandioso a veces; otras, impetuoso, salvaje y la mayoría de las ocasiones un admirable caballero. Quizás se deba a lo mucho que lastimaron tu alma en el pasado. No obstante, eres honesto conmigo y siempre me hablas con la mano en el corazón. Eso lo valoro. Te amo.

Conmovido se humedeció los labios, era reconfortante oírla expresarse así.

—Te amo, mi princesa de nieve. Quizás me equivoqué en escoger ese nombre para ti. Eres la persona más cálida que conozco y será un honor compartir el resto de mi vida contigo.

—Busca a Normanby.

—¿Qué dices?

—Mañana cuando vayas a Londres, reúnete con Normanby. Es el único que nos apoyará en esta locura. Siempre ha estado de nuestra parte y es el más conciliador. Necesitamos un aliado. Y, aunque Rose y Belle nos secundan, no podemos enfrentarlas con sus esposos. Tampoco es justo que preocupes a tu madre y a Daisy hasta que resolvamos el inconveniente.

—¿El inconveniente?

—Dar el sí en un altar. Porque para mí, con consumación o sin ella, ya eres mi esposo Jacob Peasly, mi ardoroso barón Peasly.

—¿Crees que nos perdonen por huir antes de formalizar nuestra unión?

—Los demás tendrán que perdonarnos cuando ya estemos casados. Mi tío y Oso serán nuestros detractores, pero cuando les presentes los papeles del matrimonio estoy segura de que suspirarán de alivio.

—Tiene que ser. Y ahora olvidémonos de todos... Quiero tenerte solo para mí, así de egoísta soy. O de otro modo no sería tan reconfortante mi atrevimiento, te he robado a la vista de tus protectores, aprovechando la algarabía de uno de los más esperados eventos de la temporada social —agregó con ironía, muy seductor—. Me quedé con el triunfo de la *Boat Race* y me llevé a la dama más hermosa.

La alzó en brazos sin previo aviso, sorprendiéndola. Y ella soltó unas alegres carcajadas cuando la arrojó con suavidad sobre la cama.

—Hasta donde me han instruido, las reglas no se hicieron para romperse, milord. —Jugó con uno de los mechones que escaparon de su recogido y sin darse cuenta terminó mordiéndolo ante la mirada irreverente del barón, que estaba a punto de mandar sus preceptos al demonio. Cada segundo se le hacía más difícil mantener su posición de conservarla intacta hasta la boda.

—Eso creí toda mi vida, hasta que el hombre supuestamente más recto y de moral intachable me demostró cuan engañado crecí. Ahora mis reglas las hago yo.

—Entonces yo también haré las mías.

Se alzó sobre sus rodillas, equilibrando el peso en el mullido colchón y comenzó a desabotonar la camisa de su prometido.

—Tal vez a esta hora ya somos un escándalo... —Intentó prevenirla para actuar con cautela.

—O quizás uno de los escapes secretos mejor guardados de Londres...

—Desconocemos a lo que nos enfrentamos. Pero, nos queda la integridad de saber que estamos haciendo lo correcto. —Trató de mantenerse firme y no sucumbir ante la joven que lo seducía de modo inocente e inexperto, y eso lo enloquecía todavía más. Entre ellos todo era natural, sin ensayos, ni poses, sin premeditación. Los dos eran castos, y cuando se entregaran iba a ser la primera vez de cada uno.

—De acuerdo —aceptó mordiéndose el labio, ante lo impenetrable que era Jacob cuando tenía una resolución—. Sin embargo, no me reprenderás por ocuparme de tus heridas.

—Eso estaría muy bien. Mi ayuda de cámara trató de componerlo, pero no quedaba mucho tiempo antes de la carrera.

Ella terminó de desabotonar la larga hilera y después se deshizo de la prenda que había debajo. Admiró la figura de Jacob, estrecha hacia las caderas y ancha en la espalda, fibrosa por donde quiera que se tocara, resultado del arduo entrenamiento para mantener a su equipo invicto año tras año. Y en el abdomen, dos moretones del tamaño de la huella que dejó un puñetazo arruinaban el delicioso paisaje.

—¿Duele?

—Da igual. —Jamás iba a aceptarlo, prefería admitir lo que fuera excepto que Thomas

también lo había lastimado.

Annalise deslizó la yema de sus dedos a lo largo del abdomen desnudo de su amado.

—Iré con la cocinera para pedirle unas hierbas, veré si tiene árnica o lavanda... O exploraré en la cercanía.

—¿Caminarás sola para buscar las hierbas? Ni siquiera conoces el terreno.

—Puedo arreglármelas.

Se olvidaron del tiempo, de las horas. Revolvieron la cocina en busca de algunas plantas, con las que Annalise, preparó un ungüento. La muchacha embadurnó el torso de Jacob y dio unas pinceladas a las heridas del rostro, prometiéndole que quedaría bien muy pronto. Después deambularon por el campo, como dos enamorados, haciéndose mil promesas de amor, sin la presión de las carabinas a las que los había sometido el breve cortejo. Al final, se tumbaron sobre el suave pasto, y mientras él le acariciaba la frente con una tierna margarita, hablaron en total libertad, sin las presiones habituales del restrictivo estilo de vida para dos personas de la posición de ambos.

—Háblame de tu niñez, ¿cómo eras? —preguntó él.

—Feliz, fui muy feliz, mi padre adoptivo era algo estricto, pero mamá se encargó de que mis días fueran una aventura. ¿Y tú? ¿Fuiste dichoso?

—Mi padre también fue estricto, quedaba poco tiempo para la diversión, y yo era voluntarioso por naturaleza. Todo mi tiempo estaba ocupado en alguna actividad: esgrima, tiro al arco, aritmética, historia, equitación y qué decir de las largas horas que me tuvo aprendiendo de memoria los versículos de la Biblia, y obligándome a prometer que sería un hombre recto. Hoy agradezco estar preparado. No obstante, me habría gustado tener un par de horas libres para correr, jugar, para ser un niño. Por eso era tan rebelde... Necesitaba con ansias tener libertad... Quiero ser un padre diferente... Mamá, en cambio, siempre fue mi remanso de paz. Doy gracias a Dios por ponerla en mi vida.

—¿Cuántos hijos deseas tener?

Él le rozó el vientre con la misma flor.

—Los que tú quieras darme.

Y volvieron a besarse hasta que la medida del barón ya no pudo estirarse, negó y se puso de pie, tomándola de las manos para elevarla.

—Vamos... Creo que los dos necesitamos un baño y cambiarnos de ropas... Debe haber algo en los armarios que nos pueda servir. Podemos seguir conversando dentro de la enorme tina llena de agua caliente. Tú me has cuidado a mí con todos esos ungüentos que has tenido la bondad de preparar, es hora de que yo te consienta a ti.

Ella recordó la enorme bañera de bronce en un área del dormitorio.

—¿Tomar un baño? ¿Juntos? —El corazón comenzó a latir apresurado de premura, de anticipación...

—Sí —le susurró con picardía.

Jacob era impredecible.

Capítulo 24

Cuando entraron con dos amplias sonrisas en sus juveniles rostros, sin importarles que en Londres los destinos de sus familias ardieran, porque ellos habían decidido escapar para dar rienda suelta al amor, a la pasión y cada emoción que los consumía, no previeron el escenario que iban a encontrar. El ama de llaves trató de prevenirlos, pero la visita hizo acto de presencia dejándolos con las bocas abiertas. ¡Nadie, salvo Aurora, conocía del lugar y ella no iba a delatarlo! Eso aseguró Jacob, pero no contó con que su madre iba a aparecerse ahí.

—¿Mamá?

—¿Jacob Peasly? Supongo que no me esperabas. Señorita Everstone... —pronunció Aurora. Annalise la saludó, mientras con sus manos trató de componer su recogido, algo avergonzada—. Rose está a punto de darle el patatús y a Emery —dijo para referirse a su yerno—, jamás lo había visto tan disgustado.

—¿Cómo sabía dónde encontrarme, madre? —Apretó los dientes ante la idea de que alguien del personal hubiese mandado un aviso—. ¿Algún sirviente...?

—Solo fue una corazonada. Rogué porque estuvieras aquí y no en una posada donde alguien podría reconocerlos, ya que no volviste a Peasly House. Enviaré una nota a tu hermana para que trate de aplacar a su esposo, él y lord Sadice están a punto de viajar a nuestras tierras.

—Madre, por favor, regrese a Londres. Todo está bajo control. No necesitamos que venga a solucionar...

—Espero que no la hayas corrompido —continuó Aurora—. Será la única manera de evitar que su tío te rete a duelo. Rose ya lo está negociando, porque al robarla te has granjeado un grupo importante de enemigos... Lord Sadice, lord Norfolk y lord Normanby parecen perros furibundos tras tu pista...

—¿Lord Normanby? Pensé que estaría de nuestro lado —intervino Annalise—. Lo siento, milady. No quise causar tantos inconvenientes... Y sí, sigo siendo pura, Jacob es un caballero. No me tocaría ni uno solo de mis cab... —No pudo terminar, sintió que se le enredaba la lengua y, de pronto, le faltaba el aire al recordar que, aunque técnicamente seguía siendo virgen, el barón no se había comportado como un santo.

—No te culpo de nada, mi niña. Si he venido a toda prisa, con la esperanza de encontrarlos, es para que nadie ponga en tela de juicio la honorabilidad de ambos, si es que es del todo posible —añadió percibiendo cómo se miraban, cómo había un vínculo sólido e irrompible entre los dos que no solo se lograba con recitarse tiernas palabras de amor. Era evidente que compartieron cierta intimidad.

Jacob bufó al escuchar a su madre. No importaba cuánto Annalise trató de seducirlo para llevarlo a la cama, tenía esa apariencia angelical que había conquistado el apoyo de su madre.

Los tres escucharon unas ruedas en la entrada y se temieron lo peor, el ama de llaves no tardó en anunciarles que más visitas llegaron. La casa no solía recibir visitas y en esa ocasión todos arribaron al mismo tiempo.

—Oh, por Dios. ¿Será que el vizconde me ha seguido? Será un desastre —musitó Aurora con un hilo de voz temiendo por su hijo—. Sostendré hasta el último de mis días, así termine en el infierno, que yo estaba dentro del carruaje que juntos abordaron... Y que todos hemos venido

aquí para sosegar los ánimos.

—Madre, agradezco su intención, pero no la usaré de escudo, me haré responsable de mis actos —dijo con rectitud.

Annalise sintió un frío recorrerle la espina dorsal ante los temores de aquellos dos, no podía permitir que su tío y Jacob se enfrentaran... No podía perder a ninguno, ni consentir tal atrocidad.

Todos respiraron de alivio cuando dos damas elegantes se plantaron ante ellos aún con sus sombreros, ridículos y guantes, una de las dos estaba visiblemente embarazada.

—¿Rose? ¿Belle? ¿Y dónde están Oso y Kilian?

—Han viajado a las tierras del vizcondado y con Dios de nuestro lado tardarán más de lo necesario en volver. Están convencidos de que Jacob se ha llevado a Annalise a sus tierras para casarse con ella sin el beneplácito de la familia.

—Eso es absurdo, Sadice ya había dado su autorización —terció Aurora en defensa de su hijo.

—Pero no para que Jake la raptara de modo poco honorable. —Rose estaba a punto de tomar su abanico y golpear a su hermano por su reprochable comportamiento—. Deben volver a Londres cuanto antes, es necesario que se casen antes de que Oso y Sadice estén de vuelta.

—Tampoco será tan fácil, Norfolk y Normanby siguen en Londres. Sadice los dejó a cargo de darte un escarmiento si te ven aparecer antes de que ellos vuelvan —se aventuró Belle, acercándose a Annalise—. No es que Kilian sea intransigente, deben entender su posición, él solo pretende proteger el honor de nuestra familia.

—Lo sé —admitió Jacob—. En su lugar haría lo mismo. Aceptaré con honor si decide que la única forma de reparar la reputación de los Everstone es mediante un duelo.

—¡Ay, por Dios, no! —gritaron Aurora, Belle y Rose al unísono.

—¿Acaso los hombres no conocen un método menos beligerante de saldar sus cuentas en común? —protestó Aurora—. Es más sencillo que repares la ofensa casándote con la mujer que amas y así todos seremos felices y tendremos un poco de la anhelada y merecida paz.

—Yo lo único que deseo es casarme con Annalise, es lo que he ansiado desde que la conocí —admitió Jacob—. Mis intenciones son serias y honorables. La amo, la adoro y la respeto, y pretendo hacerlo hasta el último de mis días.

Las damas, a excepción de Annalise, suspiraron aliviadas.

—¿Estás bien? —le preguntó Belle a su sobrina al ver la agonía en su rostro ante las palabras pronunciadas con respecto al duelo—. ¿Es esto lo que deseas? ¿Casarte con Jacob Peasley?

—Sí, lo amo —confesó—. Además, ya no quiero causarle más disgustos a mi tío y a Oso. Se han portado muy bien conmigo y no he hecho otra cosa que darles dolores de cabeza —agregó con pesar.

—Sadice y Oso lo tienen bien merecido —bromeó Rose cruzándose de brazos—. Cuando eran dos mozalbetes causaron muchos sinsabores a las familias de sus prometidas. —Belle y ella compartieron miradas cómplices—. Apuesto a que fueron más atrevidos de lo que lo has sido tú, hermano.

—¿Oso me perdonará? —preguntó Jacob, más que arriesgar su vida en un duelo, lo que más le remordía en la conciencia era defraudar a Emery.

—Oso está iracundo, pero sabe que amas a Annalise. Ha acompañado a Sadice porque está entre la espada y la pared. Pero, bajo concepto alguno permitiría que tu integridad física fuese dañada —admitió Rose que conocía bien la lealtad de su esposo hacia los suyos.

—Vamos a Londres, tórtolos —exhortó Belle—. No hay tiempo que perder, tenemos una boda que preparar.

—Espero que el invernadero esté repleto de las rosas *blushing girl* —dijo Annalise para referirse a la creación de la marquesa.

—Estás de suerte —atajó Rose—, este año la floración se ha adelantado. Supongo que serán suficientes para embellecer la iglesia.

—Pediré una licencia especial hoy mismo —apuró Jacob emocionado a pesar de las circunstancias.

No le importaba tener que recurrir a sus familiares con altos cargos en la iglesia y cercanos al arzobispo de Canterbury con tal de conseguir el documento con la inmediatez que necesitaba. Lo haría en persona, no requería a Ferdinand para ello. Era un barón con excelentes conexiones, su futura esposa tenía lazos de sangre con uno de los duques favoritos de la reina. Su tío obispo y su primo cardenal tendrían que ceder, lo ayudarían; también les convenía mantener un vínculo sólido con Jacob.

Usaría su poder o los medios a su alcance para llevarla al altar cuanto antes. Convertirla en su esposa era un sueño que guardó durante algún tiempo y estaba por hacerse realidad.

Capítulo 25

Con el beneplácito de Normanby, quien juiciosamente estuvo de acuerdo con que una boda, antes de que volvieran el marqués y el vizconde, era lo más apropiado, la familia de los prometidos se dio cita en el altar. Norfolk fue más difícil de convencer, pero su hermano y Marybeth hablaron con él hasta que no tuvo más remedio que claudicar. Así que también se volvió aliado de los jóvenes, estaba decidido a que ese amor triunfase y no sucumbiese como el de Trevor y Lisa. Sabía que Sadice se lo agradecería en el futuro.

Los cotilleos de Londres seguían su curso y ninguno refería la venturosa huida tras la competencia de remos de los enamorados.

En cuanto Jacob tuvo en la mano la licencia, decoraron la iglesia con las rosas *blushing girl* y se alistaron para el gran momento. Los novios lucían distinguidos, pero rebosantes de juventud. Él con un frac tan negro como la noche y ella con un vestido de muselina, igual de blanco que el brillo de la espuma en la superficie del mar.

El amor era el accesorio que no les podía faltar, sus semblantes se iluminaban de ese incomparable sentimiento que los tomó de la mano cuando se conocieron, ese que los condujo por un pasaje lleno de sobresaltos hasta el ansiado final.

La iglesia era el escenario perfecto: romántico, iluminado y perfumado con rosas.

Cuando el rector de Saint George comenzó con el sermón, Annalise se llevó una mano al corazón, habría dado todo por no haber tenido un desenlace atropellado y que Kilian y Oso fueran testigos de su dicha. Era lo único que faltaba para ser inmensamente feliz, pero sabía que el tiempo se encargaría de limar esas asperezas y que la familia volvería a ser la misma.

De un lado estaban Aurora, Daisy con Pembroke, Rose, y los duques de Weimar. Del otro, Marybeth, Norfolk, Belle y los condes de Allard.

Annalise respiró hondo y se dejó envolver por las palabras del religioso. Normanby lucía galante, estaba listo para entregar a la novia cuando hicieran la pregunta. Y ese momento no tardó en llegar. Apreciaba a Normanby, era un caballero en toda la extensión de la palabra y un gran ser humano, en el tiempo que convivieron como familia logró conocerlo más.

Pero todo ese afecto no empujaba cada gesto de verdadera devoción, llevado a cabo por su tío. Este último, la recibió como un padre, a pesar de que no tenía edad para ser su progenitor; y la cuidó como uno, en cuanto tuvo la certeza del parentesco. Y esa gran relación con Edgar Payne, marqués de Normanby, tampoco atenuaba los momentos heroicos que dejaron huellas de Oso en su corazón. Emery la rescató cuando todo estaba perdido, cuando quedó a merced de un pariente ruin, con el que al final descubrió que no la unía ningún vínculo de sangre.

Jacob notó la zozobra de Annalise, a quien una lágrima le resbaló por la pálida mejilla. Y sin importar interrumpir se le acercó presuroso y le susurró:

—No importa las vicisitudes que hemos tenido para llegar aquí, si la boda no te complace la detenemos. Sé que puedo convencer a tu tío de escucharme. ¿Querrías que ellos estuviesen presentes? ¿Es eso?

—Sí, pero tampoco quiero dilatarlo más o provocar que terminemos en una tragedia. Como dijo Rose, y como tú y yo pensamos antes... Si a su regreso nos encuentran casados, será más fácil para los dos dejar las desavenencias en el pasado.

—¿Entonces estás lista?

—Siempre, mi amor.

Jacob se disculpó con el rector, quien empezaba a impacientarse, y le pidió que prosiguiese.

—¿Quién entrega a esta mujer a este hombre? —preguntó el obispo con tono ceremonioso.

—¡Yo! —contestaron al unísono dos voces altas, claras y fuertes antes de que Normanby alcanzara siquiera a separar sus labios.

Los invitados se volvieron para ver a lord Sadice y lord Oso. Annalise se secó la lágrima y sonrió de felicidad al ver que no quedaba sombra de hostilidad en sus rostros.

Rose sonreía con los brazos cruzados sobre el pecho, le había escrito a su esposo avisándole que la boda iba a efectuarse con o sin la autorización de él y de Kilian, y que si no querían perdérsela debían dejar de comportarse como dos salvajes justicieros del honor y apresurarse para llegar a tiempo.

Los dos caballeros tuvieron mucho qué reflexionar en el camino de vuelta y terminaron por aceptar que no deseaban perderse la ceremonia. Después de todo, era evidente que Annalise y Jacob se amaban y que estaban haciendo lo correcto al convertirse en marido y mujer, hasta que la muerte los separase.

Oso adoraba a Jacob, no podía estar más feliz al verlo entregado en cuerpo y alma a la mujer que eligió para ser su compañera de vida. Y Annalise, lucía radiante. ¿Se podía pedir más? El matrimonio era un camino sinuoso, pero igual uno lleno de bendiciones. Los jóvenes los tendrían a Rose y a él para ofrecerles guía y consejo siempre que lo necesitaran.

Kilian también estaba contento, incluso, una lágrima amenazó con escurrirse de uno de sus ojos y tuvo que mantenerla a raya, para no dañar su pétrea reputación. Pensaba en Trevor. Un padre debía entregar a su hija en el altar, más uno que no estaba ahí porque dio todo por amor a su pequeña familia, y al final no lo logró. Respiró hondo y se sintió complacido. Annalise había hecho un estupendo matrimonio, Peasly se veía que tenía un noble corazón, y que la amaba sinceramente. Así que él había cumplido. No le falló a su querido hermano.

Al final había triunfado el amor, el más puro, tierno y arrebatado amor...

La ceremonia fue un sueño hecho realidad, un cuento de hadas, la mejor celebración que Annalise había tenido. Y después, Peasly House fue el escenario perfecto para que amigos y familiares se reunieran a celebrar.

—Lady Peasly —le dijo su suegra cuando Anna entró a su nuevo hogar llena de ilusión con Lila en brazos—. Querida hija, bienvenida...

—Oh, milady, es usted tan bondadosa, pero no quiero invadir su espacio —le dijo con vergüenza. Consideraba que era muy fea la tradición de asumir el rol de dueña de casa, teniendo que presenciar que la baronesa viuda dejara el mando en sus manos.

—No lo veas así, este ahora es tu hogar. Y estoy segura de que te hará más feliz a ti que a mí. Yo no veo el momento de empezar una nueva vida en Fountain House.

—Nos encantará tenerla en Peasly House.

—No me perderé del todo, pero igualmente tengo varios viajes en puerta y Fountain House será el sitio perfecto para recuperarme de ellos. Confío en que serás una estupenda baronesa, y siempre que me necesites, volveré junto a ustedes. Muy pronto conocerás la razón de mis ausencias.

—Oh —exclamó recordando las revelaciones de Jacob sobre el enamorado de su madre, el

capitán de barco—. Me encantaría.

—¿Me permite abrazar a mi nieta, lady Peasly? —preguntó Marybeth con una sonrisa de orgullo y alegría.

Aurora las dejó a solas y fue a felicitar de nuevo a su hijo.

—Pequeña, no olvides todo lo que hablamos sobre la noche de bodas. No seré cómo mi madre, que me reveló acerca del acto marital poco o nada, y lo que me dijo fue más bien un estorbo. Ustedes son jóvenes y llenos de bríos, deben disfrutarse sanamente. Con tu abuelo no fui muy dichosa en el lecho, era un egoísta que solo pensaba en su propio placer. Gracias a Dios cuando enviudé tuve mejor suerte...

—Abuela... —dijo Annalise sonrojándose y mirando hacia los lados para comprobar que nadie las había escuchado. Marybeth no era la abuela tradicional, pero en el fondo, Anna adoraba que fuera así, sin prejuicios y restricciones debilitando la relación. Tenían una comunicación sincera, que las acercaba cada día más.

Previo al casamiento, Marybeth tuvo una conversación con ella sobre lo que ocurriría en la primera noche. Annalise la vio tan ilusionada por darle la información pertinente, que no quiso adelantarle que sus queridas cuñadas y su tía Belle, ahondaron bastante en ese tema. Se veía que su abuela estaba disfrutando de brindarle sus consejos y la escuchó hasta al final.

—Nena, no seas tan pudorosa. En el lecho debes ser una tigresa, incendia a tu barón. Créeme, todo está permitido, no te irás al infierno por eso. Ahora dame un fuerte abrazo, y sigue disfrutando de la fiesta. Sabes cuánto te amo.

Cuando se abrazaron y la vizcondesa viuda le reiteró que siempre podría contar con su apoyo y su cariño, Annalise agradeció por tenerla en su vida, a ella y a toda la familia que creyó que no existía y que de pronto brotó como agua de manantial para colmarla de dicha.

Con el rabillo del ojo vio a Jacob presentarse delante de su tío, su nuevo esposo era valiente, y no iba a ignorar que debía ofrecer una razón convincente a Kilian que justificara su impulso de llevársela el día de la carrera, y exponerlos a todos al escándalo. Pero, mientras Jake intentaba explicarse con la rectitud que caracterizaba sus maneras, su tío, serio y reflexivo, lo contempló inamovible unos segundos...

Más de uno de los invitados, los que conocían de «la fuga» contuvieron el aliento por la misma fracción de tiempo, sobre todo Annalise.

Oso se cuadró en su sitio y los contempló sin intervenir.

Kilian abrió sus brazos sin que nadie viese venir su respuesta...

—Bienvenido a la familia —le dijo a Jacob las mismas palabras que utilizó Aurora con ella, quien no podía estar más radiante al ver que las asperezas quedaron atrás. A Annalise le encantó ver a su tío abrazar a Jacob.

Cuando los recién casados recibieron el cariño de los presentes, por fin pudieron tener un minuto a solas.

—Mi esposa —dijo admirándola—. Mi amada lady Peasly.

—Oh, Jake, estamos casados —susurró aún incrédula, pero con una gran emoción envolviéndola—. Cumpliste tu promesa...

—¿Dudaste en algún momento? —preguntó comprensivo, no le reprocharía si exponía su vacilación.

—Hubo un instante en que fue complicado, pero en el fondo de mi corazón confiaba en ti, por eso fui a la carrera.

—Nunca te fallaré, soy tu esposo y para mí este nexo es sagrado. Sabes que mañana debo

regresar a Oxford y estaré ahí hasta el verano para continuar mis estudios. También sabes que te he pedido acompañarme, porque me niego a separarme de ti. Sin embargo, si prefieres quedarte en Peasly House podríamos vernos en julio... No puedo obligarte —agregó, pero era visible su estado, ante la posibilidad de separarse al siguiente día.

—Iré contigo, muero por conocer las bibliotecas que hay en Oxford... —Ya era asidua a las de Londres...

—Entonces no te revelaré, aún, que nuestra biblioteca tiene libros sobre Botánica que te pondrían en un importante dilema, como el de abandonar a tu esposo para disfrutar de tus nuevos libros y tu propio invernadero.

—Es tentador... —jugó con su paciencia y él adoraba que fuese así, de antemano Jacob sabía cuál sería su respuesta—. Nuestra biblioteca e invernadero podrán esperarme. En cambio, las bibliotecas de Oxford son un universo desconocido que no me puedo perder...

—Te amo —dijo tras una carcajada—. Y yo creyendo que renunciarías a nuestra biblioteca con tal de estar juntos.

Ella también soltó unas alegres carcajadas que daban cuenta de su enorme felicidad.

—Sabes que sí, tonto. No aceptaría separarme de ti, incluso si me lo pidieras.

Una pícara sonrisa se escapó de los labios de Annalise cuando la doncella la dejó a solas con esa estupenda bata que escondía el camisón más delicado y sugerente que jamás vistió. Su cabello suelto y largo olía a agua de violetas y su piel, se sentía muy suave. Previo a la ceremonia nupcial fue frotada con aceites de almendras dulces.

Jacob no tardó en llegar, todavía llevaba el frac que usó en la ceremonia.

Se miraron y sus rostros parecían decir: ¡al fin! Habían anhelado demasiado ese momento y ya lo estaban viviendo.

—No tengo un pasado, no soy experto en las artes de cama y espero no decepcionarte. —Fue lo más honesto que pudo.

—En ese caso, no tienes por qué sentirte en desventaja, soy incluso más inexperta que tú. Al menos tú sabías en donde tocar —comentó al recordar los gloriosos orgasmos que le regaló con sus dedos.

—Tampoco soy un santo, he besado y tocado, pero jamás he llegado hasta el final. Cuando te conocí no quise seguir experimentando, solo anhelé guardarme para ti. Tuve exceso de información muy explícita que no pedí, de la fuente que quizás menos imaginas —agregó abriendo mucho los ojos para darle a entender de quién se trataba.

—Oh —emitió sospechando de lord Oso.

—Alguien preocupado por mi castidad más que yo mismo. Pero en realidad, yo no tenía prisa... Estoy muy seguro de lo que quiero y ahora lo tengo. Ninguna otra mujer alimenta mi deseo como lo haces tú, mi amor. No quise desperdiciar mis ganas en otra cama, voy a vivir esta experiencia contigo... Solo contigo...

Annalise le desató la corbata y después deslizó los dedos por la blanca camisa, deteniéndose en cada botón para pasarlo con lentitud por el hueco de cada ojal.

—Eres mío, Jacob, no lo olvides. Estabas en mi destino —lo sedujo quitándose la bata y dejándola caer, a él le encantaba ese juego.

—Tuyo desde la primera vez que te vi, princesa de nieve.

—¿Y por qué te comportaste tan frío e indiferente?

—Tal vez no quise aceptar que me habías robado el corazón.

Desde que se conocieron, ninguno tuvo ojos para nadie más.

—¿Y ahora, por qué has cambiado de opinión?

—Dos años son suficientes para estar seguro, no importa lo que suceda, nada podrá arrancarte de adentro de mi pecho. Te amo.

Jacob tomó con delicadeza los tirantes del camisón y los bajó por los hombros de su esposa. La inmaculada tela se deslizó a lo largo de su cuerpo hasta terminar en el suelo. Reveló una piel tersa y muy blanca, que competía con el brillo de la luna, que en contraste con la negrura medianoche de su largo cabello hasta la cintura, lo dejaba ante una beldad que no estaba dispuesto a compartir.

Ella sintió cierto pudor cuando los ojos masculinos recorrieron sus delicadas curvas, su pecho poco generoso pero turgente y su abdomen plano. La tomó de la mano y la hizo girar sobre su eje para tener un vistazo completo.

—Me tienes a tus pies, hermosa mujer. —La admiró desde el día uno, cuando llegó famélica a Londres, pero con la misma mirada cautivante, que daba cuenta de la fuerza abrasadora que albergaba su corazón.

La urgencia dominó al hombre, luego de una espera tan larga. Ayudó a su esposa a deshacerse del pantalón y cada pieza que conformaban sus propias vestiduras, y pronto estuvo como Dios lo trajo al mundo, ante la mirada expectante de Annalise.

—Eres perfecto —susurró maravillada. Por fin podía admirarlo completo, después de albergar esa curiosidad desde aquella vez que lo sorprendió a medio vestir mientras blasfemaba, lleno de ira, por haber perdido la carrera de botes en Goldenshadow Castle.

—Soy un hombre, créeme, bastante imperfecto... Pero tuyo... —añadió con modestia.

—Eso solo puede decirlo alguien que ha sido bien dotado por el Creador. Eres bello.

—No, tú eres la bella de los dos. Gracias a Dios o nuestros hijos serían horribles si solo tuviesen la posibilidad de parecerse a mí —jugó, pero era evidente que era consciente de que su aspecto no era nada despreciable.

Jacob era enorme y firme por donde quiera que se le mirara. Annalise ardía en deseos de contemplar su ancha espalda y su retaguardia también.

—Gira, es lo justo —agregó traviesa, después de que él la sometió al escrutinio inicial. Él la complació de inmediato.

«Sí, esa retaguardia era perfecta», pero no lo diría en voz alta, ya había contribuido demasiado a aumentar el ego de su flamante esposo. Guardaría esas impresiones para sí misma, siempre que pudiera mirarlo.

—Creo que la experiencia está demasiado valorada —continuó él—. Ahora siento que el instinto es mi mejor maestro. Voy a adorar cada trozo de tu piel.

—Coincido... —Comenzó a decir, pero no pudo terminar.

Él acortó la distancia, atrapó sus labios y estrechó su cintura, provocando una ardiente cercanía. El calor que desprendían sus cuerpos sirvió para echarle leña a la hoguera.

La tomó en sus brazos como a una ligera pluma y la condujo al lecho nupcial cubierto de pétalos de rosas blancas. Y sin detenerse, su boca buscó desesperado esos firmes pezones que ya se le habían escapado durante suficientes minutos, todos los que duró esa conversación, una tortura. Su lengua clamaba por probarlos...

Ella gimió al contacto de la tibieza sobre sus pechos, cerró los ojos para sentir el suave asedio, pero tuvo que abrir los párpados para no perderse un detalle. Jacob amasando,

chupando y mordisqueando con un apetito voraz, como si de ello dependiese su aliento de vida. La sensación era indescriptible, más placentera que la que sintió en sus anteriores encuentros. El peso de su cuerpo sobre el suyo, como una demoledora roca caliente, su abdomen rozando su resbaladiza intimidad. Lo rodeó con las piernas para disfrutar de más fricción en el vértice entre ambas, mientras él reptaba sobre su cuerpo hacia el sur.

Cuando la boca húmeda y tibia del hombre envolvió su inflamado brote, supo que esa noche iba a marcar un antes y un después. Sin pudor, dominada por el deseo, comenzó a impulsarse contra aquella lengua que la asediaba con un apetito desmedido.

—¡Oh, por Dios! —soltó sintiendo que no podía alcanzar un umbral más alto de placer... Sus pezones se volvieron todavía más duros y afilados, los dedos de sus pies se apretaron, al igual que los de sus manos sobre la cabellera desordenada color miel. Pequeñas explosiones la sacudieron entera y se liberó sobre la intrépida lengua de su esposo, a la vez que sus jadeos cada vez más elevados fueron el premio a su magnífica ejecución. No podía pensar, solo palpar al desenfrenado ritmo de su intimidad, que se fue sosegando tras alcanzar la culminación.

—¿Estás bien, preciosa?

Ella asintió mientras trataba de recuperar el aliento, él también intentó acompasar su respiración. Verla tan desinhibida entre sus brazos, solo consiguió alimentar su deseo. Annalise lo abrazó con fervor, él le regaló una noche fenomenal; pero consciente de que aquel idilio apenas comenzaba. Bajó su mano, hasta apoderarse de la dura hombría que palpitaba contra su palma, la masajeó y a él se le escapó un gruñido ronco de placer. Tanto tiempo reservándose para ese momento, que la anticipación estaba a punto de hacerle vaciarse ante el primer roce de la palma de la muchacha.

Pero, cuando Annalise, valiente, lo hizo girar para que se acostara sobre su espalda con el propósito de tener acceso a la prominente erección, Jacob estuvo seguro de que estaba perdido. Ella bajó con la intención de devolverle la misma atención, al parecer no fue el único que se estuvo informando. Sus amigas casadas debieron prevenirla y asegurarle de ciertos pormenores, porque ella se entregó a cada toque, caricia y beso convencida de que la recompensa era el premio mayor.

Annalise abrió la boca para tomarlo y Jacob cerró los ojos. La envolvente humedad de su lengua era el paraíso y a la vez el infierno en el que se quemaba. Pero no podría contenerse por muchos minutos. Haría el ridículo en su noche de bodas. Ganó tiempo —y la adoración de su esposa— al chuparla con deleite hasta hacerla gritar, pero él no podría soportar la suavidad de su lengua contra su virilidad durante un par de minutos más.

Cuando ella logró capturarlo a la totalidad de lo que pudo abarcar, Jacob dio un jadeo profundo. La sensación era indescriptible y se dejó conquistar por los esfuerzos de su amada. Decididamente, había hecho una buena elección, tenía la mejor compañera en la vida y en la cama. Los años que vendrían a su lado prometían ser llenos de pasión. Annalise no se detenía ante el pudor, estaba dispuesta a experimentar y explorar en bien del placer de ambos.

El barón se dejó consentir, no importaba que ella aún no dominara la técnica, solo el hecho de saber que estaba dispuesta a besarlo en su hombría para hacerlo feliz, y verla disfrutar de probar, tocar y apretar cada trozo de su anatomía volvió aquel encuentro inolvidable. Valió la pena esperar.

A punto de liberarse en su boca, la apartó con delicadeza y se fundieron en un largo beso. Disfrutaría de la fruición que le obsequiaban sus labios hasta el final, en otro momento. Necesitaba enterrarse en ella con desespero, volverse un solo cuerpo, apoderarse de cada sitio

inexplorado.

—¿Quieres...? —No hizo falta que terminara la frase, se entendían con una mirada.

—Yo quiero. —Annalise se tumbó sobre el colchón y abrió las piernas con timidez y lujuria, a la vez. Deseaba a ese hombre y ese encuentro carnal como no ambicionó otra cosa en su vida —. Ven —insistió indicándole donde le apetecía tenerlo. Ese final ya se había dilatado.

Jacob con la emoción desbordándose de su pecho, ante la antelación de alcanzar lo que tanto deseó noche tras noche, se acomodó sobre el cuerpo dispuesto de Annalise.

—Todavía no te escuchas muy convencida —la desafió.

Se posicionó entre los muslos femeninos y deslizó una mano en medio de sus pieles resbaladizas y trémulas, buscó el hinchado botón y comenzó a acariciarlo en círculos con la yema de sus dedos.

—Oh, Jake —gimió cuando sus movimientos precisos encontraron el ritmo exacto que le hacía perder la razón—. No pares —le ordenó y él continuó esmerándose en la deliciosa tarea, hasta sentir que su pareja estaba cada segundo más preparada para recibirlo.

Annalise lo tomó de los hombros y apretó hasta hacerle daño con las uñas. Su rostro se contrajo previo a su liberación, justo cuando él retiró los dedos, dejándole como única opción para satisfacerse su rígida hombría. Jacob acarició su miembro con la mano impregnada de la humedad de su valiente amante y lo guio certero. Cerró los ojos cuando la punta palpitante de su virilidad rozó la entrada de su esposa. Sus bocas se encontraron con furor, resolución, anhelo y amor absoluto. Empujó para enterrarse en la dulce y apretada abertura.

—¡Agr! —gruñó loco y agónico cuando se fue adueñando de cada centímetro. Suya, suya...

Ella se apretó al cuerpo de músculos duros y tensos que la embestía, con un apetito voraz. Su ser se entregó por completo. Impulsó sus caderas para recibirlo y capturarlo hasta la empuñadura. Gimió ante la firme invasión que arrasaba a su paso, ardiente, rígida, imparable. Sintió cómo su hombre la iba llenando, y aunque la sensación quemaba, dolía, estaba tan excitada que se aferró a ese voluptuoso placer, disfrutando como nunca.

Los movimientos se volvieron frenéticos y arrebatados, no hubo espacio para la calma, tal vez en otra ocasión... Jacob la embistió con la misma furia y apetito que ella salió a su encuentro, como si una pasión salvaje se hubiese por fin desatado, una que contuvieron por demasiado tiempo. Con un grito al unísono, se liberaron hasta la última gota, hasta que sus jadeos llenaron la habitación, hasta que los latidos de sus corazones, como corceles desbocados, ya no pudieron resistir más.

La entrega fue abrupta, ansiada, total... Ambos aún jadeaban. Ella por sentirse colmada. Él, dominado por un sentimiento de pertenencia que jamás conoció, la cuidaría como a su ser máspreciado, la protegería con entereza y valentía. Annalise suspiró quedamente y le depositó un beso corto en los labios, estaba tan agotada que pasó de la vigilia al sueño sin darse cuenta.

Jacob con una sonrisa y tratando de recuperar el aliento, rozó la nariz de una adormilada y exhausta Annalise, que complacida continuaba entre sus brazos. Sin abandonar a su amada se acomodó cobijándola para rendirse también. El sueño los venció a los dos.

Su vida juntos recién comenzaba y... El lazo que los unía nada lo podría desatar.

Epílogo

Goldenshadow Castle se vestía de gala como cada Duodécimo Glorioso para recibir a lo más selecto de la aristocracia. Los condes de Allard acogieron en sus tierras durante su evento anual de cacería del urogallo rojo a los duques de Weimar, los marqueses de Bloodworth, los condes de Pembroke, los barones Peasly y demás amigos y familiares, así como otros exponentes de la nobleza. Era la oportunidad perfecta para que algunos compromisos se terminaran de concretar, tras el paso de la temporada social. El final del verano vislumbraba el próximo otoño.

Solo los vizcondes Sadice no estaban ahí, en mayo nació el heredero al título y decidieron resguardarse un tiempo más para disfrutar del pequeño.

La cacería comenzó y muchas damas disfrutaban de ella junto a los caballeros que perseguían a las aves en los campos de brezo. Pero para las menos osadas, la anfitriona organizó un desayuno en uno de los jardines, desde donde podían disfrutar de las bellas vistas al lago.

Annalise se retrasó en bajar, pero decidió quedarse en el segundo grupo, no era amante de la caza y menos de las armas. Además, estaba a cargo de su pequeña perrita a la que no quería dejar al cuidado de alguien más.

—Oh, mira, podrás reencontrarte con tu hermano —le susurró Annalise a Lila, al ver a la condesa de Worcester, Grace, sentada en un sillón al lado de Rose, en la terraza con un cachorro. Se acercó para saludarlas.

—¿Annalise? Pensé que estarías con mi hermano cazando a esas pobres aves que nos servirán en la cena —atajó Rose tras saludarla con afecto.

—Oh, no. Prefiero disfrutar de una mañana tranquila. Lady Worcester —le dijo a Grace y ella le respondió con igual cortesía—, qué curioso cachorro —agregó al contemplar esa raza desconocida para ella, y el animal no tardó en ponerse en alerta y gruñir al descubrir a Lila, pero era tan diminuto que solo conseguía despertar ternura.

—Ha sido una bendición, mi querido primo tuvo buen tino al dejarlo a mi cuidado. Nos hacemos compañía —agregó y su mirada reflejó la tristeza.

—Oh, creí que pertenecía a la misma camada de Lila —comentó refiriéndose a su perra, pero era evidente que el pequeño y tierno can de lady Worcester, distaba de ser un Cavalier King Charles Spaniel como el suyo. Guardaba más similitud con un pequeño zorro dorado o hasta con una rata. Se reprendió por ese último pensamiento, que no tenía la intención de ser descortés.

—Hermanos de crianza, tal vez, según me explicó. Este perrito fue traído del otro lado del mar. Pero no hubo modo que se acoplara con los perros de la casa donde vivía, ni siquiera con los Cavalier que son de ánimo tan tranquilos. —El can seguía gruñendo en señal de advertencia—. Tiene un carácter complicado.

—Espero que usted lo pueda sosegar, se nota que solo está nervioso, pero es un noble animal.

Annalise sabía que Grace estuvo muy alejada de la sociedad. Rose comentó que, con tal de apartar a su prima de los problemas que le robaban la tranquilidad, intercedió ante la condesa de Allard y la duquesa de Weimar para que la incluyesen en todas sus invitaciones. Con el objetivo de ver si una vida social más ocupada la ayudaba a florecer. Aún no tenía hijos, y sí, el cachorro era su pequeño compañero, lo mimaba con afecto. Aunque tampoco suponía un problema que Grace no tuviera descendencia, el título de su esposo estaba asegurado en su rama de la familia,

pues el viejo conde tenía un hijo de su primer matrimonio que lo sucedería.

Rose invitó a Annalise a quedarse, pero notó que las primas estaban tocando temas íntimos e importantes, además tenía dentro de su retículo algo que debía devolver a su dueña. Y ya la había divisado también entre las invitadas. Tras disculparse se alejó en busca de lady Laetitia Percy.

La hija del duque estaba sola en una de las mesas, cabizbaja, con su mascota abrazada en su regazo; mientras las otras debutantes reían en otras áreas y compartían las experiencias de la temporada.

—Lady Laetitia, que alegraría verla otra vez.

—Lady Peasly —la llamó por su nuevo título y bajó apenada la cabeza, como si no deseara hablar de lo ocurrido en el pasado.

—¿Puedo sentarme a su lado?

—Por supuesto.

—Tengo algo que le pertenece. —Annalise le entregó de vuelta la carta a Laetitia, quien por un minuto tuvo un soplo de fe reflejada en el rostro—. Lamento el estado en que se la hago llegar, pero hubo unos inconvenientes. Sin embargo, le juro que nadie la leyó.

Laetitia no entendió al principio, pero al abrir el sobre, comprendió a lo que se refería, y al mismo tiempo, todo resquicio de esperanza de que fuese la respuesta que tanto anhelaba desapareció.

—¿No pudo entregársela a John Thomas?

Annalise no supo cómo decirle que él no la quiso, pero quedarse callada y guardar esa información podría traer consecuencias lamentables para la joven, quien le agradaba. El dolor se reflejaba en su semblante.

—El señor Thomas no la aceptó, siento ser portadora de esta noticia.

La cara de Laetitia cambió, parecía que había tragado hiel, después respiró hondo y trató de recomponerse. Pero una lágrima se escurrió de uno de sus ojos y tuvo que atajarla con rapidez.

—Thomas es muy precavido, seguramente no quiso que quedásemos comprometidos con mi evidente falta de tacto. Supongo que fue descabellado de mi parte pedirle que le llevase esta carta. Por favor, le pido que...

—Cuenta con mi discreción. De mi boca no saldrá una palabra al respecto.

—Thomas nunca rechazaría mis letras, es solo que sabe que no fue apropiado mi proceder. No me juzgue, por favor.

A Annalise se le inundó el corazón de pena, era evidente que a Laetitia le costaba aceptar el desprecio de ese canalla. Se preguntó qué artimañas habría usado para que ella se sintiese así, atada a él.

—Jamás lo haría —le aseguró con sinceridad, notó que la joven estaba ciega de amor y justamente de quien no merecía sus sentimientos.

—Tuve noticias de Thomas, escuché que regresó a Kent antes de que terminara la temporada porque sufrió un asalto en la ciudad y volvió a la finca de los Leeds para recuperarse. En cuanto acabe nuestra visita a los Allard, mi familia marchará también al campo. Ardo en deseos de volver a Kent, donde podré visitar a Thomas y saber de su salud. Todo será como antes —agregó tratando de recuperar la ilusión que se percibía tan frágil desde la posición de Annalise.

—Le deseo lo mejor.

—Igualmente, yo... Lamento habernos conocido en estas circunstancias, siendo la «casi» anterior prometida de lord Peasly; pero ese compromiso nunca lo quisimos ninguno de los dos. Él la eligió y estoy feliz por su matrimonio. Yo, por mi parte, no deseaba casarme con la persona

que escogió mi padre porque amo profundamente a Thomas. Jamás fui su rival.

—No tengo nada que objetar con respecto al compromiso que no llegó a su término. Fueron situaciones del pasado que por fortuna, usted y mi esposo arreglaron, por eso le reitero mi amistad. —Quería insistirle, en que Thomas no era un buen hombre, que no merecía ni su preocupación ni su congoja, pero no le correspondía y no pudo por el momento hacer más. Quizás si la amistad entre ellas crecía, podría sincerarse a futuro.

—También me gustaría ser su amiga. —Sonrió con tristeza y acarició a Tobias que le lamió una mejilla en señal de apoyo—. Hay algo más... No sé si lord Peasly lo sepa, pero creo que es importante ponerlo sobre aviso. Su tío, el señor Peasly, fue quien chantajeó a mi padre con revelar el secreto de mi familia si no obligaba a Jacob a casarse conmigo. Supo de mi afecto por Thomas. De lo contrario, papá no hubiese presionado.

—Por suerte, su progenitor y mi esposo arreglaron sus diferencias —agregó Annalise reflexionando en el dato recién obtenido. Lo mejor de todo, era que Clarence se comportó como un hombre honrado, y Jacob y el duque pudieron poner fin a su sociedad repartiendo los bienes de forma equitativa y legal—. En cuanto al tío, mi esposo ha tomado medidas para que no influya nunca más en sus decisiones. —En realidad, hacía mucho tiempo que no se visitaban, desde que Jacob levantó una barrera entre los dos, por la forma tan déspota en que Ferdinand trató de cambiar el curso de su destino.

Agradecida, se despidió de Laetitia y se acercó a una mesa que compartían Angelina, lady Abbott y su abuela Marybeth. Las dos matronas tenían miradas muy pícaras, mientras debatían. Algo se traían entre manos.

Después de los saludos y cortesías de rigor, la invitaron a sentarse y continuaron la conversación sin importarles que Annalise se añadió al círculo.

—Es imperioso buscar una esposa para Normanby. Siento un palpito en el corazón muy profundo cada vez que veo a ese hombre soltero. ¿Es que nadie cuerdo se da cuenta de que lleva varias temporadas siendo el mejor candidato? —Un suspiro abandonó los labios de lady Abbott.

—Interesadas no le faltan, pero Normanby tiene mala suerte en el amor, siempre elige damas que no le pueden ofrecer lo que espera. Es lamentable —admitió Marybeth.

—Usted como tía debería influir en...

—Normanby es un caballero, me escucha con amabilidad y simula darme la razón, pero al final se sale con la suya.

—Tal vez su suerte está por cambiar —enfaticó Angelina—, he escuchado que se ha interesado en una rica viuda americana que tiene en puro revuelo a los solteros de Londres.

—Ese intento de conquista es una raya más para el tigre. Fue un total fiasco —Marybeth no fue explícita al descartar la posible unión, pero Annalise sabía la verdad. Sin embargo, la familia guardaba a rajatabla los secretos de sus miembros. Normanby se entusiasmó con la americana y tuvo un pequeño *affaire* con la esperanza de que terminara en matrimonio. Pero una mujer con libertad y fortuna, no estaba dispuesta a amarrarse a un hombre, aunque fuera marqués, rico y de buen ver. Ella no quiso una relación formal y Normanby le retiró sus afectos con el corazón herido, aún penaba por ello.

—Hay muchas debutantes que siguen solteras —sugirió Abbott.

—Normanby me ha revelado que no aceptará a ninguna jovencita recién salida del cascarón. A sus treinta y cinco años prefiere otro tipo de arreglos —indicó la tía, esperando que las artes de casamentera de lady Abbott le ayudaran a buscar una candidata adecuada para su sobrino.

—¿Y la hija de los Westbridge, creo que su nombre de pila es Abigail? Sé que sigue soltera

—musitó la dama, pero dubitativamente. La joven tenía una voz insoportable y no sabía si el marqués poseía tolerancia para aguantarla.

—Querida lady Abbott, creo que usted podrá proponer, pero Normanby tendrá la última palabra —intervino con sabiduría Angelina, sin olvidar que ella fue la primera que le rompió el corazón al buen hombre—. Pienso que he sido muy ingrata con mi querido amigo, quizás deba involucrarme en la importante tarea de ayudarlas a buscar una futura esposa para él.

—Oh, Angelina, bienvenida a nuestra pequeña sociedad para encontrarle esposa a ese buen hombre. —Aplaudió lady Abbott muy emocionada.

Annalise negó con una sonrisa, ¿debía avisarle a su querido Normanby lo que aquellas tres planeaban a sus espaldas? Sabía que no era adepto a la cacería, y quizás podría encontrarlo entre los que se quedaron a disfrutar de la apacible mañana. Se despidió de las damas, y dio unos pasos lejos de ellas, negando con una sonrisa. Lila seguía cómoda entre sus brazos y no tenía intención de bajarla. Así que deambuló un poco, buscándolo...

De pronto, sintió una cosquilla en la nuca, como si alguien la hubiese acariciado con los suaves pétalos de una flor. Su reacción fue volverse de frente al atrevido, pero el osado fue más rápido y le cubrió los ojos con sus fuertes manos. Lo reconoció en el acto, su aroma la envolvió.

—¿Qué haces, Jake? —jugó.

Él le besó el cuello y destapó sus párpados para abrazarla desde la espalda. Un cálido y protector abrazo.

—¿Qué tramas? —Él le preguntó con afecto—. Cuando vas así tan decidida, algo estás ideando.

—Quiero salvar a Normanby de una encerrona. Mi abuela, lady Abbott y Angelina buscan una candidata para él. Barajaron la opción de lady Abigail, ¿puedes creerlo?

—Pobre Normanby, pero creo que te preocupas en vano. El marqués sabe defenderse.

Ella giró entre sus brazos y sus miradas se encontraron, Lila quedó abrigada por los dos y no tardó en saltar hacia su dueño, reclamando también su atención. Entonces él cargó a la perrita y tomó de la mano a su amada esposa para conducirla hacia el lago.

—¿A dónde vamos?

—Tengo una sorpresa para ti, hermosa.

—¿Una sorpresa? —repitió llena de curiosidad, adoraba sus gestos. Jacob la llenaba de cariño y de detalles en los momentos más inesperados.

—Nunca hemos paseado juntos en bote, y siendo la esposa de uno de los remeros de Oxford es imperdonable. Tengo una excelente botella de vino francés, de esos que trae Pembroke, queso y frutas que robé de la cocina de Allard.

—Pero si tú no robas nunca, jamás cometerías un delito. Además, queso y frutas hay en varias de las mesas, ¿será que asaltaste alguna? —agregó entre carcajadas.

—Vamos.

La condujo rodeándola con el brazo libre por la cintura, hasta la sencilla embarcación que ya estaba abastecida con los manjares mencionados. La ayudó a abordarla y sentarse en uno de los extremos. Después acomodó a Lila sobre unas mantas en el centro y él ocupó su lugar junto a los remos. Se quitó la chaqueta y la dejó a un lado, dobló las mangas de su camisa hasta la mitad de sus brazos, y comenzó a remar.

—Eres un loco romántico, Jake, contigo jamás me aburro.

Annalise sintió unas inmensas ganas de besarlo y abandonó su sitio. Se apresuró hacia el lado de su esposo, causando las risas de él, cuando el vaivén provocado por el brusco movimiento

amenazó con voltear el bote. Asustada recurrió hacia atrás y no solo ella se sobresaltó, también Lila, la que buscó refugio en su dueño.

Jacob logró estabilizar la embarcación, salvarlos del desastre y volver a la quietud inicial; demostrando así su habilidad y su dominio sobre las aguas, lo que cautivó a Anna todavía más. Ella no pudo evitar dedicarle una mirada enamorada.

—Todo estará bien —las calmó.

—Creí que íbamos a terminar empapados —se sinceró con el corazón latiendo aún agitado.

—Es improbable que eso suceda si vienes conmigo —presumió de su destreza.

—Arrogante —reprendió su falta de modestia, pero solo era parte del juego de seducción que a la pareja le fascinaba.

—Solo sé que te amo y que soy el hombre más feliz sobre la tierra. Adoro mi familia de tres —confesó y ella se derritió ante sus palabras, sin poder sermonearlo más.

—¿Y si te dijese que ese número está por cambiar?

—¿De qué estás hablando? —El rostro varonil se iluminó por completo.

—Esta mañana me sentí mal tras desayunar. Tuve una sensación diferente y unas ganas horribles de devolver los alimentos. Después saqué cuentas y recordé que mi sangre no bajó cuando debió... Aproveché que había un médico en la propiedad y lo consulté, me lo ha confirmado.

—Oh, Anna, ¿estás hablando en serio? ¿Cuándo ibas a decírmelo? —Se veía muy ilusionado con la noticia recibida.

—Estaba esperando a que regresaras de la cacería y decidieses dejar de exterminar a esas pobres aves.

Entonces fue él quien recorrió la corta distancia entre los dos, tras dejar a Lila sobre sus mantas. Se desplazó con maestría, esta vez el bote ni siquiera se movió.

—Qué suerte que volví antes. Estaba intentando cazar a esas pobres aves... —Usó las mismas palabras de ella—. Pero una fuerza poderosa me hizo retornar. Necesitaba estar de modo imperioso contigo. —Se quedó pensativo unos segundos y luego continuó—: ¿Un hijo? —inquirió sobre sus labios. Y no dudó en atrapar la boca femenina y saquearla a plenitud.

—Sí —murmuró muy cerquita cuando pudo recuperar el aliento, perdiéndose en sus ojos y después suspiró.

La mano de Jacob acarició el vientre femenino, el que aún no mostraba evidencia de la preciosa vida que albergaba en su interior. Se abrazaron con amor y desbordados por la dicha volvieron a besarse. Después continuaron su paseo sobre el apacible lago, entre risas, suspiros e intercambios de miradas, llenos de pasión.

Próximamente



Serie Romances Victorianos VI

El destino de una rosa inglesa

Cuando su padre le informó, sin rodeos, a **lady Laetitia Percy** que hicieron los arreglos para su boda, sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal. Pudo advertir que, tras lo sucedido en la temporada anterior, no tenía escapatoria. ¿Podía o debía negarse?

Edgar Payne, lord Normanby, carece de suerte en el amor porque siempre escogió a la persona equivocada. Pero, al descubrir que pactaron a sus espaldas su casamiento, con una de las rosas inglesas que pululan en los salones de baile, se muestra reacio. Como si él precisase de alguna intervención para encontrar una compañera. Es un marqués y no necesita que nadie ponga orden en su vida.

Un matrimonio arreglado puede ser una bendición o el camino al desastre. Él no tiene paciencia ni interés por las debutantes. Ella es un reto que el caballero no está dispuesto a asumir.

Aunque ambos están renuentes a aceptar tal enlace, desvelar lo que guardan en lo profundo de sus corazones, ¿podría hacerlos cambiar de opinión?

Mile Bluett

Mile Bluett es una autora de novela romántica, que no solo adora crear personajes y mundos inolvidables, también es muy cercana a su comunidad lectora. Tras apasionarse por la lectura, decidió comenzar a escribir siendo una adolescente y, lo ha hecho desde entonces, compaginándolo con su formación como psicóloga y psicoterapeuta, profesión que también le ha dado satisfacciones. Se considera muy familiar y ser madre es un reto que ama.

Es una enamorada de los libros de amor y sus referentes son Jane Austen, Julie Garwood, Lisa Kleypas, Johanna Lindsey, Karen Marie Moning y Susan Elizabeth Philips.

Escribe romance histórico, principalmente, pero también ha publicado contemporáneo y fantasía, siempre dentro del género romántico.

Sus series más leídas son: Romances Victorianos, Amor Amor, Dioses Paganos y Herederos del mundo. Y los *best seller* por los que se siente más agradecida son El corazón del duque, La pasión del marqués y Amor Sublime. Sus personajes más queridos: Lord Oso, el duque de Weimar, Morten y Sebastian Casals.

Búscala en sus redes sociales y con gusto te hablará de sus estrenos. Síguela en Amazon y enamórate con sus novelas.

Página de Amazon:

<http://relinks.me/MilePDBluett>

Página web:

www.milebluett.com

Instagram, Facebook, Tiktok: @milebluett

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/15456250.Mile_Bluett

Agradecimientos

Querida lectora de novela romántica, gracias por leer mis libros y dejarlos entrar a tu universo. Un libro de amor es el viaje más maravilloso donde podemos enamorarnos y soñar sin barreras.

A todas las que impulsan y apoyan mi trabajo en redes sociales, o en el boca a boca, compartiendo lo que mis libros le hicieron sentir, reseñando en Amazon o Goodreads, infinitas gracias.

Gracias a Pamela Díaz por la bonita portada y la diagramación de mi libro en papel, con todo el amor y el arte que pone en los detalles que hacen la edición especial.

Gracias a quienes me ayudan como lectoras cero y en el área de corrección por un apoyo tan valioso.

«En este hermoso camino de letras, todo apoyo suma, toda mano amiga es necesaria, por eso jamás me cansaré de agradecer».